



La
BIBLIA
Popular

Génesis

Éxodo

Levítico

Números

Deuteronomio

Josué

Jueces

Rut

1 Samuel

2 Samuel

1 Reyes

2 Reyes

Adolph H. Harstad

La Biblia Popular

ROLAND CAP EHLKE

Editor General y Editor del Manuscrito

JOHN C. JESKE

Editor del Antiguo Testamento

Josué

Adolph L. Harstad

EDITORIAL NORTHWESTERN
Milwaukee, Wisconsin, EE.UU.

Ilustraciones internas por Glenn Myers.

La cubierta y las ilustraciones interiores fueron originalmente realizadas por James Tissot (1836 a 1902). La tabla cronológica y los mapas fueron hechos por Duane Weaver, el artista de la Editorial Northwestern.

Texto bíblico:

Versión Reina-Valera 95 ®

© Sociedades Bíblicas Unidas, 1995.

Usada con permiso. Todos los derechos reservados.

Derechos Reservados. Ninguna porción de este libro puede ser: reproducida, ni almacenada en ningún sistema de memoria, ni transmitida por cualquier medio, ya sea: electrónico, mecánico, fotocopia, grabado o de cualquier otra forma, sin permiso previo de la editorial, excepto si se trata de breves citas para revisión.

Library of Congress Control Number 2002100801

Northwestern Publishing House

1250 N. 113th St., Milwaukee, WI 53226 3284

© 2000 por Northwestern Publishing House

Publicado en 2000

Impreso en los Estados Unidos de América

ISBN 0-8100-1292-8

CONTENIDO

<i>Prefacio del Editor</i>	iv
<i>Prefacio a la edición en español</i>	v
Introducción	1
Los preparativos para conquistar de la tierra (1.1-5:12)	13
La toma de la tierra (5:13-12:24)	84
El reparto de la tierra (13:1-21:45).....	173
La respuesta de los herederos de la tierra (22:1-24:33)	216
Notas.....	253
Bibliografía.....	254

ILUSTRACIONES

Toma de Jericó	Cubierta
Tabla cronológica.....	7
La tierra prometida en sus límites más extensos.....	25
Huida de los dos espías.....	40
El Arca cruza el Jordán	59
Josué y el ángel.....	85
Las siete trompetas.....	97
La familia de Acán es apedreada	114
Batalla de Hai.....	123
El sol se detiene	152
Josué y los cinco reyes.....	157
Campaña del sur.....	160
Campaña del norte	166
El reparto de las tribus	202
Ciudades de refugio	206
Ciudades levitas	214
Topografía de Palestina.....	256

PREFACIO DEL EDITOR

La Biblia Popular es exactamente lo que el nombre implica, una Biblia para el pueblo. Ella incluye el texto completo de las Sagradas Escrituras en la popular Nueva Versión Internacional. El comentario que aparece a continuación de las secciones de la Escritura, contiene aplicaciones personales así como antecedentes históricos y explicaciones del texto.

Los autores de La Biblia Popular son hombres eruditos y con una visión práctica, obtenida durante años de experiencia en los ministerios de la enseñanza y la predicación. Ellos han procurado evitar términos técnicos que limitan muchas series de comentarios solamente a estudiantes profesionales de la Biblia.

El aspecto más importante de estos libros es que ellos están centrados en Cristo. Jesús mismo dijo acerca de las escrituras del Antiguo Testamento: “Y ellas son las que dan testimonio de mí” (Juan 5:39). Cada libro de La Biblia Popular dirige nuestra atención a Jesucristo. Él es el centro de toda la Biblia. Él es nuestro único Salvador.

Los comentarios también contienen: mapas, ilustraciones, e información arqueológica, cuando es apropiado. Todos los libros incluyen títulos de página para llevar al lector al pasaje que él está buscando.

Esta serie de comentarios fue iniciada por la Comisión de Literatura Cristiana del Sínodo Evangélico Luterano de Wisconsin. Este proyecto también tiene una deuda de gratitud al Rev. Loren A. Schaller. Hasta cuando él aceptó un llamamiento divino para salir de Northwestern Publishing House y de regreso al ministerio parroquial, el Pastor Schaller sirvió como Editor General.

Es nuestra oración que este esfuerzo pueda continuar de la misma manera como comenzó. Dedicamos estos volúmenes a la gloria de Dios y al bienestar de su pueblo.

Roland Cap Ehlke

PREFACIO A LA EDICIÓN EN ESPAÑOL

Los comentarios de esta edición en español han sido ligeramente modificados del original, para su mejor adaptación a la versión Reina-Valera, revisión de 1995.

Cuando el comentario, originalmente referido al texto de la New International Version, no concuerde plenamente con el de la versión Reina-Valera, Revisión de 1995, se cita la Nueva Versión Internacional (en español) o alguna otra versión española de la Biblia. En caso de que algún fragmento del texto bíblico de la versión inglesa no aparezca en ninguna de las versiones antes mencionadas, damos nuestra propia traducción del mismo, haciendo la correspondiente aclaración.

Este volumen fue traducido por la Sra. Ruth Haeuser de Lima, Perú, y revisado por su esposo, el misionero David Haeuser, y por su hermano el misionero Otoniel Rodríguez, que vive en Santiago de Chile. Agradecemos la valiosa labor de estos siervos de Dios.

El Primer Domingo Después de Pentecostés de 2000
Paul Harman, coordinador
Publicaciones para Latinoamérica
Sínodo Evangélico Luterano de Wisconsin
El Paso, Texas

INTRODUCCIÓN

El lugar del libro en la Biblia

El libro de Josué abre de par en par la puerta hacia la segunda parte de la biblioteca de Dios que conforma el Antiguo Testamento. Las clasificaciones de los libros que se hacen en las ediciones de la Biblia, le dan a esta sección la denominación de los doce libros históricos (ver contraportada). Los doce libros históricos siguen a los cinco libros de Moisés y comprenden desde Josué hasta Ester. Estos libros cubren unos mil años de historia: desde el tiempo de Josué, alrededor de 1400 a.C., hasta el tiempo de Nehemías, aproximadamente en el año 400 a.C.

Las Biblias hebreas sitúan a Josué entre los primeros libros, llamados “los profetas”. Eso nos da una pista sobre la clase de historia que leemos en Josué: “historia profética”, como la llaman los eruditos. No es precisamente una historia del antiguo Israel que se relate para recordar los hechos históricos; más bien, nos ofrece partes selectas de la historia de Israel, escogidas por un profeta con el propósito de infundir fe mediante el mensaje inspirado de Dios.

La historia profética del libro de Josué nos llega a cada uno de nosotros en una forma muy personal. El libro de Josué es una emocionante etapa de la historia temprana de nuestra salvación, que nos muestra a Dios preparando el camino para la cruz de Jesús y la tumba que nuestro Salvador iba a dejar vacía. Así como una vela necesita un candelero, la Luz del mundo necesitaba un escenario cuando se hizo humano. En este libro de Josué, vemos la forma en que Jehová le dio a Israel la tierra prometida, proveyendo así el escenario para la obra de salvación de Jesús.

Antecedentes bíblicos

Los cinco libros de Moisés, conocidos también como el Pentateuco, proporcionan los antecedentes para el libro de Josué. Apreciaremos el mensaje del cumplimiento en Josué, si recordamos la promesa que hizo Dios respecto de la tierra de Canaán.

Abraham fue el primero en recibir de Dios la promesa de que iba a heredar esa tierra; y después, cuando había viajado por Canaán hasta llegar cerca de Siquem, en la parte central, Dios le dijo: “A tu descendencia daré esta tierra” (Génesis 12:7).

Pero la promesa de Dios iba más allá de repartir tierras a una nación; las mismas palabras que prometieron la tierra también le garantizaron al mundo la venida de su Salvador. La “simiente” que iba a recibir la tierra no era sólo una referencia a los innumerables descendientes de Abraham, sino a uno en particular: Jesús (Gálatas 3:16). La tierra iba a ser su campo de trabajo, donde iba a edificar nuestra salvación. Por lo tanto, el Señor vinculó la promesa de la tierra a la promesa del Salvador; y selló todo lo que dijo con el pacto de la circuncisión (Génesis 17). Les repitió la misma promesa a Isaac (Génesis 26:3,4) y a Jacob (Génesis 28:13,14).

Los años transcurrieron sin que se cumpliera la promesa, y Abraham no poseía tierra “ni aun para asentar un pie” (Hechos 7:5); tuvo que comprar tierra a un heteo de Hebrón para enterrar a su esposa Sara (Génesis 23:19,20). Cuando Isaac, el hijo de Abraham, había cultivado el campo y había abierto pozos para suministrar agua, los filisteos le pidieron que abandonara esa parte de la tierra de Canaán, y así lo hizo Isaac (Génesis 26:16,17). La tierra prometida le seguía perteneciendo a otros.

Jacob y los israelitas se tuvieron que separar físicamente de la tierra prometida cuando una hambruna que ocurrió en Canaán los obligó a emigrar a Egipto, donde se establecieron en la región de Gosén (Génesis 46). Pasaron ahí 430 años, y los israelitas se convirtieron en esclavos de los egipcios. La terquedad del faraón y la hostilidad del ambiente de la península de Sinaí, los separaban de la tierra que Dios les prometió.

No obstante, por medio de Moisés, Jehová permitió que Israel superara esos dos obstáculos, y los guió en su marcha por el desierto. Cuando llegaron al monte Sinaí, Dios hizo un segundo pacto con ellos; ese pacto iba a gobernar la vida de Israel en la tierra prometida hasta la venida del Salvador.

En Cades-barnea, Moisés envió a doce espías con la misión de explorar Canaán (Números 13). Los israelitas se rebelaron cuando oyeron el informe de los espías, en el que hablaban de la gente tan fuerte y de las ciudades fortificadas, que vieron. Su conclusión infiel fue: “Designemos un capitán y volvamos a Egipto” (Números 14:4). Sólo Josué y Caleb exhortaban al pueblo a seguir su camino para entrar a la tierra prometida, porque dijeron: “Jehová está con nosotros” (Números 14:9). Dios castigó a los quejumbrosos israelitas. Toda la generación rebelde, los que eran mayores de veinte años, iba a morir en el desierto. Vagaron durante treinta y ocho años, hasta que cayó muerto el último de los que se habían quejado. De esa generación solamente Josué y Caleb iban a entrar a Canaán.

Jehová también le prohibió a Moisés la entrada en la tierra prometida, por causa de las duras palabras que pronunció y de la imprudencia que mostró en la roca de Meriba. El Señor le dijo: “Por cuanto no creísteis en mí, para santificarme delante de los hijos de Israel, por tanto, no entraréis con esta congregación en la tierra que les he dado” (Números 20:12). Dios le permitió a Moisés que guiara al pueblo de Israel sólo hasta la entrada de Canaán en la Transjordania. Allí se establecieron dos tribus y media. No obstante, Canaán mismo quedaba al otro lado del río Jordán.

Al final del Pentateuco, Dios le permite a Moisés que mire desde lejos la tierra prometida, desde la cima del monte Nebo, donde muere sin haber cruzado el río Jordán (Deuteronomio 34). El nuevo líder, Josué, y la nueva generación de israelitas se preparan en las llanuras de Moab y esperan instrucciones de Dios. Ellos van a ser el filo de la espada que Jehová va a utilizar para conquistar y distribuir la tierra. ¡Él no hace promesas falsas! La escena está lista para el libro de Josué.

El autor y la época en la que se escribió

Aunque los judíos y las primeras tradiciones cristianas afirman que Josué es el autor del libro que lleva su nombre, ni el libro ni ninguna otra parte de la Biblia mencionan quién es el autor, de modo que sólo podemos especular.

El libro de Josué tiene algunas pistas que nos pueden ayudar a formar opiniones acerca de la autoría, e indicarnos de manera general la época en la que se escribió el libro.

1. En el versículo 24:29, se registra la muerte de Josué. Si hay un solo autor, parece que fue alguien que vivió después del tiempo de Josué.
2. En otras traducciones, en el versículo 5:1, el autor describe en primera persona del plural el cruce del río Jordán y dice: “Hasta que pasamos” (Vea nota en el versículo en la Nueva Biblia de Jerusalén). Por eso, algunos piensan que el autor fue un testigo ocular de los acontecimientos que se narran en el libro. Otros explican que “pasamos” significa lo mismo que “nuestro pueblo Israel”, de la misma forma que un estadounidense escribiría: “Llegamos a la luna en 1969”.
3. El autor escribe antes de que el rey David sacara a los jebuseos de Jerusalén (Josué 15:63); por lo tanto, el libro no pudo haber sido escrito durante la época de los últimos reyes. (David reinó cerca de 1000 a.C.)
4. La frase “hasta este día”, que se repite con frecuencia en Josué, sugiere que el autor escribió en un tiempo algo separado de los sucesos que relata.

En su Introducción al Antiguo Testamento (*Introduction to the Old Testament*), R. K. Harrison dice que el libro de Josué se escribió “tal vez alrededor de 1045 a.C. y por consiguiente durante la vida de Samuel, quien en alguna forma pudo haber contribuido realmente a su recopilación”. Marten H. Woudstra, en su comentario El libro de Josué (*The Book of Joshua*), destaca el “alegre optimismo” del

libro y piensa que se escribió cuando ese optimismo era evidente: durante “todo el tiempo de Josué, y todo el tiempo de los ancianos que sobrevivieron a Josué” (Josué 24:31). Edward J. Young, en su libro, *Una Introducción al Antiguo Testamento (An Introduction to the Old Testament)*, prefiere el mismo tiempo que Woudstra y menciona que cuando el autor lo escribió era “probablemente un anciano, que había sido testigo de la mayoría de los sucesos anotados en el libro”.

Josué el hombre

El libro de Josué lleva ese nombre por su personaje central, Josué, hijo de Nun. Josué era de la tribu de Efraín y, en consecuencia, del linaje de José. Nació durante los amargos años de esclavitud en Egipto.

Su nombre original era “Oseas”, que significa “salvación”, pero Moisés lo amplió a “Josué”, “Jehová es salvación” (Números 13:16). Un milenio más tarde, en el libro de Nehemías, su nombre se escribió “Jesúa”. Esa forma de su nombre en la traducción del Antiguo Testamento al griego se convirtió en “Jesús”. El nombre de Josué es idéntico al de nuestro Salvador, y con el fin de evitar confusión, la versión Reina-Valera 1995 lo llama “Josué” en lugar de “Jesús”, en los dos pasajes que lo nombran en el Nuevo Testamento: Hechos 7:45 y Hebreos 4.8.

El nombre de Josué aparece por primera vez en la Biblia en Éxodo 17. Moisés le ordenó que escogiera algunos hombres para que pelearan contra Amalec. Josué procedió exactamente “como le dijo Moisés” (Éxodo 17:10). No se escucharon excusas, Josué obedeció confiando en el Señor, y él le concedió una victoria contundente. En esta batalla de Refidim, Josué fue el obediente general que dirigió la pelea, mientras Aarón y Hur, sostenían en alto las manos de Moisés para asegurar la victoria.

Después, en Éxodo, vemos a Josué como el ayudante fiel que acompañó a Moisés al monte Sinaí, y el que vigilaba el tabernáculo (Éxodo 24:13; 33:11). Josué, el personaje firme que confía en Dios,

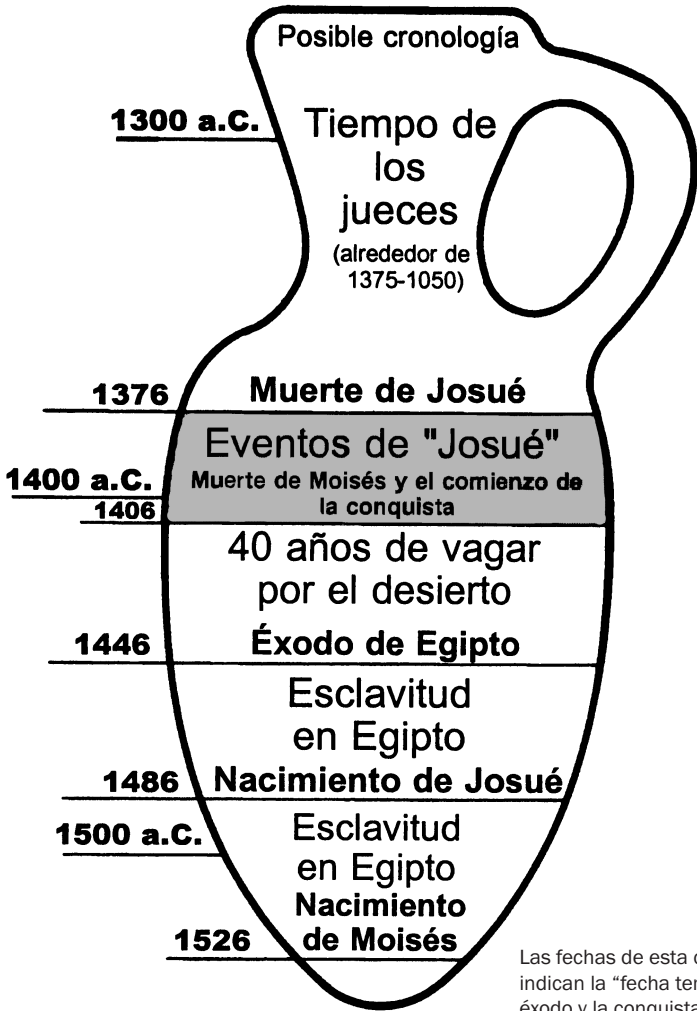
sobresale en el episodio de la misión de los espías que van a Canaán (Números 13 y 14). Tanto él como Caleb insistieron en que los israelitas dejaran de blasfemar, diciendo que querían regresar a Egipto, y los instaron a entrar a la tierra prometida. Incluso las amenazas de apedrearlo no lo intimidaron. La minoría, formada por dos individuos, no tenía miedo de estar en contra de miles de personas, cuando contaban con la promesa de Jehová.

Dios evaluó a Josué como hombre “[fiel] a Jehová” (Números 32:12) y “en el cual hay espíritu” (Números 27:18). A este hombre profundamente espiritual y muy práctico, poseedor de una mezcla de valiosos talentos, Dios lo escogió para ser el sucesor de Moisés.

Cuando Moisés murió, Josué era ya un anciano tal vez de ochenta años de edad; sin embargo, apenas comenzaba el trabajo más importante de su vida. El trabajo que se iba a presentar más adelante requería un hombre que tuviera: vigor espiritual y físico, confianza absoluta en las promesas de Dios, y una buena disposición para mantenerse entre la minoría moral, que fuera: obediente, valeroso, y que mostrara liderazgo con su ejemplo personal. El Señor: bendijo a Josué con esas cualidades, pulió sus habilidades, fortaleció su fe, e hizo de él un hombre que guiara a su pueblo de la promesa, en un período crítico en la historia de la salvación.

Fecha de la conquista

Las páginas del libro de Josué cubren veinticinco años, pero ¿en dónde se pueden acomodar estos años en las páginas de la historia del mundo? Esta pregunta ha ocasionado un debate entre los eruditos de la Biblia. Aunque la discusión no siempre ha sido desapasionada, las opiniones concuerdan en colocar esos años en la edad de bronce (1550-1200 a.C.), pero los separan alrededor de 150 años. ¿Debería la conquista de Josué ser en una fecha alrededor de 1400 a.C. (la época más temprana), más o menos en el 1250 a.C. (la más tardía) o alguna fecha entre ellas?



La cerámica es una tinaja de Jericó de la edad de bronce tardía (1500-1200 a.C)

Tabla cronológica

No estamos precisamente adivinando cuando se trata de determinar muchas de las fechas del Antiguo Testamento. El descubrimiento de unas listas asirias que contenían nombres fue de gran ayuda para precisar fechas del Antiguo Testamento. Para cada uno de los años, desde el 893 a.C. hasta el 666 a.C., se menciona en estas listas el nombre del primer ministro asirio del año en turno. Los eruditos las llamaron “epónimas”, una palabra que significa “nombrado por”. Una de ellas registra un eclipse solar que, según los cálculos de los astrónomos, ocurrió en el año 763 a.C. Al establecer ese año como punto de referencia, los expertos pudieron fijar un año exacto para todos los funcionarios que se nombran en las listas. Una inscripción asiria proporcionó el eslabón con el Antiguo Testamento cuando mencionó al rey Jehú. Probablemente, en el primer año de su reinado se nombró a este rey, y su imagen se encuentra junto a la del rey asirio Salmanasar III. Y como ya se conocían las fechas de Salmanasar, por las listas epónimas, se pudo precisar una fecha para el rey Jehú del Antiguo Testamento. Los libros de Reyes y Crónicas proporcionan el resto de las fechas con su información cronológica.

La arqueología, la astronomía y la Biblia han trabajado juntas para determinar las fechas de muchos de los personajes y de los acontecimientos, que se registran en el Antiguo Testamento, pero ¿cómo podemos hacer uso de esas fechas para establecer el tiempo de la conquista de Josué?

En 1 Reyes 6:1, se dice que el rey Salomón, en el cuarto año de su reinado, comenzó a edificar el templo en el año 480 después del éxodo de Egipto. Según el método que se mencionó antes, podemos determinar que el cuarto año del reinado de Salomón aconteció en el año 966 a.C., o alrededor de ese año. Y como esto fue 480 años después del éxodo, el éxodo ocurrió en el año 1446 a.C., aproximadamente. Al tomar en consideración los 40 años que anduvieron errantes por el desierto después del éxodo, calculamos que la conquista de Josué comenzó alrededor del año 1406 a.C. Mediante una lectura literal de 1 Reyes 6:1 llegamos a la “fecha temprana” de la conquista de Josué.

Aunque no pretendemos afirmar que el año 1406 a.C. sea absolutamente seguro, sí podemos decir que se basa en las Escrituras y en el mejor material cronológico disponible. Esta fecha da un punto de referencia para el acontecimiento de la conquista.

No obstante, a pesar del claro testimonio de las Escrituras, muchos eruditos del Antiguo Testamento prefieren la “fecha tardía”, cerca del año 1250 a.C., para la conquista. Afirman que los hallazgos arqueológicos están a favor de su opinión, dado que las evidencias de la destrucción de las ciudades de Canaán son escasas para la fecha temprana, y más abundantes para la tardía. Pero, ¿quién ocasionó la destrucción de alrededor del año 1205 a.C.? ¿Fueron quizá otros cananeos o los últimos jueces en vez de Josué? ¿Y acaso Josué, con algunas excepciones, dejó las ciudades cananeas intactas para que allí habitaran los israelitas? ¿Podría esto explicar la escasa evidencia de destrucción de alrededor de 1400 a.C.? En los últimos años se ha desenterrado poco material para sustentar más argumentos, sin embargo, la discusión continúa.

Textos antiguos del tiempo de Josué

La arqueología ha abierto tres ventanas para ver el mundo de Josué:

Las cartas de Amarna

Estos escritos, que datan de cerca de 1400-1350 a.C., arrojan luz sobre la vida: social, política y religiosa de Canaán. Se descubrieron en 1887, cuando una mujer egipcia pulverizaba tablillas de arcilla para fertilizar el jardín. Las había encontrado cuando escarbaba en las ruinas de Tell el-Amarna. El mismo lugar proporcionó más de 300 cartas diplomáticas entre el faraón egipcio y otros gobernantes y vasallos. Algunas de esas cartas fueron escritas por los súbditos del faraón en Canaán durante el tiempo de Josué (de acuerdo con la “fecha temprana”). En una de ellas, el gobernador de Jerusalén le suplica al faraón que le envíe refuerzos

Introducción

militares porque se acercan los “habiru”. Aunque existe gran debate sobre quiénes podrían ser estos “habiru”, el término bien puede referirse a los “hebreos” que invaden bajo el mando de Josué. La idea general que obtenemos de las cartas de Amarna acerca del mundo de Josué es que el control que ejercía Egipto sobre Canaán se estaba debilitando; y las ciudades-estados con sus reyes estaban llenando el vacío en el poder que había dejado el Egipto que se debilitaba. Esa imagen de las ciudades-estados cananeas y su confusión está en armonía con lo que observamos en las páginas de Josué.

Los textos de Ugarit

En 1928 se desenterró una biblioteca completa de antiguas tablillas en la costa de Siria. El lugar se conoce hoy con el nombre de Ras Shamra, y en el tiempo de Josué se conocía como Ugarit. Los textos datan de alrededor de 1400-1365 a.C. y están escritos en una lengua que está estrechamente relacionada con el hebreo del Antiguo Testamento. Las tablillas de Ugarit son especialmente fascinantes debido a que proporcionan información acerca de la religión cananea. Leemos acerca del culto sangriento a los dioses y de la adoración sensual en la que se practicaba la prostitución ritual. El libro de Josué revela el juicio de Dios sobre la horrible religión y la degradante inmoralidad que se practicaba en el antiguo Canaán, tal como se describen en la biblioteca de Ugarit.

Las tablillas de Nuzi

Estos escritos, como veinte mil tablillas de arcilla en total, revelan las costumbres del Medio Oriente durante el siglo XV a.C., y antes de éste. Tenemos una detallada imagen de la vida antigua a través de los documentos legales que cubren temas como: leyes de la herencia, el reparto de tierras echando suertes, adopciones, testamentos, y declaraciones en el lecho de muerte pronunciadas frente a testigos. Muchas de las costumbres que se encuentran en el libro de Josué son similares.

El mensaje del libro

Las páginas de Josué resuenan con el estruendo: del colapso de paredes, el batir de las espadas en la lucha, el crujido del fuego, y el “amén” que retumba de la agradecida nación de Dios. Pero entre todos estos sonidos, el autor sostiene este claro mensaje: Jehová ha cumplido la promesa de la tierra y podemos confiar en que cumplirá todas sus promesas.

Bosquejo

Tema: Dios cumple su promesa de la tierra

- I. Los preparativos para conquistar la tierra (1:1–5:12)
 - A. Jehová anima a Josué (1:1-9)
 - B. Todo Israel va a participar (1:10-18)
 - C. Rahab y los espías (capítulo 2)
 - D. Israel cruza el Jordán (capítulo 3)
 - E. Dos monumentos conmemorativos (capítulo 4)
 - F. La circuncisión y reanudación de la Pascua (5:1-12)

- II. La toma de la tierra (5:13–12:24)
 - A. La caída de Jericó (5:13–6:27)
 - B. El pecado de Acán (capítulo 7)
 - C. La destrucción de Hai (8:1-29)
 - D. La reanudación del pacto en las dos montañas (8:30-35)
 - E. El engaño de los gabaonitas (capítulo 9)
 - F. El sol se detiene (10:1-15)
 - G. La muerte de los cinco reyes amorreos (10:16-28)
 - H. La conquista de las ciudades meridionales (10:29-43)
 - I. La derrota de las ciudades norteñas (11:1-15)
 - J. La revisión de las victorias (11:16–12:24)

- III. El reparto de la tierra (capítulo 13–21)
 - A. La tierra que aún no se conquista (13:1-7)
 - B. La división de la tierra al este del Jordán (13:8-33)

Introducción

- C. La división de la tierra al oeste del Jordán (capítulos 14–19)
 - D. Las ciudades de refugio (capítulo 20)
 - E. Las ciudades de los levitas (capítulo 21)
- IV. La respuesta de los herederos de la tierra (capítulos 22–24)
- A. La solución a un malentendido (capítulo 22)
 - B. Josué pronuncia un discurso de despedida para los líderes (capítulo 23)
 - C. La renovación del pacto en Siquem (24:1-27)
 - D. La sepultura en la tierra prometida (24:28-33)

LOS PREPARATIVOS PARA CONQUISTAR LA TIERRA JOSUÉ 1:1-5:12

Los primeros cinco libros de la Biblia terminan como una historia incompleta. Al final del Deuteronomio, Israel todavía acampa al este del Jordán, en las llanuras de Moab, desde donde sólo se puede contemplar con anhelo la tierra prometida, que se encuentra al otro lado del río. Moisés, el líder que por cuarenta años los había guiado, ha muerto en Moab. Israel guardó luto por treinta días, ¿y ahora qué sigue?

El libro de Josué parece ser un nuevo capítulo de los libros de Moisés; el hilo que los une es el pacto de la promesa que le hizo Dios de darle la tierra de Canaán a Israel. Cuando le hizo esa promesa a Abraham, incluso añadió una promesa mayor: iba a venir un heredero especial para bendecir a toda la gente (Génesis 22:18; Gálatas 3:16).

¿Cómo va a cumplir el Señor la promesa de la tierra, ahora que Moisés se encuentra sepultado en Moab? La respuesta inicia el libro de Josué.

Jehová anima a Josué

1 Aconteció después de la muerte de Moisés, siervo de Jehová, que Jehová habló a Josué hijo de Nun, servidor de Moisés, y le dijo: ²«Mi siervo Moisés ha muerto. Ahora, pues, levántate y pasa este Jordán, tú y todo este pueblo, hacia la tierra que yo les doy a los hijos de Israel. ³Yo os he entregado, tal como lo dije a Moisés, todos los lugares que pisen las plantas de vuestros pies.

Moisés ha muerto, pero la promesa de Dios sigue en pie. Los días de espera están a punto de convertirse en días llenos de acción que Dios va a dirigir. Pero Jehová primero le inspira valor al nuevo líder de Israel.

El Señor le *habla* a Josué, aunque no se nos dice precisamente en qué forma. Pero al comunicarse con él muestra que es el Dios personal que está en contacto con su pueblo. No es un ser lejano, como un “gran dios” africano; ni tampoco es una “fuerza”, o una “energía” muda que mora en el universo, como enseña la religión de la “Nueva Era”.

Al hablarle Jehová a Josué, de la misma forma que lo hizo una vez con Moisés, demuestra que ahora Josué sigue los pasos de Moisés como el líder escogido por Dios. Mientras Moisés vivía, Josué ya había sido nombrado como su sucesor (Números 27:18-23), y ahora ejerce el mando.

Dado que el nombre de Josué aparece veintiséis veces en: Éxodo, Números, y Deuteronomio, el autor no necesita identificarlo en detalle. Simplemente lo llama “el hijo de Nun” y “el servidor de Moisés”. Éste es el hombre que conocemos como: el general competente, el espía que dio el informe optimista, la mano derecha de Moisés, el hombre lleno con el espíritu de absoluta obediencia (Éxodo 17:13; 33:11; Números 14:6-9; 27:18; 32:12).

Dios no se estaba arriesgando con un neófito como líder. Durante 40 años: capacitó a Josué, lo puso a prueba y éste demostró fidelidad. El trabajo que le esperaba era crítico y requería de un líder probado. También hoy se necesita lo mismo para hacer el trabajo del reino de Jesús. El papel de liderazgo les pertenece: a los que están “llenos del Espíritu Santo y de sabiduría” (Hechos 6:3), a los que han sido “sometidos primero a prueba” (1 Timoteo 3:10). Pero al mismo tiempo que una iglesia concienzuda escoge a líderes que han sido probados y en los cuales se puede confiar, también les da capacitación a los que no han sido puestos a prueba, a fin de que nuevos “Josué” entren en escena.

En este momento de transición entre dos líderes, Dios hace una referencia cariñosa de despedida para Moisés. Los últimos

versículos del Deuteronomio elogian con entusiasmo a este hombre a “quien Jehová conoció cara a cara” (Deuteronomio 34:10-12); ahora Jehová mismo lo llama “mi siervo”. La palabrita “mi” muestra el honor más grande de Moisés. ¡Le pertenece a Jehová en la vida y en la muerte, por toda la eternidad! Y aunque su servicio había sido imperfecto, Dios lo aceptó.

Aquí está el consuelo concreto para nosotros: a través de Jesucristo, le pertenecemos a Dios para siempre. Él nos considera suyos y no se avergüenza de llamarnos sus siervos.

La forma en que Dios habló de Moisés nos indica que debemos expresarnos unos de otros en términos positivos, reflejando el estado bajo la gracia de Dios en el que nos encontramos.

¿Por qué le declara Dios a Josué lo evidente, que “Moisés ha muerto”? Después de todo, Israel tenía conocimiento del hecho desde al menos treinta días antes, aun cuando Dios mantuvo en secreto el lugar de su tumba (Deuteronomio 34:6). La alusión a la muerte de Moisés sirve para recordarnos varias cosas, y como una señal especial para Israel:

1. El fallecimiento de Moisés es una advertencia de su desobediencia y del juicio de Dios sobre ella (Números 20:12). Él mismo se privó de una bendición y murió fuera de la tierra prometida. Dios insiste en la obediencia para nuestro propio bien. ¡Preste atención su nuevo líder, y también nosotros los lectores!
2. La muerte de Moisés es un recordatorio de que Jehová controla la vida y la hora de la muerte de los suyos. ¡Moisés estaba sano cuando murió! (Deuteronomio 34:7). Los que le pertenecen a Dios mueren cuando él los llama, ya sea: de vejez, por accidente, por enfermedad, o en guerra. Una de esas causas puede aparecer en el certificado de defunción; sin embargo, la causa definitiva de la muerte de un creyente es el llamamiento del Padre (Salmo 31:15). Josué iba a arriesgar su vida en cada batalla, pero tenemos el consuelo de que nuestra vida está en las manos del Señor.

3. La defunción de Moisés nos recuerda que en esta tierra tenemos que hacer el trabajo de Dios con todas las fuerzas mientras todavía podamos (Eclesiastés 9:10). ¡Aprovechemos el tiempo presente!
4. La muerte de Moisés nos recuerda que el reino de Dios no recae sobre un solo hombre. Incluso Moisés, un gran siervo de Dios, era prescindible. Murió, y no por ello el reino de Jehová se derrumbó. Ese hecho no menosprecia a Moisés, sino magnifica al Señor que continúa proveyendo trabajadores para la iglesia. Él no deja de darnos nuevos siervos como: Josué, Pablo, Lutero, y los pastores, misioneros, maestros, y líderes laicos actuales (Efesios 4:11-13). Ese recordatorio para el nuevo caudillo de Israel fue para protegerlo contra la vanidad. También nos asegura que no importa quién sea el que sirva, el trabajo de Jehová se llevará a cabo y los siervos de Dios gozan del privilegio de trabajar para él. Sin embargo, todos son prescindibles para la iglesia en la tierra, cuando Dios disponga llamarlos.

El propósito inmediato de Dios al llamar la atención a la muerte de Moisés es enviar una señal. Moisés no iba a entrar a la tierra prometida, ni tampoco se le iba a permitir que mirara mientras la nación entraba sin él. Su muerte quitó el último obstáculo para entrar y sirvió de trompetazo para anunciar que Israel debía prepararse. Las propias palabras de Jehová dicen que habla de la muerte de Moisés como un toque de diana. “Ahora, pues”, en vista de la muerte de Moisés, “levántate”. Hay un tiempo de llorar la muerte del gran líder, y otro: de secar esas lágrimas, de arremangarse, y prepararse a llevar a cabo los emocionantes planes del Señor. ¡Ahora es cuando!

¡Fue un momento muy emocionante en la historia de Israel! Durante siglos, Dios había hablado en tiempo futuro en cuanto a que les iba a dar a los israelitas la tierra de Canaán. A: Abraham, Isaac, y Jacob, les profetizó: “Les *daré* esta tierra”. Ahora, a principios del mes de Nisán (marzo-abril), tal vez en 1406 a.C., cambia al tiempo *presente* y les pide a Josué y a Israel que entren

“a la tierra que yo les doy”. Esas fascinantes palabras también constituyen el tema del libro completo de Josué. ¡La promesa de la tierra está por cumplirse!

La forma en que Dios va a entregar la tierra se explica con claridad cuando dice: “Yo os he entregado... todos los lugares que pisen las plantas de vuestros pies” (Josué 1:3). La tierra es totalmente un regalo, y todo lo que Israel tiene que hacer es acercarse y tomarlo por medio de la fe. Israel no la ha merecido ni la ha ganado (Deuteronomio 9:5,6), su lucha no será la causa fundamental de su posesión, sino sólo aparecerá como la causa visible. ¡Y algunas veces ni siquiera eso, como lo demostrará la primera “batalla” en Jericó! Israel va a heredar la tierra debido a la promesa del pacto de Dios, que le repitió más recientemente a Moisés.

El énfasis del “regalo total” del Señor, también se puede apreciar en las palabras “a los hijos de Israel”. El término “Israel” con frecuencia trae los recuerdos de un pueblo quejumbroso en el desierto, que desafiaba a su Señor. Pero ni aún su flagrante ingratitud pudo disuadir a Dios de cumplir la promesa delante de los ojos de los hijos de ellos. ¡Está a punto de entregarles la tierra prometida a los israelitas, porque hizo una promesa en el pacto!

El amor inmerecido del Señor es evidente en el regalo de la tierra que le dio a Israel. Pero iba a ser aún más evidente cuando el heredero especial de esa tierra muriera para redimir a todo el mundo. “Siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Romanos 5:8). *El obsequio de la tierra a una nación* estaba diseñado para preparar el escenario *del regalo de la redención para todas las naciones* que iba a venir a través de Jesús, el heredero supremo de la tierra.

Israel iba a recibir el regalo de la tierra; sin embargo, mientras Jehová le habla a Josué, una imponente barrera todavía les impide el paso a Canaán. El Señor llama la atención sobre este obstáculo cuando ordena: “Levántate y pasa este Jordán”.

¡Ése es un gran mandato! Nos sorprendemos cuando consideramos que el río Jordán y su valle son parte de la gran depresión que se extiende desde Turquía hasta Malawi y

Mozambique en el sudeste de África. Esa depresión es una fosa tan profunda en la corteza de la tierra que hasta se puede ver desde la luna.

Según las cifras que se registran en Números 26, podemos calcular que Israel era una nación de por lo menos dos millones de personas. Esa enorme asamblea iba a tener que descender desde las llanuras de Moab hasta ese abismo, casi el punto más bajo de la tierra, a 395 metros por debajo el nivel del mar. Luego, iba a tener que cruzar un río que se desborda en esa estación del año (3:15) y entrar a una tierra ocupada por pueblos hostiles. El nuevo líder israelita iba a necesitar que el Señor le diera un corazón valiente. Y Dios le dio a Josué el necesario estímulo en forma de una representación visual con un comentario. Jehová le muestra la atractiva tierra que se encuentra más allá de la gran depresión.

⁴ Desde el desierto y el Líbano hasta el gran río Éufrates, toda la tierra de los heteos hasta el Mar Grande donde se pone el sol, será vuestro territorio. ⁵ Nadie podrá hacerte frente en todos los días de tu vida: como estuve con Moisés, estaré contigo; no te dejaré ni te desampararé.

El Señor enmarca la tierra prometida con los límites naturales que se usaban en el Oriente Medio en la antigüedad: un extenso desierto, una cordillera nevada, un río dominante y el gran mar, al que más tarde se le iba a llamar “el centro de la tierra” (“el Mediterráneo”). El atractivo que tiene la tierra, de la cual Israel ya sabía que “fluía leche y miel”, se intensifica por la forma como Dios la enmarca. Otras descripciones de los límites de la tierra prometida se encuentran en: Génesis 15:18-21; Éxodo 23:31; Números 34:1-12; Deuteronomio 1:7; 11:24.

Puede ser difícil determinar exactamente de dónde a dónde traza el Señor las líneas en un mapa imaginario; sin embargo, el territorio general es evidente. Cuando tomamos Deuteronomio 11:24 como nuestra indicación, el Señor bosqueja más o menos una “X”.

La primera línea de la “X” que Dios trazó se extiende desde el desierto de Arabia en el sudeste, hasta Líbano en el noroeste. Es probable que “el desierto” sea el de Arabia, ya que es el más imponente que se encuentra en el Oriente Medio. “Líbano” significa “blanco” y se refiere a la cordillera montañosa del Líbano; la cima cubierta de nieve y los precipicios de piedra caliza motivan su nombre. En el idioma hebreo, el Señor dice “este Líbano”. En el lejano noroeste Josué podía divisar la cumbre de la montaña cuando Dios le hablaba en Moab.

La segunda línea de la “X” que el Señor dibujó corre desde el río Éufrates en el noreste hasta las orillas del mar Mediterráneo en el sudoeste. Es posible que Dios esté haciendo un resumen de todo el terreno que le fue prometido a Israel cuando se refiere a “toda la tierra de los heteos”. Otra interpretación dice que se refiere sólo a la parte norte, del Líbano al Éufrates.

Con la descripción de esas extensas fronteras, Dios está demostrando la forma más que generosa como él acostumbra a tratar a su pueblo. El que está a punto de entregarle a Israel “una tierra buena y *ancha*” (Éxodo 3:8), con frecuencia nos da no sólo lo que necesitamos, sino “mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos” (Efesios 3:20). Su pueblo tiene una buena razón para decir: “Las cuerdas me cayeron en lugares deleitosos y es hermosa la heredad que me ha tocado” (Salmo 16:6).

Dios no promete que todo ese territorio va a estar en manos de Israel inmediatamente, sino que lo dará “poco a poco”, de acuerdo con la promesa hecha en Éxodo 23:29,30. Recuerde también que la continuidad en la posesión de la tierra estaba ligada a la obediencia al pacto del Sinaí. (Ver Deuteronomio 11:22-25; 30:17,18.). El Señor no le impondrá su regalo a un pueblo que desprecie al Dador.

El Señor no quiere que Josué piense que los que poseen esa tierra se va a rendir sin pelear. Israel va a enfrentar “naciones grandes y más poderosas” que él (Deuteronomio 11:23). Ésa es la pura realidad; sin embargo, la promesa de Dios explica con claridad que no importa lo impresionantes que sean los adversarios, Josué no va a morir en el campo de batalla. Cuando se despejen el polvo

y el humo de la batalla, él estará firme. El Señor le asegura: “Nadie podrá hacerte frente en todos los días de tu vida”. Con esas palabras le insinuó la promesa de una larga vida a un hombre ya anciano. Puede ser que Josué esté ya en los ochenta años cuando Jehová le habla. No obstante, el general anciano no morirá en los ochenta ni en los noventa años (24:29).

Durante toda la larga vida de Josué, el Señor le prometió iba a estar con él de igual manera que estuvo con Moisés. ¿Cómo estuvo el Señor con Moisés? Recuerde ocasiones como: cuando pasaron por tierra seca a través del mar Rojo, cuando el agua brotó de la roca, el maná y las codornices. Acuérdense de los diálogos personales entre Jehová y Moisés. De la misma forma misericordiosa, el Señor va a estar ahora con Josué. En un libro de hace unos 300 años, Matthew Henry hace un comentario interesante acerca de la promesa que hace el Señor de estar con Josué como lo estuvo con Moisés. Dice que Josué tal vez no poseía el aplomo de Moisés, y sin embargo tenía la misma presencia de Dios. Era todo lo que necesitaba.

La promesa del Señor no quiere decir que Josué debería olvidarse de todos sus talentos “naturales”. Eso sería someter la promesa a una prueba pecadora. Como general de Israel, Josué iba a usar cada granito de estrategia de que era capaz, confiando al mismo tiempo en que sólo la promesa de Dios y su presencia garantizarían el éxito. La fe en las promesas de Dios y las acciones que proceden de esa confianza se acompañan por naturaleza. Sólo una persona que quiera tentar a Dios se sienta y con el descaro de la holgazanería lo desafía para que demuestre sus promesas.

Por el papel incomparable que va a desempeñar Josué, el Señor le dirige algunas de sus promesas exclusivamente a él. Sin embargo, al menos la promesa más consoladora le pertenece al pueblo de Dios de todos los tiempos: “No te dejaré, ni te desampararé”. Esas palabras son un eco de Deuteronomio 31:1,6-8, donde las promesas se aplican a todo Israel. El escritor de la Epístola a los Hebreos les repite esas palabras a los cristianos del Nuevo Testamento; aplica esta promesa para que no estemos obsesionados con amontonar

bienes materiales como medidas de seguridad. “Sean vuestras costumbres sin avaricia, contentos con lo que tenéis ahora, pues él dijo: «No te desampararé ni te dejaré»” (Hebreos 13:5). Una vida completa y segura no se obtiene por poseer: carros, dinero en efectivo, y tarjetas de crédito. En cambio, la misericordiosa presencia del Señor sí nos da la seguridad que el mundo no puede darnos.

Dios anima aún más a Josué para asegurarle el éxito

⁶ Esfuérzate y sé valiente, porque tú repartirás a este pueblo como heredad la tierra que juré dar a sus padres. ⁷ Solamente esfuérzate y sé muy valiente, cuidando de obrar conforme a toda la Ley que mi siervo Moisés te mandó; no te apartes de ella ni a la derecha ni a la izquierda, para que seas prosperado en todas las cosas que emprendas. ⁸ Nunca se apartará de tu boca este libro de la Ley, sino que de día y de noche meditarás en él, para que guardes y hagas conforme a todo lo que está escrito en él, porque entonces harás prosperar tu camino y todo te saldrá bien. ⁹ Mira que te mando que te esfuerces y seas valiente; no temas ni desmayes, porque Jehová, tu Dios, estará contigo dondequiera que vayas.»

Dios escoge a Josué de entre todos los israelitas para cumplir su promesa. Cuando Jehová dice: “Tú repartirás a este pueblo como heredad la tierra”, el énfasis recae en *tú* en el hebreo. ¡Qué gran privilegio ser el agente especial de Dios en esta hora emocionante del cumplimiento de su promesa!

No obstante, la responsabilidad que viene con el privilegio ha de ser una gran carga para Josué, mientras contempla desde la cima la tierra llena de enemigos. Una tarea divina en los hombros de un simple mortal se hace demasiado pesada. Además la nación que va a dirigir es un pueblo infame que exasperó a Moisés hasta el punto de colmarle la paciencia. Moisés herido sollozó ante el Señor diciendo: “¿Por qué has hecho mal a tu siervo? ... No puedo yo solo soportar a todo este pueblo :es una carga demasiado... Si así vas a

hacer tú conmigo, te ruego que me des muerte” (vea Números 11:10-15).

El Señor desea que Josué sea “próspero”, que no se sienta frustrado y desalentado, de manera que no escatima elogios para animarlo. Tres veces en esta sección fortalece la fe de Josué al pedirle: “Esfuézate y sé valiente”. Por segunda vez en poco tiempo le promete que va estar con él dondequiera que vaya.

El repetido aliento que Dios le da es tan sorprendente como significativo. ¿Acaso esa reiteración indica que un redactor torpe empalmó documentos parecidos para formar el libro de Josué y se le olvidó quitar las superposiciones? Algunos críticos lo afirman. No obstante, existen mejores razones para la repetición.

Primero, la repetición desempeña un importante papel en el estilo de la escritura hebrea. Al hablar, el Señor se adapta al estilo de su pueblo. Segundo, la reiteración tiene el propósito de dar énfasis; Dios quiere que Josué tenga la seguridad de que podrá conquistar Canaán. Josué no es diferente de nosotros; necesitamos oír una y otra vez las palabras inspiradoras de Dios con el fin de estar firmes en la fe.

En el corazón de su mensaje alentador, Dios insiste en que Josué se aferre a la palabra escrita. La lectura de la Biblia debe ser *a fondo*, para que conozca y obedezca “toda la ley”. Debe hacerlo *con regularidad*, “de día y de noche”. Tiene que ser una meditación *personal* y no simplemente un ejercicio académico, ya que la promesa vinculada a esta manera de leer la Biblia es hacer que Josué “prosperé” y que todo le salga bien. El escritor del primer salmo le repite esta misma promesa de éxito a cualquiera que medite regularmente en las palabras de la Biblia (Salmo 1:2,3).

En el versículo 8 hay dos palabras que sugieren el valor de la lectura en voz alta. El libro de la ley debe estar en “*la boca*” de Josué; y la palabra hebrea traducida como “*meditar*” significa literalmente “murmurar en voz baja” (como hacen los judíos ortodoxos por lo general hasta el día de hoy). Se pierde algo cuando no hay lectura bíblica oral.

¿Qué es exactamente este “libro de la ley”, que es tan

importante para garantizar el éxito de Josué? En el idioma hebreo se le llama “Tora”. Aunque la palabra “Tora” usualmente se traduce como “ley”, el significado de su raíz es mucho más amplio: significa “instrucción” o “enseñanza”. Se puede referir a toda la enseñanza que Dios reveló en el Antiguo Testamento; sus leyes, sus promesas, la historia profética de sus hechos entre su pueblo escogido. “El libro de la ley”, expresión que Dios usa aquí, puede equivaler a los cinco libros de Moisés. Dado que Moisés escribió todos los libros desde el Génesis hasta el Deuteronomio, y Moisés está ahora muerto, esos cinco libros ya existían cuando Dios le habló a Josué. O puede ser que el “libro de la ley” se refiera al libro del Deuteronomio o sólo a una parte de éste (vea Deuteronomio 31:24-26).

Si alguien declara que la técnica de la escritura no había avanzado lo suficiente como para que le permitiera a Moisés escribir el Pentateuco antes de 1406 a.C., la arqueología ha demostrado lo contrario. Los arqueólogos han descubierto en la antigua Ebla en Siria, miles de tablillas de arcilla escritas en sumerio y “eblaico”, una lengua semítica estrechamente relacionada con el hebreo del Antiguo Testamento. El reino de donde provienen esos escritos floreció alrededor de 2300 a.C., casi un milenio antes de Moisés. Otros descubrimientos, que se han hecho en el Oriente Medio, también demuestran que la escritura era un arte bien conocido mucho antes de la época de Moisés. Mientras que los primeros sistemas de escritura utilizaban dibujos y signos que representaban sílabas, en la época de Moisés se usaba la escritura alfabética. En el año 1905 se encontraron en la península del Sinaí, a menos de 80 kilómetros del monte Sinaí, las primeras inscripciones alfabéticas, que datan de un período entre 1800 a 1500 a.C.

Se desconoce la forma física que tuvo originalmente el Pentateuco. La historia de los materiales de escritura muestra que en la época de Moisés se escribía en: piedra, arcilla, papiro, y pergamino. (Los libros encuadernados como hoy los conocemos, no aparecieron hasta principios del siglo I d.C. y no fueron comunes sino hasta el siglo IV).

Deuteronomio 31:26, nos dice que el libro de la ley se guardó al lado del arca del pacto. El mandato que el Señor le dio a Josué en nuestros versículos muestra que el libro no se puso allí como una reliquia empolvada, sino como un documento vivo que debía ser examinado con frecuencia.

Nos llama la atención el énfasis tan enérgico que Dios pone en la palabra escrita. Josué recibe ahora palabras directas del Señor; a veces el Señor le revela su voluntad por medio de suertes (14:2); en una ocasión le habla a través de un “Príncipe del ejército de Jehová” (5:14). Sin embargo, el Señor orienta la confianza de Josué a su revelación, las Escrituras. Lo dirige a la Tora, recién salido de las manos de Moisés, para toda autoridad y éxito.

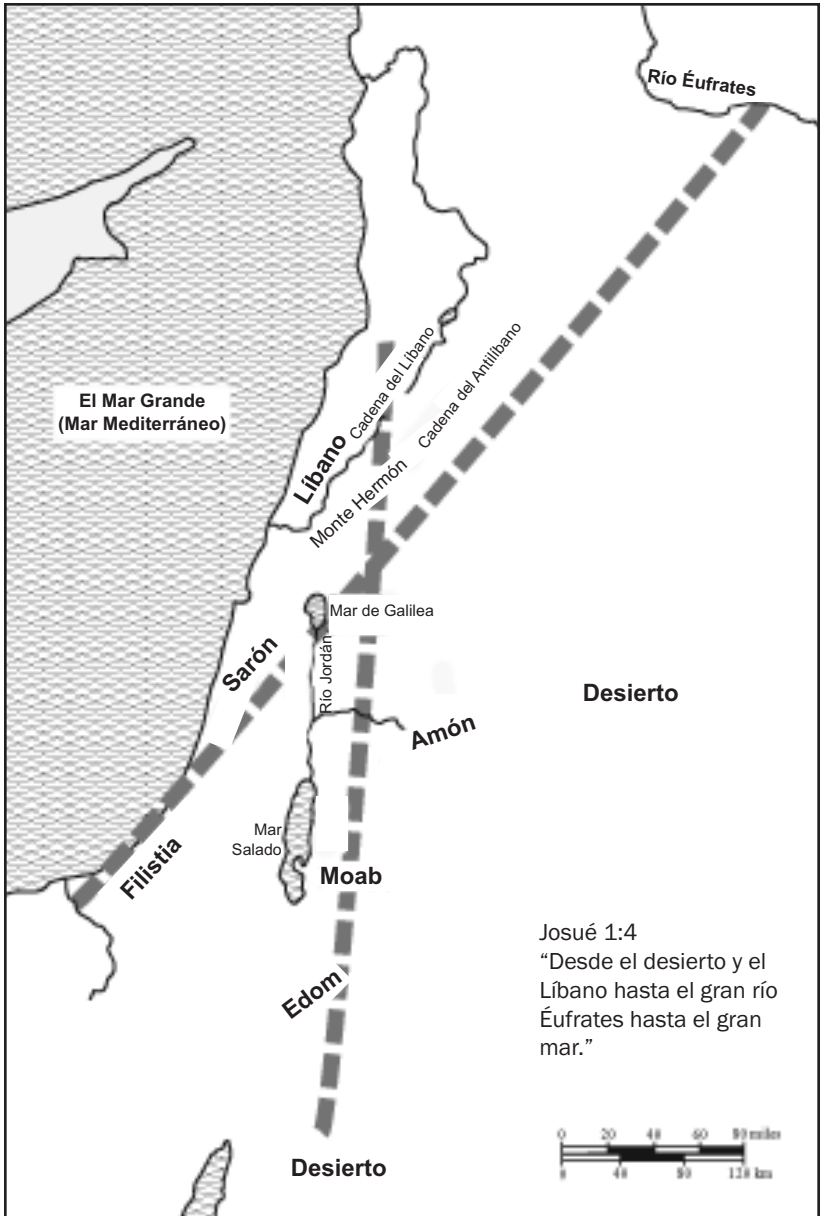
“La sola Escritura” no es una idea inventada durante la Reforma luterana, tres mil años después de Moisés, es el principio que Dios estableció para la prosperidad de su pueblo, tan pronto como la Biblia comenzó a aparecer.

El nuevo líder de Israel: responde a las palabras inspiradoras de Dios; desempeña su trabajo confiando en el Señor, y convoca a la nación para que participe.

Todo Israel va a participar

**¹⁰ Entonces Josué dio esta orden a los oficiales del pueblo:
¹¹ «Id por el campamento y dad esta orden al pueblo: “Preparaos comida, porque dentro de tres días pasaréis el Jordán para entrar a poseer la tierra que Jehová, vuestro Dios, os da en posesión.”»**

“Aires de cambio” refrescantes soplaron por todo el campamento. Al nuevo líder no se le ha escuchado decir “pero, Señor...” Los oficiales no ponen obstáculo alguno a las instrucciones de su líder, y entre el pueblo las quejas han desaparecido; al contrario, todo Israel quiere participar en el trabajo. Dios, que ha estado obrando en Israel a través de su palabra de aliento, merece todo el reconocimiento por el espíritu que reina entre ellos.



La tierra prometida en sus límites más extensos

Algo de la sabiduría práctica que Josué había recibido de Dios, sirve también para animar ese espíritu cooperativo. Su “espíritu de sabiduría” (Deuteronomio 34:9) conduce a Josué a emplear el arte de delegar la autoridad y la habilidad de la comunicación.

Josué está al mando; no obstante, no muestra un ego engreído que se niegue a entregar responsabilidades a los oficiales. Cuando Moisés se había quejado de que llevaba él solo la carga del pueblo, Dios le mostró cómo delegar autoridad a setenta jefes de Israel (Números 11:16, 17). Josué no olvidó esta lección práctica. Por lo tanto, todo Israel se iba a beneficiar, y la presión ya no iba a estar sobre un solo hombre. El trabajo se iba a realizar en una forma más efectiva, y mucha gente iba a tener la alegría de participar en la obra de Jehová. Los líderes sabios aprovechan los talentos de toda la familia de creyentes para el bien de la iglesia de Dios. Cuando esos dirigentes equipan completamente “a los santos para la obra del ministerio” (Efesios 4:12), y luego le ceden el trabajo a esos creyentes, proveen un servicio más grande que el de “un solo hombre”.

También note en nuestros versículos la eficiencia en la comunicación: como Dios le va a dar el mensaje a Josué, éste a los oficiales, y ellos a los Israelitas, ninguno se quedará sin saber lo que está pasando.

La comunicación *rápida* era un asunto de suma importancia. Tal vez ya sea el siete de Nisán, el primer mes dentro del calendario judío. Para el diez de Nisán, todo Israel tendrá que estar preparado para cruzar el Jordán (vea 4:19).

Por motivos espirituales, también es de suma importancia la comunicación *completa*. Si la gente sólo piensa en tomar la tierra para ellos, se perderá el verdadero significado del momento. La realidad completa es que están a punto de recibir de la mano misericordiosa de Dios una porción de su herencia del pacto. Y ¡Éste es un momento profundamente espiritual! Josué ordena: “Dad esta orden al pueblo”. Todo el pueblo tendrá sus provisiones listas para cruzar el Jordán y su corazón estará preparado para recibir el regalo.

El trabajo prosaico toma una dimensión espiritual cuando se comunica la realidad completa. Aun los trabajos rutinarios se convierten en servicio espiritual cuando los realizamos para nuestro Dios (1 Corintios 10:31). El esfuerzo que se haga para reunir todo lo necesario para cruzar el río será un tiempo gratificante para Israel, cuando se le dé a conocer la historia completa.

Muchos comentaristas ven un problema en las palabras de Josué: “Dentro de tres días pasaréis el Jordán”, porque no parece que se realice el cruce del Jordán tres días después de las palabras de Josué en el versículo 11. Cuando leemos el capítulo 2 y los primeros versículos del capítulo 3, parece que transcurren nueve o diez días antes de cruzar (vea 2:2,22; 3:1,2). Algunos críticos lo consideran como una contradicción porque intercala documentos que no coinciden. Pero se pueden proponer soluciones que no acusen al texto de oponerse a él mismo:

1. “Dentro de tres días” puede ser un modismo que signifique simplemente “muy pronto”.
2. Josué tenía el propósito de cruzarlo en tres días, pero las circunstancias lo impidieron. Note que Dios no pronuncia las palabras, sino Josué.
3. “Dentro de tres días” puede significar que los preparativos para cruzar el río iban a comenzar en tres días, pero no el paso en sí.
4. Los oficiales pueden haber recibido instrucciones de esperar varios días antes de dar la orden.
5. El episodio de los espías que se narra en el capítulo 2 pudo tener lugar antes o al mismo tiempo que los eventos que se narran en el capítulo uno. El cruce se pudo realizar en tres días, tal como se había programado. (Debemos tomar en cuenta que, en la escritura hebrea, los episodios se narran algunas veces sin una conexión precisa con lo que se dice antes o después. Algunas veces el estilo nos puede sorprender).

Los oficiales reunirán a toda la nación para cruzar el Jordán. Sin embargo, dos tribus y media de Israel, que ya se habían establecido al este del Jordán, necesitan que se les recuerde de manera especial que deben participar, y Josué mismo ahora se dirige a ellos.

12 También habló Josué a los rubenitas y gaditas y a la media tribu de Manasés, y les dijo:

13 —Acordaos de lo que os mandó Moisés, siervo de Jehová, cuando dijo: “Jehová, vuestro Dios, os ha dado reposo, y os ha dado esta tierra. 14 Vuestras mujeres, vuestros niños y vuestros ganados quedarán en la tierra que Moisés os ha dado a este lado del Jordán; pero vosotros, todos los valientes y fuertes, pasaréis armados delante de vuestros hermanos, y los ayudaréis 15 hasta tanto Jehová les haya dado reposo igual que a vosotros, y ellos también posean la tierra que Jehová, vuestro Dios, les da. Después volveréis a la tierra de vuestra herencia, la cual Moisés, siervo de Jehová, os ha dado a este lado del Jordán, hacia donde nace el sol, y entraréis en posesión de ella.”

Los antecedentes de estos versículos se encuentran en: Números 32, Deuteronomio 3:12-20, y Josué 13:8-32. Las tribus de Rubén y Gad, y la mitad de la tribu de Manasés, fueron las primeras en tomar posesión de la tierra. Sucedió así: cuando Israel se rebeló después de haber oído el informe de los espías que fueron enviados para reconocer la tierra desde el sur, la nación dio un extenso rodeo y se acercó por el este a Canaán. Al avanzar hacia esta “puerta lateral” de Canaán, Israel conquistó una gran parte de Transjordania, la tierra que está al este del río (vea el mapa, página 25). Transjordania era un país ganadero que contaba con abundantes tierras de pastoreo, y como: Rubén, Gad, y Manasés, eran “tribus ganaderas” con manadas y rebaños, la cordillera transjordana les convenía y se la pidieron a Moisés: “Si hallamos gracia a tus ojos, dése esta tierra a tus siervos en heredad y no nos hagas pasar el Jordán” (Números 32:5).

Transjordania no era considerada como la tierra de la promesa propiamente y la primera respuesta de Moisés fue vehemente: “Y ahora vosotros, prole de hombres pecadores” (Números 32:14). Esas

severas palabras parecen indicar que las dos y media tribus, originalmente *no* planeaban ayudar a sus hermanos en la conquista del territorio al oeste del Jordán.

Ante estas palabras, Rubén y Gad, hicieron una promesa. Si se les concedía la tierra al este del Jordán, primero construirían ciudades para sus familias y corrales para sus ganados; y entonces los hombres de combate iban a cruzar el Jordán con las otras tribus e iban a pelear al lado de ellos para dominar Canaán. Sólo después regresarían a sus hogares al este del río. Moisés, entonces, suavizó sus palabras, aprobó lo que le pedían y les mandó a las dos tribus y media que cumplieran con las condiciones de la tierra que se les había otorgado.

Sin arenga y más bien con un tono fraternal, Josué les recuerda a esas tribus el mandato de Moisés. Recurre a su sentido de hermandad y a su falta de egoísmo. Josué está parafraseando las palabras que dijo Moisés en Números 32:20-22 y Deuteronomio 3:18-20.

Una palabra clave que Moisés había usado en su mandato fue “reposo” (Deuteronomio 3:20). Josué también usa ese término: “Los ayudaréis hasta tanto Jehová les haya dado reposo igual que a vosotros”. Las dos tribus y media ya disfrutaban el “reposo” de la seguridad física. Han vencido a sus enemigos y se han establecido después de cuarenta años de peregrinar en el desierto, así gozan de una evidente ventaja sobre las otras tribus. Por lo tanto, si ahora tienen un espíritu de hermandad no estarán satisfechos hasta que Israel comparta ese “reposo”.

Era valioso el “reposo” de seguridad física que estaban gozando y que el Israel del Antiguo Testamento estaba ganando mediante el poder militar. Sin embargo, no era un fin en sí mismo y apenas merecía que se le comparara con el “reposo” espiritual mucho más glorioso que Jesús ganó. El autor de Hebreos, examina el concepto de “reposo” que está salpicado por todo el libro de Josué y lo compara con el “reposo” de más valor que se encuentra en Jesús. Su conclusión es: “Si Josué les hubiera dado el reposo, no hablaría después de otro día” (Hebreos 4:8). “Pero los que hemos creído entramos en el reposo” (Hebreos 4:3). El Josué del Antiguo

Testamento podría darle un cierto descanso a Israel al vencer a sus enemigos físicos. No obstante, el Josué del Nuevo Testamento (recuerde que “Jesús” es la forma griega de “Josué”) ha ganado un eterno descanso espiritual para el mundo entero, cargado de culpa, al vencer el pecado por nosotros (Mateo 11:28,29; Isaías 53:4-6).

Sin embargo, se tenía que ganar primero ese “reposo” del Antiguo Testamento, para que Israel pudiera vivir en la tierra prometida como el pueblo del pacto de Dios y le pudiera dar al mundo a Aquel que le daría su verdadero descanso. ¿Cumplirán: Rubén, Gad, y Manasés, la promesa de ayudar a sus hermanos a encontrar ese reposo? O, como muchos ahora, ¿alejarán que las promesas que se hacen ingenuamente se pueden quebrantar en vista de lo que venga después en la vida?

¹⁶Entonces ellos respondieron a Josué:

—Nosotros haremos todas las cosas que nos has mandado, e iremos adondequiera que nos mandes. ¹⁷De la manera que obedecemos a Moisés en todas las cosas, así te obedeceremos a ti; solamente que Jehová, tu Dios, esté contigo, como estuvo con Moisés. ¹⁸Cualquiera que sea rebelde a tu mandamiento y no obedezca tus órdenes en todas las cosas que le mandes, que muera. Tú, solamente esfuerzate y sé valiente.

En efecto, las tribus del este iban a participar en la conquista que se acercaba, en bien de sus hermanos. Israel es la familia del pacto que goza la promesa de Dios, que le fue dada a toda la nación. Cada tribu está determinada a cumplir su propia promesa en bien de Israel. Cumplirán su palabra; eso se da por sentado y ni siquiera se menciona directamente.

Su acogedora respuesta va más allá de cumplir la promesa: le aseguran absoluta lealtad a Josué y en consecuencia a Jehová, cuyos mandatos transmite Josué. Piden la misericordiosa presencia de Dios para Josué y amenazan con la muerte a todo aquel que se oponga a él, ya que eso sería traición en un contexto militar. Luego repiten las palabras de ánimo que el mismo Jehová le dio a Josué. (Compare esto con los versículos 6, 7, 9). Los hijos de la generación quejosa han mejorado el triste historial que dejaron sus padres. No

siempre es necesario que se vaya de mal en peor de una generación a otra, ya que ¡Dios puede obrar cambios asombrosos!

Las dos tribus y media, nos muestran cómo respaldar a los líderes. Podemos estar tentados a mantenernos al margen y criticarlos, especialmente cuando las personas que están al frente de las decisiones muestran ciertos defectos. Un torrente de palabras sin amor les ha quitado a muchos siervos fieles el gozo de desempeñar el trabajo de Jehová. Sin embargo, vemos aquí a Josué gozando no sólo del ánimo del Señor, sino del apoyo firme de parte del pueblo que él dirige. El resultado del ambiente que Dios creó tiene que ser un éxito rotundo.

Rahab y los espías

2 Josué hijo de Nun envió desde Sitim dos espías secretamente, y les dijo: «**Id a explorar la tierra y a Jericó.**»

Ellos fueron, entraron en casa de una ramera que se llamaba Rahab y se hospedaron allí. ² Entonces le fue dado este aviso al rey de Jericó:

—Unos hombres de los hijos de Israel han venido aquí esta noche para espiar la tierra.

³ El rey de Jericó mandó a decir a Rahab:

—Saca a los hombres que han venido a verte y han entrado a tu casa, porque han venido para espiar toda la tierra.

⁴ Pero la mujer había tomado a los dos hombres y los había escondido. Luego dijo:

—Es verdad que unos hombres vinieron a mi casa, pero no supe de dónde eran. ⁵ Cuando se iba a cerrar la puerta, siendo ya oscuro, esos hombres salieron y no sé a dónde han ido. Seguidlos aprisa y los alcanzaréis.

⁶ Pero ella los había hecho subir al terrado, y los había escondido entre los manojos de lino que tenía puestos en el terrado.

⁷ Los hombres salieron tras ellos por el camino del Jordán, hasta los vados, y la puerta fue cerrada después que salieron los perseguidores.

Josué no está enterado de los planes que el Señor tiene para las murallas de Jericó, así que recurre a sus habilidades como general en jefe y envía dos espías a reconocer la tierra. Hacía 38 años que Moisés había enviado a Josué como miembro de un equipo de espías a Canaán (Números 13 y 14). El resultado de ese reconocimiento, sin embargo, fue una rebelión y el desperdicio de treinta y ocho años. Ahora la estrategia de Josué es diferente, al menos en dos formas.

Primero, Josué envía a los agentes en *secreto*; ni siquiera Israel lo sabía. Si los espías regresaban con el informe poco alentador de que había escasas posibilidades para el éxito, Josué no tendría que compartir el mensaje. Los espías sólo le informarán a Josué, como lo mostrará el versículo 24. Una segunda diferencia consiste en que los espías *se concentrarán en una parte de Canaán* (“Id a explorar la tierra y a Jericó”). Josué calcula una conquista “paso a paso”, y no una campaña de “toda la tierra a la vez” que puede derrotarlos psicológicamente. Esa estrategia está en armonía con el plan que tenía Dios de darles la tierra “poco a poco” (Deuteronomio 7:22). Además, concuerda con una vida en espera del “pan *de cada día*” a la cual Jesús nos dirige en el Padrenuestro.

La audaz decisión que hizo Josué de enviar espías no niega su confianza en las promesas recientes de Jehová. Los creyentes no insisten en milagros. Tenemos que ser decididos y enérgicos mientras surcamos las olas de las promesas de Dios. La Biblia nunca recomienda la pereza y la presunción, y con frecuencia pide actuar con confianza bajo la guía de Jehová.

Josué envía a los espías desde Sitim, el último campamento de Israel al este del río Jordán. El nombre completo es Abel-sitim (“arroyo de las acacias”), y describe un lugar agradable en un montículo que tiene a la vista las llanuras de Moab. Sitim, que se encuentra a unos 16 km del Jordán y como a 24 km de Jericó.

El buen juicio de Josué lo lleva a concentrarse en Jericó, que era una ciudad clave del centro de Canaán, pues controlaba los caminos que iban al corazón mismo de la tierra prometida. Está cerca de los principales vados que cruzan el sudeste del Jordán y

controla los manantiales de agua dulce que son vitales para el abastecimiento del agua a la región.

Jericó, el nombre que los cananeos le pusieron por el dios de la luna, es la ciudad más antigua del mundo. En Deuteronomio 34:3 se le da a este antiguo pueblo el nombre de la “ciudad de las palmeras”. Los arqueólogos afirman que Jericó se había establecido varios milenios antes de que los espías entraran allí. Su abundante suministro de agua y el agradable clima del que goza todo el año (debido a su ubicación a 243 metros bajo el nivel del mar) persuadieron a la gente a quedarse a vivir allí. Como otras ciudades de Canaán en el tiempo de Josué (alrededor de 1400 a.C.), Jericó era ahora una ciudad-estado gobernada por un rey. Si el rey y su ciudad caían, Israel tendría un asentamiento crucial en el centro de la tierra de la promesa.

Ha surgido la pregunta de por qué los dos espías, hombres del pacto de Dios y de sus mandamientos, entraron en la casa de la prostituta Rahab en Jericó. Pero hay explicaciones válidas que no acusan a los espías de apartarse de su misión. Primero, la casa de la prostituta puede ofrecer protección especial; quizá para los moradores de Jericó el hecho de ver a dos jóvenes viajeros entrar a una casa así no iba a despertar sospecha alguna. En segundo lugar, una casa pública de prostitución puede haber sido el mejor lugar de la ciudad para obtener información acerca de Jericó. En tercer lugar, una prostituta tal vez no tendría la obligación moral de entregar a los espías al rey. En cuarto lugar, la casa de Rahab, que se encontraba en el muro mismo de la ciudad (versículo 15) era ideal para escapar rápidamente. Los espías no iban a ser atrapados en el centro de la ciudad. Y finalmente, está claro que Jehová los dirigió a la casa de la prostituta Rahab.

Algunos comentaristas hasta hacen aparecer como si Rahab no fuera en realidad una prostituta; se ha sugerido que probablemente se trataba de una “tabernera”. Josefo, el primer historiador judío, es la fuente antigua de esa interpretación. Es cierto que la palabra hebrea traducida como “prostituta”, puede ser algo ambigua; sin embargo, hay dos versículos en el Nuevo Testamento que

claramente la llaman así. (Vea Hebreos 11:31 y Santiago 2:25.) Nos impresiona tanto más la gracia de Dios para con Rahab cuando conocemos su pasado.

Mientras los espías se encontraban en la casa de Rahab, el rey se enteró de su presencia en la ciudad y también la razón por la que se encontraban en Jericó. Los proyectos de los espías se desvanecen para que el Señor realice los suyos. Ahora todo lo que esperan estos dos espías es salir de Jericó sin ser detectados y darle el informe a Josué. Pero Dios piensa en una misión más grande; va a cambiar los acontecimientos para llevar bendición a muchos: a Israel, a Rahab y su familia, y a toda la gente a través de uno de los descendientes de Rahab.

Cuando los planes no se realizan, debemos recordar que Dios está al mando de nuestra vida. Al final podemos apreciar que nuestros proyectos eran demasiado pequeños para los propósitos del Señor. En lugar de vivir frustrados por planes que se vienen abajo, debemos recordar que “a los que aman a Dios, todas las cosas los ayudan a bien.” (Romanos 8:28).

Rahab no acata la orden del rey de sacar a los espías que ella ha escondido. Actúa conforme al espíritu del Quinto Mandamiento y con el deseo de proteger la vida. La desobediencia civil es lo correcto cuando se trata de decidir entre obedecer a Dios u obedecer a los hombres (Hechos 5:29).

¿Pero, qué podemos decir de las mentiras que dijo Rahab para proteger a los espías? El autor del libro de Josué no hace ninguna pausa para comentar si el engaño intencionado es una cuestión moral. No condena ni defiende la distorsión que hizo de los hechos; todo su propósito es informar acerca del episodio. No obstante, las preguntas que los lectores de este capítulo con frecuencia formulan exigen una respuesta. Lo que sigue puede esclarecer el asunto:

1. El propósito de Rahab es proteger la vida de los dos hombres. Sus motivos están de acuerdo con la voluntad de Dios y su corazón se encontraba “en el lugar correcto”.

2. No todas las formas de engaño son necesariamente inmorales. Los mismos espías estaban viviendo un engaño evidente en Jericó. En 8:2 Dios ordena una “emboscada”, una estrategia militar. En Éxodo 1:15-21 las parteras engañaron al faraón con el fin de proteger la vida de los bebés varones, y Dios vio con buenos ojos lo que hicieron.
3. Rahab tenía que tomar una decisión rápida sin inmutarse. No podía darse el lujo de entrar en un debate sobre la moralidad del engaño. Las preguntas que se contestan con facilidad en un aula no siempre son tan fáciles de contestar “en el momento” cuando se necesita dar la respuesta en “el mundo real”.
4. Rahab apenas estaba saliendo de la profunda oscuridad de sus antiguas creencias cananeas. Su antigua religión, en la que se practicaba la prostitución como parte de la liturgia, probablemente no cuestionaba la moralidad de una mentira provechosa.
5. Según las antiguas ideas acerca de la hospitalidad, era una cuestión de orgullo proteger aun al peor de los enemigos, especialmente si alguna vez había “comido sal” en casa del hospedador. Rahab está protegiendo a sus huéspedes a toda costa, tal como la cultura de su tiempo le exigía.
6. Nuestro gozo como pueblo de Dios no se debe a que hayamos tomado la perfecta decisión en cada enigma moral; nuestro principal gozo se encuentra en que “si alguno ha pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo, el justo. Él es la propiciación por nuestros pecados” (1 Juan 2:1,2).

Son dramáticos todos los acontecimientos que rodean la acción de los espías. Rahab: esconde a sus dos huéspedes, les miente a los mensajeros del rey, y los envía a una búsqueda frenética. Al mismo tiempo, los dos agentes se esconden a unos cuantos metros en el techo, fuera del alcance de ellos. Basta que uno de ellos tosa, y los atrapan. Los espías están cubiertos de manojos de lino que se han

puesto a secar para hacer tela de lino, mechas para lámparas o sogas. Los manojos de lino son ideales para ocultarse y en su forma trenzada pueden dar la escapatoria perfecta.

El cierre rápido de la puerta de la ciudad, tan pronto como salen los perseguidores, da a entender que ronda un ambiente de pánico en Jericó. ¿Se cierra la puerta de inmediato para atrapar a los espías en la ciudad en caso de que Rahab haya mentido? ¿O se cierra de golpe para detener rápidamente a los otros israelitas que puedan estar acechando afuera bajo el manto de la noche? Cualquiera que sea la razón, el cierre repentino sugiere el miedo profundo dentro de esta antigua ciudad, que ha preferido dioses inventados por los hombres y supersticiones, en lugar del Dios viviente.

El miedo más intenso surge de un sentimiento de culpa y juicio. El pecado de Jericó ha llegado al colmo (Génesis 15:16). Sobre esta ciudad se acerca el juicio de Dios, que va a llevar a cabo por medio de Israel. “¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!” (Hebreos 10:31). Con toda razón el temor invade a Jericó. El diálogo de Rahab con los espías que están en el techo continúa reflejando el miedo que Jericó experimentaba.

8 Antes que ellos se durmieran, ella subió al terrado y les dijo:

9—Sé que Jehová os ha dado esta tierra, porque el temor de vosotros ha caído sobre nosotros, y todos los habitantes del país ya han temblado por vuestra causa. ¹⁰ Porque hemos oído que Jehová hizo secar las aguas del Mar Rojo delante de vosotros cuando salisteis de Egipto, y también lo que habéis hecho con los dos reyes de los amorreos que estaban al otro lado del Jordán, con Sehón y Og, a los cuales habéis destruido. ¹¹ Al oír esto ha desfallecido nuestro corazón, y no ha quedado hombre alguno con ánimo para resistiros, porque Jehová, vuestro Dios, es Dios arriba en los cielos y abajo en la tierra. ¹² Os ruego pues, ahora, que me juréis por Jehová, que como he tenido misericordia de vosotros, así la tendréis vosotros de la casa de mi padre, de lo cual me daréis una señal segura; ¹³ que salvaréis la vida a mi padre y a mi madre, a mis hermanos y hermanas,

y a todo cuanto les pertenece, y que libraréis nuestras vidas de la muerte.

¹⁴ Ellos le respondieron:

—Nuestra vida responderá por la vuestra, si no denuncias este asunto nuestro; y cuando Jehová nos haya dado la tierra, te trataremos con bondad y lealtad.

¹⁵ Entonces ella los hizo descender con una cuerda por la ventana, pues su casa estaba en el muro de la ciudad y ella vivía en el muro. ¹⁶ Les dijo:

—Marchaos al monte, para que los que fueron tras vosotros no os encuentren. Estad escondidos allí tres días, hasta que vuelvan los que os siguen; después os iréis por vuestro camino.

¹⁷ Ellos le dijeron:

—Nosotros quedaremos libres de este juramento que te hemos hecho. ¹⁸ Cuando nosotros entremos en la tierra, tú atarás este cordón de grana a la ventana por la cual nos descolgaste, y reunirás en tu casa a tu padre y a tu madre, a tus hermanos y a toda la familia de tu padre. ¹⁹ Cualquiera que salga fuera de las puertas de tu casa, su sangre caerá sobre su cabeza y nosotros seremos sin culpa. Pero cualquiera que esté en la casa contigo, su sangre caerá sobre nuestra cabeza, si alguna mano lo toca. ²⁰ Y si tú denuncias este nuestro asunto, nosotros quedaremos libres de este juramento que te hemos hecho.

²¹ —Sea así como habéis dicho —respondió ella.

Luego los despidió; ellos se fueron y ella ató el cordón de grana a la ventana.

En esta sección se nota no sólo el temor de Jericó, sino también la nueva fe de Rahab. Las dos condiciones son sorprendentes porque revelan actitudes opuestas. Frases como “el temor de vosotros ha caído sobre nosotros...Ha desfallecido nuestro corazón... No ha quedado hombre alguno con ánimo”, revelan una imagen de pánico en una nación que obstinadamente se opone a Dios. Jehová está cumpliendo la profecía del famoso cántico de victoria de Moisés después de cruzar el mar Rojo:

Entonces los caudillos de Edom se turbarán,
a los valientes de Moab los asaltará temblor,
se acobardarán todos los habitantes de Canaán.

¡Que caiga sobre ellos temblor y espanto!
Ante la grandeza de tu brazo
enmudezcan como una piedra,
hasta que haya pasado tu pueblo, oh Jehová,
hasta que haya pasado este pueblo que tú rescataste.

Tú los introducirás y los plantarás
en el monte de tu heredad,
en el lugar donde has preparado, oh Jehová, tu morada,
en el santuario que tus manos, oh Jehová, han afirmado.
(Éxodo 15:15-17)

Por todos lados hay señales inquietantes de un juicio inminente, mientras Israel cierra las fronteras de Canaán. Sin embargo, mientras los corazones se sumen en el miedo, el corazón de Rahab retiene la semilla de la nueva fe en el Señor. Sus expresiones demuestran su fe: “Sé que Jehová os ha dado esta tierra... Jehová, vuestro Dios, es Dios arriba en los cielos y abajo en la tierra... Os ruego pues, ahora, que me juréis por Jehová”. Sus acciones manifiestan su fe: recibe a los dos espías del pueblo de Dios, los hospeda, los oculta, los aconseja, los ayuda a escapar, y hace lo que ellos le ordenan.

¿Exactamente cómo empieza a crecer la confianza de Rahab en el Dios vivo? Como la fe es siempre un regalo de Dios, él es el autor misericordioso de la fe de Rahab (I Corintios 12:3). Por medio de su mensaje de salvación cambia los corazones, que pasan del temor a la confianza en él (Romanos 10:17). ¿Pero cómo escuchó Rahab el mensaje de que el Señor de Israel es el Dios Salvador? Sólo podemos aventurarnos a adivinar, ya que el autor de Josué guarda silencio al respecto. Las obras poderosas del Señor se conocieron por todas partes (versículo 10); tal vez junto con el informe de esas obras había noticias de su gran promesa: que iba a bendecir a toda la gente a través de uno que venía de Israel (Génesis 12:2,3; 26:2-4; 28:13-15). ¿Acaso unos viajeros fueron los que le dieron

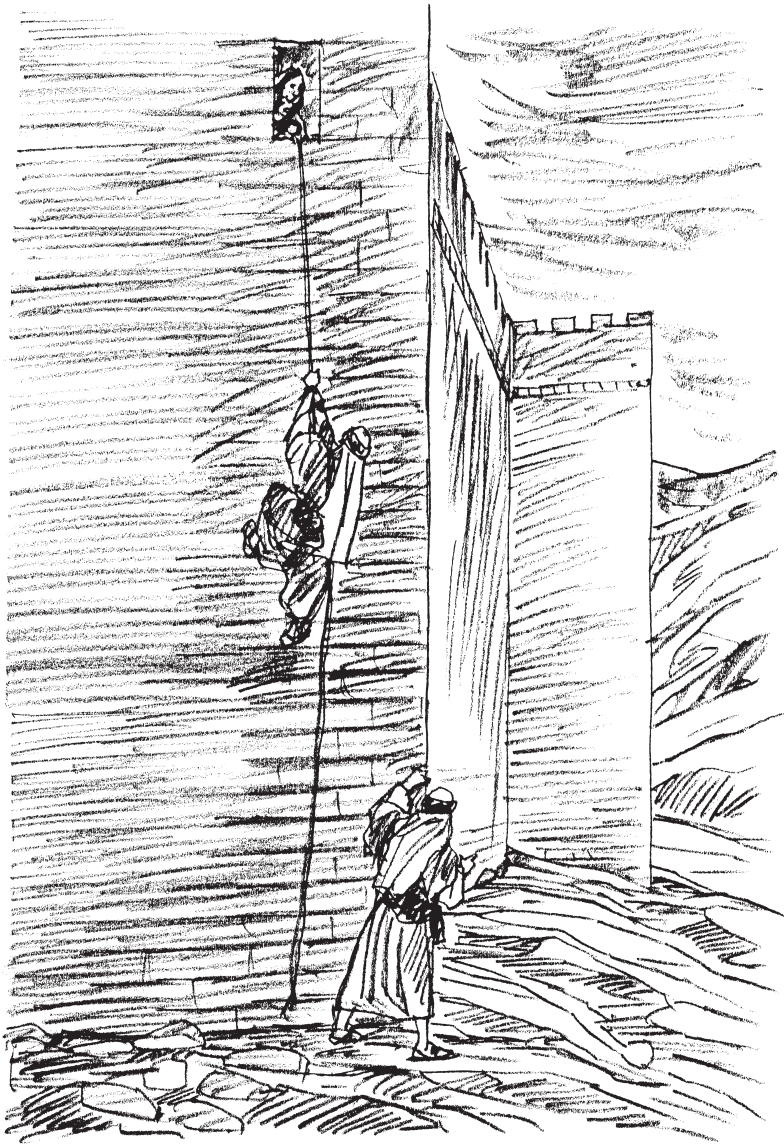
testimonio involuntariamente a Rahab de las grandes obras de Jehová y de sus promesas salvadoras? ¿O fueron los dos espías de Israel los primeros en hablarle a ella acerca de Yahvéh, “el Señor”, el Dios salvador viviente? No lo sabemos.

No obstante, sabemos esto: el testimonio que damos de nuestro Salvador nunca es un testimonio perdido. Vea lo que el Señor logró hacer por una prostituta cuando alguien le habló de: “¡Jehová! ¡Jehova! Dios fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira y grande en misericordia y verdad” (Éxodo 34:6).

Puesto que ella demostró su fe por sus obras, Rahab forma parte del catálogo de grandes personajes de la fe que se encuentra en Hebreos 11: “Por la fe Rahab la ramera no pereció juntamente con los desobedientes, porque recibió a los espías en paz.” (versículo 31). Santiago también presenta como ejemplo las obras de Rahab, las cuales demostraron su fe: “Asimismo, Rahab, la ramera, ¿no fue acaso justificada por obras, cuando recibió a los mensajeros y los envió por otro camino?” (Santiago 2:25). Estos pasajes del Nuevo Testamento demuestran que la fe de Rahab en el Señor era auténtica y que no fingió simplemente tener fe para salvar su vida.

Rahab se prepara para el porvenir en vista de lo que sabe que va a pasar conforme a la promesa del Señor. Dedicar sus pensamientos y su energía hacia la nueva vida. De esa manera es un gran ejemplo para nosotros. Debemos abandonar lo viejo y el pecado, considerándonos como nuevas criaturas según la gracia de nuestro Dios y actuar a la luz de su promesa (2 Corintios 5:17).

La preocupación de Rahab por su parentela llama la atención a su nueva fe. Les pide a los espías que le hagan un juramento por el Señor de que van a perdonar la vida de su familia en el inminente holocausto. Salvarse ella misma no es su única preocupación. Los espías juran que van a cumplir lo que Rahab les pide. El que ellos juren por Dios es la “señal segura” que garantiza la salvación de su familia (versículo 12). Ésta es una más de las evidencias de su fe. Ella acepta un juramento “por Jehová” como la señal segura que solicita.



Huida de los dos espías

Cuando juran que van a perdonar a Rahab y a su familia ¿están quebrantando los espías la orden que dio Moisés en Deuteronomio 7:2 donde estipula: “no harás alianza” ni “tendrás misericordia” de los habitantes de Canaán? Observe que el mandato de Moisés se refiere a las alianzas con las “naciones” y no prohíbe mostrar bondad a las familias. Tome en cuenta también que las palabras de Moisés se aplican después de que Israel ha conquistado la nación. Los espías no se preguntan si el juramento que le hacen a Rahab es apropiado. Saben que Josué lo aprobará (6:22) y Dios también. Él tiene planes de mucho alcance para la vida de Rahab. Siempre tiene el propósito de mostrar gracia y perdón al que se arrepiente (2 Pedro 3:9). El juicio viene sólo cuando su gracia es pisoteada.

La generosidad de Rahab no se detiene bruscamente después de que obtiene el juramento deseado. Usa una cuerda para bajar a los espías por una ventana de su casa, que está construida como parte del muro de la ciudad. No es muy clara en el hebreo la conexión precisa entre la casa y el muro de Jericó. La casa pudo haber sido construida sobre el muro o contra él. O ella pudo haber vivido dentro de una amplia pared ahuecada conocida como “muro de casamata”.

Después de bajar a los espías, Rahab los envía en dirección contraria a la que les indicó a los que los persiguen. Éstos se dirigen al este por el Jordán, mientras que los espías probablemente van por el oeste donde hay montes y montañas que tienen escondrijos y cuevas. La montaña, Jebel Qarantal, es el lugar tradicional de la tentación de Jesús. Los rollos del mar Muerto permanecieron escondidos en unas cuevas a 12 km al sur, en altas tinajas de barro, por cerca de 2000 años. Dos astutos espías escondidos en cuevas similares podrían con facilidad pasar inadvertidos, especialmente cuando los perseguidores iban buscándolos por el camino equivocado.

Una nota sobre la técnica literaria del autor puede ayudar a esclarecer algo de la confusión acerca del orden de los acontecimientos en esta parte. Aquí y en otros capítulos, el autor emplea una estratagema literaria conocida como prolepsis, que consiste en la colocación de un suceso en una narración antes de su

punto lógico en el tiempo. En el versículo 15 el descenso con la cuerda probablemente se lleva a cabo después de la conversación que se narra en el versículo 16s; no obstante, el autor lo menciona al principio para completar la parte del episodio que presenta la acción. Tenemos otro ejemplo en el versículo 21. Rahab probablemente ata el cordón de grana algunos días después, cuando Israel entra a la tierra (versículo 18), pero el autor lo menciona con anticipación para completar la historia.

Observe la precisión de los espías al declarar las condiciones de su juramento. Los juramentos que usan el nombre de Dios requieren gran cuidado y claridad, tal y como lo implica el Segundo Mandamiento. La ciencia militar también exige la comprensión clara de las condiciones del juramento, con el fin de que no surja confusión en la hora crítica del ataque. La familia de Rahab debe estar dentro de la casa, la misión de los espías se tiene que guardar en absoluto secreto y el cordón de grana debe ser visible en la ventana de Rahab.

El propósito de la cuerda escarlata puede ser puramente práctico: identificar la casa que Israel va a proteger. El autor no menciona otro significado de la soga y su color; sin embargo, para nosotros esa cuerda roja bien podría sugerir la redención de la que había sido una mujer de la calle. Desde su principio, la iglesia ha notado el rico simbolismo que sugiere la soga de color sangre, y lo ha asociado con la purificación conseguida para nosotros por la sangre de Cristo.

En todo este episodio, la generosa ayuda de Rahab muestra que los espías pueden confiar en ella y que no tiene planes para “traicionarlos”. Dios ha mostrado su misericordia sembrando la fe en su corazón. Como resultado, fluyen de ella las buenas obras. El Señor desea que todos los que conocen su gracia sigan este modelo.

La gracia de Dios para con Rahab no terminará con el rescate personal de ella. La genealogía de Jesús en el Evangelio según san Mateo muestra que Rahab tiene el gran honor de ser un antepasado de nuestro Salvador (Mateo 1:5). De su linaje viene el rey David, antepasado de Jesús. Los planes de Dios para ella incluían las bendiciones a todas las gentes a través de su descendencia.

Una amiga confiable esperaba a Israel en la ciudad hostil de Jericó. Los espías pudieron abandonar la ciudad con un éxito más allá de sus esperanzas, porque el Señor los guiaba.

²² Marcharon ellos, llegaron al monte y se quedaron allí tres días, hasta que volvieron los que los perseguían, quienes los habían buscado por todo el camino, sin hallarlos. ²³ Entonces volvieron los dos hombres a descender del monte, pasaron, y cuando llegaron donde estaba Josué hijo de Nun, le contaron todas las cosas que les habían acontecido. ²⁴ Dijeron a Josué: «Jehová ha entregado toda la tierra en nuestras manos; todos los habitantes del país tiemblan ante nosotros».

Es probable que los espías fueran en dirección opuesta del campamento de Israel en Abel-sitim, para esconderse en los montes. Después de permanecer “tres días” (vea las notas en la página 27): vuelven hacia el este del Jordán, cruzan el río que está crecido (3:15), e informan a Josué.

El relato de los espías es refrescante, especialmente cuando se compara con el informe negativo de diez de los doce espías que fueron enviados treinta y ocho años atrás (Números 13). Tanto los espías pasados como los presentes vieron las mismas condiciones en Canaán; la diferencia es que estos dos agentes dan su análisis confiando en la promesa del Señor.

Siempre podemos manipular los hechos evidentes para decir lo que queremos. De no haber aceptado las seguras promesas de Dios en su corazón, estos dos hombres hubieran presentado una triste imagen de las oportunidades que tenían para apoderarse de la tierra. Hubieran puesto el énfasis: en los imponentes muros de la ciudad, en el celo del rey, en los ciudadanos inclinados a proteger su ciudad, en un río encrespado que se tenía que cruzar, y en que tuvieron mucha “suerte” al salir con vida. Pero los dos agentes ven los hechos a la luz de las promesas de Dios y concluyen: ciertamente “Jehová ha entregado toda la tierra en nuestras manos”. Los problemas no los ciegan para no ver la clara demostración de que Jehová cumple sus promesas.

La fe en las promesas de Dios influye mucho en la forma como nos expresamos acerca de las condiciones de nuestra vida. Si no confiamos en que Jehová está al mando, es fácil dar un informe negativo. Ataques terroristas, amenazas de holocaustos nucleares, incertidumbre económica, decadencia moral por todos lados, escándalos en la iglesia, aumento de los enemigos de la iglesia. Todas esas cosas pueden ser realidad; sin embargo, con las promesas de Jehová podemos ser realistas y a la vez optimistas, e informar que “somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó” (Romanos 8:37). La confianza en la palabra del Señor tiene mucho que ver con la forma como vemos tanto el presente como el futuro.

Inspirado por el informe optimista que le rindieron los espías, Josué ahora prepara a Israel para uno de los hechos más asombrosos de Dios en beneficio de su pueblo del Antiguo Testamento.

Israel cruza el Jordán

3 Josué se levantó de mañana, partió de Sitim con todos los hijos de Israel y llegaron hasta el Jordán y reposaron allí antes de pasarlo. ² Después de tres días, los oficiales recorrieron el campamento ³ y ordenaron al pueblo: «Cuando veáis el Arca del pacto de Jehová, vuestro Dios, y a los levitas sacerdotes que la llevan, saldréis del lugar donde estáis y marcharéis detrás de ella, ⁴ a fin de que sepáis el camino por donde habéis de ir, por cuanto vosotros no habéis pasado nunca antes por este camino. Pero que haya entre vosotros y el Arca una distancia como de dos mil codos; no os acercaréis a ella.»

⁵ Josué dijo al pueblo: «Santificaos, porque Jehová hará mañana maravillas entre vosotros.» ⁶ Después dijo a los sacerdotes: «Tomad el Arca del pacto y pasad delante del pueblo.»

En el versículo 1:2, el Señor le ordenó a Josué: “Levántate y pasa este Jordán”. Ahora, en el capítulo 3, Josué recoge ese mandato y anima al pueblo a seguir adelante. Los versículos 1 a 13, hablan

de los *preparativos para el cruce*. El mensaje de los espías le permite a Josué y a Israel levantar con confianza el campamento en Sitim. Los enemigos de Israel temblaban de miedo y no representaban una amenaza inmediata.

El pueblo: dobla sus carpas, empaca sus pertenencias, y luego junta sus rebaños y ganados. Después, desarma el tabernáculo y prepara el arca del pacto. Entonces, temprano por la mañana, desciende de su campamento y recorre los pocos kilómetros que hay hasta la orilla del Jordán. Allí vuelve a acampar tres días más. ¿Por qué otro retraso en el río? Más adelante será evidente la razón. Pero antes, revisemos algunas notas acerca del Jordán, para poder apreciar mejor las maravillas que Jehová va a realizar en este famoso río.

El nombre “Jordán” viene de un verbo del idioma hebreo que significa “bajar” y traducido literalmente, significa algo así como “el que desciende”. Si se sigue una línea recta desde el punto donde este “que desciende”, sale del mar de Galilea hasta donde entra al mar Muerto, la distancia aproximada es de alrededor de 112 km. Pero el cauce del río mide unos 321 km en total, debido a lo serpenteado de su trayecto. El arqueólogo Nelson Glueck describe el cauce del río Jordán entre el mar de Galilea y el mar Muerto así: “Retorciéndose frenéticamente, cavando alocadamente, buscando con desesperación escapar su suerte, el curso del Jordán, desde su comienzo cristalino hasta su literalmente oscuro y amargo final, lleva una carrera inútil hacia una meta sin esperanza” (citado en el *Zondervan Bible Dictionary*).

El sistema del Jordán es más que sólo un río, ya que cuenta con tres características acentuadas. La primera es un *extenso valle*, el Ghor, que varía de 3 a 22 km de anchura. El Ghor es una parte de la gran hendedura, esa grieta colosal en la superficie de la tierra que penetra a gran distancia en África. El oasis de Jericó está asentado en el fondo del Ghor, y se encuentra a unos 8 km del propio río. En seguida, dentro de ese extenso valle, se encuentra un *cauce más angosto y más profundo*, una llanura inundada que varía en anchura desde 182 m hasta alrededor de 1.5 km. Cada año, por la estación

de la cosecha del lino y de cebada, las lluvias y la nieve derretida del monte Hermón ocasionan el desborde del río y llenan su cauce con aguas turbias y agitadas. Finalmente, *el mismo Jordán* tiene como 30 m de ancho y de 1 a 3 m de profundidad. La corriente no sólo es rápida, sino que tiene un movimiento en zigzag que hace peligroso el cruce.

El Jordán tiene importancia en el Nuevo Testamento debido a que allí predicó Juan el bautista y porque en sus aguas bautizó a Jesús. En varios himnos cristianos también se menciona el tema del Jordán. Normalmente, se refieren al río en su sentido literal; algunos himnos presentan el cruce del Jordán como una imagen del creyente que pasa de la muerte al cielo. Una línea del himno “Peregrino en el desierto” dice: “Líbrame de todo miedo en el paso del Jordán”. El capítulo 3 de Josué inspira esta rica imagen de los poetas.

¿Por qué el retraso de tres días a la orilla del Jordán? La respuesta no se encuentra simplemente en preocupaciones físicas. La gente ya tiene sus provisiones para cruzar el río (1:11) y no necesita tres días de descanso para una caminata de sólo unos pocos kilómetros. El motivo radica en que han de dedicar tiempo para prepararse espiritualmente. Jehová está a punto de realizar uno de sus milagros más gloriosos; el cruce milagroso del río Jordán es un acontecimiento paralelo en poder e importancia con el cruce del mar Rojo. Dios quiere que su pueblo del pacto esté preparado y comprenda lo que va a ocurrir.

Es primavera, y el río está crecido en sus riberas más amplias. Mirar por tres días las agitadas aguas y luego ver a más de dos millones de personas pasar al otro lado sin siquiera mojarse los pies, hará que Israel concluya: podemos cruzar con seguridad sólo por el poder de Dios. La formación espiritual es excelente.

Así como el Señor hizo que Israel mantuviera durante tres días la mirada fija en el río crecido, también a nosotros Dios a veces nos obliga a contemplar nuestros problemas por largo tiempo y sin alivio. Su propósito es inculcarnos disciplina paternal (Deuteronomio 8:5); él quiere que lleguemos a esta conclusión: dependo por completo de mi Dios. Él es “mi fortaleza y mi cántico.

Ha sido mi salvación” (Éxodo 15:2).

La escena en el río recuerda a Jacob en el Jaboc, un afluente del Jordán situado a unos 24 km al norte. Allí Jacob luchó con Dios buscando una bendición ante la incertidumbre de la reunión con su hermano Esaú, a quien había enfurecido (Génesis 32:22s). En el Jaboc, el Señor le dio a Jacob el nombre de “Israel”, “el que lucha con Dios”. Ahora, unos quinientos años más tarde, los descendientes de “Israel” también necesitan una bendición especial de Dios cuando están al lado de un río.

Transcurridos tres días, los oficiales le informan a la gente que el Arca del pacto, cargada por los sacerdotes, va a dirigir la marcha. El Arca es de madera de acacia cubierta de oro puro por dentro y por fuera. Sobre su cubierta dorada descansan dos querubines, también de oro, cuyas alas se extienden por encima de la cubierta. Dentro del Arca están las tablas de piedra del pacto de Sinaí, una urna de oro que contiene el maná, y la vara de Aarón que retoñó. Los sacerdotes llevan el Arca con varas que se insertan en cuatro anillos dorados a los lados. (Para obtener más detalles acerca del “Arca del pacto” o el “Arca del testimonio” vea: Éxodo 25:10-22; Deuteronomio 10:1-5; Números 10:33-36; Hebreos 9:4.)

El Arca es el símbolo del pacto de Dios y de su presencia con Israel. No es una caja mágica que tenga mentalidad propia; tampoco es un objeto sacro que Israel hubiera inventado y al que le rinde culto. Jehová ordenó su construcción y dirigió su uso como una muestra visible de su presencia invisible. En el desierto la había usado para dirigir el movimiento de Israel (Números 10:35,36). Ahora, otra vez en el Jordán, el Arca que llevan los sacerdotes es la señal para que marchen. Seguir el Arca significa seguir la guía de Dios. Con el fin de brindarles seguridad, él va adelante de su pueblo y despeja el camino (vea Deuteronomio 9:3).

El objetivo del retraso en las riberas del Jordán es para que el pueblo se fije sólo en Dios. Cuando la mirada de Israel se pose sobre el Arca del pacto, sus corazones se inclinarán hacia aquel quien hizo un pacto solemne con ellos y les prometió la tierra que estaba al otro lado del río.

La explicación que dan los oficiales del porqué el pueblo debería seguir el Arca de Dios nos invita a aplicarla a nosotros. Ordenaron: “Marcharéis detrás de ella, a fin de que sepáis el camino por donde habéis de ir; por cuanto vosotros no habéis pasado nunca antes por este camino”. Esas palabras nos animan a seguir de cerca a Jehová todo el tiempo y especialmente cuando entramos en territorio nuevo. Pasar a una etapa desconocida: graduarse, entrar en una nueva relación, empezar una vida de casados, comenzar la jubilación, encontrarse en vísperas de un año nuevo. Cualquiera que sea el territorio nuevo, seguimos a Dios cuando: buscamos fuerza y guía en su palabra, pedimos su ayuda constante al orar, y echamos sobre él todas nuestras ansiedades.

¿Por qué el mandato de los oficiales de guardar “una distancia como de dos mil codos [alrededor de 913 m]” entre el pueblo y el arca del pacto? La orden es similar a las palabras que Dios le dijo a Moisés en la zarza ardiente: “No te acerques”, y otra vez en su mandato en el monte Sinaí: “Guardaos, no subáis al monte, ni toquéis sus límites” (Éxodo 3:5; 19:12). El motivo para mantener esa distancia es un respeto discreto por el Dios Santo de todo el universo. Los 913 m están lo suficientemente cerca para que el pueblo vea el Arca como la señal para emprender la marcha; sin embargo, bastante lejos para mostrar respeto por Dios.

Un sobrecogimiento lleno de respeto hacia Jehová y un amor profundo por él, no son de ninguna manera actitudes contradictorias. Están una al lado de la otra, como dos facetas de nuestra relación con nuestro Dios santo y a la vez misericordioso. Por esa razón, Lutero comienza la explicación de cada uno de los mandamientos con las palabras “Debemos temer [respetar] y amar a Dios”.

El versículo 5 muestra directamente que la demora en el río se debe a los preparativos espirituales. Josué le dice al pueblo: “Santificaos”. En el monte Sinaí, antes de que se diera la ley, la santificación implicaba lavar la ropa y abstenerse de relaciones sexuales (Éxodo 19:10,14,15). Aquí en el Jordán no se explica con exactitud lo que implica la santificación. Tal vez no haya tiempo para actos externos, porque tienen sólo hasta el día siguiente para

cumplir. Ya sea que haya o no actos simbólicos presentes, la santificación significa separarse del pecado y consagrarse con todo el corazón a Dios.

El propósito de santificarse es estar preparado para las “maravillas” que Jehová va a realizar al día siguiente. Imagínese la curiosidad que habrá despertado entre la gente. ¿Cuáles podrían ser esas “maravillas” que Josué promete? Tal vez haya más entusiasmo que ganas de dormir en el campamento de Israel, esa última noche en la ribera este del Jordán.

Los tres días pasados a la orilla del río se han empleado bien. Dios, a través de Josué y de los oficiales, designó para Israel un tiempo de preparación que lo iba a llevar a aumentar su: confianza, respeto, santificación, y expectativa de una bendición especial. ¿Cuánto tiempo le dedican los cristianos a prepararse espiritualmente antes de un oficio divino? Los momentos tranquilos de meditación que pasamos pueden motivarnos a apreciar en una medida mayor las maravillas que Jehová derrama sobre nosotros con su palabra. Si experimentar uno de los milagros de Dios en el Antiguo Testamento, exigía prepararse durante tres días, desde luego demanda preparación especial encontrarse con el maravilloso mensaje de la cruz y de la tumba vacía de Jesús. Hay una gran recompensa cuando dedicamos tiempo para santificarnos y esperamos lo que Jehová está a punto de impartir a través de su palabra refrescante.

Necesitamos leer entre líneas los versículos 5 y 6, para ver que el tercer día de la demora ha pasado, y que los emocionantes eventos del nuevo día empiezan en el versículo 6. La expectativa aumenta cuando los sacerdotes levantan el Arca.

Antes de que continuemos, es útil notar que habrá algunas sorpresas si esperamos que el cruce sea un relato estrictamente cronológico. Tal vez nos parezca que vamos a dar un paseo literario en los raudales. El autor a veces se apresura a completar un tema, luego retrocede y nos pone al corriente de algunos detalles. El estilo del autor lleva a algunos comentaristas a acusar a los relatos, de los capítulos tres y cuatro, de que contienen un juego de contradicciones

imposible de reconciliar. Esa declaración no encaja con la realidad de la inspiración por el Espíritu Santo. Podemos contestar muchas de las acusaciones en términos del rico estilo del autor. Recuerde las siguientes características literarias mientras seguimos a Israel a través del Jordán.

1. El modelo del autor establece estructura y unifica los capítulos 3 y 4. Sigue este modelo tres veces: primero Dios le da a Josué una orden; luego Josué la pasa a la gente; finalmente el pueblo lleva a cabo el mandato (vea 3:7,9,14; 4:1,4,8,15,17,18). *Él no permite que la rígida cronología interfiera con este modelo.*
2. El autor ha organizado el relato *por el tema* y no por la secuencia precisa del tiempo. Le da al asunto un tratamiento lógico en lugar de cronológico.
3. El autor usa la técnica de “*ensambladura*” o la de “*cubrir*” en su narración. Después de terminar una sección, retrocede y amplía algunos detalles, luego continúa con la historia.

El versículo 7, en donde Dios se dirige a Josué, comienza a presentar el modelo.

⁷ Entonces Jehová dijo a Josué: «Desde este día comenzaré a engrandecerte ante los ojos de todo Israel, para que entiendan que como estuve con Moisés, así estaré contigo. ⁸ Tú, pues, mandarás esto a los sacerdotes que llevan el Arca del pacto: “Cuando hayáis llegado a la orilla del agua del Jordán, os detendréis en el Jordán.”»

⁹ Josué dijo a los hijos de Israel: «Acercaos y escuchad las palabras de Jehová, vuestro Dios.» ¹⁰ Y añadió Josué: «En esto conoceréis que el Dios viviente está en medio de vosotros, y que él echará de delante de vosotros al cananeo, al heteo, al heveo, al ferezeo, al gergeseo, al amorreo y al jebuseo: ¹¹ El Arca del pacto del Señor de toda la tierra pasará delante de vosotros en medio del Jordán. ¹² Tomad, pues, ahora doce hombres de las tribus de Israel, uno de cada tribu. ¹³ Y cuando las plantas de

los pies de los sacerdotes que llevan el Arca de Jehová, Señor de toda la tierra, se mojen en las aguas del Jordán, las aguas del Jordán se dividirán, porque las aguas que vienen de arriba se detendrán formando un muro.»

¿Por qué hará Dios un milagro por su pueblo en el Jordán? La respuesta obvia puede ser para que entren en la tierra prometida. Pero también podría lograrlo en una forma que no fuera tan espectacular, por ejemplo ordenarle a Josué que construya una flotilla de balsas y transporte a la gente al otro lado. Sin embargo, por razones especiales, Jehová está pensando en un milagro. Su objetivo más bien es llevarlos al otro lado del Jordán con una confianza renovada en él y con respeto para su nuevo líder.

Dios declara el propósito inmediato de su milagro en el versículo 7. Quiere exaltar a Josué delante de todo Israel. Josué no va se va a ensalzar a él mismo, sino que Jehová se encargará de que el líder reciba el honor que merece su cargo. Después de este día especial, nadie podrá acusar a Josué de promoverse y aprovechar el vacío del liderazgo que dejó Moisés al morir. El Señor va a realizar un hecho asombroso para Israel, con Josué a cargo, tal como lo hizo en el mar Rojo cuando Moisés era el líder. Entonces todo Israel sabrá con certeza que Dios está con Josué como lo estuvo con Moisés. Estará claro que Josué cuenta con referencias del mismo Jehová. Dios quiere que Israel respete a Josué y que lo obedezca, como el líder que él mismo escogió. Esa actitud será crítica para la conquista que se aproxima, y beneficiará a todo Israel.

Lo que el Señor quiere para Josué lo desea hoy para los que dirigen en su reino. El libro de Hebreos exhorta: “Obedeced a vuestros pastores y sujetaos a ellos, porque ellos velan por vuestras almas como quienes han de dar cuenta, para que lo hagan con alegría, sin quejarse, porque esto no os es provechoso” (Hebreos 13:17). Una actitud de respeto por los líderes es fundamental para que el trabajo en el reino de Dios resulte exitoso. El objetivo de Dios, al promover el respeto a los líderes, es que ellos se gocen en su servicio y haya provecho para todos. Sin embargo, el dirigente

que escandaliza a la iglesia con su vida inmoral o su falta de humildad, no tiene razón para pensar que Dios lo exaltará como lo va a hacer con Josué, un hombre lleno del espíritu de obediencia absoluta al Señor (Números 27:18; 32:12).

Las palabras de Dios: “Desde este día comenzaré a engrandecerte” sugieren una promesa que alcanza más allá del milagro que viene. El gran acontecimiento de este día será el primero de muchos con los que Jehová lo exaltará. Los versículos que conducen al milagro en las aguas del Jordán aumentan cada vez más la expectativa. Vea cómo presenta el autor fragmentos de información que despiertan curiosidad:

1. “Santificaos” (versículo 5). ¿Por qué?
2. “Jehová hará mañana maravillas entre vosotros” (versículo 5). ¿Qué maravillas?
3. Los sacerdotes que llevan el Arca deben parar en el borde del agua (versículo 8). ¿Por qué esta orden tan extraña?
4. El pueblo debe venir y escuchar las palabras de Dios que Josué va a pronunciar (versículo 9). ¿Qué va a revelar?
5. “En esto conoceréis que el Dios viviente está en medio de vosotros” (versículo 10). ¿Cómo se sabrá eso?

Aun después de que el autor dice todo esto, todavía no sabemos exactamente lo que Dios va a hacer. Aumenta la incertidumbre y todos están atentos. ¿Quién puede dejar pasar ahora el inminente milagro o rebajarlo atribuyéndolo a una simple causa natural?

En el versículo 10, Josué revela un objetivo adicional del milagro que está a punto de suceder. Cuando el pueblo experimente este poderoso milagro, Dios verificará que *él está vivo y activo entre su pueblo*. No hay valor alguno en dar a conocer simplemente que algún ser superior existe “por allí”. Cuando Josué dice: “En esto conoceréis que el Dios viviente está en medio de vosotros”, usa el verbo hebreo que significa “conocer por experiencia”. La nación entera va a encontrar al Dios viviente cuando vean su acción dinámica entre ellos. Jehová no es un ser distante y borroso sino el

Dios íntimamente activo. Su acción demostrará más allá de toda duda que es el Dios viviente, a diferencia de los dioses de otras naciones que tienen sólo ídolos, mucho “aire”, como el hebreo los llama.

El milagro también va a servir para que Israel pise el suelo de la tierra prometida. Aunque éste es el objetivo más obvio del milagro, ni Dios ni Josué lo mencionan directamente. Aun antes de que el pueblo ponga pie en Canaán, con el milagro Jehová desea obrar en ellos fe más completa en él. Entonces Israel estará más preparado: para aceptar la tierra como el regalo de Dios, para vivir en ella bajo sus promesas, y para esperar al Mesías que Dios le prometió en el pacto a Abraham. La gran meta es que la gente crea. Sólo después de que la fe esté firme, su pueblo considerará en la perspectiva correcta el regalo de la tierra.

Otro propósito del milagro venidero es darle a conocer a Israel *la total determinación de Jehová de sacar a las naciones que se enfrentan a ellos*. El poder que se exhibirá en el milagro será un anticipo del poder que Dios va a dirigir contra los cananeos. Cuando les aceche la duda durante la conquista, Israel podrá recordar lo que Dios hizo por ellos en el Jordán. Otra vez, Dios cultivará con una acción asombrosa una confianza más profunda en él.

Josué enumera siete naciones que están a punto de experimentar el juicio, y a las que Dios está resuelto a sacar de su tierra prometida. El número “siete” con frecuencia lleva la idea de “plenitud” en la Biblia. Las siete naciones nombradas pueden simbolizar *el número completo de los enemigos de Israel*.

La idea de plenitud del número “siete” puede mostrar también que esas naciones están *completamente listas para el juicio de Dios*. En Génesis 15:16, Dios le dice a Abraham que el pecado del pueblo de Canaán “ hasta entonces no ha llegado a su colmo”. Con gran paciencia les dio a esas naciones más de medio milenio de gracia para arrepentirse: de su rechazo hacia él, de su brujería, de los cultos de prostitución, y de los sacrificios de niños. No obstante, ellos respondieron a la gracia divina con prácticas más aborrecibles. El momento del juicio ha llegado y el agente de Dios será el ejército

de Israel. Lea Deuteronomio 18:9-12 para ver por qué Jehová está a punto de juzgar al pueblo de Canaán.

Otras listas que hay en el Antiguo Testamento de las naciones que van a ser sacadas varían entre dos y doce nombres. Es obvio que los autores no pretenden nombrar a cada uno de los pueblos que habitan la tierra, sino sólo dar nombres que los representen. (Vea: Génesis 10:15-18; 13:7; 15:19-21; Números 13:29.) La importancia del número “siete” atrae la atención de Pablo, ya que en un sermón menciona específicamente “siete naciones en la tierra de Canaán” (Hechos 13:19).

Las siete naciones que están a punto de experimentar la ira de Jehová son:

1. *La cananea.* El nombre viene de Canaán, hijo de Cam. El término “cananeo” se usa con frecuencia en un sentido amplio para toda la gente de la tierra prometida de Israel. Aquí se usa en un sentido estricto, para la gente que vive por la costa del Mediterráneo y por el río Jordán (Vea Números 13:29; Josué 5:1; 11:3).
2. *La hetea.* En Josué 1:4 Jehová había le prometido a Israel “toda la tierra de los heteos”. Allí comentamos que este término puede ser una expresión resumida para toda la tierra prometida o se puede referir sólo a la parte norte de esa tierra. Un gran imperio heteo se fundó en 1800 a.C. en Asia Menor (la Turquía moderna). Los heteos pueden haber sido la tercera fuerza más poderosa en el antiguo Oriente Medio, después de los egipcios y de los mesopotamios.
3. *La hevea.* Esa nación parece haber vivido principalmente en el norte. En Josué 9:7,17 los heveos ocupan cuatro ciudades confederadas, una de las cuales es Gabaón. Los relatos de la Biblia no presentan a los heveos como gente guerrera.

4. *La ferezeza*. No sabemos mucho acerca de los ferezeos. Josué 17:15 señala que vivieron en una zona boscosa. Su nombre puede significar “habitantes en ciudades sin murallas”.
5. *La gergesea*. Todo lo que podemos decir de esta nación es que: Génesis 10:16 la nombra como descendiente de Canaán, y Josué 24:11 la sitúa al oeste del Jordán.
6. *La amorrea*. Igual que: los heteos, los gergeseos, y los jebuseos, los amorreos eran descendientes de Canaán, hijo de Cam (Génesis 10:15,16). En hebreo, su nombre siempre aparece en el singular, “el amorreo”, que literalmente significa “el alto” (vea Amós 2:9). Debido a su prominencia, ese nombre se usa a veces para todos los canaeos, como en Génesis 15:16 y en Josué 24:15. En el sentido estricto, “el amorreo” se refiere a los habitantes de las regiones montañosas de Canaán, como en Números 13:29 y Deuteronomio 1:7. Sehón y Og, que se mencionan en Josué 2:10, fueron “dos reyes de los amorreos que estaban al otro lado del Jordán” a quienes Israel ya había derrotado.
7. *La jebusea*. Este pueblo parece habitar las regiones montañosas (Números 13:29; Josué 11:3). Jerusalén era su ciudad (Josué 15:63). A Jerusalén se la menciona como Jebús (Jueces 19:10). Los jebuseos, gente guerrera, se aferraron a su ciudad real de Jerusalén hasta el tiempo de David (Josué 15:63; 2 Samuel 5:6ss).

El milagro que se va a realizar en el Jordán mostrará que Dios “echará” a todas esas naciones. Su número y su fuerza no significan nada para él.

En el versículo 11, el Arca del pacto es otra vez la que atrae la mirada de Israel. Por medio de la asociación con el Arca, Dios muestra que *él* es quien está a punto de realizar los asombrosos acontecimientos y quien dirige a Israel hacia el Jordán. Al seguir el Arca hacia el Jordán, Israel seguirá a Jehová.

Cuando Josué llama a Dios el “Señor de toda la tierra”, hace énfasis en que Jehová es el dueño absoluto de todas las cosas. Él tiene el perfecto *derecho* y *poder* para destronar a las siete naciones que se han enumerado y para entregar su tierra a Israel. La tierra le pertenece para tomarla y darla como él determine conveniente. ¿Quién le puede disputar el privilegio de ser el “Señor de toda la tierra”? La misma frase se repite en el versículo 13 para dar énfasis. El pueblo de Dios no tiene que temer nada en absoluto cuando siga al poderoso Dueño del universo.

El Señor le ha dicho a Josué lo que va a ocurrir en el momento en que los pies de los sacerdotes que llevan el arca toquen las aguas del Jordán. Por fin, en el versículo 13 Josué se lo dice a Israel y, a través de sus palabras, finalmente sabemos cuál será el milagro. ¡Dios va a dividir la corriente del Jordán, y sus aguas se detendrán en un montón!

Ya que Josué está hablando en los versículos 9-13, está claro que Dios le ha revelado lo que va a ocurrir. Este hecho hace hincapié en que Dios le ha dado a Josué el papel de liderazgo, como se lo dio a Moisés. Fijese también en que el milagro será similar al del acontecimiento del mar Rojo, bajo el liderazgo de Moisés. Con este segundo prodigio relacionado con agua, Dios va a mostrar que él está con Josué, así como estuvo con Moisés. Comienza a engrandecer a Josué como lo hizo con su predecesor. El nuevo líder merece que Israel lo honre.

¿Se va a desarrollar el milagro como Josué lo predice? Debido a que la gente sabe lo que debe buscar, estará mucho más atenta. Si las aguas se dividen como lo anunció, Josué será exaltado públicamente, Dios demostrará que está vivo y activo entre su pueblo, y será manifiesta su determinación de sacar a las naciones. Todos están a la expectativa para comparar la realidad con lo que se les ha predicho.

¹⁴ Aconteció que cuando el pueblo partió de sus tiendas para pasar el Jordán, con los sacerdotes delante del pueblo llevando el Arca del pacto, ¹⁵ y cuando los que llevaban el Arca entraron en el Jordán y los pies de los sacerdotes que llevaban el Arca se mojaron a la orilla del agua (porque el Jordán suele desbordarse por todas sus orillas todo el tiempo de la siega), ¹⁶ las aguas que venían de arriba se amontonaron bien lejos de la ciudad de Adam, que está al lado de Saretán, y las que descendían al mar del Arabá, al Mar Salado, quedaron separadas por completo, mientras el pueblo pasaba en dirección a Jericó. ¹⁷ Pero los sacerdotes que llevaban el Arca del pacto de Jehová, permanecieron firmes sobre suelo seco en medio del Jordán, hasta que todo el pueblo acabó de pasar el Jordán. Y todo Israel pasó por el cauce seco.

El versículo 14 vuelve a la línea de acción que había dejado en el versículo 6. El Arca, los sacerdotes y el pueblo se encaminan hacia el agua. El río no es una corriente de aguas plácidas, sino que “suele desbordarse”. Nisán es el primer mes del calendario judío, lo que para nosotros viene a ser marzo-abril, y la nieve derretida del monte Hermón y las lluvias de primavera, han inundado el valle del Jordán. No podría haber un momento peor para cruzar sin peligro, ni una ocasión mejor para que Jehová exhiba su poder y protección.

¡En el preciso momento en que los pies de los sacerdotes tocan el oleaje del Jordán, se detienen las aguas que fluían de arriba! La corriente se detiene en un “montón”. La misma palabra hebrea se usa en Éxodo 15:8, dando a entender que este milagro es similar al del mar Rojo bajo el liderazgo de Moisés. ¡Está ocurriendo lo que Josué pronosticó! Dios está con Josué como lo estuvo con Moisés.

El sitio de Adam no se conoce con certeza y no hay ninguna otra referencia a él en la Biblia. Sin embargo, la explicación de que está “bien lejos” hace hincapié en la magnitud del milagro. El lugar que se sugiere para Adam, donde las aguas del Jordán se amontonan, está a una distancia de 19 a 32 km del lugar del cruce. Incluso a más

de dos millones de personas no les tomaría mucho tiempo cruzar un corredor tan amplio y seco.

El “Arabá” es el nombre hebreo que se le da a la porción de la gran hendidura que está entre el mar Muerto y el golfo de Ácaba en el mar Rojo. En los tiempos antiguos, el mar Muerto se conocía como el mar de Arabá o mar Salado. Desde el punto del cruce opuesto a Jericó hasta el mar Muerto hay 8 km. Las aguas al sur del cruce evidentemente siguieron fluyendo en el mar Muerto, pero no tuvieron manera de renovarse hasta que el milagro se hubo cumplido.

“Se amontonaron... de la ciudad de Adam” podría implicar que las aguas se amontonaron sobre toda la distancia entre Adam y el lugar del cruce. Esto deja seco el cauce del río desde el cruce hasta el mar Muerto. El Señor les dio un espacio muy amplio de tierra seca para cruzar.

El versículo 17 pone énfasis en que todos crucen con seguridad. “Todo Israel”, “todo el pueblo”, cruza tierra seca. Ninguno se ahoga ni se queda atrás. Los lentos, los inválidos, los más viejos, los bebés, y los niños, cada uno de los israelitas cruza. Dios se ocupa de los detalles para cada persona.

Muchos comentaristas notan que a veces los desprendimientos de tierras en el Jordán han detenido el flujo del agua. “El colapso de bancos de piedra caliza muy suave, que embalsa temporalmente este serpenteante río, se registró el 7 de diciembre de 1267, y otra vez en 1906. Después de un temblor, se observó de nuevo el 11 de julio de 1927.”¹ Dios usó el viento del este en el mar Rojo y podría haber usado un desprendimiento de tierra para llevar a cabo sus milagros en el Jordán. Sin embargo, es imposible explicar como un simple fenómeno natural o una coincidencia lo que acontece en los capítulos 3 y 4 de Josué. Los siguientes hechos atestiguan el milagro de Jehová:



El Arca cruza el Jordán

1. Dios y Josué predijeron el milagro.
2. Hay una fracción de segundo que vincula el momento de la detención del agua con el instante en el que los pies de los sacerdotes tocan la orilla del agua.
3. El río está en una etapa de inundación en el momento del cruce.
4. Un simple desprendimiento de tierra no exaltaría a Josué más de lo que el viento del este hubiera podido por sí mismo ensalzar a Moisés en el mar Rojo. Todo el contexto señala a un acto sorprendente del Señor para exaltar a Josué.

Al igual que todos los milagros de Dios, el hecho sorprendente que ocurrió en el Jordán no está designado simplemente para deslumbrar, sino que inspira confianza en Dios y autentica a su líder escogido.

Cuando pisamos “la orilla del Jordán” podemos olvidar nuestros temores, y nuestra fe puede cobrar nuevas esperanzas. Nuestro Señor es el todopoderoso Dios de toda la tierra, el que creó las aguas del río que permanecen amontonadas para permitir el paso de su pueblo. Más que eso, nuestro Dios es el Salvador, Jesús, “varón aprobado por Dios entre vosotros con las maravillas, prodigios y señales” (Hechos 2:22). Por el gran milagro de su resurrección de entre los muertos, somos dueños de “una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcitable, reservada en los cielos para vosotros” (1 Pedro 1:4). Él me “llevará con seguridad al lado de Canaán”.

Los capítulos 3 y 4, constituyen una unidad, ya que hablan del mismo milagro y tienen el mismo propósito de engrandecer a Josué (3:7 y 4:14). Por lo tanto, la división en dos capítulos de esta sección es algo artificial. Ahora, el capítulo 4 sirve para desarrollar algunos detalles del cruce. La atención está en las piedras que conmemoran el milagro.

Dos monumentos conmemorativos

4 Cuando toda la gente acabó de pasar el Jordán, Jehová habló a Josué y le dijo: ² «Tomad del pueblo doce hombres, uno por cada tribu, ³ y dadles esta orden: “Tomad de aquí, de en medio del Jordán, del lugar donde han puesto sus pies los sacerdotes, doce piedras, las cuales llevaréis con vosotros, y las depositaréis en el lugar donde habéis de pasar la noche.”»

⁴ Entonces Josué llamó a los doce hombres que él había designado entre los hijos de Israel, uno por cada tribu. ⁵ Y les dijo Josué: «Pasad ante el Arca de Jehová, vuestro Dios, hasta el medio del Jordán, y cada uno de vosotros tome una piedra sobre su hombro, conforme al número de las tribus de los hijos de Israel, ⁶ para que esto quede como una señal entre vosotros. Y cuando vuestros hijos pregunten a sus padres mañana: “¿Qué significan estas piedras?”, ⁷ les responderéis: “Las aguas del Jordán fueron divididas delante del Arca del pacto de Jehová; cuando ella pasó el Jordán, las aguas del Jordán se dividieron, y estas piedras servirán de monumento conmemorativo a los hijos de Israel para siempre.”»

En los versículos 1 a 3, Dios le da a Josué un mandato; del 4 al 7, Josué le transmite la orden a todo el pueblo; del 8 al 14, veremos al pueblo llevándolo a cabo. Ésta es la segunda vez que vemos este diseño de tres partes (Vea 3:7,9,14). El modelo subraya: que Dios inició todo lo que está sucediendo, que Josué es el líder escogido, y que Jehová bendice a Israel mientras obedecen. La orden que Jehová le da a Josué y que pone la acción en movimiento se centra en la edificación de un monumento para conmemorar el milagro.

El capítulo 4 de Josué ha ocasionado más críticas que cualquier otro. Algunos ven a un redactor que trata desesperadamente de unir dos historias irreconciliables acerca de dos monumentos conmemorativos. Otros ven a un editor torpe que convierte una historia sencilla en un relato confuso. Pero mientras algunos pierden mucho tiempo escribiendo acerca de las “dificultades”, un niño

puede leer esos mismos versículos y describir los eventos básicos sin problemas. De hecho, el capítulo 4 se relata teniendo en cuenta a los niños (vea los versículos 6 y 21). El capítulo no es demasiado complicado, si aceptamos el informe inspirado en sus propios términos, sin atrevernos a decirle al autor cómo debería haberlo contado. Vea los tres aspectos de la técnica literaria del autor en la página 50 para poder apreciar el estilo.

Al empezar el versículo 1, todo Israel ha cruzado el río sano y salvo, pero el Arca y los sacerdotes todavía permanecen de pie en medio del lecho del río. En ese momento se repite la orden de Jehová, que parecer fue dada antes. Josué debe escoger un hombre de cada una de las doce tribus y pronuncia ese mandato en 3:12, sin revelar la tarea que van a desempeñar los doce hombres. Este anticipo despierta nuestra curiosidad. Ahora Jehová da los detalles del trabajo que van a realizar. Cada uno debe llevar una piedra desde el lugar donde están los sacerdotes parados en medio del Jordán y debe colocarla en el sitio donde Israel va a acampar esa noche. Note que Dios quiere que cada tribu participe por medio de su representante. Tome en cuenta también que los doce hombres escogidos son laicos; no pertenecen a la tribu sacerdotal de Leví. El Señor no quiere que se involucre sólo poca “gente profesional de la iglesia”, sino toda la nación.

Resulta fascinante ver que Dios da su orden allí mismo en medio del río. Les dice: “Dadles esta orden: ‘Tomad de aquí, de en medio del Jordán... doce piedras...’” Al asociarse con el Arca, el Señor está metido de lleno en la situación, deteniendo las aguas, protegiendo a su pueblo allí mismo donde está el peligro. No es un ser distante, sino el Dios viviente que está en medio de su pueblo como dijo que iba a estar en 3:10.

Y como Josué escucha a Jehová hablar “de aquí”, Josué también debe estar de pie en medio del lecho del río. El nuevo líder no descansa en su tienda mientras el pueblo enfrenta peligros.

Cuando Josué le transmite al pueblo el mandato de Dios en los versículos 4-7, la repetición sirve para poner énfasis. Nuevamente escuchamos que los hombres de *cada tribu* van a tomar parte en

esta actividad especial; los sacerdotes no son los únicos que van a difundir las obras maravillosas de Dios. Se repite el mandato de que las piedras deben de venir de en medio del Jordán, el lugar donde está el Arca. Las piedras de este lugar especial recalcarán la presencia de Dios en asociación con su Arca. Harán hincapié en que *él solo* es la causa de ese milagro.

Ahora, por la orden de Josué, se destacan nuevos detalles acerca de las doce piedras. Servirán de “señal”, una prueba que representa el suceso maravilloso. Así como el arco iris sirvió de “señal” del pacto de Jehová con Noé (Génesis 9:13), también estas doce piedras serán una señal permanente entre Israel, de que la mano de Dios es poderosa para su pueblo.

Las rocas van a servir sobre todo para que los padres tengan la oportunidad de instruir a los hijos acerca de las obras asombrosas que hizo Jehová en el Jordán. Incluso los más pequeños, que no saben leer, comprenderán su significado cuando los padres dediquen tiempo para responder a la curiosidad natural de los hijos acerca de este singular montón de piedras. Vea que los niños no van a venir para fascinarse con el milagro; más bien van a obtener un profundo aprecio por el Señor del pacto, él que dividió asombrosamente la marejada del Jordán para permitir el paso de su pueblo. Lejos de fascinarse con el milagro, crecerá su relación con Dios.

Josué llama a las piedras “monumento conmemorativo”. Toda la nación las va a usar como un recordatorio perdurable de la gracia de Jehová y del poder que demostró en el Jordán, en ese gran día de la primera entrada a la tierra prometida. La palabra hebrea que se traduce como “monumento conmemorativo” implica no sólo un objeto que recuerde sin más los acontecimientos. Más bien, igual que la palabra en español, sugiere algo que hace meditar en un significado más profundo. La vista de las piedras debería recordarles: que Dios cumple sus promesas, que él exaltó a Josué, y que como dueño de la tierra estaba decidido a sacar a los cananeos y darla a Israel.

⁸ Los hijos de Israel hicieron tal como Josué les mandó: tomaron doce piedras de en medio del Jordán, como Jehová lo había dicho a Josué, conforme al número de las tribus de los hijos de Israel, las llevaron al lugar donde acamparon y las depositaron allí. ⁹ Josué también levantó doce piedras en medio del Jordán, en el lugar donde estuvieron los pies de los sacerdotes que llevaban el Arca del pacto, y allí han estado hasta hoy.

Israel hace exactamente lo que Dios ordenó a través de Josué. Un hombre de cada una de las doce tribus toma una piedra de en medio del río donde descansó el Arca, y coloca las piedras en el sitio donde van a acampar esa noche.

El autor no nos ha preparado para lo que viene en el versículo 9. Podemos reaccionar con sorpresa y hasta con perplejidad. Ya sea por iniciativa propia o por mandato de Dios, que no se anotó para nosotros, Josué edifica un *segundo monumento conmemorativo* de doce piedras, tal vez en el sitio donde los sacerdotes se detuvieron con el Arca. Parece factible que ese lugar este en el medio del Jordán y no en el punto de la orilla del río donde los pies de los sacerdotes tocaron el agua. Aunque esas piedras puedan estar bajo el agua durante las semanas de inundación, probablemente sobresaldrán, se secarán y serán visibles la mayor parte del año.

En el hebreo del versículo 9 hay ambigüedad. Podemos tomar esas palabras para dar a entender que Josué erigió las piedras en el lugar donde los sacerdotes se detuvieron, o que las llevó de ese lugar, o tal vez las dos cosas. No importa cómo interpretemos el versículo, el punto es claro, Josué edifica un segundo monumento para conmemorar el milagro que obró Dios. La Septuaginta, la traducción del Antiguo Testamento al griego hecha durante el tercer siglo a.C., dice “*otras piedras*” para hacer evidente que el monumento conmemorativo del versículo 9 es diferente del monumento del versículo 8.

¿Está actuando Josué por iniciativa propia al edificar este segundo monumento conmemorativo? ¿Acaso su gratitud a Dios

está rebosando y no puede quedarse sin hacer nada cuando los doce hombres llevan las piedras? ¿Quiere darle las gracias especiales mediante el monumento conmemorativo, ya que el Señor lo está exaltando personalmente a él por medio de este milagro? El cuadro que describe la Escritura, del hombre de Dios lleno del Espíritu, ciertamente permite dar respuestas afirmativas. Su fe, su dedicación y entusiasmo para honrar a Dios, son ejemplos inspiradores para Israel y para nosotros. Al igual que él, necesitamos dedicar tiempo para considerar y celebrar las obras maravillosas de Dios, y luego hacer lo necesario para otros también las recuerden.

El monumento conmemorativo de Josué se encuentra allí “hasta hoy”. Es decir, está todavía en el lugar, cuando el autor escribe el libro de Josué. La frase “hasta hoy” aparece una decena de veces en Josué. Muestra que al momento de escribir el libro ha transcurrido algún tiempo después de los acontecimientos que describe. También nos da la impresión de que el autor está presentando *hechos* históricos, no en un simple mito. Los primeros lectores del libro de Josué tenían un vínculo tangible con los eventos. Con la frase el autor también nos dice: “Estas palabras son fieles y verdaderas” (Apocalipsis 21:5).

Las piedras que Israel recogió en el Jordán nos recuerdan que es buena práctica conmemorar acontecimientos especiales de la gracia de Dios en nuestra vida. Por encima de nuestros certificados de logros, deben colocarse la cruz y un recordatorio de nuestro bautismo. El apóstol Pedro nos recuerda que somos “como piedras vivas” (1 Pedro 2:5). Nuestra vida agradecida debería exclamar las alabanzas de Dios por sus actos de salvación. La forma como vivimos debería suscitar la pregunta: “¿Por qué dedica esa vida a Dios?” del mismo modo que los hijos de Israel preguntaron: “¿Qué significan esas piedras?”

En los versículos 10 a 14, el autor vuelve atrás para dar énfasis otra vez a los aspectos del cruce, para sacar nuevos detalles y mostrar que se cumplió el propósito inmediato de Jehová.

¹⁰ Los sacerdotes que llevaban el Arca se pararon en medio del Jordán hasta que se hizo todo lo que Jehová había mandado a Josué que dijera al pueblo —conforme a todas las cosas que Moisés había mandado a Josué—, y el pueblo se dio prisa y pasó. ¹¹ Cuando todo el pueblo acabó de pasar, también pasó el Arca de Jehová, y los sacerdotes iban a la cabeza del pueblo. ¹² También los hijos de Rubén y los hijos de Gad y la media tribu de Manasés pasaron armados delante de los hijos de Israel, según Moisés les había dicho; ¹³ como cuarenta mil hombres armados, listos para la guerra, pasaron hacia la llanura de Jericó delante de Jehová. ¹⁴ En aquel día Jehová engrandeció a Josué a los ojos de todo Israel. Y le temieron como habían temido a Moisés durante toda su vida.

La ubicación de los sacerdotes con el Arca se repite en el versículo 10. Debido a la reiteración, ningún lector puede olvidar que el Señor, que está presente con su Arca, se encuentra en medio del milagro; él permite que suceda y dirige cuidadosamente cada paso de él. Cuando leímos 3:17, tal vez tuvimos la impresión de que los sacerdotes que llevaban el Arca habían cruzado ya. Sin embargo, vemos en 4:10 que no se han movido de en medio del río; se quedan en el lugar hasta que se lleva a cabo todo lo que el Señor les ordena.

El versículo 10 nos proporciona un nuevo detalle, dice que: el pueblo “se dio prisa”. Esta expresión no sugiere nada acerca de una carrera frenética por temor a que el desastre pudiera sobrevenir. El Señor sigue en perfecto control de la situación cuando detiene el oleaje para su gente. La expresión sugiere que el cruce se realizó con rapidez y sin problemas. También implica que no hubo pérdida de tiempo. A los sacerdotes que llevaban el Arca no se les debía obligar a quedarse más tiempo del necesario en el lugar. Y el cruce se tenía que realizar en menos de un día para que pudieran acampar por la noche (4:3).

Otro detalle nuevo que aparece en estos versículos es la posición de los hombres armados de las dos tribus de Rubén, Gad y la media tribu de Manasés que venían del oriente. En el capítulo 1

escuchamos que esas tribus prometieron cruzar el Jordán con las otras nueve y media. Aunque ellos ya poseían su tierra y no tenían interés personal en cruzarla, la participación de ese ejército hace hincapié en que las tribus orientales están cumpliendo su promesa. El Señor está realizando este milagro para *todo* Israel, incluso para las tribus del Oriente. Además, la tierra se obtendrá a través de las batallas de un ejército. La cifra de “como cuarenta mil” hombres armados de estas dos tribus y media, es considerablemente menor que las cantidades totales de los hombres armados de esas tribus, que se dieron en el censo que se registra en Números 26. Los cuarenta mil evidentemente son unas “fuerzas armadas de primera” que representan a las tribus, mientras que las otras tropas defendían a las familias en Transjordania.

Lo que llama la atención en estos versículos son las tres referencias a Moisés. Con el fin de dar énfasis a la continuidad con el pasado en los versículos 10 y 12, se señala: “según Moisés había mandado a Josué”. Lo que se revela a Israel no es un suceso casual; lo que ocurre está ligado a las promesas que el Señor ha hecho en el pasado y a los mandamientos de Moisés, el siervo de Dios. Siempre es reconfortante saber que Dios cumple para su pueblo los planes que él ha preparado con cuidado, y que no es la simple casualidad lo que gobierna nuestra vida.

En el versículo 14, el autor relaciona directamente a Josué con Moisés. Después del milagro, los israelitas le temen a Josué “como habían temido a Moisés”. El hombre que una vez había sido el “servidor de Moisés” (1:1), por el designio del Señor ahora goza del mismo honor que disfrutaba el gran Moisés. El propósito inmediato de Dios que se anunció en 3:7 para el poderoso milagro del Jordán, ahora se cumple: “Jehová engrandeció a Josué a los ojos de todo Israel”. Note que Dios ha hecho hasta lo imposible para que Israel reverencie a su líder. ¡El Señor habla muy en serio cuando ordena que se respete a los que él ha puesto a cargo de su pueblo!

En todo el relato del milagro se describe a Josué como un siervo fiel que desempeña los mandatos del Señor. No tiene pretensiones,

su obediencia es incondicional, confía en el Señor, no exige honor ni busca un cargo. Dios honra a esas personas (1 Samuel 2:30). Dios primero le dio el regalo de la fe a Josué (Números 27:18); después, resultó su obediencia completa (Números 32:12). Su fe, que se reflejaba a través de la obediencia, es la clave del éxito de Josué como líder de su pueblo.

¹⁵ Luego Jehová habló a Josué y le dijo: ¹⁶ «Manda a los sacerdotes que llevan el Arca del testimonio que salgan del Jordán.»

¹⁷ Entonces Josué ordenó a los sacerdotes: «Salid del Jordán.» ¹⁸ Y aconteció que cuando los sacerdotes que llevaban el Arca del pacto de Jehová salieron de en medio del Jordán, y las plantas de los pies de los sacerdotes estuvieron en lugar seco, las aguas del Jordán volvieron a su lugar y corrieron como antes, sobre todos sus bordes.

Una vez más el autor muestra que el Arca del pacto, que significa la presencia de Dios, está en el mismo centro de los acontecimientos. Esta vez la llama “el Arca del testimonio”. Las tablas de la ley que están dentro del Arca dan testimonio del pacto del Señor con Israel. Los dos nombres del Arca son casi idénticos en significado, ya que “pacto” y “testamento” con frecuencia son expresiones intercambiables (Compare los dos términos paralelos “nuevo pacto” y “nuevo testamento”).

Los versículos 16 a 18 pueden parecernos extrañamente repetitivos. La reiteración resulta porque el autor sigue su orden: Dios manda a Josué; Josué ordena a Israel; este último ejecuta el mandato.

La conclusión del milagro se presenta con las palabras “cuando... las plantas de los pies de los sacerdotes estuvieron en lugar seco...”. “Cuando” muestra sin duda alguna que éste era un milagro. Es demasiado perfecta la coincidencia precisa entre el último paso de los sacerdotes fuera del lecho del río y el regreso del caudal de las aguas para que fuera sencillamente una casualidad. El Señor realizó el milagro; su Arca detuvo las aguas.

Ahora que los detalles del cruce se han puesto de manifiesto, el texto continúa con la línea básica de la historia.

¹⁹ El pueblo partió del Jordán el día diez del primer mes y acamparon en Gilgal, al oriente de Jericó. ²⁰ Josué erigió en Gilgal las doce piedras que habían traído del Jordán. ²¹ Y dijo a los hijos de Israel: «Cuando el día de mañana os pregunten vuestros hijos: “¿Qué significan estas piedras?”, ²² diréis a vuestros hijos: “Israel pasó en seco por este Jordán, ²³ porque Jehová, vuestro Dios, secó las aguas del Jordán delante de vosotros, hasta que pasasteis, de la misma manera que Jehová, vuestro Dios, había hecho en el Mar Rojo, el cual secó delante de nosotros hasta que pasamos, ²⁴ para que todos los pueblos de la tierra conozcan que la mano de Jehová es poderosa, y para que temáis a Jehová, vuestro Dios, todos los días.”»

El cruce se realizó en un solo día, que se conoce precisamente como “el día diez del primer mes” del calendario judío. El nombre antiguo de este mes era Abib, que significa literalmente “espiga”, ya que la cosecha del grano se daba en esa época. El nombre más reciente para el primer mes es Nisán, que corresponde a marzo-abril en nuestro calendario.

La mención del diez de Nisán es importante por varias razones. Nos recuerda que Dios detuvo las aguas del Jordán en la primavera, en la etapa de las inundaciones, cuando el caudal de las aguas era más rápido. Nos prepara para la primera celebración de la Pascua en la tierra prometida, en el catorce de Nisán, un evento que se presentará en el capítulo 5. Relaciona el milagro del Jordán con el cruce del mar Rojo, también en Nisán y así vincula a Josué con Moisés. Como el cordero de la Pascua se escogía en el diez de Nisán (Éxodo 12:3), cada año cuando Israel seleccionaba el cordero también iba a recordar el milagro del Jordán.

No podemos establecer con exactitud el lugar donde estaba situado Gilgal, el primer campamento de Israel en Canaán; lo único que podemos afirmar es que se encuentra entre el Jordán y Jericó.

Muchos lo identifican con Jirbet el-Mefjir, como a 3 km de Jericó. Cuando se menciona Jericó para localizar el campamento israelita, se anticipa lo que está por suceder en esa famosa ciudad. El autor está despertando el interés para el próximo episodio.

Note la repetición del mandato que da Josué respecto de enseñar el significado de la conmemoración de las doce piedras en Gilgal. Lo vimos con anterioridad en los versículos 6 y 7. Al reiterarlo, Josué y el autor están haciendo hincapié en la necesidad de instruir cuidadosamente a los niños acerca de lo que Dios ha hecho para rescatarlos. ¡La generación que deja de enseñar a sus hijos acerca de la salvación que Dios nos da es la última que la conoce!

¿Acaso los versículos 23 y 24 son parte de las respuestas a las preguntas de los niños acerca de las piedras? ¿O tal vez son comentarios que le hizo Josué al pueblo reunido en Gilgal? El contexto no determina una respuesta; pero ya sea para los niños o para la gente de cualquier edad, son palabras poderosas y llenas de aliento para recordar lo que el Señor hizo por su pueblo ese día.

El impactante milagro del Jordán que se describe en el versículo 24, tiene importancia no sólo para el antiguo Israel, sino también para nosotros. Uno de los propósitos establecidos por Dios al secar el Jordán es “para que todos los pueblos de la tierra conozcan que la mano de Jehová es poderosa”. Él usa su poder para darle seguridad a su pueblo y para llevar a cabo sus promesas. Aunque a veces parezca de manera distinta, él siempre está al mando. Merece nuestra confianza.

En los capítulos 3 y 4 hemos visto al Señor guiando a su pueblo del pacto, desde las acacias en Abel-sitim hasta las palmeras en los llanos de Jericó. Entre tanto, el obstáculo del Jordán en la fase de inundación es un suceso insignificante frente a su mano poderosa. Dios ha cumplido plenamente sus objetivos: Josué es exaltado; Israel tiene motivos para confiar en el Señor; Dios ha mostrado su resolución para expulsar a las naciones enemigas; el milagro del Jordán se conmemora para generaciones futuras; su pueblo camina en la tierra prometida; y todo el mundo puede darse cuenta de su poder.

Se ha dado un pago inicial de la promesa que hizo Dios de bendecir a todos los pueblos por medio del Descendiente de Israel. Catorce siglos después del milagro, Jesús caminará en esta tierra prometida. Cerca al lugar del cruce será bautizado en las aguas del Jordán y mostrará que el Cordero de Dios sin mancha está dispuesto a ser contado como pecador, para que podamos ser limpios. Las palabras que Jehová nos da por medio de Isaías se cumplen en el Jordán y en cada ocasión en la que Dios acompaña a su pueblo en el peligro:

No temas, porque yo te redimí;
te puse nombre, mío eres tú.
Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo;
y si por los ríos, no te anegarán.
(Isaías 43:1,2)

La circuncisión y reanudación de la Pascua

5 Cuando todos los reyes de los amorreos que estaban al otro lado del Jordán, al occidente, y todos los reyes de los cananeos que estaban cerca del mar, oyeron cómo Jehová había secado las aguas del Jordán delante de los hijos de Israel hasta que pasaron, desfalleció su corazón y se quedaron sin aliento ante los hijos de Israel.

² En aquel tiempo, Jehová dijo a Josué: «Hazte cuchillos afilados y vuelve a circuncidar por segunda vez a los hijos de Israel.»

³ Josué se hizo cuchillos afilados y circuncidó a los hijos de Israel en el collado de Aralot. ⁴ Ésta es la causa por la cual Josué los circuncidó: Toda la población masculina salida de Egipto, todos los hombres aptos para la guerra, habían muerto por el camino, en el desierto, después que salieron de Egipto. ⁵ Todos los del pueblo que habían salido estaban circuncidados, pero todo el pueblo que había nacido en el desierto, en el camino, después que salieron de Egipto, no estaba circuncidado. ⁶ Los

hijos de Israel anduvieron por el desierto durante cuarenta años, hasta que todos los hombres aptos para la guerra que habían salido de Egipto perecieron. Como no obedecieron a la voz de Jehová, Jehová juró que no les dejaría ver la tierra que él había jurado a sus padres que nos daría, tierra que fluye leche y miel. ⁷ A sus hijos, los que él había puesto en lugar de ellos, Josué los circuncidó, pues eran incircuncisos, ya que no habían sido circuncidados por el camino. ⁸ Cuando acabaron de circuncidar a toda la gente, se quedaron en su lugar en el campamento hasta que sanaron. ⁹ Entonces Jehová dijo a Josué: «Hoy he quitado de encima de vosotros el oprobio de Egipto.» Por eso se llamó Gilgal aquel lugar, hasta hoy.

Uno de los objetivos del Señor en el milagro del Jordán es “que todos los pueblos de la tierra conozcan que la mano de Jehová es poderosa” (4:24), y su propósito se empieza a cumplir rápidamente. Cuando Dios secó las aguas del Jordán, de pronto se desvaneció el valor de los enemigos de Israel hasta la costa del Mediterráneo.

En algunas ocasiones, el temor de los israelitas conduce al enemigo a hacer la guerra (vea 9:2), pero ahora los enemigos sólo tiemblan de miedo. Dios está atento, controlando con mucho cuidado la forma en que las naciones hostiles van a reaccionar frente al éxito de su pueblo. En este momento, quiere que Israel esté tranquilo por importantes razones espirituales. Así, los reyes de los amorreos y los cananeos se acobardan al pensar en enfrentarse con Israel. ¡Jehová lo controla todo, inclusive determina cómo pueden reaccionar los enemigos de su pueblo!

La palabra “pacto” no aparece en los versículos 1 a 12, pero desde luego está implícita. Esta sección trata de las dos ceremonias principales que se asocian al pacto de Dios con Israel: la circuncisión y la Pascua. El Señor ha preparado un tiempo de paz para que estas ceremonias se renueven.

Reflexione en lo apropiada que es la renovación de la circuncisión para Israel en este momento. La circuncisión era la garantía y el sello del pacto de Dios con Abraham. En un pacto solemne, Dios le prometió a Abraham: un gran nombre, una tierra

especial, numerosos hijos, y en particular un descendiente por medio de quien toda la tierra iba a ser bendecida (vea Génesis 12:1-3; Gálatas 3:16). Ahora, cinco siglos después, los hijos de Abraham, que llegaban a los dos millones, se encuentran en el tierra prometida y sus enemigos están tan temerosos que no se atreven ni a dar un paso. Y la promesa de enviar al Salvador permanece firme. Es obvio que Dios está cumpliendo todas las promesas que le hizo a Abraham. Ahora Israel iba a encontrar gozo en el rito que era “la señal del pacto” (Génesis 17:11), de la misma forma que una novia se goza al llevar el anillo de compromiso, que es símbolo de amor y una promesa de fidelidad.

De Dios procede la orden: “Vuelve a circuncidar por segunda vez a los hijos de Israel”. No hay nada de reprimenda en sus palabras, ni está reprochando a Israel por no haberlo hecho antes. El ambiente en el que se pronuncian esas palabras es festivo, en vista de los éxitos que Dios le ha dado a Israel.

La idea no es volver a circuncidar a los individuos, sino reiniciar la práctica de la circuncisión. En el monte Sinaí, Moisés había ordenado la circuncisión espiritual de los corazones (Deuteronomio 10:16); pero durante la marcha por el desierto Israel no había practicado la circuncisión física.

Jehová incluso especificó los instrumentos que se debían usar: “cuchillos afilados”. ¿Por qué el uso de cuchillos afilados de piedra más antiguos cuando el metal se había empleado durante siglos? Hay por lo menos dos motivos posibles. Primero, el uso del instrumento antiguo era una manera de recordar que la circuncisión era una señal muy arraigada en el pacto de Dios, que data de alrededor de 500 años atrás, en la época de Abraham, cuando la piedra era de uso más común. Dios está guiando a su pueblo a reflexionar sobre el antiguo pacto y comparar las viejas promesas con la realidad actual. Segundo, los cuchillos de pedernal, en aquella época, pueden haber sido un mejor instrumento quirúrgico.

La circuncisión no se limitaba a Israel; era una práctica común en el Cercano Oriente, muchos siglos antes del tiempo de Abraham, como se muestra en los dibujos egipcios y en un antiguo modelo de

piedra que se encontró cerca de Nínive. Entre las teorías del por qué circuncidaban los antiguos, se cuentan estas: era una *marca tribal* para distinguir un grupo de otro, o quizá era un *rito de transición* de la infancia a la madurez (que todavía está en uso entre algunas tribus africanas), o tal vez un *sustituto del sacrificio humano* y es posible que lo practicaran para fomentar la *higiene personal*.

Aunque la circuncisión no se limitaba a Israel, el nuevo significado que Dios le dio, por supuesto era único; lo convirtió en una señal y sello de sus promesas del pacto que hizo con Abraham. Preste atención al reflexionar sobre el significado en Josué 5. Dios mismo reafirma su pacto solemne de bendecir a Israel.

En una forma secundaria, la circuncisión es una señal de la consagración del hombre a Dios. El propósito no es: “Mira los sufrimientos que le voy a dedicar yo mismo a Dios, hasta me corto una parte del cuerpo”. Mejor dicho es esto: “Mi Señor misericordioso ha hecho su pacto conmigo y me ha dado una señal de sus promesas en mi propio cuerpo, por medio de la circuncisión. Me honra llevar esta señal de sus promesas y así afirmar la relación que tengo por su pacto”. Recuerde que por lo general se circuncidaba a los bebés a los ocho días de haber nacido. Es obvio que aquellos bebés no estaban escogiendo a Dios; por gracia, Jehová los escogió a ellos para ser parte de la familia del pacto.

¿Qué significado tiene cortar la carne en la circuncisión? Génesis 17:14 sugiere la respuesta cuando Dios dice: “Él incircunciso, aquel a quien no se le haya cortado la carne del prepucio, *será eliminado de su pueblo* por haber violado mi pacto”. El cortar la piel es una forma muy seria de jurar, y con ello el participante quiere decir: “Si yo rompo el pacto de Jehová, entonces que sea cortado del pueblo del pacto así como mi piel ha sido cortada de mi cuerpo”. La señal en la carne de ese juramento implícito sería una manera de recordar por toda la vida el pacto solemne de Dios y de confirmación por parte del individuo.

La ceremonia de la circuncisión tiene lugar en Aralot, literalmente: la “colina de los prepucios”. La Reina-Valera escribe el nombre del lugar en mayúsculas, pero en el hebreo no es

necesario entenderlo como un nombre propio. Si Aralot es un nombre propio, Israel debe haber empezado a llamar a esa colina por ese nombre después de este hecho, aunque al menos un comentarista sugiere que los cananeos ya habían circuncidado allí antes.

Los versículos 4 a 7 son cortos, pero son un poderoso “sermón” que predica el autor de Josué para todos los que lean su libro inspirado. En su explicación, de por qué era necesaria la circuncisión masiva, nos presenta una fuerte advertencia junto con el amor abrumador de Dios y su fidelidad.

El Señor hace lo que dice, cumple sus amenazas al igual que sus promesas de misericordia. Él juró que ninguno de los de la generación que se rebeló contra él y que menospreció sus promesas iba a probar la leche y la miel de la tierra que les prometió a sus antepasados. ¡Y en efecto, cada uno de ellos murió en el desierto! No obstante, las promesas del Señor no iban a ser anuladas por la desobediencia de una generación. Su gracia y fidelidad son asombrosas en las palabras: “A sus hijos, los que él había puesto en lugar de ellos” (versículo 7). ¡No podría permitir que la promesa que le hizo a Abraham no se cumpliera! Tanto el regalo de la tierra como la obediencia de la generación que iba a recibir la tierra, son el resultado de la propia obra misericordiosa del Señor. A lo largo de toda la historia del Antiguo Testamento, él iba a levantar un remanente de fieles creyentes. A través de ellos iba a cumplir la promesa de darle al mundo el Salvador (vea Jeremías 23:3-6).

El autor explica que no hubo circuncisión durante los años que anduvieron errantes en el desierto y por eso ahora era necesaria una circuncisión masiva. Lo que no revela es *por qué* no hubo circuncisión en el desierto o en Moab. Sólo podemos hacer conjeturas.

Después de la rebelión que se narra en Números 14, Dios mismo pudo haber suspendido esa señal de su pacto. De acuerdo con esta idea, la circuncisión se suspendió sólo treinta y ocho años, ya que la rebelión no tuvo lugar hasta como dos años después del éxodo de Egipto. Una segunda sugerencia es que las dificultades del viaje

por el desierto le pusieron fin a la circuncisión durante todo el período de cuarenta años. Una tercera teoría es que Israel, no Jehová, suspendió la práctica después de la rebelión de Números 14, porque a la luz de la ira de Dios, la circuncisión podría haber estado fuera de lugar hasta que se terminara el juicio a los rebeldes.

Una cuarta idea pone énfasis en la gracia de Dios en el restablecimiento. Antes de reanudar la circuncisión, Dios pudo haber querido primero mostrar su fidelidad de un modo impresionante. Él se esmera en conquistar el corazón de su pueblo: al derrotar a los reyes Sehón y Og, al realizar el maravilloso milagro en el Jordán, al permitir que Israel pisara la tierra de Canaán. Un comentarista nota que la regla de la gracia divina consiste primero en dar y luego en pedir. A los ojos de Dios, ahora era el momento preciso de reanudar la circuncisión. Al demostrar su fidelidad primero, había conquistado el corazón de su pueblo. Ahora la circuncisión podría ser cualquier cosa menos una ceremonia puramente formal.

Al hacer un balance de las cifras del censo que se cita en Números 26, podemos estimar que la población total de Israel constaba de por lo menos dos millones de personas en ese tiempo. Alrededor de un millón eran varones. Al suponer que la circuncisión terminó treinta y ocho años antes, todos los hombres menores de treinta y ocho años ahora debían ser circuncidados. Los individuos entre treinta y nueve a sesenta años de edad ya habían sido circuncidados en Egipto (sólo Josué y Caleb tenían más de sesenta años). Entonces, casi un tercio había sido circuncidado, y como a dos terceras partes (tal vez unos 650,000 varones) ahora se les iba a circuncidar en Gilgal. Cuando el versículo 8 habla de acabar de circuncidar a “toda la gente”, se refiere a los varones de cada tribu israelita, y no a todo varón de Israel.

Con las dos terceras partes de los hombres de Israel recuperándose de la cirugía, se esperaba que el pueblo fuera vulnerable a un ataque. En Génesis 34, los varones de Siquem estaban todavía adoloridos y eran incapaces de pelear tres días después de la circuncisión. Sin embargo, aquí los hombres de Israel

tenían tiempo de recuperarse a salvo. Dios los estaba protegiendo al ablandar el corazón de los cananeos a causa del milagro del Jordán. Nadie se atreve a pensar en atacar al pueblo de Dios en este momento. También Jehová parece aliviar a los hombres de Israel más rápido que en el caso de los varones de Siquem. Su cuidado es absoluto.

El asentamiento en la colina, donde se efectuó la ceremonia, recibe el nombre significativo de “Gilgal” y viene de un verbo hebreo que significa “rodar”. Este apelativo es apropiado porque, como el Señor lo explica: “Hoy he quitado de encima de vosotros el oprobio de Egipto.” Anteriormente escuchamos acerca de ese lugar en 4:19, donde el autor lo había llamado Gilgal, aunque en realidad recibió ese nombre más tarde. Mencionamos en aquel momento que el sitio exacto de Gilgal no se conoce con certeza. Josué 15:7 indica que está en la frontera norte de Judá. Josefo dice que se encuentra como a 3 km de Jericó y a unos 16 km del Jordán. Parece que hay cinco lugares diferentes en el Antiguo Testamento con el nombre de Gilgal.

¿Qué “oprobio de Egipto” quita Dios en este sitio de la circuncisión? Es evidente que no son la esclavitud ni la servidumbre en Egipto, ya que éstas terminaron en el éxodo, cuarenta años atrás. “El oprobio de Egipto” se debe referir al sarcasmo que los egipcios pudieron haber mostrado contra Israel y contra Dios, si todo Israel hubiera muerto en el desierto después de liberarlos de la esclavitud. Éxodo 32:12, Números 14:13-16, y Deuteronomio 9:28, nos dirigen a esta interpretación. Moisés expresa en esos pasajes lo que los egipcios podrían haber llegado a concluir si Israel no llegara a Canaán. En Deuteronomio 9:28 Moisés dice: “No sea que digan los de la tierra de donde nos sacaste: ‘Por cuanto no pudo Jehová introducirlos en la tierra que les había prometido, o porque los aborrecía, los sacó para matarlos en el desierto.’”

Ahora los egipcios no podrían calumniarlos nunca, porque Dios ya había quitado el oprobio. Él se había encargado de que su gente, a la cual obviamente amaba, entrara a la tierra de leche y miel y renovara el pacto con su Dios.

Es asombroso que las palabras “Gilgal” y “Gólgota” estén relacionadas. Si Jehová ha “quitado” el oprobio en Gilgal, ¡piense en la difamación que Jesús, con su sacrificio por nuestros pecados, ha “quitado” en el Gólgota! Desde la crucifixión, nadie puede burlarse y decir que Dios no nos ama, que no somos su amado pueblo redimido y que no viviremos en la eterna tierra prometida. Ni siquiera el diablo, “el calumniador”, puede hacer que el oprobio amenace al pueblo de Dios. Al saber eso, el apóstol Pablo pregunta con audacia: “¿Quién acusará a los escogidos de Dios?” (Romanos 8:33).

Ningún incircunciso podía comer los alimentos de la Pascua de acuerdo con el mandato de Dios en Éxodo 12:48. Ahora, su pueblo podía gozar esta segunda gran celebración del pacto fiel del Señor.

¹⁰ Los hijos de Israel acamparon en Gilgal y celebraron la Pascua a los catorce días del mes, por la tarde, en los llanos de Jericó. ¹¹ Al otro día de la Pascua comieron de los frutos de la tierra, panes sin levadura y, ese mismo día, espigas nuevas tostadas. ¹² El maná cesó al día siguiente, desde que comenzaron a comer de los frutos de la tierra, y los hijos de Israel nunca más tuvieron maná, sino que comieron de los frutos de la tierra de Canaán aquel año.

La cena de la Pascua era más que alimento para el cuerpo; era también un tiempo para alimentarse espiritualmente y para pensar. La celebración de la Pascua recordaba la gran liberación de Israel de manos de los egipcios, precisamente cuarenta años atrás. Para los israelitas, la Pascua significaba liberación; era una prueba y un sello de la decisión de Jehová de rescatarlos de cualquier problema que pudiera impedir que se cumplieran sus promesas del pacto. Dios hizo a un lado a un faraón asesino y dividió las aguas del mar Rojo, para poder cumplir su palabra.

La última vez que Israel había celebrado la Pascua fue un año después del éxodo, mientras estaban en el desierto del Sinaí (Números 9:1-5). La nación había observado sólo dos Pascuas hasta

entonces, la original y la que se menciona en Números 9. Eso significa que la Pascua era una experiencia nueva para la gran mayoría. Los que tenían menos de treinta y nueve años nunca la habían celebrado, ni siquiera cuando eran niños. Aun algunos de aquellos que ahora tenían más de treinta y nueve años habrían sido muy pequeños para recordarla.

Este año no sólo los niños, sino los hombres y mujeres adultos, iban a preguntar acerca de la Pascua: “¿Qué significa este rito?” (Éxodo 12:26). Ésta debió ser una de las Pascuas más alegres de todos los tiempos, cuando las respuestas vienen de parte de los israelitas que habían experimentado personalmente: la esclavitud, el rescate, los años en el desierto, y ahora caminaban por la tierra que su Dios les prometió. Aquellos que estaban entre cuarenta y cincuenta años han de haber estado encantados de compartir la historia de cómo el ángel destructor “pasó de largo” por sus casas en Egipto, después de que habían sacrificado el cordero de la Pascua y untado su sangre en los marcos de las puertas.

El autor pone énfasis en que los hijos de Israel están celebrando su tercera Pascua cuando “acamparon en Gilgal... en los llanos de Jericó”. La mención de Jericó nos recuerda que los enemigos estaban esperando cerca. No obstante, los israelitas están comiendo esta comida del pacto en paz y se regocijan en su reconciliación con Jehová. No hay sombra de miedo, ni tampoco necesidad de acortar las festividades antes de que el enemigo ataque. Un versículo de un salmo escrito posteriormente queda bien aquí en los llanos de Jericó: “Aderezas mesa delante de mí en presencia de mis angustiadores” (Salmo 23:5).

El sitio y los corderos de la Pascua sugieren otra frase en las Escrituras. En esta misma área general, quince siglos después, Juan el Bautista señaló a Jesús, el Cordero de la Pascua y dijo: “¡Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!” (Juan 1:29).

La Pascua y la fiesta de los panes sin levadura forman una doble festividad, como lo vemos en Levítico 23:4-8. En el versículo 11, el comer pan sin levadura se refiere a esta segunda parte de la festividad. El texto no hace una conexión directa, ya que los lectores

judíos no necesitarían explicación. Por mandato de Dios, el pan sin levadura se comía durante los siete días que seguían a la Pascua, del 15 al 21 de Nisán. Lo que destaca a este pan particular sin levadura es que está hecho con granos de la tierra prometida.

Una segunda nota histórica dice que Jehová ahora deja de dar el maná, el extraordinario alimento blanco que había hecho caer del cielo durante cuarenta años y cuyo nombre significa “¿qué es?”

En el versículo 12 no se menciona ni la más mínima tristeza por el cese del maná, que cayó por años; al contrario. El alimento en sí tenía buen sabor “como de hojuelas con miel” (Éxodo 16:31), pero por lo general, la época del maná dejó un mal sabor en la boca de los israelitas. Fue un período de andar errantes por el “desierto grande y espantoso, lleno de serpientes venenosas, y de escorpiones...una tierra de sed y sin agua” (Deuteronomio 8:15). Fue una época: de castigo, de muerte, de larga espera a que pasaran los años. Incluso, la misericordiosa dádiva del maná durante esos años tenía un severo propósito: “afligiéndote y probándote, para a la postre hacerte bien” (Deuteronomio 8:16).

Ahora nacía una nueva época. La nación se encuentra en esa “buena tierra, tierra de arroyos, de aguas, de fuentes y de manantiales... tierra de trigo y cebada, de vides, higueras y granados; tierra de olivos, de aceite y de miel; tierra en la cual no comerás el pan con escasez” (Deuteronomio 8:7,8,9). Por la gracia de Dios, Israel empieza a comer de los campos que no plantaron ni cuidaron (Vea Deuteronomio 6:10-12). Es un día de la confirmación del pacto en el que el Señor muestra que el juicio ha terminado y que él se ha reconciliado con su pueblo. Los años del maná sólo fueron como un prelude en tono menor de una canción mucho más feliz. El cese del maná es una ocasión para alegrarse en las promesas que Dios cumplió.

Israel está a punto de emprender grandes campañas militares. Esperaríamos que el campamento en Gilgal fuera como una colmena humana que: planeaba ataques, entrenaba tropas, y afilaba espadas, pero no fue así. En cambio, por motivos espirituales, Israel le dedica tiempo suficiente a Jehová, una semana completa o más.

La espada del Señor descansa mientras el cuchillo para la ceremonia renueva el pacto de la circuncisión; con el cuchillo, el padre corta la carne asada del cordero de la Pascua para su familia y parte el pan sin levadura que se come dando gracias al Señor.

Vemos aquí una excelente ilustración de lo que es tomar tiempo y buscar *primero lo primero*. Israel busca primero la relación del pacto que el Señor ha establecido. De acuerdo a su promesa, él se ocupará de que el éxito militar resulte y de que todas las necesidades físicas se satisfagan. Jesús nos hace las mismas promesas a nosotros: “*Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas*” (Mateo 6:33).

Israel no sólo enfrenta grandes desafíos militares, sino que también le esperan grandes tentaciones. El pueblo estará tentado: a vivir como las demás naciones de la tierra, a inclinarse ante los dioses de ellos, a satisfacer sus deseos sexuales como los cananeos, a vivir para las cosas materiales, y a codiciar el botín de las guerras que se debe dedicar sólo a Dios. Pero un israelita que sea tentado y que ha adorado en Gilgal puede exclamar: “Pertenezco a mi misericordioso Dios por medio de su pacto solemne”. La circuncisión y la comida de la Pascua que acabo de comer lo prueba. ¿Cómo puedo pecar contra el que me ha hecho suyo?

Por supuesto, la circuncisión y la Pascua, nos recuerdan los paralelos mayores que tenemos ahora en el Nuevo Testamento: el bautismo y la Santa Cena. A través de la palabra unida al agua del bautismo: somos recibidos mediante este pacto en la familia del Dios Trino (Mateo 28:19), nuestros pecados son lavados (Hechos 22:16), somos revestidos de la perfección de Cristo (Gálatas 3:27), y se nos da el regalo de la salvación (1 Pedro 3:20,21). En la Santa Cena recibimos el cuerpo de Jesús con el pan (Mateo 26:26), y la “sangre del nuevo pacto” con el vino “para remisión de los pecados” (Mateo 26:28). ¡Qué consuelo tenemos cuando gozamos de esas bendiciones del Señor del pacto, que nos hace suyos por medio de Cristo! ¡Qué fuerza tenemos en el bautismo y en la Santa Cena contra la tentación, mientras nos gozamos en las promesas del pacto y con gratitud le dedicamos nuestra vida a él!

Aunque no podemos determinar con certeza una cronología de los acontecimientos que se narran en los primeros cinco capítulos de Josué, proponemos la siguiente:

A principios del mes de Nisán, tal vez en el año 1406 a.C., Dios anima a Josué en su nuevo papel de líder.

Alrededor del mismo tiempo, Josué envía espías a Jericó.

El cinco de Nisán Israel viaja a la orilla del este del Jordán y acampa otros cuatro días.

El día diez del mes el pueblo cruza el río, levanta dos monumentos conmemorativos, y acampa en Gilgal esa noche.

Se renueva la ceremonia de la circuncisión en el día once.

Al anochecer se celebra la primera Pascua en treinta y nueve años, el catorce de Nisán.

El pueblo come la primera cosecha de Canaán en el día dieciséis.

El diecisiete, el maná cesa de caer del cielo.

Este período de dos semanas de la historia de Israel es una de las partes más significativas de la época del Antiguo Testamento.

Aunque no hemos terminado el capítulo 5, hemos llegado al final de la primera parte de Josué. Hasta ahora hemos sido testigos de los preparativos para tomar la tierra prometida. La parte siguiente, que trata de la conquista de la tierra, se inicia con un fascinante encuentro entre Josué y un “Príncipe” sin nombre.

LA TOMA DE LA TIERRA

Josué 5:13–12:24

La caída de Jericó

¹³ Aconteció que estando Josué cerca de Jericó, alzó los ojos y vio a un hombre que estaba delante de él, con una espada desenvainada en su mano. Josué se le acercó y le dijo:

—¿Eres de los nuestros o de nuestros enemigos?

¹⁴ —No —respondió él—, sino que he venido como Príncipe del ejército de Jehová.

Entonces Josué, postrándose en tierra sobre su rostro, lo adoró y le dijo:

—¿Qué dice mi Señor a su siervo?

¹⁵ El Príncipe del ejército de Jehová respondió a Josué:

—Quítate el calzado de los pies, porque el lugar en que estás es santo.

Y Josué así lo hizo.

¿Dónde se pueden acomodar estos tres versículos? Esteban Langton, arzobispo de Canterbury del siglo XIII que dividió los capítulos de la Biblia en inglés, pensó que estos versículos quedan mejor en el capítulo 5. Algunos opinan que esos versículos están solos, como un evento independiente. Otros piensan que están ligados directamente a los primeros cinco versículos del capítulo 6, una idea que da una clara respuesta a la pregunta de quién es el “Príncipe del ejército de Jehová”. Preferimos la última interpretación, como lo indica el encabezado de nuestra sección. Pero cualesquiera que sean nuestras ideas o dónde encajen estos versículos, cuando los leemos nos dan la impresión de: un cierto misterio, sorpresa, y asombro en ellos, que va de acuerdo con lo que Josué encuentra aquí.

Al parecer, Josué se encuentra solo y lejos del campamento de Gilgal, analizando a Jericó, el primer objetivo de Israel. El hebreo dice literalmente que Josué estaba “en Jericó”, lo cual tal vez quiera



Josué y el ángel

decir “en las inmediaciones de Jericó”. La *sorpresa* absoluta de Josué cuando se encuentra con el hombre que tenía una espada desenvainada se expresa con claridad en el hebreo: “¡Levantó sus ojos, miró, y *he aquí!*”

¿Por qué empuñaba el hombre una espada desenvainada? ¿Quería pelear con Josué, o con Israel, o contra los enemigos de Israel? Aunque Josué está sorprendido, no tiene miedo de caminar hacia el misterioso personaje y preguntarle a favor de quién está. ¡¿Acaso no es este un testimonio de la valentía de Josué, fortalecido por el ánimo que le da el Señor y por el milagro reciente?!

La respuesta del extraño es tan sorprendente como su repentina aparición. En el hebreo responde primero con un brusco “no”. Al parafrasear su pregunta, Josué implica que el extraño es sólo un humano que toma partido en un combate humano. El “no” cortante rechaza la idea y procede a la revelación sorprendente de que él es “Príncipe del ejército del Jehová”.

Como Josué es el único general del ejército *terrenal* de Dios, la respuesta “del hombre” le da a entender que él es un general *celestial*. Sus palabras: “he venido ahora” (Reina-Valera 1960), sugieren que ha llegado para este preciso momento, cuando las batallas están a punto de empezar. Las habilidades de Josué y la fuerza del ejército de Israel no pueden asegurar la victoria; el “Príncipe” y el “ejército de Jehová” siempre deben permanecer atrás de la escena para garantizar el éxito. Además, Josué podría tener una perspectiva equivocada si pensara que el Señor debe estar siempre de su parte. Mejor dicho, Josué debe estar seguro que: *está de parte de Jehová*, obedece las órdenes *de Dios*, y lucha las batallas *del Señor*.

Tome nota de los versículos que sucesivamente fijan la atención en los detalles del visitante misterioso. En el versículo 13 es sólo “un hombre” con una espada. En el 14, es el “Príncipe del ejército de Jehová” ante quien Josué se postra y lo llama “mi Señor”. En el 15, pronuncia las mismas palabras que Jehová le dijo a Moisés desde una zarza ardiente (Éxodo 3:5) y su presencia hace que el lugar sea “santo”.

¿Quién es? ¿Un ángel, tal vez el Arcángel Miguel al mando de huestes celestiales? ¿O acaso es el mismo Señor en forma visible? Hay quienes dicen que no puede ser Dios, ya que él se identifica como el “Príncipe del ejército de Jehová”. Pero fíjese que cuando Jehová le apareció a Moisés en el arbusto encendido primero se llama “el ángel de Jehová” (Éxodo 3:2) y en los versículos que siguen es “Dios” quien habla. Además de eso, considere el hecho asombroso de que el “Príncipe” en el versículo 15 pronuncia las mismas palabras que Jehová le habló a Moisés. ¿Está nuestro autor revelando sin pormenorizar que éste es el Señor mismo que se le aparece a Josué, exactamente como se le había aparecido a Moisés?

Los antiguos intérpretes judíos tenían dos ideas discrepantes acerca del “Príncipe”. Una es que Josué estaba experimentando aquí una visión y, por lo tanto, *no hay aparición real* de nadie. La otra es que el “Príncipe” es el ángel Miguel. Los cristianos antiguos creían que era el Hijo de Dios en forma visible. Orígenes, uno de los antiguos padres de la iglesia cristiana (cerca de 185-254 d.C.), escribe: “¿Quién más es el príncipe de los ejércitos de las virtudes del Señor, sino nuestro Señor Jesucristo?”² Otros antiguos intérpretes pensaron que el Príncipe era un ángel mediante el cual el Señor se reveló a él mismo.

No importa cómo contestemos la pregunta “¿quién es?” En este asombroso encuentro, Josué recibe otro mensaje convincente de Dios para animarlo, precisamente antes de que comiencen las batallas. En el versículo 14 había pedido un mensaje y ahora lo obtiene. El Dios santo y poderoso está con él de la misma forma como estuvo con Moisés. Si Israel se despoja de toda la contaminación mundana, la misma manera como Josué se quitó las sandalias llenas de polvo, y pelea las batallas de Jehová en obediencia reverente, los ejércitos celestiales asegurarán la victoria.

¿Quién puede resistir a Jehová con sus fuerzas celestiales y terrenales? ¿Pueden resistirlo: los cananeos, los heteos, los amorreos, o cualquiera de las naciones? ¿Acaso pueden: Jericó, Hai, Hazor, y las otras ciudades? “Si Dios es por nosotros, ¿quién contra

nosotros?... Somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó” (Romanos 8:31,37).

6 Jericó estaba cerrada, bien cerrada, por temor a los hijos de Israel: nadie entraba ni salía. ² Pero Jehová dijo a Josué: «Mira, yo he entregado en tus manos a Jericó y a su rey, junto con sus hombres de guerra. ³ Rodearéis, pues, la ciudad todos los hombres de guerra, dando una vez la vuelta alrededor de la ciudad. Esto haréis durante seis días. ⁴ Siete sacerdotes llevarán siete bocinas de cuernos de carnero delante del Arca. El séptimo día daréis siete vueltas a la ciudad, y los sacerdotes tocarán las bocinas. ⁵ Cuando el cuerno de carnero dé un toque prolongado, tan pronto oigáis el sonido de la bocina, todo el pueblo gritará con fuerza, y el muro de la ciudad caerá. Entonces la asaltarán el pueblo, cada uno derecho hacia delante.»

Esta sección puede continuar el episodio del encuentro de Josué con el “Príncipe”. Si es así, el versículo 1 es un comentario entre paréntesis en medio del relato; los versículos 2 a 5 son parte del “mensaje” que Josué pidió en 5:14, y el “Príncipe” es Dios mismo.

Esos versículos comienzan el capítulo más notable y el más conocido del libro de Josué. El capítulo 6 explica particularmente que la tierra y sus ciudades son regalos absolutos de Dios. Israel no tomará Jericó por el hecho de poseer un ejército superior. La ciudad caerá en sus manos como un obsequio de Jehová.

Los dos primeros versículos describen un impresionante contraste. La ciudad invulnerable está “bien cerrada” con “su rey, junto con sus varones de guerra”. Y luego está la tranquila garantía que les da Jehová de que la caída de Jericó prácticamente es un hecho consumado. La imagen es como la del joven David frente al campeón Goliat (1 Samuel 17). Allí está Jericó con sus: fuertes muros, espadas, lanzas, jabalinas y la reputación acumulada durante siglos. Pero, a pesar de las desigualdades, el pueblo de Dios puede esperar una victoria segura. Al igual que David, cuando ellos actúan “en el nombre de Jehová de los ejércitos, el Dios de los escuadrones

de Israel” (1 Samuel 17:45), las probabilidades carecen de significado.

¿Por qué tiene Dios que planear un ritual de siete días antes de permitir que la ciudad caiga? Parte de la respuesta se encuentra en que va a ejercitar la fe de Israel. Es cierto, las paredes se derrumbarán por obra de Dios, pero él quiere que Israel ponga toda su fe en él antes de entregarle el regalo de la tierra. Como ocurrió en los días que pasaron al lado del río, que obligaron al pueblo a depositar toda la confianza en el Señor antes del milagro, así ahora durante los siete días de marcha alrededor del poderoso Jericó, Jehová hará que crean en él.

El autor de la Epístola a los Hebreos pone énfasis en el aspecto de la fe en la victoria venidera. Dice: “Por la fe cayeron los muros de Jericó después de rodearlos siete días” (Hebreos 11:30). La obediencia a los mandatos de Dios mostrará su fe, la fe que el Señor fortalecerá durante los siete días de ejercicio físico y espiritual, la fe que los conducirá a aceptar la victoria prometida por Dios.

El Señor siempre quiere que su pueblo reciba mucho más que sus regalos materiales; desea que vaya en aumento la confianza en él como el Dador de esos regalos. Con ese propósito dirige y gobierna nuestra vida. Nuestra relación de fe con él es mucho más importante que los regalos individuales, igual que la fe de Israel en él, era de mayor valor que Jericó.

Los versículos 2 a 5 no tienen el propósito de dar todos los detalles que Dios le mandó a Josué; su principal intención es mostrar que las órdenes vienen de Dios. Él está dirigiendo el “ataque”. La victoria será suya. En armonía con el interesante estilo del autor, van a surgir más detalles de las órdenes de Dios cuando Josué le dé las órdenes al pueblo y éste lleve a cabo sus mandatos. Nuestro interés se deslizaría si el autor presentara todas las palabras que le dio Jehová a Josué y luego las repitiera en la transmisión al pueblo y en las acciones que siguen. Ya estamos bien familiarizados con este modelo: Jehová se dirige a Josué, Josué comunica el mensaje, e Israel lo lleva a cabo. Ésta es la sexta vez que lo vemos.

Es sorprendente, por su repetición, el número simbólico “siete” en el mandato de Dios: siete sacerdotes, siete trompetas, siete días de marcha, siete vueltas alrededor de la ciudad en el séptimo día. Vimos la importancia del “siete” como símbolo de “totalidad” en conexión con las siete naciones que van a conquistar. “Siete” también significa “santidad” al asociarlo con Dios, que estableció este concepto en el séptimo día de la semana de la creación. En la creación es natural pensar que el siete es un número especial de Dios y ver su doble significado de *totalidad* y *santidad*.

El número “siete” resalta que lo que va a suceder en Jericó es obra de Dios. Las órdenes vienen de él. Será: *su* juicio sobre la ciudad, *su* victoria, y *su* regalo a Israel. Nada sucederá debido a algún mágico “abracadabra” de Israel. El autor del libro de Josué hace a un lado cualquier acusación de que Israel simplemente esté practicando un ritual supersticioso.

El espectáculo y el sonido de las siete trompetas serán una manera de recordar que el Señor mismo está allí. En el monte Sinaí, un sonido de trompeta muy fuerte dio la señal de su presencia (vea Éxodo 19:16,19). El hebreo indica que las trompetas estaban hechas de cuernos de carnero. La función militar de esos cuernos era la de: reunir tropas, detener la batalla, o anunciar la victoria.

El Arca del pacto simboliza principalmente la presencia del Señor, como lo hizo en el Jordán. Una vez más, Dios está en el centro de los acontecimientos.

El séptimo día todo el pueblo participará gritando con todas sus fuerzas para anunciar la victoria de Jehová. La misma palabra hebrea para “gritar” se usa en el Salmo 33:3, en el que se anima a los creyentes en Dios para que canten un cántico nuevo “tañendo con júbilo”. ¿Por qué no debería gritar de alegría el pueblo de Dios? “Nuestra ayuda y nuestro escudo es él” (Salmo 33:20) y Dios “nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo” (1 Corintios 15:57).

Después de que el pueblo gritara “a gran voz”, Jehová les iba a entregar la ciudad. Los muros de Jericó se iban a derrumbar de tal manera que cualquiera podría entrar “derecho hacia adelante”. Ningún fenómeno natural, como un terremoto, podría ocasionar lo que el Señor tenía reservado para Jericó. Aunque la zona está propensa a temblores y terremotos, esto iba a ser un acontecimiento único, venido directamente de la poderosa mano de Dios.

El Señor anunció con anticipación el milagro del Jordán y el pueblo vio que se desarrolló exactamente como él lo había dicho. Ahora todos tienen los motivos para seguir confiadamente sus órdenes y aceptar su victoria con fe.

⁶ Josué hijo de Nun llamó a los sacerdotes y les dijo: «Tomad el Arca del pacto, y que siete sacerdotes lleven bocinas de cuerno de carnero delante del Arca de Jehová.»⁷ Al pueblo dijo: «Pasad y dad un rodeo a la ciudad: los que están armados pasarán delante del Arca de Jehová.»

⁸ Tan pronto Josué terminó de hablar al pueblo, los siete sacerdotes, llevando las siete bocinas de cuerno de carnero, pasaron delante del Arca de Jehová tocando las bocinas, mientras el Arca del pacto de Jehová los seguía. ⁹ Los hombres armados iban delante de los sacerdotes que tocaban las bocinas, y la retaguardia iba tras el Arca, mientras las bocinas sonaban continuamente. ¹⁰ Pero Josué dio esta orden al pueblo: «Vosotros no gritaréis, ni se oirá vuestra voz, ni saldrá palabra de vuestra boca hasta el día que yo os diga: “Gritad”. Entonces gritaréis.»

¹¹ Así hizo que el Arca de Jehová diera una vuelta alrededor de la ciudad, y luego volvieron al campamento, donde pasaron la noche. ¹² Josué se levantó de mañana, y los sacerdotes tomaron el Arca de Jehová. ¹³ Los siete sacerdotes, llevando las siete bocinas de cuerno de carnero, iban delante del Arca de Jehová tocando las bocinas sin dejar de caminar; los hombres armados iban delante de ellos, y la retaguardia iba tras el Arca de Jehová mientras las bocinas sonaban continuamente. ¹⁴ Así

dieron otra vuelta a la ciudad el segundo día, y volvieron al campamento. De esta manera hicieron durante seis días.

La orden de la marcha resulta clara ahora, cuando Josué comunica los mandatos de Dios y el pueblo los lleva a cabo. Van en primera fila “*los hombres armados*”. La ciudad no va a caer a causa de la fuerza de los soldados, pero este batallón va a desempeñar más adelante un papel en la destrucción de la ciudad. Josué 24:11 señala que al menos alguna de la gente de Jericó opuso resistencia a Israel. En ese versículo Josué le recuerda al pueblo: “Los habitantes de Jericó pelearon contra vosotros”. Así que, los soldados que marchaban tenían un propósito.

Después venían los “*siete sacerdotes*” tocando las siete trompetas durante la marcha. Luego venía “*el Arca del pacto de Jehová*”, el centro de toda la asamblea. En sus órdenes, Josué habla primero del Arca en el versículo 6. Ésta se menciona sola en el versículo 11 durante el primer día de la vuelta alrededor de la ciudad. Es el detalle central porque muestra la presencia de Jehová.

“*La retaguardia*”, que se menciona por primera vez en el versículo 9, cierra la fila de la marcha.

¿Están todos participando en la marcha? Los versículos no lo dicen en una forma explícita, pero el versículo 11 puede estar sugiriendo que sí lo están. Después del primer día de marcha “ luego volvieron al campamento”.

Se revela un detalle que no se menciona en las órdenes de Jehová en el mandato que dio Josué en el versículo 10. Todos deben estar en silencio durante los siete días, hasta que Josué dé la orden de gritar fuerte. ¡Reina el silencio, excepto por el sonido de las trompetas, mientras se rodea a la ciudad trece veces! Imagínese usted la tensión que esto debió haber creado dentro de Jericó, y la sensación de asombro entre los israelitas. El ambiente está de acuerdo con el juicio del Señor que se acerca cada vez más a la ciudad impenitente.

Es dramática la repetición que resulta al relatar la misma procesión al día siguiente. No sólo repasamos los hechos a través de esta repetición, sino que también se desarrolla una impresión de lo que va sucediendo. Estos acontecimientos dejan la sensación solemne del juicio de Dios que cae sobre los que desprecian su gracia. Cuando acompañamos mentalmente la marcha de Israel alrededor de la ciudad una y otra vez, sentimos la seguridad que sólo Dios puede dar.

No sabemos con exactitud qué tan grande era Jericó, pero el tamaño promedio de una ciudad antigua era de dos a diez hectáreas. El área reducida que ocupaban las ciudades antiguas pudo permitir que la marcha alrededor de Jericó se realizara en poco tiempo y siete veces en el séptimo día. No sabemos qué tan ancha era la línea de la marcha o cuánta gente estaba participando en la misma; pero si cientos de miles formaban la procesión, es probable que muchos estuvieran esperando para empezar a marchar cuando los primeros ya habían terminado de rodear la ciudad.

El Jericó del Antiguo Testamento se identifica comúnmente con Tell es-Sultan, un “túmulo” o montículo de ruinas como a 1.6 km al noroeste de la moderna Jericó y 7 km al oeste del río Jordán por carretera. El sitio actual cubre unas tres hectáreas, evidencia de que hasta las ciudades antiguas más grandes eran pequeñas según los criterios modernos. La mayor parte de la población probablemente vivía fuera de los muros de la ciudad y se refugiaba dentro de ella cuando se veía amenazada por algún peligro. Al cavar unos 23 m desde arriba de Tell es-Sultan hasta su base, usted pasa por miles de años y al menos veinticinco niveles de ocupación. Sus murallas defensivas son las más antiguas que se han descubierto hasta ahora en la historia de la humanidad. Dicen los arqueólogos que cuando Josué llegó a Jericó, en el lugar estaba enterrada una torre circular de piedra dos veces más lejana del tiempo de Josué que el tiempo que separa a Josué de nosotros. La torre excavada permanece allí todavía, visible a todos los que visitan los túmulos hoy.

Si Tell es-Sultan es la antigua Jericó, ¿cuál es el nivel que pertenece al tiempo de Josué? La pregunta ha intrigado a los expertos por mucho tiempo. John Garstang, que excavó el lugar desde 1930 hasta 1936, pensó que tenía evidencia confiable del Jericó de los tiempos de Josué. Encontró una ciudad rodeada por una doble muralla que había sido destruida con violencia. Él sitúa la ciudad en el siglo XV a.C. Sin embargo, Kathleen Kenyon, como resultado de sus excavaciones en 1952 a 1961, encontró que ahora casi nada se encuentra en el sitio que corresponda a los años 1500 a 1200 a.C. Concluyó que la ciudad de Garstang es en realidad del tercer milenio a.C.

Una nueva revisión de las pruebas de Tell es-Sultan pone en duda muchas de las interpretaciones de Kenyon. Bryant G. Wood, un experto en cerámica cananea, presenta pruebas contundentes de la destrucción en un nivel en el montículo que corresponde a 1400 a.C. Resalta la abundancia de cerámica encontrada de ese período y la existencia de escarabajos egipcios (amuletos en forma de escarabajos) de esa misma época. La prueba de carbono-14 de los escombros señala la fecha de devastación en 1400 a.C. Hay indicios claros de murallas devastadas y destrucción causada por el fuego. Es fascinante el descubrimiento de grandes provisiones de cereales en las casas destruidas en ese tiempo. Esa abundancia de cereales corresponde a dos hechos del relato de Josué: (1) Jericó fue tomado durante Nisán, el mes de la primavera y tiempo de la cosecha de cebada; (2) la ciudad no sucumbió después de un largo sitio de hambre, lo cual era usual en ese tiempo, sino después de siete días, cuando había suficiente comida todavía en las casas (*Biblical Archeology Review*, marzo-abril de 1990).

Debido al profundo interés que existe sobre Jericó, podemos estar seguros que no se ha dicho la última palabra acerca de Tell es-Sultan, ni se ha escrito la última interpretación de la evidencia. No todos los expertos están completamente convencidos de que Tell es-Sultan sea el Jericó del Antiguo Testamento, pero no se ha encontrado en la zona una alternativa apropiada.

Israel ha rodeado la antigua ciudad una vez al día durante seis días. Las sólidas murallas todavía están en pie. Pero estamos en el séptimo día y el sol está despuntando.

¹⁵El séptimo día se levantaron al despuntar el alba, y dieron la vuelta a la ciudad, de la misma manera, siete veces — solamente este día dieron siete veces la vuelta alrededor de ella—. ¹⁶Y cuando los sacerdotes tocaron las bocinas la séptima vez, Josué dijo al pueblo: «¡Gritad, porque Jehová os ha entregado la ciudad! ¹⁷La ciudad será como anatema a Jehová, con todas las cosas que están en ella; solamente Rahab, la ramera, vivirá, así como todos los que estén con ella en su casa, por cuanto escondió a los mensajeros que enviamos. ¹⁸Pero vosotros guardaos del anatema; no toquéis ni toméis cosa alguna del anatema, no sea que hagáis caer la maldición sobre el campamento de Israel y le traigáis la desgracia. ¹⁹Pero toda la plata y el oro, y los utensilios de bronce y de hierro, sean consagrados a Jehová y entren en el tesoro de Jehová.»

Ha llegado el momento de la verdad. Pero, precisamente antes del clímax del colapso de la muralla, Josué le repite al pueblo algunas instrucciones cruciales. El mandato de “gritad” se menciona primero; sin embargo, cronológicamente debe haber venido al final, o el alboroto de los gritos hubiera ahogado el resto de las palabras de Josué. Ya hemos visto varias veces que el orden cronológico exacto no es la preocupación principal del autor.

La orden crucial es que toda la ciudad debe ser “anatema” a Jehová. Se ha definido el término como sigue: “El término hebreo se refiere a la entrega irrevocable de cosas o personas a Dios, con frecuencia destruyéndolas por completo”. La palabra hebrea es “jerem”; su significado básico es “prohibir” o “cortar del uso ordinario”. Nuestra palabra “harén”, tomada del árabe, tiene la misma raíz semántica.

A Israel se le ha prohibido que haga uso privado de cualquier cosa que haya en Jericó. Todo se debe destruir por completo y por

ello es “anatema” (“jerem”) al Señor. Y si un israelita toma algo del “jerem” (“cosas anatemas”) entonces el campo de Israel se convertirá en “jerem” (“algo propenso a destrucción”). El autor nos está preparando para el próximo capítulo.

Las ciudades que estén “muy lejos”, que “no pertenezcan a estas naciones”, no tienen que ser destruidas por completo (vea Deuteronomio 20:10-15). Pero Jericó, una ciudad clave cananea en la tierra de la promesa, cae bajo el “jerem” completo. Moisés ha explicado con detalle los motivos que determinan la destrucción total de las ciudades de la tierra prometida: “Para que no os enseñen a imitar todas esas abominaciones que ellos han hecho en honor de sus dioses, y pequéis contra Jehová, vuestro Dios.” (Deuteronomio 20:18). Jericó, que probablemente significa “la ciudad luna”, puede haber sido un antiguo centro de adoración a la luna. Sabemos que la adoración de los cananeos incluía costumbres repulsivas tales como la práctica de la prostitución ritual. “Los niños eran hasta sacrificados en tinajas funerarias, enterrados en la base del templo y de otros edificios”³. El pecado de Canaán había sobrepasado los límites y la protección espiritual de Israel demandaba una acción radical.

La destrucción de Jericó “debe ser vista como un preludeo y presagio de un juicio final que Dios impondrá a aquéllos cuyas injusticias habrán llegado a su colmo al fin del mundo”.⁴

Ésta es la segunda vez que vemos el término “jerem” en el libro de Josué. En forma de verbo y como sustantivo aparece treinta y nueve veces en el Antiguo Testamento. Rahab es la primera que usa la palabra en Josué (2:10) cuando habló de la destrucción total de los reyes de los amorreos. Con el uso de este término algo técnico, Rahab demostró su profundo entendimiento del Señor de Israel, cuyo juicio arrasa la maldad, a la vez que su misericordia cubre a todos los que acuden a él.

Las órdenes finales de Josué respecto de Rahab recuerdan el juramento que hicieron los espías (2:17-20), juramento que es aceptado por Josué y por el Señor. Los mandatos de Josué también sirvieron para resaltar la gracia de Dios. Rahab y su familia



Las siete trompetas

“vivirán”, mientras que todo Jericó se destruye. El contraste entre su casa como un oasis de seguridad, y el holocausto en todo lo que la rodea será intenso. La fe en el Señor ha cambiado su destino (Hebreos 11:31; Santiago 2:25).

Rahab y su familia sirven como una representación de la iglesia invisible. La palabra griega para iglesia: “ecclesia”, significa literalmente “los que han sido separados con un llamamiento”. Dios ha llamado a todos los creyentes, como Rahab, “de las tinieblas a su luz admirable”; sin importar los orígenes ni la nacionalidad, él ha hecho que sean llamados “pueblo adquirido por Dios” (vea 1 Pedro 2:9,10). Como Rahab, la iglesia de todos los creyentes ha sido “llamada” de la destrucción que les espera a todos los que rechazan el amor y la seguridad que Dios les ofrece.

Las órdenes de Josué están completas. Cada uno sabe con precisión lo que tiene que hacer y lo que Dios hará.

²⁰ Entonces el pueblo gritó, y los sacerdotes tocaron las bocinas. Y aconteció que cuando el pueblo escuchó el sonido de la bocina, gritó con un gran vocerío y el muro se derrumbó. El pueblo asaltó luego la ciudad, cada uno derecho hacia delante, y la tomaron. ²¹ Y destruyeron a filo de espada todo lo que en la ciudad había: hombres y mujeres, jóvenes y viejos, hasta los bueyes, las ovejas y los asnos.

²² Pero Josué dijo a los dos hombres que habían reconocido la tierra: «Entrad en casa de la mujer ramera, y haced salir de allí a la mujer y a todo lo que sea suyo, como lo jurasteis.» ²³ Los espías entraron y sacaron a Rahab, a su padre, a su madre, a sus hermanos y todo lo que era suyo; también sacaron a toda su parentela, y los pusieron fuera del campamento de Israel. ²⁴ Después prendieron fuego a la ciudad, con todo lo que en ella había. Solamente pusieron en el tesoro de la casa de Jehová la plata y el oro, y los utensilios de bronce y de hierro. ²⁵ Pero Josué salvó la vida a Rahab, la ramera, a la casa de su padre y a todo lo que ella tenía, y ella habitó entre los israelitas hasta hoy, por cuanto escondió a los mensajeros que Josué había enviado para reconocer a Jericó.

Todo se desarrolla tal y como el Señor lo prometió. La vieja canción: “Josué luchó la batalla de Jericó”, no pone el énfasis donde debe estar. *Jehová* luchó la batalla de Jericó, mientras que Josué e Israel recibieron el regalo.

¿Quién puede dudar ahora de las promesas de Dios?! Ni las aguas del agitado Jordán ni luego las murallas de Jericó son obstáculo, cuando Dios necesita cumplir su palabra. Las paredes derribadas invitan a todas las futuras generaciones de Israel a decir: “Venid, ved las obras de Jehová, que ha hecho portentos en la tierra... ¡Jehová de los ejércitos está con nosotros! ¡Nuestro refugio es el Dios de Jacob!” (Salmos 46: 8,11).

La devastación de la ciudad es total; todo lo que tenía algún indicio de vida ha sido destruido. Los lectores de Josué algunas veces se afligen o hasta se estremecen al pensar en ello, lo cual es natural. Jesús lloró sobre la Jerusalén impenitente y la inminente destrucción de los hijos que estaban dentro de sus murallas (vea Lucas 19:41-44). Dios dice: “Vivo yo... que no quiero la muerte del impío, sino que se vuelva el impío de su camino y que viva” (Ezequiel 33:11). No hay indicio de que Israel disfrutara su papel en la matanza de Jericó: estaban procediendo de acuerdo a las órdenes de Dios, como los agentes de su juicio. “El Señor de toda la tierra” tiene todo el derecho de poner fin al tiempo de gracia para los que se han burlado de su amor y han escogido el pecado. Nos estremecemos no tanto por la muerte física de los ciudadanos de Jericó, sino por su condenación eterna.

La religión por la que Dios juzgó a Jericó parece trágicamente similar a las actitudes y condiciones sociales que nos rodean. La religión cananea “era más que adoración a la naturaleza y más que humanismo; era profesión abierta de fe en el sexo como lo único que salva y satisface”.⁵

Note otra vez el magnífico contraste cuando se presenta el rescate de Rahab en medio del juicio y de la destrucción. Al referirse a ella como “la ramera”, Josué acentúa la gracia de Dios hacia ella; en su vida pasada ella fue tan depravada como el resto de Jericó, pero al usar a los dos jóvenes espías como sus agentes, Dios la lleva

a un lugar seguro. Con su fe en el Dios de Israel, a la ex prostituta no sólo se le rescata físicamente sino que recibe la liberación eterna.

No se menciona por qué a Rahab y a su familia los pusieron “fuera del campamento de Israel”. El arreglo debió ser provisional, porque el autor continúa diciendo que “ella habitó *entre* los israelitas hasta hoy”.

La frase “hasta hoy” cumple varios propósitos aquí:

1. Indica que han transcurrido algunos años entre el episodio de Jericó y el tiempo en que se escribió.
2. Muestra que lo que el autor escribe acerca de la destrucción de Jericó y el rescate de Rahab es una realidad histórica. La presencia de Rahab y sus descendientes entre Israel comprueba el relato.
3. Pone énfasis en la gracia de Dios al rescatar a una ex prostituta de las llamas de la destrucción y llevarla a su pueblo escogido.
4. La frase también señala que el haber escogido Dios a Israel como su pueblo del pacto no excluye por completo a la gente de otras naciones. Israel no tiene que sentirse engréida por el hecho de haber sido escogida. ¡Rahab la cananea y después Ruth la moabita formaron parte de Israel y hasta se encuentran en la línea directa de ascendientes que lleva al Salvador!

Mateo 1:5 muestra que Rahab y un hombre llamado Salmón fueron los padres de Booz, el bisabuelo de David (vea también Rut 4:18-22). La tradición judía dice que Rahab fue el antepasado de ocho profetas y sacerdotes, y que Jeremías era de su linaje. Una tradición afirma que Josué se casó con ella. En la Biblia no se menciona la esposa de Josué: las palabras de Josué, “pero yo y mi casa serviremos a Jehová” en Josué 24:15, son las referencias más directas que hace de su familia.

Después de quemar y destruir la ciudad, y de poner el oro, la plata y los artículos de bronce y hierro en el tesoro de Jehová, Josué lleva a cabo una acción final contra Jericó.

²⁶ En aquel tiempo hizo Josué un juramento, diciendo: Maldito delante de Jehová será el hombre que se levante y reedifique esta ciudad de Jericó. Sobre su primogénito echará los cimientos de ella, y sobre su hijo menor asentará sus puertas.
²⁷ Estaba, pues, Jehová con Josué, y su nombre se divulgó por toda la tierra.

La palabra hebrea para “hacer un juramento” es un verbo hecho del número “siete”. Los “juramentos” de Israel contra Jericó no están completos con los siete días de marcha alrededor de la ciudad. La última acción sagrada viene por medio del juramento de Josué.

El juramento está en forma de poesía hebrea con su ritmo característico y dos partes paralelas. La forma poética conduce a algunos a pensar que Josué está usando “una fórmula de maldición”. Aun si fuera una fórmula, Josué no está “embrujando” el lugar con una retahíla de palabras que se usan en un conjuro mágico. El Señor se agrada del juramento, que al parecer él mismo mandó y lo llevó a cabo. Una mera recitación no es lo que produce el resultado.

Jehová cumplió la maldición del juramento unos 500 años después, durante el reinado del rey Acab (874-853 a.C.). 1 de Reyes 16:34 dice: “En tiempos de Acab, Hiel, el de Betel, reedificó a Jericó. Al precio de la vida de Abiram, su primogénito, echó el cimiento, y al precio de la vida de Segub, su hijo menor, puso sus puertas, conforme a la palabra que Jehová le había anunciado por medio de Josué hijo de Nun.”

Dios quiso conservar el sitio derrumbado como un recuerdo continuo de su regalo a Israel. Se podría *vivir* en Jericó sin que la maldición les afectara (vea: Josué 18:21; Jueces 3:13; 2 Samuel 10:5). No obstante, cuando sus fundamentos y puertas se reconstruyeron, la maldición de Dios se hizo efectiva. Más adelante en el libro de Josué, el sitio de Jericó se le asignará a la tribu de Benjamín (18:21).

El capítulo más famoso de nuestro libro termina diciéndonos que el personaje central se ha hecho famoso muy rápido y nos dice por qué. ¡Jehová está con él! Josué no hizo a un lado las aguas del

Jordán ni derrumbó las paredes de Jericó; el héroe es Dios. Sin embargo, Jehová, en su misericordia, comparte su fama con el obediente servidor. Josué confía y obedece, y el Señor le da éxito y lo exalta de acuerdo a sus promesas (1:8; 3:7). Dios considera grandes líderes a los que poseen una fe humilde y son obedientes y serviciales (vea: 1 de Samuel 15:22; 16:7; Mateo 20:26). Podemos aprender bastante acerca del liderazgo que agrada a Dios cuando observamos a Josué.

La obediencia de Josué y su fama contrastan bruscamente con la desobediencia y la infamia de Acán en el capítulo 7.

El pecado de Acán

7 Pero los hijos de Israel cometieron una infidelidad en cuanto al anatema, porque Acán hijo de Carmi, hijo de Zabdi, hijo de Zera, de la tribu de Judá, tomó algo del anatema, y la ira de Jehová se encendió contra los hijos de Israel.

² Después Josué envió unos hombres desde Jericó a Hai, que estaba junto a Bet-avén, hacia el oriente de Bet-el, y les dijo: «Subid a reconocer la tierra.» Ellos subieron y reconocieron a Hai. ³ Al volver, dijeron a Josué: «Que no suba todo el pueblo; dos mil o tres mil hombres tomarán a Hai. No fatigues a todo el pueblo yendo allí, porque son pocos.»

⁴ Subieron allá del pueblo como tres mil hombres, los cuales huyeron delante de los de Hai. ⁵ Los de Hai les mataron a unos treinta y seis hombres, los persiguieron desde la puerta hasta Sebarim y los derrotaron en la bajada, por lo cual el corazón del pueblo desfalleció y se volvió como agua.

El “pero” inquietante con el que empieza el relato nos llama la atención al problema. El inspirado autor nos revela así, desde el principio, el motivo del desastre que sobrevino en Hay. Josué y el pueblo de Israel no se darán cuenta hasta después. La derrota es consecuencia de la acción de un hombre que robó las cosas prohibidas (“el jerem”), que le pertenecían tan solo a Jehová.

A toda la nación se la considera responsable por la infidelidad de uno de sus miembros. Es claro que Dios está tratando con su pueblo del pacto como una unidad. Aunque podamos asombrarnos de que sólo uno de los cientos de miles desobedeció el mandato en Jericó, el santo Dios no está solamente enojado por la conducta de uno, sino que su ira alcanza a todo Israel; se había violado su pacto con las especificaciones acerca de las cosas devotas. Y la acción de Acán eliminó una condición del sagrado contrato e hizo que las bendiciones rodaran por el suelo. Su desobediencia radical fue como tumbar una mesa repleta de platillos deliciosos y arruinar el banquete dispuesto para todos los invitados. La ira implacable de Jehová que actúa como “fuego consumidor” (Deuteronomio 9:3) contra los enemigos de Israel, ahora estalla contra su propio pueblo. No se detendrá hasta que desaparezca la ofensa contra su pacto.

La acción del pecado de Acán que envenena a toda la nación nos recuerda que hemos de “vigilarnos unos a otros para evitar caer en el pecado, porque los pecados de los demás pueden recaer sobre nosotros”⁶. La acción de Acán también nos recuerda que no cometemos “pecados sin víctimas”; no estamos aislados. Nuestros actos afectan o contaminan a otros. Y aunque mis pecados no parezcan afectar a nadie, soy mi propia víctima. Se desconoce el significado del nombre Acán; el autor de 1 de Crónicas lo llama “Acan”, que tiene el significado apropiado de “perturbador” (vea 1 de Crónicas 2:7).

Pero Josué no está al tanto de ese pecado “del perturbador”, y continúa con los preparativos para la próxima conquista al enviar espías a Hai, como lo había hecho antes en el caso de Jericó.

En revistas de arqueología se han publicado muchos artículos sobre lo que llaman el “problema de Hai”. ¿Cuál es el problema? A Hai, que significa ruina, se le ha identificado con Et-Tell, que en árabe significa “la ruina”. Sin embargo, no hay pruebas arqueológicas de que hubiera un asentamiento allí en la edad de bronce tardía (1500-1250 a.C.), en la época de la conquista de Josué. Existen indicios de una comunidad floreciente en el tercer milenio a.C., pero ese material data de mil años antes de Josué. La opción

de Et-Tell como la antigua Hai parece concordar con la descripción que se hace en el versículo 2, donde dice que Hai está “junto a Bet-avén, hacia el oriente de Betel”. Por lo general, a Betel se le identifica con Tell Beitín, una villa árabe situada como a 19 km al norte de Jerusalén. Se desconoce el sitio de Bet-avén.

¿Por qué no hay indicios o pruebas de que hubiera población en Et-Tell durante el tiempo de Josué? Se ofrecen varias razones como explicación, entre las cuales están:

1. Et-Tell no es la Hai de la Biblia, la cual debe estar en algún otro lugar del área.
2. Hai ya estaba en “ruinas” en el tiempo de Josué, ya que su nombre significa exactamente eso. El sitio de la ruina se pudo haber usado sólo como lugar para un destacamento militar provisional sin dejar vestigio alguno.
3. Los capítulos siete y ocho de Josué son historias folclóricas que se inventaron para explicar las ruinas que existen en Hai, ruinas que en realidad precedían a Josué en unos mil años.
4. El escritor de Josué transfirió por error los eventos de los capítulos 7 y 8 de Betel a Hai.

Aunque muchos están a favor de las dos últimas explicaciones, evidentemente contradicen la infalibilidad de la Biblia. Es mejor dejar “el problema de Hai” sin resolver por ahora y no pretender dar soluciones infalibles. Es interesante ver que la arqueología puede aportar pruebas materiales de los relatos bíblicos, pero nuestra fe en la confiabilidad de la Biblia no está en la balanza hasta que se desentierre la prueba. Las interpretaciones de los geólogos cambian a causa de la naturaleza inexacta de la ciencia. La Biblia permanece sin cambio y fidedigna debido a su inspiración divina por el Espíritu Santo. Las conclusiones de una excavación en Israel este verano pueden cambiar la interpretación que era irrefutable hace cinco años. Las interpretaciones se desvanecen y se derrumban: “mas la palabra del Dios nuestro permanece para siempre” (Isaías 40:8; 1

Pedro 1:25). “Cuando ocurren discrepancias aparentes entre la Biblia y los arqueólogos, una respuesta prudente sería reservarse el juicio. Históricamente, muchos se han apresurado a pronunciar un fallo, cuando el jurado todavía estaba deliberando, sólo para darse cuenta después que los descubrimientos de los arqueólogos habían resuelto el conflicto”.⁷

Si Hai es Et-Tell, los espías viajaron 24 km cuesta arriba hacia el oeste y un poco al norte de Jericó. El lugar está situado estratégicamente en la cresta central de las montañas que forman la columna vertebral de Canaán. Los espías encontraron sólo a unos cuantos hombres en Hai y le aconsejaron a Josué que usara una fuerza mínima para tomar la ciudad. Algunos comentaristas pretenden atribuirles a los espías una actitud de soberbia, después de la gran victoria de Jericó. Pero esos comentarios parecen ir más allá de lo que el texto realmente dice.

Aunque Josué envía la cifra más alta de combatientes recomendada para tomar Hai, aun así, la derrota de Israel es abrumadora. Ni cien mil soldados podrían haber cambiado el resultado, ya que Acán le robó a Israel las bendiciones del Señor. Cuando Dios se opone a los planes humanos, éstos fallan.

Las bajas de Israel fueron de “unos treinta y seis”. A pesar de que no es una cifra redonda para nosotros, acostumbrados al sistema basado en diez, la numeración antigua, tomada del sistema sumerio, se basaba en múltiplos de seis. Conservamos un vestigio del antiguo sistema en los sesenta minutos de una hora y en la división del círculo en 360 grados. Decir “alrededor de treinta y seis” en el sistema sumerio es como para nosotros a decir “alrededor de cincuenta”.

La cifra de unos treinta y seis muertos tal vez no nos parezca la descripción de una derrota absoluta; sin embargo, recuerde que Josué estaba esperando una victoria rápida y completa. El más mínimo revés sería terrible después de la promesa que Dios le había hecho de darle el éxito total (1:3), el derrumbe reciente de Jericó, y el informe de los espías.

El sitio exacto del desastre está grabado en la memoria de Israel, como se ve claramente en la gráfica descripción del autor: “Los persiguieron desde *la puerta* hasta *Sebarim* y los derrotaron *en la bajada*”. La raíz de la palabra “*Sebarim*” significa “romper en pedazos”. El pueblo estaba deshecho emocionalmente con la derrota y reaccionaba de la misma manera que habían reaccionado los enemigos que habían vencido en el pasado. El corazón de Israel se derretía. La sandalia del enemigo ahora está puesta en el pie del pueblo escogido de Dios. ¿Cómo puede ser esto? Los líderes descargan su desconcierto y se desahogan en la forma acostumbrada del Oriente Medio.

⁶ Entonces Josué rompió sus vestidos y se postró en tierra sobre su rostro delante del Arca de Jehová hasta caer la tarde, junto con los ancianos de Israel, y se echaron polvo sobre sus cabezas. ⁷ Josué decía:

—¡Ah, Señor Jehová! ¿Por qué hiciste pasar a este pueblo el Jordán, para entregarnos en manos de los amorreos y que nos destruyan? ¡Ojalá nos hubiéramos quedado al otro lado del Jordán! ⁸ ¡Ay, Señor! ¿qué diré, ahora que Israel le ha vuelto la espalda a sus enemigos? ⁹ Porque los cananeos y todos los habitantes de la tierra se enterarán, nos rodearán y borrarán nuestro nombre de encima de la tierra. ¿Qué harás tú entonces por tu gran nombre?

El fracaso no sólo es una derrota aplastante para Israel, sino que también desmoraliza a Josué ante el Señor. El lugar donde ora, delante del Arca, sugiere el sentimiento de que algo relacionado al pacto de Dios está radicalmente equivocado.

No sería prudente usar toda la oración de Josué como un modelo. “En busca de la fe” puede ser el término que describa sus expresiones. Mientras trata de obtener una respuesta de Jehová, la debilidad se manifiesta. Para Dios es una bofetada sugerir que Israel debió haberse quedado al otro lado del Jordán cuando Dios mismo le ordenó el cruce, lo bendijo con un milagro y prometió la

conquista. Las palabras de Josué son peligrosamente parecidas a las quejas del pueblo cuando andaban por el desierto (Ver: Éxodo 14:11,12; 16:3; 17:3; Números 14:2,3).

La audaz súplica de Josué al final de su oración es muy similar a los argumentos de las oraciones de Moisés (Vea: Éxodo 32:11-13; Números 14:15,16; Deuteronomio 9:28,29). Dado que el Señor ha vinculado su propio nombre al éxito de su pueblo, Josué llega a la conclusión de que Dios debe solucionar las cosas por el bien de su propia reputación. Su oración se caracteriza por la atrevida fe mezclada con una evidente debilidad.

Pablo hace un comentario consolador sobre las oraciones imperfectas de todos los creyentes: “Pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros... Conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos” (Romanos 8:26,27).

La Biblia acostumbra revelar “defectos” de los gigantes de la fe como Josué. Una razón para esto es advertir que nuestra fe en los líderes, aun en los grandes líderes espirituales, nunca puede ser absoluta. Los cristianos no deben seguir ciegamente a sus héroes. Sólo Jesús merece nuestra confianza absoluta. Otro propósito es mostrarnos que todos los que se salvan, incluidos los grandes héroes de la Biblia, se salvan por la gracia de Dios por medio de la fe y no por sus obras. No necesitamos entrar en la desesperación cuando tenemos una profunda sensación de remordimiento y debilidad. Los “grandes” héroes de la fe pecaron también, pero recibieron el perdón por gracia mediante la fe en su Dios Salvador.

Las debilidades de Josué rara vez se revelan en la Biblia. En una ocasión Moisés lo reprendió, cuando quiso acallar a dos profetas (vea Números 11:24-30). En Josué 9:14,15 se insinuará otro punto débil. Ahora, el mismo Jehová lo amonesta.

¹⁰ Jehová respondió a Josué:

—¡Levántate! ¿Por qué te postras así sobre tu rostro?

¹¹ Israel ha pecado, y aun han quebrantado mi pacto, el que yo les mandé. También han tomado algo del anatema, y hasta lo

han robado, han mentido, y aun lo han guardado entre sus enseres. ¹² Por esto los hijos de Israel no podrán hacer frente a sus enemigos, sino que delante de sus enemigos volverán la espalda, por cuanto han venido a ser anatema. No estaré más con vosotros si no hacéis desaparecer el anatema de en medio de vosotros. ¹³ Levántate, santifica al pueblo y di: “Santificaos para mañana, porque Jehová, el Dios de Israel, dice así: ‘Anatema hay en medio de ti, Israel; no podrás hacer frente a tus enemigos, hasta que hayáis quitado el anatema de en medio de vosotros.’” ¹⁴ Os acercarán, pues, mañana por tribus; la tribu que Jehová señale, se acercará por familias; la familia que Jehová señale, se acercará por casas paternas, y la casa que Jehová señale, se acercará hombre por hombre. ¹⁵ El que sea sorprendido en posesión del anatema, será quemado, él y todo lo que tiene, por cuanto ha quebrantado el pacto de Jehová y ha cometido una infamia en Israel.

La reprimenda del Señor es severa e hiriente. Dios no permite que el monólogo continúe por mucho tiempo cuando casi se le acusa de maldad. Jehová implica que Josué debería saber que se ha violado el pacto. ¿Acaso no prometió Dios que, si se honraba su pacto, el éxito iba a seguir y cuando se quebrantaran sus estipulaciones iba a sobrevenir el desastre? En lugar de permanecer con el rostro en el suelo alimentando una actitud de derrota, Josué debería ocuparse en resolver el problema.

Sin revelar el nombre del culpable, Dios le explica con detalle los motivos del desastre de Hai. “Han quebrantado mi pacto... han tomado algo del anatema.” El plural “[ellos] han tomado... robado” otra vez muestra que el Señor culpa a todo Israel. No está satisfecho con el hecho de que casi todos han honrado las condiciones del pacto. ¿Quién se atreve a sugerir que a Dios no le preocupan los pecados individuales, mientras la corrupción no se extienda?

Jehová amenaza con que ya no va a estar con Israel, a menos que destruyan lo que “han tomado del anatema”. Sus palabras

hieren, de la manera como hirió el anuncio que hizo en el tiempo del profeta Oseas: “Vosotros no sois mi pueblo, ni yo seré vuestro Dios” (Oseas 1:9). ¡Imagínese nada más el impacto que iban a causar esas palabras abrumadoras sobre Israel! No podrían reclamar la tierra prometida, no tendrían derecho a la protección divina ni al éxito en las batallas. Ahora están por su cuenta frente al deseo que tenían los cananeos de vengarse, resentidos por el fracaso que tuvieron en Jericó e inspirados por la derrota total en Hai. Ni hay esperanzas de otro milagro que separe las aguas del Jordán para salir en retirada. Ya no son el “especial tesoro” de Dios y “un reino de sacerdotes, y gente santa” (Éxodo 19:5,6). La violación del pacto debe quitarse.

Dios no iba a dejar a Israel buscando a tientas un plan para solucionar el problema. Su gracia es evidente aun en medio de su ira ardiente; le da instrucciones a Josué para que descubra a la persona que se atrevió a quebrantar el pacto sagrado con Israel. Pero antes, el pueblo se debe santificar en preparación para presentarse delante de Dios al día siguiente. Igual que en el monte Sinaí, tal vez la santificación incluía lavar la ropa y abstenerse de relaciones sexuales, como símbolo exterior de una santificación interior (vea Éxodo 19:10, 14,15). Entonces, mientras: las tribus, los clanes, las familias y los individuos, aparezcan ante Jehová, él mismo atrapará al culpable. No se indica la forma exacta que el Señor empleará para “tomar” o “atrapar” al culpable. Tal vez sea echando a suertes los nombres escritos en trozos de cerámica, y luego ponerlos en un recipiente del que se escogen.

Además de condenar al criminal, el procedimiento esmerado salva a todos los inocentes. También le da tiempo a Acán para que se entregue y se arrepienta antes de que la firme mano de Jehová señale al acusado. Para nosotros, los lectores, el procedimiento pone énfasis en que el Señor, cuya ira se enciende ante el pecado, tiene ojos como fuego ardiente que traspasarán cualquier intento de encubrimiento. ¿Qué caso tiene tratar de esconder la culpa cuando ante la mirada penetrante de Dios todo se pone al descubierto?

¹⁶ Josué, pues, levantándose de mañana, hizo acercar a Israel por tribus, y fue designada la tribu de Judá. ¹⁷ Hizo acercar a la tribu de Judá, y fue designada la familia de los de Zera; luego hizo que se acercaran las familias de los de Zera, y fue designado Zabdi. ¹⁸ Hizo acercar su casa hombre por hombre, y fue designado Acán hijo de Carmi hijo de Zabdi, hijo de Zera, de la tribu de Judá.

Las doce tribus ante Dios nos pueden recordar a los doce discípulos delante de Jesús, cuando en la Santa Cena se buscaba la identidad del traidor y ellos decían: “¿ Soy yo, Señor?” (Mateo 26:22). Esa noche, Judas “fue tomado”. Judas llevaba el nombre de la tribu de Judá que en aquel día fue tomada.

Es un momento triste para la tribu de Judá. Pronto, Judá va a recibir la primera tierra y la porción más grande de ella. Después le dará a Israel sus reyes famosos. A toda la nación se le llamará “los judíos” por el nombre de esta sola tribu. Finalmente, Judá le dará al mundo su Salvador: “Luz para revelación a los gentiles y gloria de tu pueblo Israel” (Lucas 2:32). No obstante, este día infame sirve para frenar el orgullo de la tribu cuyo nombre significa “alabado”.

Durante la larga y difícil prueba, Acán no da un paso adelante. ¿Qué es lo que piensa? ¿Cree que puede escapar sin ser descubierto por Dios? ¿Acaso alguien puede hacerlo?

El capítulo empieza con la genealogía de Acán, la cual ahora se repite en el versículo 18. Israel ahora aprende lo que los lectores ya sabemos. La repetición del linaje de la familia de Acán hace hincapié en la decidida mano del Señor para alcanzar a las: tribus, clanes, familias e individuos, y llevar a cabo este juicio señalado: “¡Tú eres el hombre!” Ante Dios, es en vano tratar de encubrirse. El arrepentimiento es el único camino seguro que se puede seguir.

¹⁹ Entonces Josué dijo a Acán:

—Hijo mío, da gloria a Jehová, el Dios de Israel, dale alabanza y declárame ahora lo que has hecho; no me lo encubras.

²⁰ Acán respondió a Josué:

—Verdaderamente yo he pecado contra Jehová, el Dios de Israel; he hecho así y así. ²¹ Pues yo vi entre los despojos un manto babilónico muy bueno, doscientos siclos de plata y un lingote de oro de cincuenta siclos de peso, lo cual codicié y tomé. Ahora está escondido bajo tierra en medio de mi tienda, y el dinero está debajo.

Josué es un laico de la tribu de Efraín, pero su método es absolutamente “pastoral”. Acán ha sido la causa del desastre de Israel por haber quebrantado el pacto, y luego añadió a su pecado el no haber dado un paso adelante para entregarse. Hubiéramos esperado que Josué lo tomara del cuello y vociferara la humillación que le causó a su ejército, pero la preocupación de Josué no es vengarse por el daño personal. Anhela el arrepentimiento de este “hijo” de Israel y la gloria de Dios en la resolución del asunto.

Las palabras “hijo mío” establecen el tono delicado de Josué. “Pudo haberlo llamado con justicia ‘ladrón’ y ‘rebelde’; sin embargo, lo llama ‘hijo’. ... Este es un ejemplo de cómo tratar con espíritu de humildad incluso a los delincuentes, sin saber lo que nosotros mismos hubiéramos sido y hecho si Dios nos hubiera entregado en manos de nuestros propios pensamientos.”⁸

“Dar gloria a Dios” es una expresión que tiene el significado de “Decir la verdad y nada más que la verdad con la ayuda de Dios”. Los judíos del Nuevo Testamento usaron el mismo mandato solemne para decir la verdad en Juan 9:24. A Dios siempre se le glorifica con la verdad, porque así se indica que sus caminos son rectos y que él hace bien a su pueblo.

Aunque la confesión de Acán llega tarde, es completa y puede servir de modelo, porque no intenta echar la culpa a nadie más ni minimizarla. Revela todo delante de Josué y de Dios. Admite que su pecado no fue una cuestión de debilidad momentánea; fue calculada: “Vi... codicié y tomé”. El hecho de haberlo ocultado lo convirtió en un acto continuo de maldad. Se ve lo completo de su confesión por los detalles que menciona: el manto es de Babilonia,

“Sinar” en hebreo; la plata pesa doscientos siclos o alrededor de dos kilos; el oro pesa cincuenta siclos o como medio kilo. Hasta da una detallada información del lugar donde los escondió en su tienda: “y el dinero está debajo”.

Nosotros, que hemos racionalizado nuestros pecados, podemos adivinar lo que pasó por la mente de Acán cuando se le presentó la tentación. “Nadie lo sabrá. ¡Qué desperdicio si no tomo algo de esto! No soy codicioso, sólo quiero cuidar a mi familia. Lo que llevo es una miseria en comparación a toda la riqueza que hay aquí. Ha de haber muchos israelitas que hacen lo mismo .”

Pero ahora Acán no trata de encubrirlo y confiesa su culpa personal y específica. Las confesiones pueden llegar a ser deliberadamente vagas. “Sí, soy un pecador como cualquier otro aquí”. Esas podrían ser las palabras de alguien que trata de ampararse en términos generales y cobijarse bajo la culpabilidad de todos. A veces es saludable catalogar los pecados específicos para estar seguros de que no se están murmurando sólo vagas confesiones y a la vez negando la culpa personal.

Josué no quiere prolongar un segundo más la violación del pacto. Es terrible sentir todo el ardor de la ira del Señor.

²² Entonces Josué envió mensajeros, los cuales fueron corriendo a la tienda, y en efecto, todo estaba escondido en su tienda, y el dinero debajo. ²³ Lo tomaron de la tienda y lo llevaron ante Josué y todos los hijos de Israel, y lo pusieron delante de Jehová. ²⁴ Entonces Josué, junto con todo Israel, tomaron a Acán hijo de Zera, el dinero, el manto, el lingote de oro, sus hijos, sus hijas, sus bueyes, sus asnos, sus ovejas, su tienda y todo cuanto tenía, y lo llevaron todo al valle de Acor.

²⁵ Allí le dijo Josué:

—¿Por qué nos has turbado? Que Jehová te turbe en este día.

Y todos los israelitas los apedrearon, y los quemaron después de apedrearlos. ²⁶ Sobre él levantaron un gran montón de piedras que permanece hasta hoy. Así Jehová se calmó del

ardor de su ira. Por eso aquel lugar se llama el valle de Acor, hasta hoy.

Acán usa la misma tierra que es regalo de Dios para esconder los artículos prohibidos debajo de su tienda. Es un trágico abuso de las bendiciones que nos da Dios, cuando en vez de usar sus regalos para glorificarlo se utilizan para la maldad.

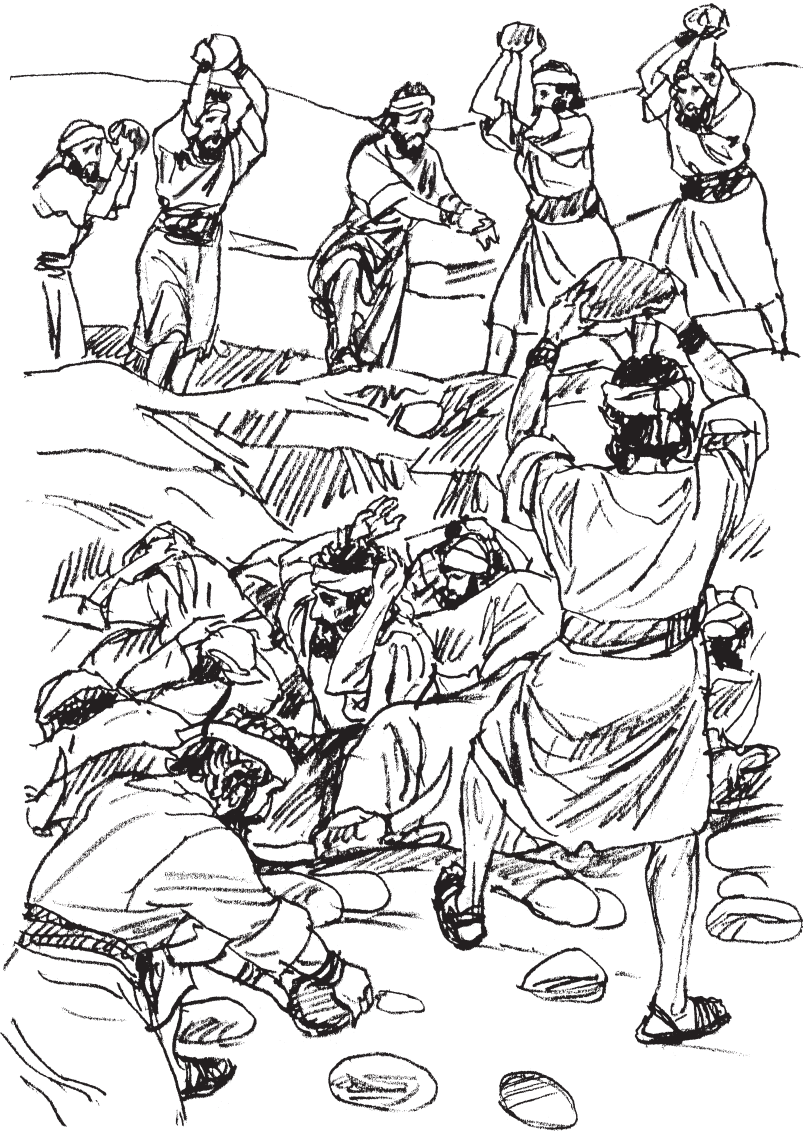
Lo que encontraron los mensajeros en la tienda de Acán concordaba exactamente con su confesión en todos los detalles. Esto se nota por la repetición del lugar preciso donde estaba escondido el dinero.

Se extienden todas las cosas “del anatema” “delante de Jehová”, lo cual tal vez quiera significar delante del Arca del pacto. Los artículos le pertenecían a Dios; el ladrón ha violado su pacto; y Dios debe ser glorificado en la resolución del pecado.

Jehová ya había ordenado el procedimiento que se debía seguir con el trasgresor del pacto y todo lo que le pertenecía (vea el versículo 15). Israel no actúa por iniciativa propia en el castigo. La ley de Moisés señalaba que los hijos no debían morir por causa de los pecados de sus padres (Deuteronomio 24:16). El apedreamiento de los hijos de Acán puede indicar su complicidad en el robo. El Señor ve los corazones y nunca comete una injusticia. Muchos comentaristas señalan el hecho de haber enterrado las cosas prohibidas en la tienda de la familia como un indicio de que ella sabía del pecado y lo aprobaba.

El campamento de Israel en Gilgal es al parecer el lugar donde los artículos robados se extienden delante de Jehová. Pero el apedreamiento se realiza en un valle alejado del campamento. Se dice que la llanura que está alrededor de Gilgal no tiene casi nada de piedras. Algunos identifican el Wadi el-Kelt, un arroyo lleno de piedras que conduce al valle del Jordán, como el lugar del apedreamiento. Después de la ejecución de las órdenes de Dios, el sitio se conoce con el nombre de valle de Acor o “problema”.

Se le quedó el nombre. El profeta Oseas escribió acerca del valle de Acor unos 700 años más tarde en el contexto de una profecía



La familia de Acán es apedreada

inspirada acerca del tiempo del Salvador. Citando a Jehová, Oseas escribe: “Le daré... el valle de Acor por puerta de esperanza” (Oseas 2:15). Los actos salvadores del Mesías iban a llenar los puntos más deprimentes de la tierra con una esperanza inspiradora. Con su sangre iba a establecer el “nuevo pacto” incondicional, en el que el Señor declara: “Perdonaré la maldad de ellos y no me acordaré más de su pecado” (Jeremías 31:31-34).

Al final queman a las víctimas apedreadas, como lo ordenó Jehová en el versículo 15. Su destino es el mismo que le aconteció a la ciudad de Jericó (vea 6:24). Dios no amenazó en vano cuando les advirtió a Acán y a todo Israel: “Guardaos del anatema; ni toquéis, ni toméis ninguna cosa del anatema, no sea que hagáis anatema el campamento de Israel” (6:18).

Sobre la tumba de Acán la gente levantó el tercer monumento conmemorativo de piedra que aparece en la tierra prometida desde que Israel entró en ella. Los dos primeros proclamaban las alabanzas del Señor por un milagro; este expresa una severa advertencia. La frase familiar “hasta hoy” señala la realidad histórica del episodio de Acán. Los primeros lectores del libro de Josué podrían caminar al valle de Acor, contemplar el montón de piedras que se encontraba todavía allí y recibir una advertencia solemne.

El autor no comenta acerca del destino eterno de Acán. Algunos escritores hacen hincapié en “*este día*” en la oración de Josué: “Que Jehová te turbe en este día”. Algunos sugieren que después de “este día” Acán gozará la eternidad, libre de problemas en el cielo. Su ejecución, aun por mandato de Dios, no implica muerte eterna. La fe en el Dios Salvador pudo muy bien haber estado presente en Acán al momento de la sincera confesión que hizo ante Josué. “En el tiempo del Antiguo Testamento se le dio importancia a la muerte física como castigo por los pecados. Esto muestra el desagrado de Dios ante el pecado. Sin embargo, es mejor no llegar a conclusiones precipitadas acerca del destino eterno de los individuos así castigados”.⁹

El intervalo del capítulo 7 termina. El pacto con su promesa de éxito sigue vigente. La armonía entre Dios y el pueblo se ha

restablecido. Otra vez va a resonar el tono positivo que prevalece en el libro de Josué.

La destrucción de Hai

8 Jehová dijo a Josué: «No temas ni desmayes. Toma contigo toda la gente de guerra, levántate y sube a Hai. Mira, yo he entregado en tus manos al rey de Hai, a su pueblo, a su ciudad y a su tierra. ² Harás con Hai y con su rey como hiciste con Jericó y su rey; sólo que ahora tomaréis para vosotros su botín y sus bestias. Pondrás, pues, emboscadas detrás de la ciudad.»

Josué estaba deshecho cuando los hombres de Hai derrotaron a Israel; ahora, teniendo en cuenta su anterior desesperación, Dios lo colma de aliento. Es el amanecer de un nuevo día, el escándalo de Acán quedó atrás y Dios apartó su ira. Es hora de que los israelitas sigan con la conquista.

El favor de Jehová que sigue a su ira nos recuerda que aun los escándalos más vergonzosos no significan una condena perdurable. La misericordia de Dios alumbró otra vez a todos los que dirigen su mirada a él. “Porque por un momento será su ira, pero su favor dura toda la vida” (Salmo 30:5). “Con un poco de ira escondí mi rostro de ti por un momento; pero con misericordia eterna tendré compasión de ti”, dice Jehová tu Redentor” (Isaías 54:8). Se había separado de Israel por un tiempo, pero no se había divorciado de su pueblo.

Tome nota de que Dios es el que da las órdenes y dirige los planes para la batalla. Con cumplir sencillamente sus mandatos, Josué e Israel tendrán asegurada la victoria.

“Toda la gente de guerra” debe marchar contra Hai. Eso tal vez no quiera decir cada uno de los soldados de Israel; el ejército completo contaba con alrededor de 600 mil soldados, mientras la población de Hai era sólo de doce mil (8:25). Así que, “toda la gente

de guerra” puede referirse a una división completa, más tropas de las que se habían enviado a la anterior campaña catastrófica.

La conquista del rey de Hai y de todas sus pertenencias se logra prácticamente sin desenvainar una sola espada. Jehová no necesita la ayuda de nadie; él decide emplear el ejército de su pueblo como un instrumento de su victoria.

El ejército “sube” a Hai desde el campamento de Israel. La expresión hebrea por lo general se refiere a un avance de los soldados sin importar la altura. Pero aquí, el avance desde Gilgal a Hai significa ascender 24 km por la cordillera central. Algunos de los soldados conocen bien la ruta debido al reciente ataque y derrota militar. La marcha tomaría unas cinco o seis horas.

Dios le dice a Josué: “Harás con Hai y con su rey como hiciste con Jericó y su rey.” En el capítulo 6 no supimos lo que Josué le hizo al rey de Jericó; sin embargo, podemos deducir que: lo mató, lo ahorcó o lo empaló en un árbol, y luego puso su cuerpo a la entrada de la ciudad.

De la misma manera que Jericó, Hai debe ser destruida completamente, pero con una excepción: Israel se puede apoderar de “su botín y sus bestias”. Las órdenes que da Dios de “destruir por completo” las ciudades de Canaán (los mandatos “jerem”) se llevan a cabo en grados distintos de rigurosidad conforme a las instrucciones de Dios. Jericó, como es la primera ciudad que se tomó, conserva importancia especial; por lo tanto, Dios dio órdenes estrictas relacionadas con su destrucción. Al parecer, Jericó fue como el “primogénito” y le pertenecía totalmente a Jehová (Vea Éxodo 13:2,12,13). A Hai, la segunda ciudad, se le da un trato algo diferente. El pueblo puede apropiarse de una parte del botín.

Jehová trama las “emboscadas” como una táctica especial que va a causar la derrota de Hai. Algunos comentaristas parecen reaccionar con sorpresa ante el hecho de que Dios conciba este ardid o estratagema. ¿Acaso puede haber un problema moral cuando es Dios mismo quien planea una maniobra militar engañosa? Por supuesto que no, si él lo ordena. Hay una diferencia entre una hábil estrategia militar y una mentira atrevida.

El área que rodea a Hai está cortada por desfiladeros y barrancos que son ideales para una emboscada. Ésta va a tener lugar “detrás de la ciudad”, es decir, al oeste de Hai, ya que el destacamento se va a acercar por el este.

³ Entonces se levantaron Josué y toda la gente de guerra para subir contra Hai. Escogió Josué treinta mil hombres fuertes, a los cuales envió de noche ⁴ con esta orden: «Atended, pondréis una emboscada detrás de la ciudad. No os alejaréis mucho de la ciudad y estaréis todos dispuestos. ⁵ Yo y todo el pueblo que está conmigo nos acercaremos a la ciudad, y cuando salgan ellos contra nosotros, como hicieron antes, huiremos delante de ellos. ⁶ Ellos saldrán tras nosotros, hasta que los alejemos de la ciudad, pues dirán: “Huyen de nosotros como la primera vez.” Huiremos, entonces, delante de ellos. ⁷ Luego vosotros os levantaréis de la emboscada y tomaréis la ciudad, pues Jehová, vuestro Dios, la entregará en vuestras manos. ⁸ Cuando la hayáis tomado, le prenderéis fuego. Haréis conforme a la palabra de Jehová. Mirad que os lo he mandado.»

⁹ Entonces Josué los envió; ellos se fueron a la emboscada y se pusieron entre Bet-el y Hai, al occidente de Hai. Josué se quedó aquella noche en medio del pueblo. ¹⁰ Josué se levantó muy de mañana, pasó revista al pueblo y subió contra Hai, al frente del pueblo, junto con los ancianos de Israel. ¹¹ Toda la gente de guerra que con él estaba subió y se acercó; llegaron delante de la ciudad y acamparon al norte de Hai. El valle estaba entre él y Hai. ¹² Tomó como cinco mil hombres y los puso en una emboscada entre Bet-el y Hai, al occidente de la ciudad. ¹³ Así dispusieron al pueblo: todo el campamento al norte de la ciudad, y su emboscada al occidente de la ciudad. Aquella noche Josué avanzó hasta la mitad del valle.

La batalla de Hai se describe en detalle, con sus preparativos y luchas. Otras guerras que se narran en el libro de Josué se tratan superficialmente. Esto muestra que el objetivo del libro no es

servirnos “el pastel entero” de la conquista de Josué; su propósito es enseñar verdades espirituales al ofrecer porciones especiales de la historia de la conquista, escogidas por el Espíritu de la Verdad. Él ha elegido para nuestro menú episodios que sirven a sus propósitos de enseñanza. La meta del capítulo 8 es mostrar que la victoria es segura y completa cuando el pueblo de Jehová lo sigue, confiando en el pacto. El capítulo 7 nos mostró el resultado de la desobediencia y de la retirada de las bendiciones de Dios.

Conforme al objetivo del Espíritu, el versículo 3 informa que Josué e Israel obedientemente empiezan a llevar a cabo la estrategia ordenada por Dios. El éxito es inminente.

No debemos dejar pasar inadvertido el plan elaborado con esmero. Los cristianos algunas veces se niegan a seguir la estrategia de una misión, un programa de mayordomía o una meta de evangelismo planeado. Se aduce que los enfoques menos calculados y la espontaneidad están más en armonía con el proceder de Dios. Este capítulo nos muestra que hay veces en las que el pueblo de Dios querrá seguir una estrategia definitiva. No hay nada intrínsecamente santo en realizar de una manera improvisada la obra de Dios.

Josué envía un destacamento para la emboscada al oeste de Gilgal hacia Hai. Marchan unos 24 km al amparo de la noche y permanecen escondidos al oeste de Hai en dirección a Betel. Al día siguiente Josué y el ejército principal marchan hacia Hai y acampan al norte de la ciudad, a plena vista del enemigo. Esa misma noche, Josué y el ejército entran al valle que separa su campamento y Hai. Servirán de carnada. Cuando el ejército de Hai ataque, los hombres de Josué huirán, fingiendo la derrota. Mientras los hombres de Hai los persiguen, el destacamento de la emboscada que está al acecho al oeste de Hai puede atacar y tomar la ciudad desprotegida.

El relato es claro en su estrategia general y los preparativos para esta emboscada; sin embargo, surge un problema. Se dan dos cifras diferentes para el destacamento que está a cargo de la emboscada: en el versículo 3 se habla de “treinta mil”, y en el versículo 12 se

mencionan “como cinco mil”. Se han dado varias soluciones al aparente problema:

1. Tal vez se haya cometido un error en uno de los dos versículos al copiar la cifra. El comentarista Keil dice que cinco mil es la cantidad correcta. En el hebreo antiguo, los números eran designados por letras del alfabeto. Si Keil está en lo correcto, un copista aquí substituyó una “lamed” (“l”) por una “he” (“h”). Ni nuestra era computarizada escapa a los problemas en la transmisión de números en publicaciones. Recuerde que aunque los manuscritos originales de la Biblia (los así llamados “autógrafos”) son inerrantes, el descuido momentáneo de un copista pudo haber ocasionado esa discrepancia.
2. Josué pudo haber ordenado dos destacamentos. Algunos comentaristas judíos sugieren cinco mil soldados acamparon cerca de la ciudad y treinta mil más lejos.
3. Un solo destacamento de veinticinco mil soldados para la emboscada pudo haber tenido la tarea de impedir una retirada, mientras que los cinco mil restantes atacaban a Hai.

Aunque tengamos algunas preguntas acerca de los detalles precisos, no hay confusión en el ejército de Israel, que ahora dirige el general Jehová. La trampa está lista; ahora, en la oscuridad de la noche, Josué desencadena la acción al entrar con su destacamento principal al valle rumbo a Hai.

¹⁴ Aconteció que, al verlo el rey de Hai, él y su pueblo se apresuraron, madrugaron, y al tiempo señalado, los hombres de la ciudad salieron a combatir contra Israel frente al Arabá, no sabiendo que estaba puesta una emboscada a espaldas de la ciudad. ¹⁵ Josué y todo Israel se fingieron vencidos y huyeron delante de ellos por el camino del desierto. ¹⁶ Todo el pueblo que estaba en Hai se juntó para perseguirlos, y al ir tras Josué, se alejaron así de la ciudad. ¹⁷ No quedó ningún hombre en Hai ni

en Bet-el que no saliera tras Israel, y por seguir a Israel dejaron la ciudad abierta. ¹⁸ Entonces Jehová dijo a Josué: «Extiende hacia Hai la lanza que tienes en tu mano, porque yo la entregaré en tus manos.»

Josué extendió hacia la ciudad la lanza que tenía en su mano. ¹⁹ Se levantaron prontamente de su lugar los que estaban en la emboscada, corrieron luego que él alzó su mano, entraron en la ciudad, la tomaron y se apresuraron a prenderle fuego.

²⁰ Cuando los hombres de Hai volvieron el rostro y vieron el humo de la ciudad que subía al cielo, no pudieron huir ni a una parte ni a otra, porque el pueblo que iba huyendo hacia el desierto se volvió contra quienes los perseguían. ²¹ Josué y todo Israel, al ver que los de la emboscada habían tomado la ciudad, y que el humo de la ciudad subía, se volvieron y atacaron a los de Hai. ²² Los otros salieron de la ciudad a su encuentro, y así quedaron encerrados en medio de Israel, los unos por un lado y los otros por el otro. Y los hirieron hasta que no quedó ninguno de ellos que escapara. ²³ Pero tomaron vivo al rey de Hai y lo llevaron ante Josué.

La estratagema resulta exitosa no porque Josué sea muy astuto e Israel muy poderoso. Se obtiene el éxito porque el plan es de Dios y sus bendiciones están sobre su pueblo obediente.

El autor menciona algunos detalles precisos del lugar de la batalla; eso puede indicar que es testigo ocular o que está empleando el informe de un testigo en su relato inspirado. El ejército de Hai entra en un lugar “frente al Arabá”. El término “Arabá” con frecuencia se refiere a la parte del gran valle hendido donde se localiza el mar Muerto; aquí es posible que sea la parte del valle que está cerca de Hai, que se abre para formar una llanura desértica. Israel finge una huida “por el *camino* del desierto”; esto se puede referir a un antiguo camino en el desierto que va al este hacia el Jordán.

El versículo 17 revela que el ejército de Betel se une al de Hai para repeler a Israel. A Betel (“casa de Dios”) se le identifica

normalmente con el pueblo árabe de Beitín, localizado a 3.6 km al noroeste de Hai.

En Génesis 12:8 también se mencionan juntas a Betel y Hai. Allí oímos que Abraham armó su tienda “entre Betel al occidente y Hai al oriente”. Esa nota se presenta después de que Dios primero le prometió a Abraham la tierra y que iba a bendecir a todas las naciones por medio de su Descendiente especial (Génesis 12:1-7). Más tarde Jacob, el nieto de Abraham, tuvo su famoso “sueño de la escalera” en Betel (Génesis 28:10ss), en el que Jehová renovó el pacto con las mismas promesas que le dio primero a Abraham. Vemos así lo significativo de mencionar a Betel en el versículo 17. Cuando los israelitas leyeran el nombre de Betel, podrían recordar la promesa de la tierra que Dios hizo allí, y ver el cumplimiento de las promesas *¡en ese mismo lugar!* La referencia a Betel tiene esta implicación: el Señor es fiel al guardar sus promesas; ahora la tierra se está dando; y el Prometido vendrá y bendecirá a todos los pueblos de la tierra.

En Josué 12:16, el rey de Betel será mencionado como uno de los reyes de la tierra que fue conquistado. Como la derrota de Betel no se relata en ningún otro lugar en el libro de Josué, tal vez en la batalla que tenemos a la vista, su rey haya sido capturado junto con el de Hai.

Un momento crítico de la batalla, cuando Hai y Betel quedan sin protección, es la hora escogida para un símbolo y una señal especiales. Dios le ordena a Josué que extienda su lanza hacia Hai; una vez más está claro que el Señor está al mando y dirige la batalla. La victoria será suya. La lanza en la mano de Josué simboliza que la ciudad ahora está en las manos de Israel. También simboliza la destrucción inminente de la ciudad.

Pero la lanza no es sólo un símbolo, es la señal para desencadenar la emboscada. Debido a la distancia, resulta difícil pensar que el líder de la emboscada podrá en realidad ver la lanza en alto. Tal vez la lanza desenlaza una serie de señales, que fueron acordadas de antemano, y que llegan al líder. O tal vez el autor está insinuando un milagro de simultaneidad cuando dice: “Se



Batalla de Hai

levantaron prontamente de su lugar los que estaban en la emboscada, corrieron luego que él alzó su mano .”

Note el paralelismo que hay entre Josué cuando sostiene la lanza y la escena en la que Moisés mantiene sus manos en alto para obtener la victoria sobre los amalecitas en Éxodo 17:10-13. Josué ocupa el liderazgo que dejó el gran Moisés y, en consecuencia, también merece el respeto y la obediencia que una vez tuvo Moisés. Dios sigue engrandeciendo a Josué delante de todo el pueblo.

El destacamento de la emboscada captura a la ciudad desprotegida y le prende fuego. El humo que sube al cielo le da la señal al destacamento principal para que abandone la huida fingida. Los ejércitos de Hai y de Betel quedan atrapados en medio. El lenguaje del autor enfatiza la victoria absoluta del pueblo de Dios. Al enemigo lo matan sin que queden sobrevivientes o fugitivos. Sólo al rey de Hai lo toman vivo.

²⁴ Cuando los israelitas acabaron de matar a todos los habitantes de Hai en el campo y en el desierto, hasta donde los habían perseguido, y todos habían caído a filo de espada hasta ser consumidos, todos los israelitas volvieron a Hai, y también la hirieron a filo de espada. ²⁵ El número de los que cayeron aquel día, entre hombres y mujeres, fue de doce mil, todos los de Hai. ²⁶ Porque Josué no retiró la mano que había extendido con la lanza hasta que hubo destruido por completo a todos los habitantes de Hai. ²⁷ Los israelitas tomaron para sí las bestias y el botín de la ciudad, conforme a la palabra que Jehová había mandado a Josué. ²⁸ Josué quemó a Hai y la redujo a un montón de escombros, desolada para siempre hasta hoy. ²⁹ Al rey de Hai lo colgó de un madero hasta caer la noche, y cuando el sol se puso, mandó Josué que quitaran del madero su cuerpo y lo echaran a la puerta de la ciudad. Luego levantaron sobre él un gran montón de piedras, que permanece hasta hoy.

Las órdenes del “jerem” se llevan a cabo en Hai tal y como fueron ejecutadas en Jericó. Se le entrega a Dios la ciudad y sus

pobladores para total destrucción. Podemos estremecernos al pensar en la matanza de doce mil hombres y mujeres ese día, pero la lección no se debe perder. En Hai vemos, al igual que en Jericó, una dura escena del resultado final de rechazar completamente la gracia de Dios. La población de la ciudad está destruida pero, como el Señor lo había ordenado antes, Israel se lleva el ganado y el botín de Hai.

El levantar la lanza fue crítico para la victoria; ese acto simbólico, ordenado por Dios, pone énfasis en que él gana la victoria con su mano poderosa y le regala la ciudad a Israel, que obedece motivado por la fe en el pacto.

Oímos por segunda vez que Hai es quemada (versículo 28). En el primer asalto, el destacamento de la emboscada le prendió fuego a Hai (versículo 19), para señalarles a las tropas de Josué que regresaran y atacaran. Ahora, Josué mismo quema la ciudad en cumplimiento de las órdenes de entregarla completamente a Jehová mediante la destrucción. En el hebreo hay dos expresiones diferentes para la quema, que muestran una diferencia de propósito. La quema de las ciudades conquistadas se menciona solamente con relación a: Jericó, Hai y Hazor (11:11).

La palabra Hai significa “ruina”. Es posible que existieran ruinas antiguas aun antes de ser destruida por Josué y que motivara ese nombre para la ciudad. Ahora convierte a Hai en un “montón de escombros, desolada *para siempre*”. La palabra hebrea que se traduce como “montón de ruinas” es “tel”. Esta palabra se usa en la actualidad para los “montículos redondeados” que hay en el paisaje de Israel, donde se esconden antiguos escombros. La palabra árabe para un montículo así se escribe “tell”. Es fácil ver por qué Et-Tell es el lugar que se identifica comúnmente como Hai. Tanto el nombre como su ubicación cerca a Betel sugieren la conexión.

El autor acentúa aún más la desolación del sitio cuando dice que “la ruina” (Hai) no sólo es un “tell”, sino que la ciudad quedó “desolada para siempre hasta hoy”. Los primeros lectores del libro de Josué podían caminar al sitio y ver los áridos montículos de arena sobre los escombros. La frase familiar “hasta hoy” expresa una vez

más la realidad histórica de la victoria rotunda de Dios en Hai. El autor de Josué describe eventos reales, no leyendas populares.

El versículo 23 informa que al rey de Hai lo tomaron vivo. El autor no revela cómo lo mataron. Cuando dice en el versículo 29 que el rey fue colgado, no se refiere a su ejecución, sino a la exhibición pública de su cadáver (Vea Deuteronomio 21:22). Su cuerpo tal vez fue colgado en un poste de madera o un “árbol”. La ley exigía que ningún cuerpo se podía dejar colgado durante la noche (Deuteronomio 21:23), de modo que Josué lo retira al atardecer. Aplica la ley de Israel aun en el caso de este rey pagano, dando testimonio del respeto que tenía por la dignidad de un ser humano, creado a la imagen de Dios.

El quinto monumento conmemorativo en Canaán se forma cuando el cuerpo del rey se coloca a la puerta de la ciudad y se levanta un montón de piedras sobre él. Al igual que el montículo que cubre la ciudad, permanecen “hasta hoy” las piedras sobre el cuerpo del rey, es decir, hasta el día cuando se escribió el libro de Josué. El monumento comunica una advertencia a todos los que piensen que pueden desafiar al Señor del universo. Al mismo tiempo, es un testimonio del éxito del pueblo de Dios que aprecia su pacto y encuentra en él su victoria.

Josué conoce la fuente del éxito; con un espíritu de gozo él y toda la nación caminan 32 km hacia el norte para celebrar una ceremonia especial en tres partes en los montes Ebal y Gerizim.

La reanudación del pacto en las dos montañas

Los antecedentes de este pasaje se encuentran en Deuteronomio 11:26-30; 27; 28. Allí Moisés ordenó que cuando Dios trajera a la nación a través del Jordán, Israel debería: (1) copiar las palabras de la ley, las estipulaciones del pacto, en piedras grandes y ponerlas en el monte Ebal; (2) erigir un altar en Ebal y ofrecer sacrificios al Señor; y (3) proclamar las bendiciones del pacto desde el Monte Gerizim y las maldiciones desde el monte Ebal.

³⁰ Entonces Josué edificó un altar a Jehová, Dios de Israel, en el monte Ebal, ³¹ como Moisés, siervo de Jehová, lo había mandado a los hijos de Israel y como está escrito en el libro de la ley de Moisés: un altar de piedras enteras sin labrar. Ofrecieron sobre él holocaustos a Jehová y sacrificaron ofrendas de paz.

Tal vez esperaríamos que Israel siguiera atacando a los enemigos después de las victorias sobre Jericó y Hai, porque “al hierro caliente hay que batirlo de repente”. No obstante, el éxito no se escapará de sus manos si se toma un tiempo para la devoción. Aun cuando el pueblo todavía no se establece, está sin casas ni tierras; ¡lo primero es lo primero!

El mito de que debemos esperar a poner nuestra vida espiritual en orden hasta que estemos establecidos: en nuestra nueva comunidad, en la escuela o en el empleo, no tiene respaldo en la Biblia. “Buscad primeramente el reino de Dios” (Mateo 6:33) tiene en este versículo su ilustración.

Por el momento, la derrota absoluta de Hai le permite a Israel permanecer seguro en medio de la tierra. Toda la nación, incluyendo: mujeres, niños y extranjeros, puede realizar sin temor la caminata de 32 km derecho hacia el norte por el centro de la tierra prometida.

Para algunos intérpretes bíblicos, estos versículos no guardan el orden cronológico y deben ir al final del libro. Suponen que Israel no podía haberse reunido pacíficamente en el corazón de la tierra sin ampliar más las conquistas. Sin embargo, el adverbio “entonces”, al principio de nuestra sección, conecta este episodio con lo que se acaba de decir. Es probable que el estado anímico de los enemigos después de la masacre en Hai fuera el mismo que después del cruce del Jordán: “Desfalleció su corazón y se quedaron sin aliento ante los hijos de Israel” (5:1). El Señor se ocupa de los problemas de seguridad para que su pueblo tenga tiempo para renovación espiritual.

El sitio de nuestros versículos es sorprendente no sólo por su seguridad; históricamente también tiene gran significado. Fue en este lugar donde el Señor le prometió por primera vez a Abraham: “A tu descendencia daré esta tierra” (Génesis 12:7). Siquem, el lugar de esa promesa, está entre los montes Gerizim y Ebal en la región montañosa que pronto se le iba a asignar a Efraín, la tribu de Josué. Abraham había edificado allí un altar a Jehová tan pronto como había recibido la promesa.

Josué ahora levanta un altar a Jehová en el monte Ebal, muy cerca del sitio histórico de Abraham. Lo hace en obediencia a la orden de Moisés, cuando se está cumpliendo la promesa divina de dar la tierra.

Este acontecimiento une a Israel con el *pacto de Abraham*, el cual le prometió a Israel esta tierra, y al mundo su Salvador. También relaciona a Israel con el *pacto mosaico*, que le garantizó a la nación una vida próspera en la tierra de la promesa, siempre y cuando cumpliera sus estipulaciones.

Josué edifica el altar exactamente como Moisés le había ordenado. Está hecho con piedras enteras “sin labrar” (Compare el versículo 31 con Deuteronomio 27:5,6: “No las labrarás con instrumentos de hierro.”). ¿Por qué no se permite el uso de herramientas de hierro? Tal vez para eliminar cualquier alusión a que este altar sea un ídolo. O tal vez porque el hierro se asociaba con espadas y guerra, y éste es un tiempo de pacto de paz entre Dios y su pueblo. Josué todavía está en la edad de bronce, pero las herramientas y las armas de hierro ya son de uso común.

En 1980, una investigación arqueológica encontró un altar, edificado con piedras enteras y grandes, en el lado noreste del monte Ebal. El relleno de la estructura del altar tenía huesos de crías jóvenes de: toros, carneros, machos cabríos y ciervos, animales de sacrificio. La pregunta inmediata fue: “¿Podría ser éste el altar que construyó Josué?” El altar se ha fechado en la edad de hierro temprana, entre los años 1220-1000 a.C. Eso lo haría parecer al menos doscientos años demasiado tarde para la “fecha temprana” de Josué.

Sobre el altar recién edificado, los israelitas ofrecieron “holocaustos a Jehová y sacrificaron ofrendas de paz”. De nuevo, el autor muestra que la gente está siguiendo cada detalle de los mandatos del Señor (Compare con Deuteronomio 27:6,7).

Los *holocaustos* se describen en Levítico 1:1-17. Se sacrificaba: un toro sin defecto, un carnero o un pájaro macho, y era quemado por completo. La palabra hebrea para este sacrificio significa “lo que se eleva”. Un holocausto *expiaba* los pecados involuntarios y al mismo tiempo expresaba *total devoción* al Señor. Después del episodio de Acán, podemos apreciar el rico significado de la expiación de Israel en este tiempo.

En Levítico 3:1-17; 7:11-18, se explican las *ofrendas de paz*. Se podía sacrificar cualquier animal perfecto del rebaño o de la manada; la grasa se ofrecía al Señor quemándola, pero la carne se consumía en una comida para toda la comunidad. Las ofrendas de paz eran una expresión de *acción de gracias y paz* entre Dios y el hombre. El nombre hebreo para esta ofrenda está relacionado al saludo hebreo “shalom”, que significa “paz” o “bienestar”.

Moisés instruyó a los primeros israelitas en la tierra de la promesa a comer las ofrendas de paz, diciendo: “*te alegrarás* delante de Jehová, tu Dios” (Deuteronomio 27:7). Si nos imaginamos que las ofrendas en el Antiguo Testamento eran sólo ceremonias solemnes, no podremos apreciar el pleno gozo que reinaba en el monte Ebal en este día lleno de gratitud.

Las ofrendas que se ofrecieron en el altar de Josué en el monte Ebal apuntan al altar de la cruz de Jesús en el monte Calvario. Allí, como a 40 km al sur de Ebal, “Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo” (2 Corintios 5:19). Los sacrificios del Antiguo Testamento presagiaban la expiación que Jesús hizo para nosotros en la cruz (Vea Hebreos 10).

En Deuteronomio 27, aparece por primera vez la orden que dio Moisés de copiar la ley en piedras, y ahora Josué la lleva a cabo después de los sacrificios.

³² También escribió allí sobre las piedras una copia de la ley de Moisés, la cual escribió delante de los hijos de Israel. ³³ Todo Israel, tanto los extranjeros como los naturales, con sus ancianos, oficiales y jueces, estaba de pie a uno y otro lado del Arca, en presencia de los sacerdotes levitas que llevaban el Arca del pacto de Jehová. La mitad de ellos estaba hacia el monte Gerizim y la otra mitad hacia el monte Ebal, de la manera que Moisés, siervo de Jehová, lo había mandado antes, para que primero bendijeran al pueblo de Israel.

Por las órdenes de Moisés nos enteramos de más detalles acerca de la copia de la Ley. El autor supone que conocemos las órdenes que se dan en Deuteronomio 27:1-4. Las piedras son “grandes”, lo bastante grandes para usarlas como monumentos, ya que deben estar “levantadas” en el monte Ebal. Las piedras deben estar cubiertas con “cal”. No se revela la cantidad de piedras.

Josué copia “la ley de Moisés” en la cal húmeda que cubre las piedras. Es de notar que la Ley no está en forma oral, Josué ya la tiene en forma escrita de la mano de Moisés. Se guarda al lado del Arca del pacto (Deuteronomio 31:26), y Josué no necesita añadir ni interpretar una sílaba, sólo se le pide que la copie.

¿Qué parte de la ley de Moisés copia Josué? Se han presentado algunas sugerencias: (1) Tal vez el Tora completo, los primeros cinco libros de la Biblia. (2) O quizá sólo algunas porciones de la ley tales como: los Diez Mandamientos, el libro de Deuteronomio, o las bendiciones y las maldiciones del Deuteronomio. (3) Quizás todas las secciones netamente legales de los cinco libros de Moisés, dejando a un lado las narraciones históricas y las genealogías.

De acuerdo a una tradición judía en el Talmud, Josué copió la ley de Moisés en setenta idiomas, con el fin de que toda la gente del mundo la pudiera leer. Incluso si Josué hizo sólo una copia, debió haber sido una ceremonia larga pero significativa para todo Israel. Ese no fue un oficio con una duración de cincuenta minutos. Escribir la Ley sagrada pone el énfasis en que el pacto de la ley del Señor es ahora la ley de la nueva tierra que les está dando.

La importancia del Arca del pacto durante la ceremonia muestra que ésta es una ceremonia de renovación del pacto. Todo Israel, cada nivel social de su propio pueblo junto con los extranjeros que ahora se han asociado a ellos, se entrega formalmente al gobierno del pacto del Señor en la nueva tierra.

El acuerdo es así. Los sacerdotes permanecen con el Arca en medio del valle entre el monte Ebal al norte y el monte Gerizim al sur. Seis tribus están frente al monte Ebal y seis ante el Gerizim (Vea Deuteronomio 27:12,13). Dos millones de personas o más tienen sus ojos fijos en el Arca del pacto y consideran su condición de haber sido escogidos con quienes Dios ha celebrado un contrato sagrado.

Hay una magnífica vista panorámica desde Gerizim a 868 m y Ebal a 938 m. Se puede ver desde ambas montañas casi todos los límites de la tierra prometida que Dios delineó en Josué 1:4: al norte, los nevados del monte Hermón en el Líbano; el Mediterráneo al oeste; las colinas alrededor de Jerusalén al sur; el verde valle del Jordán y las montañas de Galaad al este. En un día claro, todo está a plena vista. ¡Qué lugar tan apropiado para renovar la promesa sagrada entre Israel y el Señor!

En esta tierra, Jesús, el heredero de la tierra (Gálatas 3:16), establecerá un nuevo pacto con el mundo entero por su sangre. Cerca de donde se encuentra el Arca del pacto, en medio de las montañas, él hablará con la mujer samaritana en el pozo de Jacob y dirá: “El que beba del agua que yo le daré no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna” (Juan 4:14). Todo lo que Josué e Israel están haciendo: la toma de la tierra, el sacrificio y la copia de la Ley, es un prelude, que conduce al día en el que el Salvador vivirá en la tierra, guardará la Ley en nuestro lugar, y se ofrecerá como el sacrificio expiatorio, para que tengamos la vida eterna.

El altar se erigió y los sacrificios se ofrecieron. La Ley ha sido copiada y el pueblo está listo para la tercera parte del oficio especial de confirmación.

³⁴ Después de esto leyó todas las palabras de la Ley, las bendiciones y las maldiciones, conforme a todo lo que está escrito en el libro de la Ley. ³⁵ No hubo palabra alguna de todo cuanto mandó Moisés que Josué no hiciera leer delante de toda la congregación de Israel, de las mujeres, los niños y los extranjeros que habitaban entre ellos.

Moisés ordenó esta parte de la ceremonia dos veces (Deuteronomio 11:29,30; 27; 28). De nuevo, nos enteramos de detalles adicionales en el libro de Josué.

El valle que hay entre Gerizim y Ebal proporciona un anfiteatro natural con excelente acústica. Por lo tanto, todos deben poder escuchar la lectura de la Ley. El versículo 34 dice que Josué es quien lee la Ley, pero Moisés les había ordenado a los levitas que lo hicieran. Podría ser que ambos tuvieron parte en la lectura. O tal vez Josué les ordenó a los levitas que la recitaran, y como líder se le atribuyó el honor de ser el lector.

Apenas unas pocas semanas antes, Moisés había le predicado la Ley a la nación y ahora la vuelve a escuchar. Se nos recuerda que ser discípulo significa *seguir* escudriñando la palabra de Dios. El Señor pudo haber dicho algunas cosas una sola vez; no obstante, al dar su palabra en forma escrita muestra que debemos escuchar una y otra vez, lo que ha dicho para nuestro bien.

Se leen las bendiciones y retumba el amén de las seis tribus en el monte Gerizim. Ésta es la montaña de la bendición, quizás por estar a la derecha cuando se mira al este, la antigua dirección de orientación (la palabra “orientarse” significa literalmente “mirar hacia el este”). El lado derecho se considera el lado afortunado o bendecido. Algunas de las palabras de la bendición se leen así:

“Te confirmará Jehová como su pueblo santo, como te lo ha jurado, si guardas los mandamientos de Jehová, tu Dios, y sigues sus caminos. Entonces verán todos los pueblos de la tierra que el nombre de Jehová es invocado sobre ti, y te temerán. Jehová te hará sobreabundar en bienes, en el fruto de tu vientre, en el fruto de tu bestia y en

el fruto de tu tierra, en el país que Jehová juró a tus padres que te había de dar. Te abrirá Jehová su buen tesoro, el cielo, para enviar la lluvia a tu tierra en su tiempo y para bendecir toda la obra de tus manos. Prestarás a muchas naciones, y tú no pedirás prestado” (Deuteronomio 28:9-12).

En Números 6:27 vemos lo que significa “bendecir”. Quiere decir poner el nombre del Señor sobre su pueblo y aplicar sus promesas misericordiosas a los que se encuentran desamparados.

Después de la lectura de las bendiciones, se leen las maldiciones, y las seis tribus que están en el monte Ebal responden con un ensordecedor amén. Algunas de las maldiciones se leen así:

“Maldito el hombre que haga una escultura o una imagen de fundición, cosa abominable para Jehová, obra de manos de artífice, y la ponga en lugar oculto... Maldito el que deshonne a su padre o a su madre... Maldito el que desplace el límite de su prójimo... Maldito el que pervierta el derecho del extranjero, del huérfano y de la viuda” (Deuteronomio 27:15-19).

Si “bendición” significa *aplicar* el nombre misericordioso de Dios y sus promesas, entonces “maldiciones” son el *retiro* de ese nombre y esas promesas. Tenemos una imagen gráfica de la maldición de Dios en el desastre absoluto en Hai.

Todos merecemos la maldición de Dios, pero “Cristo nos redimió de la maldición de la Ley, habiéndose maldición por nosotros” (Gálatas 3:13). Matthew Henry sugiere que si no hubiera sido por los sacrificios de Israel, que prefiguraban el sacrificio de Jesús, la maldición que se profirió en el monte Ebal se habría puesto de inmediato en vigor.

Las bendiciones y las maldiciones, que se pronunciaron en las montañas, no son fórmulas mágicas que produzcan resultados por el mero sonido de las palabras. Más bien, deben tomarse “muy a pecho” para lograr los resultados que Dios desea (Deuteronomio 30:1). De la misma manera, la sola lectura de la Biblia no bendice; en cambio, sí lo hace: el meditar cuidadosamente en sus palabras, valorarlas y reflexionar sobre ellas.

Note que las bendiciones y las maldiciones guardan estrecha relación con la vida de Israel en la tierra prometida. A través de ellas, Dios controla la vida de su pueblo del pacto durante 1400 años en la tierra, hasta que llegue el tiempo de hacer un nuevo y permanente pacto en Jesucristo. Por ahora, el objetivo específico de Dios es conservar a su nación escogida con la promesa del Salvador.

La Ley se lee a todo el pueblo de Israel: mujeres, hombres, niños y extranjeros, que habitan ahora entre ellos. El pacto del Señor es con toda la nación; por lo tanto, todos deben conocer su voluntad. Nadie en Israel podrá decir: “No tuve oportunidad de conocer la palabra de Jehová”. Ésta no es una pequeña pandilla exclusiva; no hay ideas de racismo ni sexismo, ni de que la palabra de Dios sea muy difícil para los niños.

La presencia de “extranjeros” se menciona por segunda vez en esta corta sección en el versículo 35 (vea el versículo 33). La verdadera fe es para todas las naciones, incluso durante los años antes de que el Señor diera al Salvador de las naciones. La pureza racial no es el objetivo de Dios, ni siquiera entre su nación especial. Personas como Rahab la cananea y sus parientes cercanos están entre los israelitas. Rahab renunció a sus “dioses” por el Dios viviente y su pacto. Ella será una ascendiente de los reyes de Israel y hasta del Rey de reyes. Otros “extranjeros” entre Israel son “toda clase de gentes” que salieron de Egipto con ellos (Éxodo 12:38). Los años que Israel pasó como extranjero en Egipto le ablandaría el corazón hacia otros extranjeros que llegaran a habitar entre ellos (Deuteronomio 10:19).

El evento que se llevó a cabo entre las dos montañas en el centro de Israel debe haber sido uno de los cultos de confirmación más impresionantes de todo los tiempos. El estadio de fútbol más grande del mundo sólo puede contener una pequeña fracción de los más de dos millones de adoradores de Israel. Imagínese el emocionante sonido de más de un millón de personas en cada montaña respondiendo a la lectura de la Ley con su resonante “amén”. El espíritu de esta multitud masiva es refrescante cuando el pueblo de Dios renueva su pacto y grita la aprobación de su gobierno.

Ya sea nuestra congregación grande o pequeña, a una parte de cada oficio de adoración le corresponde confirmar el nuevo pacto de Dios con nosotros. La confirmación no es un acontecimiento de una sola vez, sino un continuo “amén” a lo que Dios nos ha dado a través de Cristo. Jesús nos recuerda el valor de nuestra herencia, mucho más grande que la tierra que recibió Israel. Dice: “A vuestro Padre le ha placido daros el reino” (Lucas 12:32). En nuestras congregaciones grandes o pequeñas, que Dios, “de todo bien plenitud, sea por siempre bendito”.

Además de la renovación del pacto, la ceremonia que se realizó en Ebal y Gerizim sirvió para: (1) expresar el agradecimiento de Israel, (2) dar testimonio del Dios viviente en el corazón mismo de Canaán, (3) mostrar la protección de Dios cuando todavía los enemigos rondan por todos lados, (4) señalar el sacrificio del Redentor del mundo a través de las ofrendas de Israel, (5) mostrar las condiciones en que esas bendiciones vendrán a la tierra, (6) demostrar consagración al Señor durante esos fugaces años dorados de la vida espiritual de Israel, y (7) dar ánimo para que continúe la conquista.

El engaño de los gabaonitas

9 Cuando oyeron estas cosas todos los reyes que estaban a este lado del Jordán, tanto en las montañas como en los llanos, y en toda la costa del Mar Grande hasta el Líbano: heteos, amorreos, cananeos, ferezeos, heveos y jebuseos, 2 se concertaron para pelear contra Josué e Israel.

Estos dos primeros versículos son la introducción a los capítulos 9 al 11. Los reyes que hay al oeste del Jordán están resueltos a enfrentarse a Israel después de enterarse de lo que les sucedió a Jericó y Hay, y de la renovación del pacto en las dos montañas. Pero aun cuando planean hacer la guerra, las palabras del Salmo 2, que para esa fecha todavía no se habían escrito, se ciernen sobre sus cabezas:

¿Por qué se amotinan las gentes y los pueblos piensan cosas vanas? ... El que mora en los cielos se reirá; el Señor se burlará de ellos.

(Salmo 2:1,4)

El poder político en Canaán está en manos de reyes que gobiernan ciudades-reinos independientes. La imagen que se presenta en nuestros versículos se refleja también en las cartas de Amarna, escritas aproximadamente en esta misma época desde Canaán (ver la introducción, página 9). Con el propósito de resistir a una nación invasora, los reyes independientes se debían tragar su orgullo individual y combinar sus fuerzas.

El autor identifica con precisión el área que gobernaban esos reyes. Al mismo tiempo nos da una breve descripción de la geografía de Canaán. De este a oeste, los reyes del occidente dominan en:

“*las montañas*”—el área central montañosa; Jerusalén está en este “centro” de la tierra;

“*los llanos*”—las colinas bajas entre la costa del Mediterráneo y las montañas;

“*la costa*”—la larga extensión de la llanura por el Mediterráneo.

Al enumerar esas seis naciones, el autor nos hace sentir la fuerte oposición que Israel enfrenta. Al ver lo que estaba al acecho en las fronteras de ese pacífico lugar también podemos apreciar la seguridad que el Señor les dio para la reunión en Ebal y Gerizim. Todas las seis naciones, más los gergeseos, se han mencionado antes. Vea los comentarios en la página 54 para las descripciones. La frase “se concertaron” describe la *determinación de unirse* de los reyes. Nunca lograrán la unión de sus ejércitos ni llegarán a juntarse físicamente.

³ Pero cuando los habitantes de Gabaón oyeron lo que Josué había hecho con Jericó y Hai, ⁴ recurrieron a la astucia, pues fueron y se fingieron embajadores, tomaron sacos viejos sobre sus asnos y odres viejos de vino, rotos y remendados; ⁵ se pusieron zapatos viejos y recosidos, y vestidos viejos. Todo el pan que traían para el camino era seco y mohoso. ⁶ Al llegar a Josué al campamento en Gilgal, les dijeron a él y a los de Israel: —Nosotros venimos de una tierra muy lejana; haced, pues, ahora una alianza con nosotros.

La primera palabra, “pero”, contrasta la gente de Gabaón con las seis naciones que se mencionan antes. Los gabaonitas planean enfrentar la amenaza de Israel en otra forma. Para los enemigos de Israel se presentan tres opciones: huir, luchar o llegar a un acuerdo. A pesar de que los hombres de Gabaón son todos buenos guerreros y su ciudad es más grande que Hai, escogen el último plan. Por lo visto no tienen rey, sino un gobierno basado en un consejo de “ancianos” (vea versículo 11). Tal vez por eso sus planes son distintos a los de las ciudades dirigidas por un rey

Gabaón (“ciudad en una colina”) está a 13 km al noroeste de Jerusalén, y como a la misma distancia al sudoeste de Hai. La corta distancia entre Gabaón y Hai indica que los gabaonitas estaban bien informados de los últimos acontecimientos que ocurrieron allí. Gabaón se identifica con el-Jib, donde se encontraron asas de tinajas de vino marcadas con el nombre de “Gabaón”. Las excavaciones han descubierto artículos del tiempo de Josué que incluyen: frascos, lámparas y tinajas. El “estanque de Gabaón” con su escalera en espiral de setenta y nueve escalones indica la fama de la ciudad en el abastecimiento de agua; el estanque se menciona también en 2 de Samuel 2:13.

Al imaginar la escena que se describe en estos versículos, es difícil contener la risa ante el plan orquestado por los gabaonitas. Aparentan ser una delegación proveniente de lejanas tierras y sin embargo son heveos (versículo 7), de una ciudad que está apenas a 32 km por el camino al oeste del campamento de Israel en Gilgal.

¿Acaso planeó este ardid un estratega gabaonita sudando de pánico una noche? ¡Un ardid bien elaborado, algunos implementos convincentes, y un ensayado grupo de harapientos actores! Si no fuera porque estaban en juego asuntos serios que afectaban el futuro de Israel, la escena que tenía Josué delante de él resultaría graciosísima.

Para los gabaonitas es cuestión de vida o muerte, el éxito o el fracaso de su truco. Si el autor inspirado pretende representar aquí una comedia, es una “comedia seria”. Los gabaonitas deben estar al tanto de las estipulaciones de Deuteronomio 20:10-18. Esas palabras especifican que a las ciudades localizadas a cierta distancia de la tierra prometida se les puede ofrecer un acuerdo de paz y a sus ciudadanos se les puede permitir que desempeñen trabajo forzado; pero las ciudades de la tierra misma deben ser aniquiladas. Los heveos son mencionados en particular como un pueblo al que “destruirás completamente” (Deuteronomio 20:17). Y los gabaonitas son heveos.

Josué y todo Israel conocen bien esas regulaciones; las acaban de revisar en el gran culto de confirmación. Por lo tanto, ahora proceden con desconfianza cuando la polvorienta delegación con su pan mohoso solicita un acuerdo.

⁷ Los de Israel respondieron a los heveos:

—Si habitáis en medio de nosotros, ¿cómo, pues, podremos hacer alianza con vosotros?

⁸ Ellos respondieron a Josué:

—Nosotros somos tus siervos.

—¿Quiénes sois vosotros, y de dónde venís? —les dijo Josué.

⁹ Ellos respondieron:

—Tus siervos han venido de tierra muy lejana a causa del nombre de Jehová, tu Dios, pues hemos oído de su fama, de todo lo que hizo en Egipto ¹⁰ y todo lo que hizo con los dos reyes de los amorreos que estaban al otro lado del Jordán: Sehón, rey de Hesbón, y Og, rey de Basán, que estaba en Astarot. ¹¹ Por eso nuestros ancianos y todos los habitantes de nuestra tierra nos

dijeron: “Tomad en vuestras manos la provisión para el camino, id al encuentro de ellos y decidles: ‘Nosotros somos vuestros siervos; haced ahora alianza con nosotros.’” ¹² Este nuestro pan lo tomamos caliente de nuestras casas para el camino el día que salimos para venir a vuestro encuentro, y ahora ya está seco y mohoso. ¹³ Estos odres de vino también los llenamos nuevos, y ya están rotos. También estos nuestros vestidos y nuestros zapatos están ya viejos a causa de tanto caminar.

¹⁴ Los hombres de Israel tomaron de las provisiones de ellos, pero no consultaron a Jehová. ¹⁵ Josué hizo la paz con ellos; también celebró con ellos una alianza concediéndoles la vida y los príncipes de la congregación hicieron un juramento.

En este punto del relato, algunos críticos encuentran una dificultad en el texto. Notan que los gabaonitas se dirigen primero a Josué; luego los hombres de Israel le hablan a la delegación que ahora llaman heveos; y después otra vez dialogan con Josué. Los críticos concluyen que se han empalmado dos relatos separados, uno con Josué como portavoz y el otro con los hombres de Israel como tales. Los comentaristas han empleado muchas páginas tratando de aclarar un texto que creen que esta tejido de fuentes contradictorias. Pero, ¿en realidad hay problemas aquí que resulten de fuentes conflictivas? ¿Acaso los gabaonitas no les pueden hablar tanto a Josué como a otros hombres de Israel? ¿No puede el autor llamarlos gabaonitas y heveos para dar variedad y énfasis especial? Necesitamos dejar que el texto hable por sí solo y que la antigua escritura hebrea siga el estilo escogido por el Espíritu.

Es natural que los israelitas desconfíen, ya que por lo que hicieron sus propios antepasados conocen bien el engaño. El mismo nombre “israelita” sugiere el elaborado ardid de Jacob (“Israel”) para obtener la bendición de su padre Isaac (Génesis 27). También surgen extrañas preguntas acerca de lo que alegan los gabaonitas. Si vienen de un país lejano, ¿por qué le tienen miedo a Israel? ¿Y por qué son tan imprecisos acerca del lugar de donde vienen?

Primero, los hombres de Israel los interrogan y después lo hace Josué. De nuevo, las respuestas de los gabaonitas divierten por lo ingenioso de su truco. Sus respuestas agregan nuevos detalles; dicen que han venido de tierra “muy lejana”. Ahora se presentan no como iguales, sino como “siervos” que estarían satisfechos de vivir en sujeción a Israel si sólo se ratificara un tratado. La “fama” del Señor los acercó a Josué. No hay engaño en estas últimas palabras, excepto el cuidado que tienen de no mencionar que están enterados del poder que Dios desplegó en Jericó y Hai. Si lo hacen, demostrarán que vienen de los alrededores.

Cada detalle de su relato sugiere un viaje desde muy lejos, y su apariencia concuerda con lo dicho. Los hombres de Israel hasta pueden “probar” la distancia si muerden el pan mohoso que había sido sacado fresco del horno el día que partieron de su lejana tierra.

El ardid da resultado, las dudas desaparecen después de que los hombres de Israel “tomaron de las provisiones de ellos”. Esta expresión puede significar que Israel inspeccionó las pertenencias de los gabaonitas para ver si respaldaban su historia; o se puede referir al hecho de comer la comida que se acostumbrada cuando se sellaba un acuerdo.

El autor critica a Israel cuando dice que aceptó, “pero no consultaron a Jehová”. El asunto es grave; el comentario inspirado del autor resalta lo ingenuo y lo irreflexivo de la acción de Israel al llegar a un acuerdo, y hasta sugiere que se equivocaron. ¡No consultaron la voluntad de Dios! Pudieron haber recibido la guía del Señor a través del “Urim y Tumim”, los objetos que había en el pectoral del sumo sacerdote (Vea Éxodo 28:30). En Números 27:18-23 el Señor instruye a Josué para que lo “consulte” a través de Eleazar el sacerdote, diciendo: “le consultará por el juicio de Urim delante de Jehová”. Josué e Israel quizás procedieron *racionalmente* en el asunto gabaonita, pero no lo hicieron *espiritualmente*. Ésta es la segunda vez que se saca a relucir una debilidad de Josué (vea 7:10).

Hay decisiones que pueden parecer muy sabias y racionales según los criterios humanos; pero, al mismo tiempo pueden ser

apresuradas y mal aconsejadas si no se consulta la voluntad del Señor. Aun después de una cuidadosa evaluación, debemos decir: “Si el Señor quiere, viviremos y haremos esto o aquello” (Santiago 4:15). Una decisión sabia no sólo se basa en actuar con buen sentido común, sino especialmente en consultar la voluntad de Dios. Al tomar decisiones importantes, buscamos con humildad su voluntad, tratando de precisar si nuestra decisión se opone en alguna forma a la clara palabra de Dios, dejando que el amor por Dios y la gente nos motiven, y orando por la guía y la bendición de Dios. Al igual que todas las cosas buenas creadas por Dios, el proceso de tomar decisiones también “por la palabra de Dios y por la oración es santificado” (1 Timoteo 4:5).

Josué, como líder, celebra la alianza. El hebreo para “celebrar la alianza” dice literalmente “cortar un pacto”. La expresión literal pone de manifiesto la costumbre de sellar un tratado cortando por la mitad un animal sacrificado (Vea Génesis 15:10,17,18.). En esta costumbre puede estar implícito un juramento tal como: “Que a mí también me corten si rompo este pacto”. Al acuerdo de Israel se le llama de “paz” (“shalom”) y una alianza “concediéndoles la vida”. Como veremos en los próximos capítulos, esos términos de la alianza implican más que un compromiso de no atacar por parte de Israel, Josué está garantizando la seguridad de los gabaonitas y se obliga a proporcionarles apoyo militar en caso de que sean amenazados.

Josué no está solo en el proceso de la celebración del acuerdo; los líderes israelitas ratifican el pacto al jurar solemnemente en el nombre de Jehová. Este juramento es crucial para entender el dilema en que la nación ahora se verá.

¹⁶ Tres días después que hicieron la alianza con ellos, supieron que eran sus vecinos y que habitaban en medio de ellos. ¹⁷ Los hijos de Israel salieron, y al tercer día llegaron a sus ciudades, que eran Gabaón, Cafira, Beerot y Quiriat-jearim. ¹⁸ No los mataron los hijos de Israel por cuanto los príncipes de la congregación les habían jurado por Jehová, el Dios de Israel.

Toda la congregación empezó a murmurar contra los príncipes; ¹⁹ pero todos los príncipes respondieron a la congregación:

—Nosotros les hemos jurado por Jehová, Dios de Israel; por tanto, ahora no los podemos tocar. ²⁰ Esto haremos con ellos: los dejaremos vivir, para que no venga sobre nosotros la ira por causa del juramento que les hemos hecho.

²¹ De ellos dijeron, pues, los príncipes: «¡Dejadlos vivir!, pero que se constituyan en leñadores y aguadores para toda la congregación», concediéndoles así la vida, según les habían prometido los príncipes.

No se dice exactamente cómo descubrió Israel el engaño; sólo sabemos que tres días después del tratado, los israelitas “supieron” la verdad. El autor destaca que los gabaonitas eran pobladores cercanos, y por lo tanto los deberían haber destruido; eran “sus vecinos” y “habitaban en medio de ellos”.

El asunto es delicado e Israel actúa de inmediato. Israel realiza la marcha de 32 km hasta Gabaón para enfrentar a los embusteros. Por primera vez nos enteramos de que Gabaón es parte de una confederación mayor que constaba de cuatro ciudades. ¡Esto complica aún más la situación! Los líderes de Israel están en un verdadero dilema, sin saber cómo proceder, pues hicieron un solemne juramento. Las murmuraciones de toda la asamblea, desde luego preocupada por los mandatos de Dios en Deuteronomio 20:10-18, hacen la situación mucho más desagradable.

El dilema es que Israel no cumplió las órdenes de Jehová en cuanto a destruir por completo los pueblos de esa tierra, y los líderes de Israel juraron “por Jehová, el Dios de Israel,” que iban a perdonar a los gabaonitas y a establecer un tratado. Aunque los gabaonitas los habían engañado, los israelitas no debían romper el juramento.

Israel debió haber consultado a Jehová antes de pronunciar el juramento y pactar un acuerdo. No sólo el engaño, sino también la negligencia de Israel los tiene en este dilema. ¿Y ahora qué? Dios

les ha ordenado *destruir* a los heveos, pero el juramento en el nombre de Jehová exige que los israelitas los perdonen.

Estos versículos no pretenden establecer un principio general; no prescriben cómo proceder cuando se ha hecho un juramento y una de las partes no ha actuado “de buena fe”. El texto revela cómo Israel decidió resolver el dilema, una decisión que Dios acepta.

Por normas estrictas de justicia, los israelitas podrían alegar un buen caso por no cumplir el acuerdo, una vez que se dieron cuenta del engaño, pero la justicia rigurosa no es su única preocupación, el nombre de Dios está en el centro de su decisión.

Les perdonarán la vida a los gabaonitas porque así lo prometieron en el nombre de Jehová. Romper el juramento resultaría en desprecio a Dios y traería su ira sobre Israel. Su plan de acción no pasa por alto el mandato divino de destruir a los heveos; romper el juramento resultaría en desprecio a Dios y traería su ira sobre Israel. Serán los siervos de Israel en el tabernáculo de Jehová y después en el templo. La tarea no será fácil, pues los sacrificios diarios y los lavamientos ceremoniales exigirán un constante abastecimiento de madera y agua. Los gabaonitas ostentarán el humilde título de “leñadores y aguadores”. Dos de las cuatro ciudades heveas tienen nombres relacionados con el trabajo que van a desempeñar: Beerot (que significa “pozos”) y Quiryat-Jearim (“ciudad de bosques”).

²² Josué los llamó y les dijo:

—¿Por qué nos habéis engañado diciendo: “Habitamos muy lejos de vosotros”, siendo que vivís en medio de nosotros?
²³ Ahora, pues, malditos sois, y nunca dejará de haber de entre vosotros siervos, ni quienes corten la leña y saquen el agua para la casa de mi Dios.

²⁴ Ellos respondieron a Josué:

—Como fue dado a entender a tus siervos que Jehová, tu Dios, había mandado a Moisés, su siervo, que os había de dar toda la tierra, y que había de destruir a todos los habitantes de la tierra delante de vosotros, por esto temimos mucho por

nuestras vidas a causa de vosotros, e hicimos esto. ²⁵ **Ahora, pues, estamos en tus manos; lo que te parezca bueno y recto hacer de nosotros, hazlo.**

²⁶ **Él hizo así con ellos, pues los libró de manos de los hijos de Israel y no los mataron.** ²⁷ **Aquel día Josué los destinó a ser leñadores y aguadores para la congregación y para el altar de Jehová, en el lugar que Jehová eligiera. Eso son hasta hoy.**

El engaño de los gabaonitas los cataloga de “malditos”, su trabajo es de servidumbre. Sin embargo, la maldición trae algunas bendiciones, su vida será preservada y servirán en la casa de Dios. Igual que Caín en Génesis 4:10-16, van a experimentar la maldición, pero también gozarán de seguridad. Es interesante que la maldición que Noé pronunció contra Canaán siglos antes se cumple en parte con el modesto trabajo de esos cananeos de Gabaón. En su maldición Noé había dicho:

¡Maldito sea Canaán!

¡Siervo de siervos será a sus hermanos! (Génesis 9:25)

Los gabaonitas le dicen a Josué que el temor había motivado su engaño. Después de su explicación, se ponen en las manos de Josué sin oponer resistencia ni protestar. Gabaón era una ciudad “tan grande” y “todos sus hombres eran valientes” (Josué 10:2). Sin embargo, le están diciendo a Josué: “Lo que te pareciere bueno y recto hacer de nosotros, hazlo”. Todo esto es evidencia de la obra de Dios; está cumpliendo su promesa. En realidad, nadie le puede hacer frente a Josué (1:5). Esta vez Josué ni tiene que levantar su espada para que se cumpla esa promesa.

El autor precisa que los gabaonitas todavía son leñadores y aguadores “hasta hoy”. Esta frecuente expresión sugiere alguna distancia entre los acontecimientos del capítulo 9 y el tiempo en que se escribió el libro de Josué. Al parecer, el libro se escribió antes de construir el templo, como sugieren las palabras “el lugar que Jehová eligiera”. El tabernáculo y su altar se llevaron: de Gilgal a Silo, a

Nob, y finalmente al lugar de origen de los siervos del altar, Gabaón. Cuando Salomón construyó el templo en Jerusalén, alrededor de 950 a.C., el servicio de los gabaonitas debió haber continuado allí. El comentario que se hace en el versículo 27 es un indicio del tiempo cuando se escribió el libro de Josué.

El Señor aceptó el pacto de Israel con los gabaonitas; eso está claro en 2 Samuel 21. Allí nos damos cuenta de que Saúl pasó por alto el acuerdo y trató de aniquilar a los gabaonitas, un pecado que Dios castigó con tres años de hambruna durante el reinado de David.

En el Salmo 15, David le pregunta a Dios: “¿Quién morará en tu monte santo?” Parte de la respuesta es: “Aquel... que aun jurando *en perjuicio propio*, no por eso cambia” (Salmo 15:4). El noveno capítulo de Josué nos recuerda que no sólo debemos ser cuidadosos con lo que prometemos, sino también hacer lo que decimos, *aunque sea difícil*. Cumplir las promesas por amor de Dios es una manera de cumplir la función de “luz” que Cristo les atribuye a los cristianos. Con frecuencia la gente racionaliza la violación de sus promesas y exclama: “No sabía en realidad en lo que me estaba metiendo.” El hijo de Dios que cumple aun un juramento difícil de llevar a cabo está dando un fuerte testimonio. Las promesas que los cristianos cumplen son pequeños reflejos de las promesas que Dios ha cumplido para la salvación del mundo, al alto costo de la muerte de Cristo.

Israel pronto tendrá la oportunidad de cumplir el juramento que les hizo a los gabaonitas, “aunque le duela hacerlo”.

El sol se detiene

10 Cuando Adonisedec, rey de Jerusalén, oyó que Josué había tomado a Hai y la había asolado (como había hecho con Jericó y con su rey, así hizo con Hai y su rey), y que los habitantes de Gabaón habían hecho la paz con los israelitas y estaban entre ellos, ² tuvo gran temor, porque Gabaón era tan grande como una de las ciudades reales, mayor que Hai, y todos sus hombres eran valientes. ³ Por lo cual Adonisedec, rey de

Jerusalén, mandó a decir a Hoham, rey de Hebrón, a Piream, rey de Jarmut, a Jaffa, rey de Laquis y a Debir, rey de Eglón: ⁴ «Venid y ayudadme a combatir a Gabaón, pues ha hecho la paz con Josué y con los hijos de Israel.» ⁵ Y los cinco reyes amorreos, el rey de Jerusalén, el rey de Hebrón, el rey de Jarmut, el rey de Laquis y el rey de Eglón, se juntaron y subieron con todos sus ejércitos, acamparon cerca de Gabaón y pelearon contra ella.

Israel se constituye ahora en una nueva amenaza para los reyes de la tierra; el pueblo de Dios no sólo destruyó Jericó y Hai, sino que una ciudad formidable, Gabaón, ha celebrado un tratado con Israel. Juntos representan un problema grave.

Sorprende ver el temor que despiertan los israelitas. Poco antes eran sólo un grupo de expatriados que vagaban por el desierto. Jehová, para cumplir sus promesas, ha forzado un cambio dramático.

El nombre “Jerusalén” aparece por primera vez en el versículo 3. La ciudad se mencionó con anterioridad en Génesis 14:18 bajo el nombre de “Salem”. Aparte de la Biblia, las primeras referencias a Jerusalén se encuentran en las tablillas de Ebla, como mil años antes de Josué, y en las cartas de Amarna más o menos contemporáneas con él. El significado del nombre “Jerusalén” es incierto; la última parte de la palabra, “Salem”, se refiere a “paz”, como en “*shalom*”. El significado de “Jeru” es discutible; tal vez quiera decir “fundación” o “morada”. El significado del nombre de la ciudad tal vez sea “morada de paz”. El sitio puede haber sido considerado un lugar de morada pacífica debido a su elevada posición en la cordillera que corre por el centro de la tierra prometida. En Jueces 19:10,11 a Jerusalén se le llama “Jebús” por sus habitantes, los jebuseos.

El rey de Jerusalén, al contrario de lo que sugiere el nombre de la ciudad, ya no cree que more en un lugar muy seguro; tanto él como su pueblo están alarmados por los cambios inesperados que ha provocado la llegada de Israel a Canaán. El nombre del rey,

Adonisedec, significa “mi señor es justo” o “Señor de justicia”; es un nombre similar al de Melquisedec, un rey y sacerdote anterior de Jerusalén (Génesis 14:18), y cuyo nombre significaba “mi rey es justo” o “rey de justicia”. Ambos nombres tal vez sean títulos oficiales.

Adonisédec tiene razón de temer. Gabaón está a sólo 12 km al noroeste de Jerusalén y sólo a 32 km del campamento de Israel en Gilgal por el camino al noreste. Israel y los gabaonitas, que “estaban entre ellos”, podían unir sus fuerzas rápidamente y marchar contra Jerusalén. Tampoco se iban a sentir tranquilos pensando en los reyes de Jericó y de Hai atravesados por palos. Además, saben que todos los hombres de Gabaón “eran fuertes”. El hecho de que Gabaón al parecer no tenga rey no le resta valor a su poderío militar.

Algunos intérpretes insinúan que Gabaón, sin un rey, pudo haber estado bajo la jurisdicción del rey de Jerusalén. Eso apoyaría la explicación de su alarma y la rápida reacción cuando Gabaón e Israel celebraron el tratado.

Adonisedec les pide ayuda a los reyes de las ciudades que están al suroeste de Jerusalén; organiza una coalición de cinco para neutralizar a las cinco que forman el tratado Israel-Gabaón. Los que conforman la primera coalición de cinco se llaman reyes “amorreos”. El nombre significa “el alto” y puede ser una referencia a la vida en la zona montañosa. El término “amorreo” se usa tanto en un sentido amplio como en sentido estricto. En el sentido amplio, designa a todos los primeros habitantes de Canaán; en el sentido estricto, se refiere a la gente de las colinas, en contraste a la gente de la costa.

Al enumerar dos veces a los reyes amorreos y sus ciudades, el autor acentúa la fuerza militar conjunta que Gabaón enfrenta. Éstos son los nombres de las ciudades que se unen con el rey de Jerusalén:

Hebrón: El nombre significa “alianza”, apropiado al contexto; más adelante también se le llama Quiriat-arbá (20:7). Está a 32 km al suroeste de Jerusalén. Abraham se había establecido una vez allí (Génesis 13). Fue la primera ciudad de

Canaán registrada por Josué y los otros once espías enviados por Moisés (Números 13:22).

Jarmut: Está a 26 km al oeste y un poco al sur de Jerusalén. El nombre significa “altura”, por su posición dominante que le da a la llanura costera.

Laquis: Se sitúa a 40 km al suroeste de Jerusalén. En el tiempo de Josué, Laquis era una capital provincial del imperio egipcio; custodia el extremo sur de la ruta de invasión a Jerusalén.

Eglón: Ubicado a 11 km al suroeste de Laquis. Desde allí se puede ver el valle cerca al lugar donde se unen las colinas y la llanura costera.

La tensión aumenta a medida que los ejércitos de las cinco ciudades amorreas avanzan contra Gabaón y comienzan el ataque. Es evidente el temor que tienen los amorreos de enfrentarse a Israel, pues primero persiguen a su aliado más débil.

⁶ Entonces los habitantes de Gabaón enviaron a decir a Josué al campamento en Gilgal: «No niegues ayuda a tus siervos; sube rápidamente a defendernos y ayudarnos, porque todos los reyes amorreos que habitan en las montañas se han unido contra nosotros.» ⁷ Josué subió desde Gilgal junto con toda la gente de guerra y con todos los hombres valientes, ⁸ y Jehová le dijo: «No les tengas temor, porque yo los he entregado en tus manos y ninguno de ellos prevalecerá delante de ti.»

Josué tiene la oportunidad perfecta para vengarse del engaño de los gabaonitas, que lo obligaron a celebrar el pacto. Podría dejar que los cinco reyes los masacraran; sin embargo, ha jurado en el nombre del Señor y cumplirá su juramento aun cuando no sea fácil.

Al pedir “sube rápido a defendernos”, los gabaonitas usan la misma palabra hebrea que forma parte del nombre de Josué y que significa “Jehová salva”. En hebreo, la súplica “¡Sálvanos, Josué!” sería “¡*Hoshea, Yehoshua!*” Se han acercado al hombre adecuado en busca de ayuda, un hombre relacionado con el Dios viviente que puede salvar, y un hombre que cumple su palabra. Súplicas similares se van a oír delante del Señor y Salvador, aquel que tiene el mismo nombre de “Josué” en la forma griega: “¡Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí!” “¡Señor, sálvanos!” “ Dijo a Jesús: ‘¡Acuérdate de mí cuando vengas en tu Reino!’” (Lucas 18:38; Mateo 8:25; Lucas 23:42.)

La respuesta de Josué muestra que el tratado va más allá del compromiso de no atacar a Gabaón, sino que incluye el compromiso de defenderlo en el caso de que se vea amenazado. Él no titubea, sino reúne sus mejores fuerzas y se pone en marcha durante toda la noche recorriendo los 32 km que separan a Gilgal de Gabaón.

Josué demuestra que es la clase de amigo que a todos les gustaría tener, ¡y que nosotros deberíamos ser! También es un reflejo de su homónimo, Jesús, el amigo de pecadores que dio su vida por amigos y enemigos por igual.

El Señor aprueba el acuerdo que hizo Josué con los gabaonitas y quiere que lo cumpla. El ánimo que le da es similar a otras palabras que pronunció el Señor para inspirar a Josué: “No temas” (1:9); “Yo he entregado en tus manos a Jericó” (6:2); “Nadie podrá hacerte frente” (1:5).

Nosotros también necesitamos oír con regularidad las palabras de ánimo de Dios, especialmente cuando debemos enfrentar cambios específicos en nuestra vida. La persona que vuelve la espalda y dice: “Todo esto ya lo he escuchado antes”, corre el peligro de encontrarse sin fuerzas en un momento de crisis.

⁹ Josué cayó sobre ellos de repente, tras haber caminado toda la noche desde Gilgal. ¹⁰ Y Jehová los llenó de pavor ante Israel y les causó una gran mortandad en Gabaón; los siguió por el camino que sube a Bet-horón, y los hirió hasta Azeca y Maceda. ¹¹ Mientras iban huyendo de los israelitas, a la bajada de Bet-horón, Jehová arrojó desde el cielo grandes piedras sobre ellos hasta Azeca, y murieron. Fueron más los que murieron por las piedras del granizo que los que los hijos de Israel mataron a espada.

¹² Entonces Josué habló a Jehová, el día en que Jehová entregó al amorreo delante de los hijos de Israel, y dijo en presencia de los israelitas:

«Sol, detente en Gabaón,
y tú, luna, en el valle de Ajalón.»

¹³ Y el sol se detuvo, y la luna se paró,
hasta que la gente//se vengó de sus enemigos.

¿No está escrito esto en el libro de Jaser? El sol se paró en medio del cielo, y no se apresuró a ponerse casi un día entero. ¹⁴ No hubo un día como aquél, ni antes ni después de él, en que Jehová haya obedecido a la voz de un hombre, porque Jehová peleaba por Israel.

¹⁵ Josué volvió junto con todo Israel al campamento en Gilgal.

Quizás la marcha nocturna de 32 km desde Gilgal pudo durar entre ocho y diez horas. Es posible que haya ayudado la luz de la luna, como parece sugerir el versículo 12. Fue una marcha difícil por las montañas del centro de Canaán, con una subida de 914m desde Gilgal. Aun después de la dura y rápida caminata, y sin haber dormido, Josué toma por sorpresa a los amorreos y los conquista en una gran victoria en Gabaón.

El autor indica con claridad que el Señor es la causa de la contundente victoria. “*Jehová* los llenó de pavor ante Israel.”

“*Jehová* arrojó desde el cielo grandes piedras sobre ellos.” “*Jehová* entregó al amorreo delante de los hijos de Israel.” “¡*Jehová* peleaba por Israel!”

Cuando el enemigo derrotado trata de escapar cuesta abajo hacia el noroeste, Israel lo persigue por el camino que desciende abruptamente a Bet-horón. Entonces, cuando los amorreos huyen al sur hacia los cerros bajos, Israel continúa matándolos hasta Azeca y Maceda al sudoeste de Jarmut. Lo que la espada de Israel no pudo hacer, la mano del Señor lo consumó.

El autor deja los detalles más impresionantes de la batalla para el resumen de la victoria: ¡el sol se detuvo por un día! Esta información se introduce en la cita de la oración de Josué. Los primeros lectores del libro de Josué están familiarizados con esta oración pues está incluida en el libro de Jaser, o “libro del justo”. Ese libro era una colección de poemas que cantan las alabanzas de los héroes de Israel. Con el tiempo se fueron añadiendo otros poemas a la colección. El lamento de David sobre Saúl y Jonatán se incluyó más tarde en el mismo libro según 2 Samuel 1:18. El libro de las batallas de *Jehová* fue otra colección similar (Números 21:14). Ambos libros se perdieron hace mucho tiempo.

Josué ora al Señor, pero en su oración se dirige al sol y la luna directamente. Tal vez ora temprano en la mañana con el sol y la luna visibles, después de haber caminado durante toda la noche. El lugar de oración parece estar al oeste de la ciudad, desde donde se ve el sol al este “en Gabaón” y la luna al oeste “en el valle de Ajalón”, una cuenca ancha al oeste de Gabaón. “Apuntando como una pistola al corazón de Judea”,¹⁰ el valle de Ajalón es el camino más fácil para llegar a las montañas y a Jerusalén, 23 km al sureste.

Quizá la batalla comenzó al amanecer con el sorpresivo ataque de parte de Israel. Entonces, en algún momento de la batalla, Josué probablemente se preocupó por si habría suficiente luz del día para consumir la victoria. Envalentonado por las promesas de Dios, se pone a orar. “Habiendo atendido” el Señor, y en respuesta a su oración: “El sol se paró en medio del cielo, y no se apresuró a ponerse casi un día entero.” La Biblia no está dando una declaración



El sol se detiene

científica cuando dice que el sol se detuvo, como si dijera que el sol gira alrededor de la tierra y no ésta alrededor del sol. Más bien, usa un lenguaje informal como cuando decimos que el sol se levanta y se pone.

Hay mucho desacuerdo respecto de los hechos precisos que sucedieron ese día. Muchos comentaristas niegan rotundamente el suceso sobrenatural; algunos hacen notar el lenguaje poético del acontecimiento y dicen que el escritor se está expresando en términos figurados; Israel pudo haber peleado en un día lo que tomaría dos. Otros hablan de una tormenta eléctrica que relampagueó toda la noche y pareció como si fueran dos días seguidos. Algunas personas ponen de relieve la erupción volcánica en la isla de Santorini que ocurrió alrededor de 1400 a.C. y relacionan la ceniza con el “granizo” que mató a los amorreos que huían.

Entre los intérpretes que reconocen por completo el hecho sobrenatural que Dios produjo, hay varias ideas acerca de la naturaleza del milagro. Pueden surgir muchas preguntas. ¿Dejó de girar de repente la tierra sobre su eje? ¿Acaso la rotación disminuyó, como a la mitad de su velocidad normal? ¿Dios produjo un reflejo especial de los rayos solares, para que aun después de la puesta del sol continuara alumbrando? ¿Inclinó Dios la tierra para que el Oriente Medio fuera “la tierra del sol de medianoche”? ¿El milagro fue sólo local o también universal? ¿Es posible que Dios prolongara la oscuridad para el ataque sorpresivo de Israel y así podríamos hablar de una “noche entera” en lugar de un “día entero”? (La palabra hebrea para “detenerse” en el versículo 12 significa literalmente “estar quieto” o “suspender”. ¿Pudo la luz del sol haberse suspendido, como algunos lo sugieren?)

Pueden abundar las preguntas acerca de los detalles; no obstante, sabemos esto: Dios intervino de una manera prodigiosa para darle a su pueblo una victoria grandiosa. “Porque Jehová peleaba por Israel”.

Este día es extraordinario no sólo porque el Señor detuvo el sol; también es único porque Jehová realizó un acto sorprendente en

respuesta a Josué. “ Jehová haya obedecido a la voz de un hombre .” No debemos pensar que Josué se atrevía a pedir demasiado al Dios todopoderoso en su oración; más bien, lo vemos como un hombre que conoce las promesas de victoria que hizo Dios, que confió en la gracia y en el poder del Señor, y que no tenía miedo de pedirle ayuda.

La audaz oración de Josué nos debería animar a acercarnos confiadamente al trono divino de gracia. ¡El mismo Dios que contestó la petición de un hombre, haciendo que el sol se detuviera, escucha nuestras oraciones! Tiene la autoridad absoluta sobre el universo entero para hacer lo que él desee para el bien de su pueblo. No estamos atrapados en un universo que sea producto de un accidente y que se rija sólo por leyes de la naturaleza. Estamos bajo el cuidado del que creó y gobierna el sol y todo lo demás. ¡Y se complace en escuchar y contestar nuestras oraciones!

Sobre todo, podemos ser audaces en la oración cuando sabemos que el eterno “Josué”, Jesús, es quien escucha nuestros ruegos y es la cabeza de todas las cosas por el bien de su iglesia (Hebreos 4:14-16; Efesios 1:22).

Vienes ante tu rey
Presentando grandes peticiones;
Porque su gracia y poder son tales
Que nunca se puede pedir demasiado. ¹¹

Es un honor para Josué la respuesta que Jehová le ha dado a su audaz oración. Exactamente como ocurrió en el milagro del Jordán, Dios le permite a su líder compartir su gloria este día. Sigue enaltecendo a Josué para que todo Israel lo reverencie y le obedezca durante la conquista. El respeto a los líderes obra para beneficio de todos.

El versículo 15 dice que Josué y todo Israel regresaron a su campamento en Gilgal. Por lo que sigue, parece que no podría haber ocurrido todavía. El problema se resuelve si el versículo 15 continúa la cita del libro de Jaser o si es una afirmación que anticipa lo que en realidad viene después.

La muerte de los cinco reyes amorreos

¹⁶ Aquellos cinco reyes huyeron y se escondieron en una cueva en Maceda. ¹⁷ Cuando se le avisó que los cinco reyes habían sido hallados escondidos en una cueva en Maceda, ¹⁸ Josué dijo: «Rodad grandes piedras hasta la entrada de la cueva y poned hombres junto a ella para que los custodien. ¹⁹ Y vosotros no os detengáis, sino seguid a vuestros enemigos y heridles la retaguardia, sin dejarlos entrar en sus ciudades, porque Jehová, vuestro Dios, los ha entregado en vuestras manos.»

²⁰ Aconteció que cuando Josué y los hijos de Israel acabaron de causarles una gran mortandad, hasta exterminarlos, los que quedaron de ellos se metieron en las ciudades fortificadas. ²¹ Todo el pueblo volvió sano y salvo al campamento de Josué en Maceda, y nadie se atrevió a mover su lengua contra ninguno de los hijos de Israel.

²² Entonces dijo Josué: «Abrid la entrada de la cueva y sacad de ella a esos cinco reyes.» ²³ Así lo hicieron; sacaron de la cueva a aquellos cinco reyes: al rey de Jerusalén, al rey de Hebrón, al rey de Jarmut, al rey de Laquis y al rey de Eglón. ²⁴ Cuando los llevaron ante Josué, llamó Josué a todos los hombres de Israel y dijo a los principales de la gente de guerra que habían venido con él: «Acercaos y poned vuestros pies sobre los cuellos de estos reyes.» Ellos se acercaron y pusieron sus pies sobre los cuellos de ellos. ²⁵ «No temáis, ni os atemoriceis —les dijo Josué—; sed fuertes y valientes, porque así hará Jehová con todos los enemigos contra los cuales peleáis.»

²⁶ Después de esto, Josué los hirió, los mató y los hizo colgar en cinco maderos. Allí quedaron colgados hasta caer la noche. ²⁷ Cuando el sol se iba a poner, mandó Josué que los descolgaran de los maderos y los echaran en la cueva donde se habían escondido. Y pusieron grandes piedras a la entrada de la cueva, las cuales permanecen hasta hoy.

Note el contraste entre 9:1,2, donde los reyes de la tierra se unen para oponerse a Josué, y ahora en 10:16-27. Estos mismos reyes han huido, y acobardados se esconden en una cueva. La cueva está en Maceda, una ciudad que se mencionó en el versículo 10. Por esa referencia podemos suponer que Maceda está en las inmediaciones de Azeca; sin embargo, se desconoce su localización exacta.

La persecución continúa mientras los reyes antes poderosos están atrapados en una cueva, como bichos raros en un frasco tapado. La cita del libro de Jaser puede haber dado la impresión de que el relato de la batalla ha llegado a su fin. Pero ahora los sucesos del día prosiguen.

Josué instala su campamento en Maceda, donde permanece mientras el ejército pasa rápidamente persiguiendo y matando a todos, con excepción de unos cuantos que llegaron a las ciudades fortificadas. Entonces todos los soldados regresan sanos y salvos al campamento en Maceda.

Resultan fascinantes las palabras: “nadie se atrevió a mover su lengua contra ninguno de los hijos de Israel”. La frase en el hebreo dice literalmente: “No afilaron su lengua contra los Israelitas”. ¡La idea es que Israel *no tiene ninguna oposición!* Éste es el resultado de toda la poderosa oposición; nadie se atreve a pronunciar una sola palabra en contra del pueblo de Dios, mucho menos intentar algo. El Señor del pacto ha cumplido su promesa más allá de lo imaginado: “Yo los he entregado en tus manos y ninguno de ellos prevalecerá delante de ti” (10:8).

Por tercera ocasión en este capítulo, se nombran las ciudades cuando sacan a los cinco reyes de la cueva. En esta ocasión ya no parecen tan invencibles.

Josué sigue la costumbre usual de poner los pies sobre el cuello de los reyes derrotados que se inclinan ante él. El arte asirio ilustra el mismo ritual de guerra. Esta exhibición pública de la derrota de los amorreos le infundirá ánimo a Israel para seguir la conquista. Así terminarán todas las batallas dirigidas por Jehová. Las palabras de aliento de Josué en el versículo 25 muestran que éste es su objetivo.



Josué y los cinco reyes

La ejecución de los reyes es igual a la de los reyes de Jericó y Hay. Se lleva a cabo por el mandato de Dios y es su juicio contra aquellos que se oponen a su pueblo y tratan de obstruir el cumplimiento de su promesa.

Se erige otro monumento conmemorativo de piedra cuando depositan los cuerpos de los reyes en la cueva y amontonan grandes piedras a la entrada. Como los monumentos anteriores, éste también lo pueden inspeccionar los primeros lectores de Josué, ya que está allí “ hasta hoy”.

La conquista de las ciudades meridionales

²⁸ Aquel mismo día tomó Josué a Maceda, la pasó a filo de espada y mató a su rey; los destruyó por completo, con todo lo que en ella tenía vida, sin dejar nada, e hizo con el rey de Maceda como había hecho con el rey de Jericó.

²⁹ De Maceda pasó Josué, con todo Israel, a Libna, y la atacó. ³⁰ Y Jehová la entregó también, junto con su rey, en manos de Israel, que la pasó a filo de espada, con todo lo que en ella tenía vida, sin dejar nada, e hizo con su rey de la manera como había hecho con el rey de Jericó.

³¹ Después Josué, con todo Israel, pasó de Libna a Laquis, acampó cerca de ella y la atacó. ³² Jehová entregó también a Laquis en manos de Israel, quien la tomó al día siguiente y la pasó a filo de espada con todo lo que en ella tenía vida, tal como había hecho en Libna. ³³ Entonces Horam, rey de Gezer, subió en ayuda de Laquis; pero Josué lo derrotó a él y a su pueblo, hasta no dejar a ninguno de ellos.

³⁴ De Laquis pasó Josué, con todo Israel, a Eglón. Acamparon cerca de ella y la atacaron. ³⁵ Ese mismo día la tomaron y la pasaron a filo de espada. Aquel día mató a todo lo que en ella tenía vida, como había hecho en Laquis.

³⁶ Subió luego Josué, con todo Israel, de Eglón a Hebrón, y la atacaron. ³⁷ La tomaron y la pasaron a filo de espada, con su

rey, todas sus ciudades y todo lo que en ella tenía vida. No dejó nada, como había hecho con Eglón. La destruyeron con todo lo que en ella tenía vida.

³⁸ Después volvió Josué, con todo Israel, sobre Debir, y la atacó. ³⁹ La tomó, junto con su rey y todas sus ciudades; las pasaron a filo de espada y destruyeron todo lo que allí dentro tenía vida, sin dejar nada. Como había hecho con Hebrón y con Libna y su rey, así hizo con Debir y su rey.

Israel derrota rápidamente a la mayoría de las ciudades y el ritmo acelerado de la narración ayuda a poner énfasis en las repetidas victorias.

Todas las ciudades conquistadas, excepto Hebrón, están localizadas en la “sefela” o colinas occidentales. Hebrón está ubicado en la cordillera central. Se desconoce el sitio de Debir.

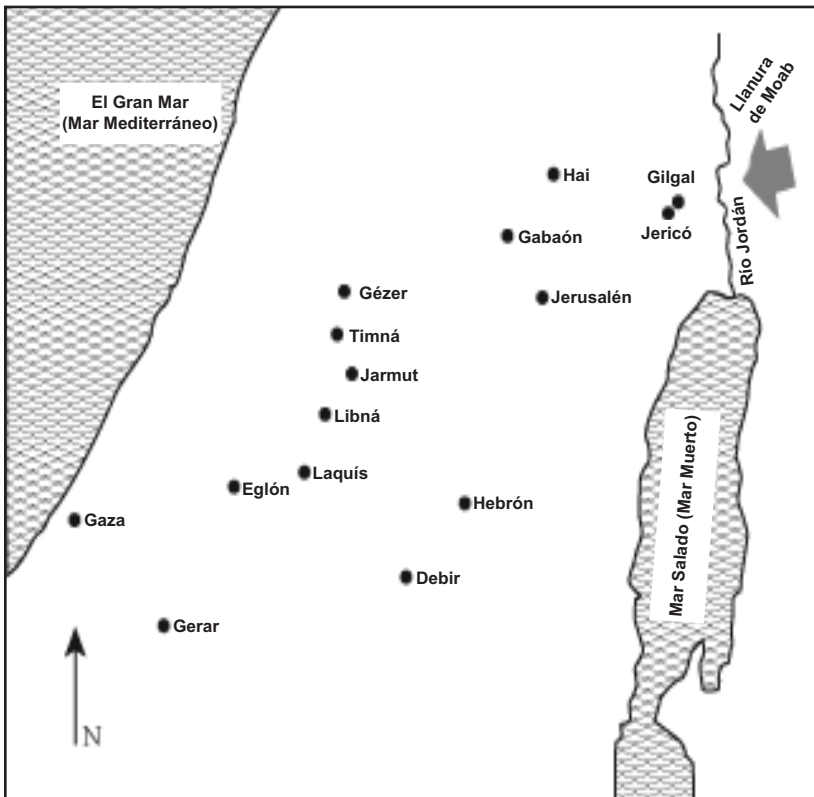
Aparecen los nombres de siete ciudades y el número quizás sea importante; puede estar implícito un sentido simbólico de “totalidad”. Tres de las ciudades eran parte de la alianza de cinco ciudades: Laquis, Eglón y Hebrón. No se mencionan las otras dos ciudades de ese acuerdo, Jerusalén y Jarmut.

Laquis no cae hasta “al día siguiente” del cerco, siendo esto una evidencia de su fuerza. Setecientos años después, el rey Senaquerib de Asiria tuvo problemas para tomar Laquis. En 586 a.C. fue una de las ciudades que cayó en manos de Nabucodonosor de Babilonia. Las famosas cartas de Laquis, escritas en fragmentos de alfarería, son correspondencia de un comandante militar de Laquis en los días en que Nabucodonosor se estaba aproximando a Jerusalén. La victoria de Josué en Laquis destaca el poder que Dios desplegó contra esta ciudad estratégica.

El autor explica claramente que en toda la campaña del sur el Señor da la victoria absoluta. “Y Jehová la entregó también [a Libna], junto con su rey, en manos de Israel... Y Jehová entregó también a Laquis en manos de Israel.” Al mismo tiempo, el autor no desprecia el papel de Israel en la conquista: “Acamparon cerca

de ella... la atacaron... la tomaron... la pasaron a filo de espada.” El deseo de Dios para su pueblo es que se ponga a trabajar, con la confianza que les da su fe, y él bendice sus esfuerzos.

Israel debe seguir con cuidado las órdenes de Dios. Eso se nota con la repetición de la palabra hebrea “jerem”. Aparece cuatro veces en estos versículos donde se traduce “la destruyeron”. La palabra es un término técnico que se refiere a “la entrega irrevocable de cosas o personas al Señor, a menudo destruyéndolas totalmente”. El Señor había aplicado el “jerem” a las ciudades de Canaán en Deuteronomio 20:16-18.



Campaña del sur

⁴⁰ Conquistó, pues, Josué toda la región de las montañas, el Neguev, los llanos y las laderas, y a todos sus reyes, sin dejar nada; todo lo que tenía vida lo exterminó, como Jehová, Dios de Israel, se lo había mandado. ⁴¹ Los batió Josué desde Cades-barnea hasta Gaza, y toda la tierra de Gosén hasta Gabaón. ⁴² Todos estos reyes y sus tierras los tomó Josué de una vez, porque Jehová, el Dios de Israel, peleaba por Israel. ⁴³ Después volvió Josué, con todo Israel, al campamento en Gilgal.

Estos versículos resumen la campaña del sur. El área tomada se describe dos veces: la primera según sus cuatro áreas geográficas (versículo 40) y la segunda vez por sus puntos más alejados (versículo 41). La región montañosa y los llanos occidentales ya se han mencionado (9:1). El Neguev, que literalmente significa “seco” y vino a significar el “sur”, es el área más grande de colinas bajas que conducen al desierto. El oasis de Beerseba está en la frontera norte del Neguev. Se debate el significado de “laderas”. Pueden ser las laderas de las montañas de Judea ya que descienden hacia el mar Muerto; o pueden ser las que bajan hacia el oeste y conducen a las colinas del occidente.

Los cuatro puntos en los extremos de la frontera de esta área son: *Cades-barnea*, en lo profundo del Neguev, como a 80 km al sur de Beerseba; *Gaza*, cerca de la costa en el noroeste de esta área del sur; *la región de Gosén*, evidentemente en el este del Neguev, no se confunda con Gosén de Egipto, aunque tal vez le pusieron el nombre por éste; *Gabaón*, la frontera del noreste del área indicada, alrededor de 13 km al noroeste de Jerusalén. De Cades-barnea a Gaza es la línea del sur al norte en el occidente; y Gosén a Gabaón es la línea del sur al norte en la parte este del territorio conquistado.

El autor subraya que Israel tomó toda la tierra “*de una vez*”. Se conquistó como la tercera parte de Canaán antes de que Israel regresara al campamento en Gilgal. Por supuesto, no se dejó ningún ejército de ocupación que asegurara la posesión del nuevo territorio. Algunas áreas tendrán que ser reconquistadas cuando se distribuya la tierra. No han tomado otras secciones del sur (13:1-3). Pero, todo

eso no le resta valor al estupendo éxito de esta campaña en la cual “Jehová, el Dios de Israel, peleaba por Israel”.

La derrota de las ciudades norteñas

11 Cuando Jabín, rey de Hazor, se enteró de esto, envió un mensaje a Jobab, rey de Madón, al rey de Simrón, al rey de Acsaf² y a los reyes que estaban en la región del norte en las montañas, y en el Arabá al sur de Cineret, en los llanos y en las regiones de Dor al occidente,³ al cananeo que estaba al oriente y al occidente, al amorreo, al heteo, al ferezeo, al jebuseo en las montañas, y al heveo al pie de Hermón en tierra de Mizpa.⁴ Estos salieron con todos sus ejércitos, una multitud tan numerosa como la arena que está a la orilla del mar, con muchísimos caballos y carros de guerra.⁵ Todos estos reyes se unieron, llegaron y acamparon unidos junto a las aguas de Merom para pelear contra Israel.

Los capítulos 10 y 11 comienzan de la misma manera. Un rey se entera de las grandes victorias de Israel y organiza una coalición. Esta vez el rey está en el norte y su ciudad es la más impresionante de todas las que Josué ha enfrentado. El rey es Jabín; el nombre probablemente es un título como “faraón”, ya que también se usa más tarde para denominar a un rey de Hazor (Jueces 4).

Hazor se encuentra a 14 km al norte del mar de Galilea y a 8 km al sudoeste del lago Hulé. Su ubicación estratégica en la “vía Maris” o “el camino del mar”, la antigua supercarretera, la convirtió en un gigante comercial. Con la vista a la entrada de Canaán por el norte, su ubicación también tenía importancia militar. El área de Hazor era mucho más extensa que las ciudades del sur. Las excavaciones en el sitio han revelado un “tell” o montículo de 12 hectáreas y una meseta de 70 hectáreas al norte, que también estaba poblada. El lugar puede haber albergado 40 mil residentes o más.

Como si no fuera suficiente con el poderío de Hazor, Jabín reúne una confederación de los reyes de una extensa área. Los versículos

4 y 5 ponen de relieve la fuerza acumulada que Israel enfrenta ahora. Por primera vez en el libro de Josué se mencionan carros de guerra. Dichos carros se introdujeron en esta parte del mundo alrededor de 1800 a.C., y por 1500 a.C. eran los componentes principales de las fuerzas militares. En los próximos versículos se hablará de la quema de esos carros, por esto podemos pensar que su construcción debió haber sido mayormente de madera. Los “carros de guerra”, o “carros herrados” como aparecen otras versiones, se mencionarán más adelante en el libro (17:16). Se ha sugerido que incluso los “carros de guerra” sólo tenían ejes de hierro. Las fuerzas militares congregadas son “muchacha gente”. El historiador Josefo propone estas cifras: 300 mil soldados en infantería, 10 mil en caballería y 20 mil carros de guerra. Se reúnen en las aguas de Merom, tal vez está cerca de Merom sobre una meseta de 1,219 m de altura a unos cuantos kilómetros al noroeste de Hazor. El terreno elevado no parece ser ideal para maniobrar carros que resultan eficaces sólo en las llanuras.

⁶ Pero Jehová dijo a Josué: «No les tengas temor, porque mañana a esta hora yo los entregaré a todos muertos delante de Israel; desjarretarás sus caballos y quemarás sus carros en el fuego.»

⁷ Josué, con toda su gente de guerra, se lanzó de repente contra ellos junto a las aguas de Merom. ⁸ Jehová los entregó en manos de Israel, que los hirió y los persiguió hasta Sidón la grande, hasta Misrefot-maim y el llano de Mizpa, al oriente. Los hirió hasta no dejar ninguno con vida. ⁹ Josué hizo con ellos como Jehová le había mandado: desjarretó sus caballos y quemó sus carros en el fuego.

De la misma manera que en 10:8, el ánimo del Señor viene exactamente antes de la batalla. Se nos recuerda otra vez la necesidad de fijar nuestra atención en las promesas de Dios, ya que enfrentamos muchos retos en la vida.

A pesar de lo que enfrenta Israel, el Señor asegura que la victoria será rápida. Todo se habrá consumado en 24 horas.

En Hai, el Señor orquestó la táctica de la emboscada; aquí de nuevo da órdenes específicas en cuanto a la batalla: “Desjarretarás sus caballos y quemarás sus carros en el fuego.” Desjarretar significa cortar el tendón de la articulación de la pata trasera del caballo inutilizando así al animal para la guerra, pero todavía podía ser útil para desempeñar trabajos domésticos. El Señor no quiere que el ejército derrotado vuelva a pelear al otro día. También puede estar impidiendo que Israel use esos caballos y carros en el futuro. Desea que confíen en sus promesas, en lugar de depender de las armas de guerra. El Salmo 33:17 le recordará más tarde a Israel: “vano para salvarse es el caballo; la grandeza de su fuerza a nadie podrá librar.”

Josué pudo haberse puesto en marcha desde Gilgal hacia el norte antes que el enemigo se congregara. Tal vez libraron otras batallas previas a ésta, que no se mencionan aquí. Sin embargo, con las palabras “de repente” se manifiesta el elemento sorpresa en el ataque de Josué en las aguas de Merom.

La victoria es rotunda, porque “Jehová los entregó en manos de Israel”. Al enemigo, que huía, lo persiguen al noroeste hacia el Mediterráneo (“hasta Sidón la grande” y “hasta Misrefot-maim”) y al noreste (“hasta el llano de Mizpa al oriente”).

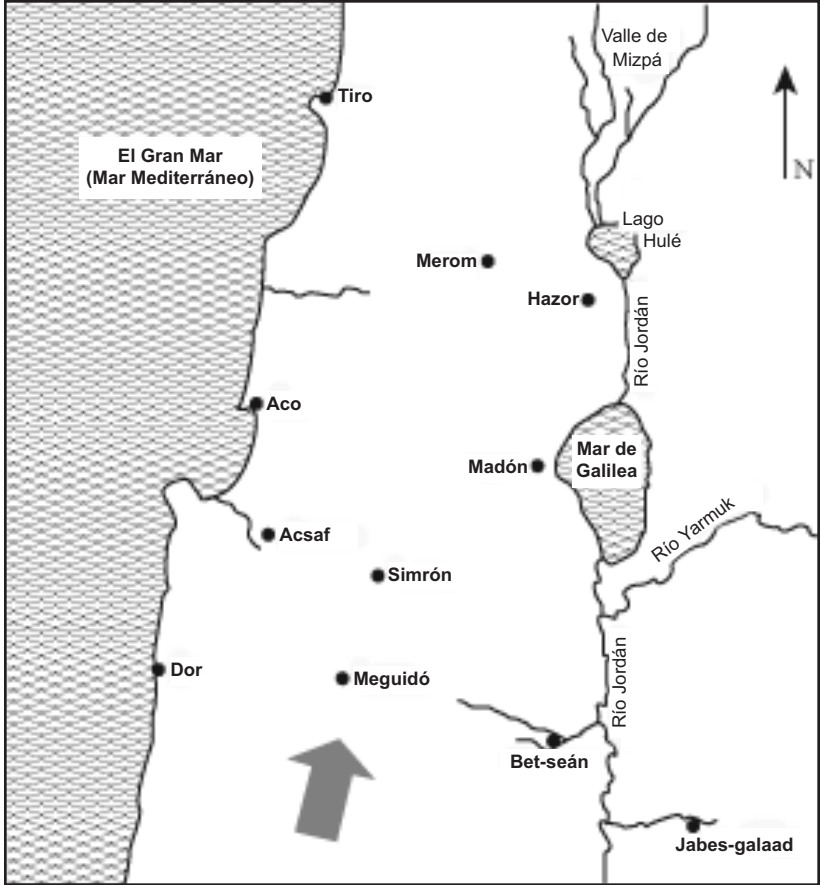
¹⁰ Por entonces regresó Josué, tomó a Hazor y mató a espada a su rey, pues Hazor había sido antes cabeza de todos estos reinos. ¹¹ Pasaron a espada todo cuanto en ella tenía vida, destruyéndolo todo por completo, sin que quedara nada capaz de respirar, y prendieron fuego a Hazor. ¹² Asimismo tomó Josué todas las ciudades de aquellos reyes, y a todos sus reyes los pasó a filo de espada y los exterminó, como Moisés, siervo de Jehová, lo había mandado. ¹³ Pero Israel no quemó todas las ciudades que estaban sobre colinas; Josué quemó únicamente a Hazor. ¹⁴ Los hijos de Israel tomaron para sí todo el botín y las bestias de aquellas ciudades; pero pasaron a todos los hombres a filo

de espada hasta exterminarlos, sin dejar ninguno con vida. ¹⁵ De la manera que Jehová lo había mandado a Moisés, su siervo, así Moisés lo mandó a Josué, y así lo hizo Josué, sin quitar una palabra de todo lo que Jehová había mandado a Moisés.

Después de perseguir al ejército enemigo, Josué se vuelve hacia la ciudad cuyo rey había organizado la oposición. Se resalta la gran importancia de Hazor en el comentario: “Hazor había sido antes *cabeza* de todos estos reinos”. Josué aplica el “jerem” del Señor y destruye por completo este poderoso centro comercial y militar. De la misma manera que Jericó y Hai, Hazor es quemada. Las excavaciones en el sitio revelan destrucción e incendio alrededor de 1400, 1300 y por 1230 a.C. La evidencia de 1400 a.C. está de acuerdo con la “fecha temprana” de la conquista de Josué.

El “jerem” también se aplica en las otras ciudades del norte dirigidas por el rey, pero con una diferencia: no se queman sus montículos o “tells” como Hazor. Israel va a habitar esas ciudades, en cumplimiento de la promesa del Señor de que iban a vivir en “ciudades grandes y buenas que tú no edificaste” (Deuteronomio 6:10). De todas las ciudades conquistadas, sólo se dice que Jericó, Hai y Hazor fueron quemadas.

En el versículo 15 se destaca la obediencia absoluta de Josué a los mandatos que Dios le dio por medio de Moisés. Se apropian las promesas del pacto del Señor al obedecer por completo esos mandatos. Más de cuarenta años antes, Moisés había escrito de Josué: “[fue fiel] a Jehová” (Números 32:12). Su obediencia no ha vacilado. “No dejó nada sin hacer”.



Campaña del norte

La revisión de las victorias

¹⁶ Conquistó, pues, Josué toda aquella tierra, las montañas, todo el Neguev, toda la tierra de Gosén, los llanos, el Arabá, las montañas de Israel y sus valles, ¹⁷ desde el monte Halac, que sube hacia Seir, hasta Baal-gad, en la llanura del Líbano, a la falda del monte Hermón. Capturó asimismo a todos sus reyes, los hirió y mató. ¹⁸ Durante mucho tiempo estuvo Josué en guerra con estos reyes. ¹⁹ No hubo ciudad que hiciera la paz con los hijos de Israel, salvo los heveos que habitaban en Gabaón; todas las tomaron por la fuerza. ²⁰ Porque de Jehová provenía que endurecieran su corazón para que opusieran resistencia a Israel, a fin de exterminarlos sin misericordia y fueran así aniquilados, como Jehová lo había mandado a Moisés.

²¹ También en aquel tiempo fue Josué y destruyó a los anaceos de los montes de Hebrón, de Debir, de Anab, de todos los montes de Judá y de todos los montes de Israel. Josué los destruyó a ellos y a sus ciudades. ²² Ninguno de los anaceos quedó en la tierra de los hijos de Israel; solamente quedaron en Gaza, en Gat y en Asdod.

²³ Conquistó, pues, Josué toda la tierra, conforme a todo lo que Jehová había dicho a Moisés, y la entregó a los israelitas como herencia conforme a su distribución por tribus. Y la tierra descansó de la guerra.

Estos versículos, junto con el capítulo 12, concluyen la parte de la conquista bajo el liderazgo de Josué. No se han relatado todas las batallas, sólo aquellas que cumplen los propósitos de enseñanza del Espíritu. El autor hace una pausa para examinar las victorias antes de continuar con la distribución de la tierra.

Los términos geográficos del versículo 16 los hemos visto antes. El versículo 17 es un resumen muy general del área que se tomó de sur a norte. El monte Halac (la montaña calva) está al este de Cades-barnea y al sudoeste de Beerseba. Seir es la cordillera al sur del mar Muerto, en el lado este del Arabá o el valle hendido. Esos términos

delimitan el extremo suroeste. El sitio exacto de Baal-gad en el norte es incierto. Está en alguna parte en el valle del Líbano que separa el Líbano y la cadena del Antilíbano. El monte Hermón está en el límite extremo de esa cadena.

La conquista de Josué se ha prolongado “por mucho tiempo”. Alrededor de siete años es el cálculo basado en referencias a la edad de Caleb. De acuerdo con 14:7, Caleb tenía cuarenta años cuando empezaron los treinta y ocho años de vagar por el desierto (Deuteronomio 2:14): por lo tanto, tenía setenta y ocho años cuando Israel cruzó el Jordán. Según 14:10, tiene ochenta y cinco años cuando parecen haber terminado los años de conquista intensiva; así se calculan los siete años.

Dios determinaba la forma como las ciudades de Canaán iban a reaccionar ante Israel en esos años. “Jehová provenía que endurecieran su corazón para que opusieran resistencia a Israel”. Cuarenta años antes había endurecido el corazón del faraón (Éxodo 4:21). Eso no significa que el Señor haya predestinado a los cananeos ni al faraón a la destrucción (vea Ezequiel 18:32; 2 Pedro 3:9). Si Dios endureció estos corazones, fue un juicio posterior a su actitud de rechazo hacia él. Con esa dura actitud de odio hacia Dios y su pueblo, los cananeos no podrían hacer otra cosa que pelear. El Señor usó esa actitud para el bien de su pueblo.

Si los cananeos no hubieran peleado, Israel tal vez los habría perdonado. Entonces a todo el pueblo de la promesa lo rodearía la amenaza seductora de la idolatría cananea con sus baales y astoretas y sus ritos sexuales y mágicos. El versículo 20 pone énfasis en que la destrucción de los cananeos resulta de la intención de Dios, no del destino o a causa de la codicia de los israelitas por apoderarse de la tierra.

Se hace hincapié en la destrucción de los anaceos, quizá porque fueron los más temidos por Israel después del informe de los doce espías. El miedo a esta gente de gran tamaño ocasionó los treinta y ocho años de vagar por el desierto. (Vea Números 13:28,33.) Con su relato, el autor ahora demuestra lo infundado de aquellos temores, debido a la promesa de Dios. Cuando Josué actuó según la promesa,

los anaceos fueron arrasados del territorio israelita. Sólo en tres de las cinco ciudades filisteas: Gaza, Gad y Asdod, sobrevivieron algunos.

¡Hasta los mayores temores desaparecen cuando obedecemos la palabra de Dios y confiamos en su fuerza!

Ahora goza de un tiempo de paz la tierra que el Señor le está dando a Israel como herencia. Esto no quiere decir que Israel tiene el control absoluto de toda la tierra, como se mostrará en el capítulo 13. Señala que Josué tiene “desjarretados” a los cananeos; ya no tienen el poder o la voluntad para organizar una resistencia. Todos los reyes de la tierra que se atrevieron a pelear han sido abatidos.

El capítulo 12 da una lista de los reyes derrotados, empezando con los dos reyes del este del Jordán a los cuales habían capturado bajo el liderazgo de Moisés.

12 Éstos son los reyes de la tierra que los hijos de Israel derrotaron y cuya tierra poseyeron al otro lado del Jordán hacia donde nace el sol, desde el arroyo Arnón hasta el monte Hermón, con todo el Arabá oriental:

² Sehón, rey de los amorreos, que habitaba en Hesbón y señoreaba desde Aroer —a la ribera del arroyo Arnón—, hasta el arroyo Jaboc —límite de los hijos de Amón—, incluida la cuenca del valle y la mitad de Galaad, ³ y el lado oriental del Arabá hasta el mar de Cineret y hasta el mar del Arabá, el Mar Salado, al oriente, por el camino de Bet-jesimot, y por el sur hasta el pie de las laderas del Pisga.

⁴ El territorio de Og, rey de Basán —un descendiente de los refaítas—, que habitaba en Astarot y en Edrei, ⁵ y dominaba en el monte Hermón, en Salca, en todo Basán hasta los límites de Gesur y de Maaca, y en la mitad de Galaad, territorio de Sehón, rey de Hesbón.

⁶ A estos derrotaron Moisés, siervo de Jehová, y los hijos de Israel; y Moisés, siervo de Jehová, había dado aquella tierra en posesión a los rubenitas, a los gaditas y a la media tribu de Manasés.

El territorio de los dos reyes Sehón y Og se extiende desde la quebrada del Arnón en el sur hasta el monte Hermón en el norte. La quebrada del Arnón corre de este a oeste y desemboca en el mar de Arabá (mar Muerto), como en su punto medio. El límite occidental de la tierra de los reyes es el Arabá, la hendidura que incluye el mar de Cineret (Galilea), el valle del Jordán y el mar Muerto. Al este, la frontera está demarcada por el desierto Árabe. Vea el mapa en la página 256 para ver los nombres de los lugares más específicos.

Números 21:21-31 describe la derrota sufrida por Sehón y Og a manos de Moisés. Números 32 relata la forma en que su tierra cayó en posesión de los rubenitas, los gaditas y la media tribu de Manasés.

⁷ Éstos son los reyes de la tierra que Josué y los hijos de Israel derrotaron del lado occidental del Jordán, desde Baal-gad, en el llano del Líbano, hasta el monte Halac que sube hacia Seir, y cuya tierra dio Josué en posesión a las tribus de Israel, conforme a su distribución, ⁸ en las montañas, en los valles, en el Arabá, en las laderas, en el desierto y en el Neguev, donde vivían el heteo, el amorreo, el cananeo, el ferezeo, el heveo y el jebuseo:

⁹ El rey de Jericó;

el rey de Hai, que está al lado de Bet-el;

¹⁰ el rey de Jerusalén;

el rey de Hebrón;

¹¹ el rey de Jarmut;

el rey de Laquis;

¹² el rey de Eglón;

el rey de Gezer;

¹³ el rey de Debir;

el rey de Geder;

¹⁴ el rey de Horma;

el rey de Arad;

¹⁵ el rey de Libna;

el rey de Adulam;

**¹⁶ el rey de Maceda;
el rey de Bet-el;
¹⁷ el rey de Tapúa;
el rey de Hefer;
¹⁸ el rey de Afec;
el rey de Sarón;
¹⁹ el rey de Madón;
el rey de Hazor;
²⁰ el rey de Simron-merón;
el rey de Acsaf;
²¹ el rey de Taanac;
el rey de Meguido;
²² el rey de Cedes;
el rey de Jocneam del Carmelo;
²³ el rey de Dor, de la provincia de Dor;
el rey de Goim en Gilgal;
²⁴ el rey de Tirsa;
treinta y un reyes en total.**

La mayoría de esos nombres los hemos visto ya; otros se mencionan aquí por primera vez y muestran que la narración de la conquista no tenía el propósito de ser un registro completo, sino más bien una reseña general histórica.

¿Por qué está incluido este escueto catálogo de nombres en la Biblia? Un rápido vistazo nos enseña que el Señor derriba a muchos enemigos de Israel para cumplir su promesa. Treinta y un reyes, y aunque fueran treinta y un millones, no son capaces de impedir que el Rey de reyes use esta tierra, *su* tierra, para establecer su reino eterno.

EL REPARTO DE LA TIERRA JOSUÉ 13–21

Un resumen de la geografía de Canaán-Israel es útil al comienzo de estos nueve capítulos de descripciones fronterizas.

La forma y el tamaño de Canaán se comparan con el estado de New Hampshire en los Estados Unidos. Desde el monte Hermón al Neguev y desde el Mediterráneo al borde del desierto de Arabia, el área cubre aproximadamente 25,900 kilómetros cuadrados. Como las tres quintas partes de la tierra prometida se encuentran al oeste del Jordán.

Lo que sigue es la lista de las unidades geográficas naturales trazadas en *The Geography of the Bible* [Geografía de la Biblia] por Denis Baly.

1. *Las llanuras al oeste del Jordán.* Las llanuras costeras de Aser, Sarón y Filistea; el valle central de Jezreel y Esdraelón; y la Sefela o colinas occidentales.
2. *La región montañosa occidental.* La alta y baja Galilea; la cuenca de Manasés; la cordillera del Carmelo, el altiplano de Efraín; y la región montañosa de Judá.
3. *El valle hendido.* La cuenca del Hulé; el mar de Galilea; el valle del Jordán; el mar Muerto; y el Arabá al sur del mar Muerto.
4. *La meseta de Transjordania.* Esta área al este del Jordán está dividida por cuatro ríos: el Yarmuk, el Jaboc, el Arnón y el Zered; las regiones incluyen desde el norte al sur Basán, Galaad, Amón, Moab y Edom.
5. *Los desiertos.* Los desiertos orientales y el Neguev.

¿Qué valor espiritual tienen los nueve capítulos llenos de las descripciones de los límites territoriales? Un salmista agradecido, que conoce los capítulos 13 al 21 de Josué, muestra algo del valor de estos nueve capítulos, cuando escribe: “Las cuerdas me cayeron en lugares deleitosos y es hermosa la heredad que me ha tocado. Bendeciré a Jehová que me aconseja” (Salmo 16:6,7).

El mismo salmista también da profecía de aquel que da a la tierra su significado mayor. Después de su vida y muerte en la tierra, el Salvador le dice al Padre por medio del salmista: “Porque no dejarás mi alma en el Seol, ni permitirás que tu santo vea corrupción” (versículo 10). Para los cristianos, las fronteras de Israel encuentran su valor fundamental en el hecho de ser el lugar donde Jesús se entregó a sí mismo para fundar su reino eterno. Las sandalias de Jesús pasaron por el suelo de Israel; en su río se realizó su bautizo y caminó una vez sobre el lago. Murió en una de las colinas que hay en las afueras de la ciudad más grande. Salió vivo de una de las tumbas excavadas en las rocas, y desde una de sus montañas ascendió a los cielos. Al pensar en Jesús, las descripciones del lugar de su actividad no son detalles aburridos, sino conmovedoras palabras vivas. Todo el libro de Josué con sus conquistas y descripciones nos orienta hacia la época de Jesús.

La tierra que aun no se conquista

13 Josué era ya viejo, entrado en años, cuando Jehová le dijo: «Tú eres ya viejo, de edad avanzada, y queda aún mucha tierra por poseer. ² Ésta es la tierra que queda: todos los territorios de los filisteos y de los gesureos, ³ desde Sihor, que está al oriente de Egipto, hasta el límite de Ecrón por el norte, que se considera de los cananeos; los cinco principados de los filisteos, el gazeo, el asdodeo, el ascaloneo, el geteo y el croneo; también los aveos, ⁴ que están al sur. Toda la tierra de los cananeos, y Mehara, que es de los sidonios, hasta Afec y hasta los límites del amorreo; ⁵ la tierra de los gibilitas, con todo el Líbano hacia donde sale el sol, desde Baal-gad, al pie del monte Hermón, hasta la entrada de Hamat. ⁶ Yo expulsaré de la

presencia de los hijos de Israel a todos los que habitan en las montañas desde el Líbano hasta Misrefot-maim, y a todos los sidonios. Tú solamente repartirás por suertes el país a los israelitas como heredad, conforme te he mandado. ⁷ Reparte, pues, ahora esta tierra como heredad a las nueve tribus y a la media tribu de Manasés.»

Suponiendo que Josué es algo mayor que Caleb, es probable que esté en sus noventa años cuando el Señor le habla; Caleb tiene ochenta y cinco años (14:10). Cuando comenzó la conquista, Josué era ya anciano, pero vigoroso.

Dios le ha dado muchas victorias; sin embargo, todavía hay “mucho tierra” sin conquistar en el sudoeste y en el extremo norte. También esas tierras se tienen que repartir. El Señor no está ahora retirando su apoyo, continúa animando a Josué y le promete seguir expulsando a los enemigos.

Los filisteos se mencionan sólo aquí en el libro de Josué. Al menos algunos de ellos llegaron a la costa del sur de Canaán alrededor de 1200 a.C. como parte de una oleada tardía de “pueblos del mar” proveniente de las islas del Egeo (Amós 9:7; Jeremías 47:4). Su poder en Canaán se centraba en sus cinco ciudades-estado situadas en la franja angosta de la costa, la llanura filistea. “Palestina”, el nombre que se le dio a Canaán más tarde, viene del nombre “Filistea”. Por muchos años, esos pueblos fueron un peligro para Israel y no los dominaron hasta la época de David. Goliat fue uno de sus famosos héroes.

Los gesureos están en el extremo sudoeste.

Los versículos 4 y 5 relacionan los territorios sin conquistar que se encuentran al norte. Los giblitas son los habitantes de la ciudad de Gebal, en la costa norte cerca a la moderna Beirut. Otro nombre para esta ciudad es Biblos (“libro”), de donde se deriva nuestra palabra “Biblia”; de Biblos se exportaban materiales de escritura, de ahí su nombre.

Las dos y media tribus que se establecieron al este del Jordán ya poseen su “herencia”. El nuevo reparto implica sólo el resto de las nueve tribus y media.

La división de la tierra al este del Jordán

⁸ Porque la otra media tribu de Manasés, los rubenitas y los gaditas habían recibido ya la heredad que les dio Moisés al otro lado del Jordán, al oriente, según el reparto de Moisés, siervo de Jehová: ⁹ desde Aroer, a orillas del arroyo Arnón, con la ciudad que está en medio del valle y toda la llanura de Medeba, hasta Dibón; ¹⁰ todas las ciudades de Sehón, rey de los amorreos, el cual reinó en Hesbón, hasta los límites de los hijos de Amón; ¹¹ Galaad, los territorios de los gesureos y los maacateos, todo el monte Hermón y toda la tierra de Basán hasta Salca; ¹² y en Basán todo el reino de Og, que reinó en Astarot y en Edrei, y era el último sobreviviente de los refaítas, pues Moisés los había derrotado y expulsado. ¹³ Pero a los gesureos y a los maacateos no los expulsaron los hijos de Israel, sino que Gesur y Maaca habitaron entre los israelitas hasta hoy.

Primero queda delineado en su totalidad el este del territorio. Los límites de sur a norte son la ciudad de Aroer en el arroyo del Arnón hasta las laderas del monte Hermón.

¹⁴ Pero a la tribu de Leví no le dio heredad; los sacrificios de Jehová, Dios de Israel, son su heredad, como él les había dicho.

Se apartarán para los levitas ciertas ciudades y sus ejidos (Josué 21). Pero los levitas no van a recibir una herencia tribal, excepto las ofrendas prometidas en Deuteronomio 18:1-8. A pesar de que no tienen una tierra asignada, va a gozar de buenas provisiones. La misma información acerca de Leví se repite en el versículo 33; en 14:3,4; y en 18:7. La repetición pondrá énfasis en que a pesar de no tener un territorio, Leví no es menospreciado y pertenece a Israel de la misma manera que las doce tribus que poseen tierras.

¹⁵ Dio, pues, Moisés a la tribu de los hijos de Rubén conforme a sus familias. ¹⁶ Su territorio iba desde Aroer, que está a la orilla del arroyo Arnón, con la ciudad que está en medio del valle y

toda la llanura hasta Medeba; ¹⁷ Hesbón, con todas las ciudades que están en la llanura; Dibón, Bamot-baal, Bet-baal-meón, ¹⁸ Jahaza, Cademot, Mefaat, ¹⁹ Quiriataim, Sibma, Zaret-sahar en el monte del valle, ²⁰ Bet-peor, las laderas de Pisga, Bet-jesimot, ²¹ todas las ciudades de la llanura y todo el reino de Sehón, rey de los amorreos, que reinó en Hesbón y a quien derrotó Moisés, lo mismo que a los príncipes de Madián, Evi, Requem, Zur, Hur y Reba, príncipes de Sehón que habitaban en aquella tierra. ²² También pasaron a espada los hijos de Israel, entre otras víctimas, a Balaam, el adivino, hijo de Beor. ²³ Y el Jordán servía de límite al territorio de los hijos de Rubén. Ésta fue la heredad de los hijos de Rubén conforme a sus familias, con sus ciudades y sus aldeas.

Rubén posee la porción sur de la tierra al este del Jordán: desde Aroer hasta Hesbón, la antigua capital del rey Sehón.

²⁴ Dio asimismo Moisés a la tribu de Gad, a los hijos de Gad, conforme a sus familias. ²⁵ Su territorio fue Jazer, todas las ciudades de Galaad, la mitad de la tierra de los hijos de Amón hasta Aroer, que está enfrente de Rabá, ²⁶ y desde Hesbón hasta Ramat-mizpa y Betonim, y desde Mahanaim hasta el límite de Debir; ²⁷ y en el valle, Bet-aram, Bet-nimra, Sucot y Zafón —el resto del reino de Sehón, rey de Hesbón—, el Jordán y su límite hasta el extremo del mar de Cineret al otro lado del Jordán, al oriente. ²⁸ Ésta es la heredad de los hijos de Gad por sus familias, con sus ciudades y sus aldeas.

La sección del medio le pertenece a Gad; su frontera sur comienza donde termina la de Rubén. Sus límites al norte son difíciles de precisar, debido a los problemas que hay para ubicar algunos de los lugares mencionados.

²⁹ También dio Moisés su heredad a la media tribu de Manasés, que fue para la media tribu de los hijos de Manasés, conforme a sus familias. ³⁰ Su territorio iba desde Mahanaim, y comprendía todo Basán, todo el reino de Og, rey de Basán, todas

las aldeas de Jair que están en Basán: sesenta poblaciones. ³¹ La mitad de Galaad, Astarot y Edrei, ciudades del reino de Og en Basán, pasaron a la mitad de los hijos de Maquir hijo de Manasés, conforme a sus familias.

³² Esto es lo que Moisés repartió como heredad en los llanos de Moab, al otro lado del Jordán, al oriente de Jericó. ³³ Pero a la tribu de Leví no le dio Moisés heredad; Jehová, Dios de Israel, es su heredad, como él les había dicho.

La mitad de Manasés ha recibido la parte norte de Transjordania; el resto de la tierra de la tribu estará al oeste del río.

El autor tiene el cuidado de hacer notar que estas tribus del este recibieron tierras a través de Moisés. Tienen un título legítimo sobre ellas, y no se les debe considerar como ciudadanos de segunda clase por el hecho de que su tierra está al otro lado del río, fuera de lo que propiamente es Canaán.

Las tres tribus tienen el mismo padre, Jacob, pero diferentes madres. Rubén era hijo de Lea, Gad de la sierva Zilpa, y Manasés era nieto de Raquel por su hijo José.

La división de la tierra al oeste del Jordán

14 Esto, pues, es lo que los hijos de Israel recibieron como heredad en la tierra de Canaán, lo que les repartieron el sacerdote Eleazar, Josué hijo de Nun, y los cabezas de los padres de las tribus de los hijos de Israel. ² Por suertes se les dio su heredad, como Jehová había mandado a Moisés que se diera a las nueve tribus y a la media tribu. ³ Porque a las dos tribus y a la media tribu les había dado Moisés su heredad al otro lado del Jordán, pero a los levitas no les dio ninguna heredad entre ellos. ⁴ Pues los hijos de José fueron dos tribus, Manasés y Efraín, y no dieron parte a los levitas en la tierra, sino ciudades en que habitaran, con sus ejidos para el ganado y los rebaños. ⁵ De la manera que Jehová lo había mandado a Moisés, así lo hicieron los hijos de Israel en el reparto de la tierra.

La frecuente repetición de la palabra “heredad” recalca que las tierras tribales eran regalos de Dios en cumplimiento de su promesa. Israel no las había ganado.

La distribución “por suertes” pone énfasis en que el Señor está guiando todo el proceso. Eleazar, el sacerdote que sucedió a Aarón, estaba a cargo de echar la heredad a suertes. Tal vez usó el Urim y el Tumim de su pectoral sacerdotal. (Vea Éxodo 28:30; Números 27:21.) La tradición judía en el Talmud habla de dos urnas, una que contiene los nombres de las tribus y la otra con las descripciones de los límites territoriales. Se dice que después de sacudirlas bien, salían las descripciones de la tierra y el nombre de una tribu en la mano de Eleazar. Sólo podemos especular sobre el procedimiento.

Jacob había adoptado oficialmente a sus dos nietos, Efraín y Manasés (Génesis 48:5). Eso habría conducido a una decimotercera parte de la división de la tierra si Leví hubiera recibido una parte.

El relato del reparto comienza y termina con una concesión especial de la tierra a los dos hombres que habían sido fieles espías cuarenta y cinco años atrás. La primera concesión es para Caleb, la última para Josué (19:49,50).

Caleb recibe Hebrón

⁶ Los hijos de Judá fueron a donde estaba Josué en Gilgal, y Caleb hijo de Jefone, el cenezeo, le dijo: «Tú sabes lo que Jehová dijo a Moisés, el varón de Dios, en Cades-barnea, tocante a nosotros dos. ⁷ Yo tenía cuarenta años de edad cuando Moisés, siervo de Jehová, me envió de Cades-barnea a reconocer la tierra, y yo le traje noticias como lo sentía en mi corazón. ⁸ Mis hermanos, los que habían subido conmigo, hicieron desfallecer el corazón del pueblo, pero yo me mantuve fiel a Jehová, mi Dios. ⁹ Entonces Moisés juró diciendo: “Ciertamente la tierra que pisó tu pie será para ti y para tus hijos como herencia perpetua, por cuanto te mantuviste fiel a Jehová, mi Dios.” ¹⁰ Pues bien, Jehová me ha hecho vivir, como él dijo, estos cuarenta y cinco años, desde el tiempo que Jehová dijo estas

palabras a Moisés, cuando Israel andaba por el desierto, y ahora tengo ochenta y cinco años de edad. ¹¹ Todavía estoy tan fuerte como el día en que Moisés me envió. Cual era mi fuerza entonces, tal es ahora mi fuerza para combatir, para salir y para entrar. ¹² Dame, pues, ahora este monte, del cual habló Jehová aquel día. Tú mismo oíste entonces que los anaceos están allí, y que hay ciudades grandes y fortificadas. Si Jehová está conmigo, los expulsaré, como Jehová ha dicho.»

¹³ Josué entonces lo bendijo, y dio a Caleb hijo de Jefone a Hebrón como heredad. ¹⁴ Por tanto, Hebrón vino a ser heredad de Caleb hijo de Jefone, el cenezeo, hasta hoy, por cuanto se había mantenido fiel a Jehová, Dios de Israel. ¹⁵ Pero el nombre de Hebrón era antes Quiriat-arba, porque Arba fue un hombre grande entre los anaceos.

Y la tierra descansó de la guerra.

Josué se encuentra todavía en Gilgal cuando hace esta primera parte de la distribución en los capítulos 14–17. Después, repartirá la tierra desde Silo (18:1).

Cuando Caleb hace su petición, los hombres de Judá también se acercan a Josué. Caleb está asociado con esa tribu (Números 13:6), pero hay dudas de si pertenece a Judá por sangre o por adopción. Los cenezeos, de quienes parece venir, eran cananeos (Génesis 15:19). Quizá el nombre “cenezeos” se usa para varios pueblos y algunas veces para un clan de la tribu de Judá. Los otros hombres de Judá que acompañan a Caleb probablemente vienen a respaldar su petición.

Caleb puede muy bien ser un modelo en el cual se pueda centrar la atención para el estudio del carácter de un hombre de Dios. Como espía, a los cuarenta años creyó sin titubear la palabra de Dios; sólo él se quedó con Josué y exhortó al pueblo a capturar Canaán (Números 13:30 y 14:6-9). Siguió “fielmente” al Señor (Números 14:24; Deuteronomio 1:36) y procedió de acuerdo con las convicciones de su corazón creadas por las promesas de Dios. A la edad de ochenta y cinco años, ahora le reconoce a Dios el mérito

de su fuerza y vigor, y quiere un reto para hacer uso de sus habilidades. No pide para su herencia un valle seguro y fácil de cuidar, sino la región montañosa que está alrededor de Hebrón, donde tendrá que tratar con los anaceos. Su ánimo sobresale al confiar en las promesas de Dios; sus palabras: “Si Jehová está conmigo” muestran su fe y su humildad. Encuentra su fuerza en la ayuda del Señor y en la promesa del éxito.

En estos días cuando los héroes verdaderos son escasos, debemos dirigir a nuestros hijos hacia hombres de fe como Caleb. Su actitud es también un ejemplo alentador para las “personas de la tercera edad”. Para el año 2030, más de una quinta parte de la población de los Estados Unidos tendrá más de sesenta y cinco años; muchos gozarán de excelente salud. ¡Qué potencial tiene la iglesia si, como Caleb, dedicamos al servicio del Señor nuestros años de jubilación productiva! Si a los líderes de la iglesia se les escapa el aprecio por los talentos de los jubilados, ¡qué gusto da cuando las mismas personas de la tercera edad se presentan como Caleb y piden un reto!

Las referencias a la edad de Caleb nos ayudan para establecer una *cronología* de su vida y de los años de la conquista. Tenía cuarenta años cuando fue enviado desde Cades-barnea como espía. Como los espías fueron enviados a inspeccionar la tierra alrededor de dos años después del éxodo, Caleb tenía treinta y ocho años cuando Israel salió de Egipto. Si el éxodo tuvo lugar en 1446 a.C. (vea la introducción), entonces Caleb nació en 1484 a.C. en Egipto. Habría tenido setenta y ocho años cuando Israel cruzó el Jordán, cuarenta años después del éxodo. Ahora tiene ochenta y cinco años cuando se hace la repartición de la tierra; por lo tanto, la conquista de la tierra de Canaán debió durar siete años, tal vez de 1406 a.C. a 1399 a.C.

Las promesas que le hizo Moisés a Caleb se encuentran en Deuteronomio 1:36. Las palabras de Caleb en el versículo 9 muestran que Moisés también hizo un juramento con esa promesa.

La petición de Caleb no menciona a Hebrón directamente, sólo “el monte”. Cuando Josué concede la petición y le da “Hebrón”,

debemos entender que esto significa “el campo de la ciudad y sus aldeas” (21:12). Hebrón mismo será una ciudad para los sacerdotes y una ciudad de refugio (21:13).

Hebrón queda a unos 40 km al sur de Jerusalén por el camino a Beersheba, en la región montañosa. Ya para el tiempo de Josué tenía importancia histórica. Abraham, Isaac, Jacob y sus esposas estaban sepultados allí en la cueva de Macpela (vea Génesis 23:19,20).

Josué sacó a los anaceos de Hebrón (11:21-22), pero algunos se han de haber infiltrado entre sus antiguas ciudades y presentaban un reto para Caleb. El otro nombre para Hebrón, Quiriat-arba, significa “ciudad de Arba”, en honor al más grande de los anaceos.

Como en Josué 11:23, estos versículos terminan con la declaración: “Y la tierra descansó de la guerra .” Esas palabras proporcionan una transición a la distribución principal. Se presentarán muchos más desafíos; no obstante, la paz prevalece ahora para el reparto de la tierra.

Asignación para Judá

15 La parte que tocó en suerte a la tribu de los hijos de Judá, conforme a sus familias, llegaba hasta la frontera de Edom, y tenía el desierto de Zin, al sur, como su extremo meridional. ² Su límite por el lado del sur partía de la costa del Mar Salado —desde la bahía que mira hacia el sur— ; ³ luego salía hacia el sur de la subida de Acrabim, pasaba hacia Zin y subía por el sur hasta Cades-barnea; pasando por Hezrón, subía hacia Adar y daba vuelta a Carca. ⁴ De allí pasaba por Asmón, salía al arroyo de Egipto y terminaba en el mar. Éste, pues, os será el límite del sur. ⁵ El límite oriental es el Mar Salado hasta la desembocadura del Jordán. El límite por el lado del norte, partía de la bahía del mar, en la desembocadura del Jordán. ⁶ Este límite sube por Bet-hogla, pasa al norte de Bet-arabá, y de aquí sube a la piedra de Bohán hijo de Rubén. ⁷ Luego sube a Debir desde el valle de Acor, y al norte mira sobre Gilgal, que está enfrente de la subida de Adumín, al sur del

arroyo; pasa por las aguas de En-semes y sale a la fuente Rogel. ⁸ Sube este límite por el valle del hijo de Hinom, al lado sur del jebuseo, que es Jerusalén. Luego sube por la cumbre del monte que está enfrente del valle de Hinom, hacia el occidente, el cual está al extremo del valle de Refaim, por el lado del norte. ⁹ Este límite tuerce desde la cumbre del monte hasta la fuente de las aguas de Neftoa, y sale a las ciudades del monte Efrón para volverse luego hacia Baala, que es Quiriat-jearim. ¹⁰ Después gira este límite desde Baala hacia el occidente a los montes de Seir y, pasando por el lado norte del monte Jearim, el cual es Quesalón, desciende a Bet-semes y pasa a Timna. ¹¹ Sale luego del lado norte de Ecrón y vuelve hacia Sicrón, pasa por el monte Baala, sale a Jabneel y termina en el mar. ¹² El límite del occidente es el Mar Grande. Éste era el límite del territorio de los hijos de Judá, conforme a sus familias.

El patriarca Jacob le dio la bendición más larga a su hijo Judá (Génesis 49:8-12). Ahora Josué le da a la descendencia de Judá el primer territorio y el más grande. El censo de Números 26 señala que Judá es la tribu más numerosa y necesita un área extensa. La bendición de Jacob dijo que Judá era un “león”, símbolo de fuerza y liderazgo. La tribu le dará a Israel su rey supremo y al mundo su Rey de reyes. Judá fue el cuarto hijo que Jacob tuvo con su primera esposa, Lea.

En términos generales, Judá recibió toda la tierra que está al oeste del mar Muerto hasta el Mediterráneo y en el sur hasta Cades-barnea. Simeón, más adelante, iba a obtener su territorio dentro de esta vasta área.

Estos versículos delimitan a Judá por sus cuatro costados. Cuando se presentan en una línea, las características especiales del paisaje como barrancos, laderas, manantiales y montañas demarcan sus fronteras. Se dan más detalles acerca de los lugares de interés especial tales como el área cercana a Jerusalén en el versículo 8. Algunos nombres, como Debir y el monte Seír, no se deben confundir con otros lugares que tienen el mismo nombre.

¹³ A Caleb hijo de Jefone se le dio su parte entre los hijos de Judá, conforme al mandamiento de Jehová a Josué: Quiriat-arba, la ciudad del padre de Anac, que es Hebrón. ¹⁴ Caleb echó de allí a los tres hijos de Anac: a Sesai, Ahimán y Talmai, descendientes de Anac. ¹⁵ De aquí subió contra los que habitaban en Debir, que antes se llamaba Quiriat-sefer. ¹⁶ Entonces dijo Caleb: «Al que ataque Quiriat-sefer y la tome, yo le daré a mi hija Acsa por mujer.»

¹⁷ Otoniel hijo de Cenaz y hermano de Caleb, la tomó, y él le dio a su hija Acsa por mujer. ¹⁸ Y aconteció que cuando se la llevaba, éste la persuadió que pidiera a su padre tierras para labrar. Ella se bajó del asno, y Caleb le preguntó:

—¿Qué tienes?

¹⁹ —Concédeme un don —respondió ella—; puesto que me has dado tierra del Neguev, dame también fuentes de aguas.

Él entonces le dio las fuentes de arriba y las de abajo.

Los siete versículos proporcionan detalles del área que se le entregó a Caleb y a su yerno Otoniel, uno de los que después sería juez (Jueces 3:7-11). El deseo de un reto que expresó Caleb a los ochenta y cinco años en 14:12, no fue precisamente la necia jactancia de un hombre anciano; él emprende su trabajo, echa fuera a los anaceos y desafía a otros para que capturen Debir.

Las ciudades de Judá ahora se nombran en cada una de sus cuatro áreas generales: el Neguev en los versículos 21-32, la Sefela o las llanuras occidentales en los versículos 33-47, las montañas en los versículos 48-60 y el desierto en los versículos 61 y 62.

²⁰ Ésta, pues, es la heredad de la tribu de los hijos de Judá por sus familias. ²¹ Y fueron las ciudades de la tribu de los hijos de Judá en el extremo sur, hacia la frontera de Edom: Cabseel, Edar, Jagur, ²² Cina, Dimona, Adada, ²³ Cedés, Hazor, Itnán, ²⁴ Zif, Telem, Bealot, ²⁵ Hazor-hadata, Queriot, Hezrón (que es Hazor), ²⁶ Amam, Sema, Molada, ²⁷ Hazar-gada, Hesmón, Bet-pelet, ²⁸ Hazar-sual, Beerseba, Bizotia, ²⁹ Baala, Iim, Esem,

³⁰ Eltolad, Quesil, Horma, ³¹ Siclag, Madmana, Sansana, ³² Lebaot, Silhim, Aín y Rimón. En total, veintinueve ciudades con sus aldeas.

³³ En las llanuras, Estaol, Zora, Asena, ³⁴ Zanoa, En-ganim, Tapúa, Enam, ³⁵ Jarmut, Adulam, Soco, Azeca, ³⁶ Saaraim, Aditaim, Gedera y Gederotaim: catorce ciudades con sus aldeas.

³⁷ Zenán, Hadasa, Migdal-gad, ³⁸ Dileán, Mizpa, Jocteel, ³⁹ Laquis, Boscat, Eglón, ⁴⁰ Cabón, Lahmam, Quitlis, ⁴¹ Gederot, Bet-dagón, Naama y Maceda: dieciséis ciudades con sus aldeas.

⁴² Libna, Eter, Asán, ⁴³ Jifta, Asena, Nezib, ⁴⁴ Keila, Aczib y Maresa: nueve ciudades con sus aldeas.

⁴⁵ Ecrón con sus villas y sus aldeas. ⁴⁶ De Ecrón hasta el mar, todas las que están cerca de Asdod con sus aldeas.

⁴⁷ Asdod con sus villas y sus aldeas; Gaza con sus villas y sus aldeas hasta el río de Egipto, y las costas del Mar Grande.

⁴⁸ En las montañas: Samir, Jatir, Soco, ⁴⁹ Dana, Quiriat-sana (que es Debir); ⁵⁰ Anab, Estemoa, Anim, ⁵¹ Gosén, Holón y Gilo: once ciudades con sus aldeas.

⁵² Arab, Duma, Esán, ⁵³ Janum, Bet-tapúa, Afeca, ⁵⁴ Humta, Quiriat-arba (la cual es Hebrón) y Sior: nueve ciudades con sus aldeas.

⁵⁵ Maón, Carmel, Zif, Juta, ⁵⁶ Jezreel, Jodeam, Zanoa, ⁵⁷ Caín, Gabaa y Timna: diez ciudades con sus aldeas.

⁵⁸ Halhul, Bet-sur, Gedor, ⁵⁹ Maarat, Bet-anot y Eltecón: seis ciudades con sus aldeas.

⁶⁰ Quiriat-baal (que es Quiriat-jearim) y Rabá: dos ciudades con sus aldeas.

⁶¹ En el desierto: Bet-arabá, Midín, Secaca, ⁶² Nibsán, la Ciudad de la Sal y En-gadi: seis ciudades con sus aldeas.

⁶³ Pero los hijos de Judá no pudieron expulsar a los jebuseos que habitaban en Jerusalén. Por eso ha quedado el jebuseo en Jerusalén junto con los hijos de Judá hasta hoy.

El capítulo termina con una nota especial sobre Jerusalén. El límite noreste de Judá se bajó apenas al sur de Jerusalén y deja la mayor parte de la ciudad en el territorio de Benjamín. Ni Judá ni Benjamín pueden desalojar a los jebuseos de Jerusalén. El éxito le espera al rey David, un descendiente de Judá.

Reparto de Efraín y Manasés

16 Lo que tocó en suerte a los hijos de José iba desde el Jordán de Jericó hasta las aguas de Jericó, hacia el oriente, hacia el desierto que sube de Jericó por las montañas de Bet-el. ² Sale de Bet-el a Luz y pasa a lo largo del territorio de los arquitas hasta Atarot; ³ baja hacia el occidente al territorio de los jafletitas, hasta el límite de Bet-horón la de abajo, y hasta Gezer, y sale al mar. ⁴ Recibieron, pues, su heredad los hijos de José, Manasés y Efraín.

Estos versículos describen todo el territorio de las dos tribus de José al oeste del río. La descripción general indica sólo la frontera sudeste de las dos tribus. Entre las tribus de José y Judá se extiende el estrecho “corredor de Dan y Benjamín”.

Jacob había adoptado a Efraín y Manasés, sus nietos, que eran hijos de José (Génesis 48:5). Por lo tanto, les da el derecho a un reparto con los hijos de Jacob. José era el undécimo de doce hijos y el primero de Raquel. Como Judá, José había recibido una larga bendición, que mostraba su importancia y la de sus hijos en el futuro de Israel. Conforme a la bendición de Jacob, Efraín tenía prioridad sobre Manasés a pesar de que Efraín era menor (Génesis 48:17-19). La mitad de Manasés ya recibió su tierra al este del Jordán (13:29-31).

⁵ El territorio de los hijos de Efraín por sus familias: El límite de su heredad era por el lado del oriente Atarot-adar hasta Bet-horón la de arriba. ⁶ Continúa el límite hasta el mar y hasta Micmetat al norte, y da vuelta hacia el oriente hasta Taanat-silo, y de aquí pasa a Janoa. ⁷ De Janoa desciende a Atarot y a Naarat, toca Jericó y sale al Jordán. ⁸ De Tapúa se vuelve hacia el oeste por el arroyo Caná, y sale al mar. Ésta es la heredad de la tribu de los hijos de Efraín por sus familias, ⁹ además de las ciudades que se apartaron para los hijos de Efraín en medio de la heredad de los hijos de Manasés; todas las ciudades con sus aldeas.

El hecho de nombrar la tierra de Efraín antes que la de Manasés indica su mayor importancia. La bendición de Jacob hizo referencia a una “rama fructífera junto a una fuente, sus vástagos se extienden sobre el muro” (Génesis 49:22). La descripción es un juego de palabras, pues el nombre “Efraín” significa “dos veces fructífero”. La tribu extenderá su territorio. La bendición también dice: “Su arco se mantuvo poderoso” (Génesis 49:24), profetizando la destreza de Efraín para pelear. Josué, el general en jefe, es de Efraín. El ejército de Canaán, con sus carros herrados, no le puede hacer frente a Efraín (17:18). La fuerza y la importancia que tuvo posteriormente Efraín, las indican los profetas cuando se refieren a todas las diez tribus del norte con el nombre colectivo de “Efraín” (Isaías 7:17; Oseas 5:3,5,11-14). “Cuando Efraín hablaba, cundía el temor; fue exaltado en Israel” (Oseas 13:1).

Muchos comentaristas admiten que tienen dificultad en seguir el esquema del autor cuando presenta en estos versículos los límites de Efraín.

¹⁰ Pero no expulsaron al cananeo que habitaba en Gezer, y por eso quedó el cananeo en medio de Efraín, hasta hoy, aunque sometido a tributo.

Gezer, la ciudad más poderosa del área, es digna de una nota especial. Antes, Israel había derrotado al rey de Gezer cuando fue en ayuda de Laquis en la campaña del sur (10:33). Ahora, sin embargo, hasta el poderoso Efraín encuentra fuerte resistencia de parte de Gezer. Más tarde, el rey de Egipto tomará Gezer y la entregará a Salomón como un regalo de bodas (1 Reyes 9:16). La nota sobre Gezer, como la de Jerusalén (15:63), pone énfasis en el reto continuo después de los siete años de conquista intensiva.

17 Se echaron también suertes para la tribu de Manasés, porque era el primogénito de José: a Maquir, primogénito de Manasés y padre de Galaad, que fue un hombre de guerra, le tocó Galaad y Basán. ² Se echaron también suertes para los otros hijos de Manasés conforme a sus familias: los hijos de Abiezer, los hijos de Helec, los hijos de Asriel, los hijos de Siquem, los hijos de Hefer y los hijos de Semida. Estos eran los hijos varones de Manasés hijo de José, por sus familias.

Estos dos versículos son un recordatorio de que los maquiritas, una parte de la tribu de Manases, ya habían recibido su tierra al este del Jordán. El siguiente reparto es para el resto de la tribu al oeste del río.

³ Pero Zelofehad hijo de Hefer hijo de Galaad, hijo de Maquir, hijo de Manasés, no tuvo hijos sino hijas, los nombres de las cuales son estos: Maala, Noa, Hogla, Milca y Tirsa. ⁴ Éstas acudieron ante el sacerdote Eleazar, ante Josué hijo de Nun y ante los príncipes, y dijeron: «Jehová mandó a Moisés que nos diera una heredad entre nuestros hermanos.» Y se les dio una heredad entre los hermanos de su padre, conforme al dicho de Jehová.

⁵ Le tocaron a Manasés diez partes, además de la tierra de Galaad y de Basán, que está al otro lado del Jordán, ⁶ pues las hijas de Manasés recibieron una heredad entre sus hijos. La tierra de Galaad fue para los otros hijos de Manasés.

Se les dio una provisión especial a las cinco hijas de Zelofehad, un miembro de la tribu de Manasés que no tuvo hijos varones. La herencia normalmente pasaba a través de los hijos; y como Zelofehad no tenía herederos varones, su nombre iba a desaparecer de los clanes de Manasés, a menos de que sus hijas recibieran la tierra que le correspondía a él. En Números 27:1-11 el Señor y Moisés sentaron un precedente legal con el caso de las cinco hijas de Zelofehad; esos versículos son el trasfondo de las palabras de las hermanas ante el sacerdote Eleazar y Josué: “Jehová mandó a Moisés que nos diera una heredad entre nuestros hermanos .”

Manasés obtiene “diez partes” de la tierra al oeste del río “además de la tierra de Galaad y de Basán, que está al otro lado del Jordán”. Esas diez partes consisten en cinco porciones para las hijas de Zelofehad y cinco para los clanes que se mencionan en el versículo 2, menos Héfer, abuelo de las cinco hermanas.

⁷ El territorio de Manasés iba desde Aser hasta Micmetat, que está enfrente de Siquem, y seguía hacia el sur, hasta los que habitan en Tapúa. ⁸ La tierra de Tapúa era de Manasés, pero Tapúa misma, que está junto al límite de Manasés, era de los hijos de Efraín. ⁹ Este límite descende al arroyo Caná, hacia el sur del arroyo. Estas ciudades de Efraín están entre las ciudades de Manasés; el límite de Manasés estaba al norte del mismo arroyo, e iba a salir al mar. ¹⁰ A Efraín pertenecía el sur, a Manasés el norte, y el mar era su frontera; lindaban con Aser al norte y con Isacar al oriente. ¹¹ Tuvo también Manasés en Isacar y en Aser a Bet-seán y sus aldeas, a Ibleam y sus aldeas, a los habitantes de Dor y sus aldeas, a los habitantes de Endor y sus aldeas, a los habitantes de Taanac y sus aldeas, a los habitantes de Meguido y sus aldeas: tres provincias.

Esos versículos describen el territorio de las diez divisiones de tierra de Manasés al oeste del Jordán. Sólo Judá recibió una porción más grande.

¹² Pero los hijos de Manasés no pudieron expulsar a los de aquellas ciudades, y el cananeo persistió en habitar en aquella tierra. ¹³ Pero cuando los hijos de Israel fueron lo suficientemente fuertes, hicieron tributario al cananeo, aunque no lo expulsaron.

Igual que Judá y Efraín, Manasés tiene problemas para ocupar algunas de sus ciudades. Las palabras: “aunque no lo expulsaron [al cananeo]”, tienen un tono inquietante. Rondan las tentaciones y los compromisos.

¹⁴ Los hijos de José dijeron a Josué:

—¿Por qué nos has dado como heredad una sola suerte y una sola parte, siendo nosotros un pueblo tan grande, al que Jehová ha bendecido hasta ahora?

¹⁵ Josué les respondió:

—Si sois un pueblo tan grande, subid al bosque y talad para vosotros allí en la tierra de los ferezeos y de los refaítas, ya que los montes de Efraín os resultan estrechos.

¹⁶ Los hijos de José dijeron:

—No nos bastará a nosotros este monte. Además, todos los cananeos que habitan la tierra de la llanura tienen carros de hierro, lo mismo los que están en Bet-seán y en sus aldeas que los del valle de Jezreel.

¹⁷ Entonces Josué respondió a la casa de José, a Efraín y a Manasés:

—Tú eres un gran pueblo y tienes un gran poder: no tendrás una sola parte, ¹⁸ sino que aquel monte será tuyo, pues aunque es un bosque, tú lo desmontarás y lo poseerás hasta sus límites más lejanos; porque tú arrojarás al cananeo, aunque tenga carros de hierro y aunque sea fuerte.

Las dos tribus de José se quejaron por haber recibido muy poca tierra para tanta gente. La solución que les da Josué hace que su razonamiento caiga sobre ellos mismos. Si son muchos, tienen suficiente mano de obra para despejar las tierras boscosas y

desalojar a los cananeos con sus carros herrados, para extender el terreno habitable. Nadie puede acusar a Josué de favoritismo; él es un efraimita. Sin embargo, es justo y no otorga favores especiales a sus hermanos.

Pasa algún tiempo entre los capítulos 12 y 18. La escena cambia de Gilgal a Silo para la repartición de tierra a las siete tribus restantes.

División del resto de la tierra

18 Toda la congregación de los hijos de Israel se reunió en Silo, donde erigieron el Tabernáculo de reunión. Toda la tierra se les había sometido, ² pero quedaban de los hijos de Israel siete tribus a las cuales aún no se les habían repartido su posesión.

³ Entonces Josué dijo a los hijos de Israel: «¿Hasta cuándo vais a esperar para venir a poseer la tierra que os ha dado Jehová, el Dios de vuestros padres? ⁴ Designad tres hombres de cada tribu, para que yo los envíe. Que ellos se levanten, recorran la tierra y la describan conforme al reparto de las heredades; después volverán a mí. ⁵ Dividirán la tierra en siete partes. Judá se quedará en su territorio al sur y los de la casa de José en el suyo al norte. ⁶ Vosotros, pues, delinearéis la tierra en siete partes y me traeréis la descripción aquí, para que yo eche suertes delante de Jehová, nuestro Dios. ⁷ Pero los levitas no tienen ninguna parte entre vosotros, porque el sacerdocio de Jehová es su heredad; también Gad, Rubén y la media tribu de Manasés, ya han recibido, en el lado oriental del Jordán, la heredad que les dio Moisés, siervo de Jehová.»

⁸ Aquellos hombres se levantaron y partieron. Y mandó Josué a los que iban a delinear la tierra: «Id, recorred la tierra y delineadla, y volved a mí, para que yo os eche suertes aquí delante de Jehová, en Silo.»

⁹ Fueron, pues, aquellos hombres y recorrieron la tierra, delineándola ciudad por ciudad en siete partes, en un libro que llevaron a Josué al campamento en Silo. ¹⁰ Josué les echó suertes

delante de Jehová en Silo, y allí repartió la tierra a los hijos de Israel, según sus porciones.

Silo no solamente es el lugar donde se les va a distribuir lo que queda de la tierra a las siete tribus restantes, también será por casi 400 años el centro de adoración de Israel. Silo está situada dentro de Efraín, a 19 km al sur de Siquem y 10 km al noroeste de Betel. Su ubicación central la hará accesible a todas las doce tribus. La conquista inicial hizo de esta área un lugar seguro para que toda la nación se reuniera. Como en los montes Gerizim y Ebal, el paisaje que rodea a Silo tiene la acústica natural necesaria para grandes reuniones.

El Tabernáculo de reunión, que se menciona aquí por primera vez en el libro de Josué, se ha levantado en Silo. Para ver una descripción de este templo portátil, lea Éxodo 26–27. El templo portátil guarda el Arca del pacto, el símbolo de la presencia del Señor entre Israel. El Arca va a permanecer en Silo hasta que los filisteos la capturen en los días del profeta Samuel (1 Samuel 4:1-11).

Las palabras de Josué en el versículo 3 son una firme reprimenda y al mismo tiempo un estímulo. Después del grito fuerte del “amén” que se dio en Gerizim y Ebal, y de las grandes victorias, el ánimo de las tribus ha decaído. Se muestran negligentes en la toma de posesión de la tierra prometida. ¿Acaso las tribus que ya tienen su tierra retrasan intencionalmente la distribución porque ya no quieren ser soldados y desean empezar a trabajar la tierra? ¿Las siete tribus que aún no tienen tierras evaden el reparto tan sólo al pensar en todos los problemas de tomar posesión? ¿Se están acostumbrando a la vida nómada que han llevado alrededor de medio siglo? El regalo de la tierra y las promesas de Dios parece que se están desvaneciendo en el pensamiento de Israel. Las promesas del Señor no han cambiado, pero la fe de Israel está vacilando. Éste es el mensaje de Josué: ¡Pueblo afortunado! La tierra que Dios les prometió a sus padres, se la ha dado a *ustedes*. Ahora, ¡muévanse y tomen posesión de su regalo! Sus palabras son como las de un entrenador que a medio tiempo le infunde

entusiasmo a un equipo que se está volviendo perezoso y empieza a perder ventaja.

Esos dos versículos sacan a relucir las dos fases que definen la toma de la tierra: la *conquista* por toda la nación y la *ocupación* de cada tribu. Creer la palabra de Dios les traerá éxito en la segunda fase así como ocurrió en la primera.

Ahora Josué hace algo nuevo, antes de adjudicar la tierra a las últimas siete tribus. Encarga a un equipo para que inspeccione la tierra y traiga una descripción del resto de ella. Tal vez esta nueva aventura permita que las siete tribus sean más audaces en la toma de en posesión de la tierra que los topógrafos han visto con sus propios ojos. Después de que Josué posea la descripción de las siete partes, echará suertes para distribuirla. La suerte se echará en presencia del Señor, quizás en el Tabernáculo, ante el Arca.

El informe escrito describe principalmente las ciudades. Aparte de los nombres, es probable que otros detalles en el informe incluyeran descripciones como suministro de agua, clase de suelo, tipo de terreno, acceso a caminos y la fuerza de los residentes que habitan en la actualidad.

Con la descripción en la mano, Josué echa suertes para distribuir el resto de la tierra.

Adjudicación de tierras a Benjamín

¹¹ Se sacó la suerte de la tribu de los hijos de Benjamín, conforme a sus familias, y el territorio adjudicado a ella quedó entre los hijos de Judá y los hijos de José. ¹² Su límite, por el lado norte, parte del Jordán y sube por el lado norte de Jericó; sube después por el monte hacia el occidente y viene a salir al desierto de Bet-avén. ¹³ De allí pasa en dirección de Luz, al lado sur de Luz (que es Bet-el), y desciende de Atarot-adar al monte que está al sur de Bet-horón, la de abajo. ¹⁴ Tuerce hacia el oeste por el lado sur del monte que está delante de Bet-horón, al sur, y viene a salir a Quiriat-baal (que es Quiriat-jeirim), ciudad de los hijos de Judá. Éste es el lado del occidente.

¹⁵ El lado del sur va desde el extremo de Quiriat-jearim y sale al occidente, a la fuente de las aguas de Neftoa. ¹⁶ Luego descendiendo este límite hasta el extremo del monte que está delante del valle del hijo de Hinom, al norte del valle de Refaim; descendiendo entonces al valle de Hinom, al lado sur del jebuseo, y de allí descendiendo a la fuente Rogel. ¹⁷ Después se inclina hacia el norte y sale a En-semes; de allí a Gelilot, que está delante de la subida de Adumín, y descendiendo a la piedra de Bohán hijo de Rubén. ¹⁸ Pasa por el lado que está enfrente del Arabá y descendiendo al Arabá; ¹⁹ pasa el límite hacia el lado norte de Bet-hogla y termina en la bahía norte del Mar Salado, en el extremo sur del Jordán. Éste es el límite sur.

²⁰ El Jordán era el límite del lado oriental. Ésta es la heredad de los hijos de Benjamín con los límites que la rodean, conforme a sus familias.

²¹ Las ciudades de la tribu de los hijos de Benjamín, por sus familias, fueron Jericó, Bet-hogla, el valle de Casis, ²² Bet-arabá, Zemaraim, Bet-el, ²³ Avim, Pará, Ofra, ²⁴ Quefar-haamoni, Ofni y Geba: doce ciudades con sus aldeas. ²⁵ Gabaón, Ramá, Beerot, ²⁶ Mizpa, Cafira, Mozah, ²⁷ Requem, Irpeel, Tarala, ²⁸ Zela, Elef, Jebús (que es Jerusalén), Gabaa y Quiriat: catorce ciudades con sus aldeas. Ésta es la heredad de los hijos de Benjamín conforme a sus familias.

Benjamín era el hijo menor de Jacob y el único hijo nacido en Canaán; su madre fue Raquel, que murió en el momento de dar a luz. La bendición de Jacob en Génesis 49:27 habla de Benjamín como el “lobo arrebatador”. Tal vez se refiera a las futuras hazañas de benjamitas como el juez Eúd, el rey Saúl y su hijo Jonatán.

La adjudicación de Benjamín es un corredor estrecho entre Efraín y Judá. A pesar de ser una de las áreas tribales más pequeñas, es militar y comercialmente estratégica.

Los límites del norte de Benjamín tocan la frontera sur de Efraín. (Compare los versículos 12,13 con 16:1-3.) La frontera sur corresponde a los límites del norte de Judá. (Compare los versículos 15-19 con 15:5-9. La descripción corresponde, excepto que se han

dado en direcciones opuestas.) El límite del este de Benjamín está formado por los pocos kilómetros que quedan del río Jordán antes de desembocar en el mar Muerto.

Las ciudades de Benjamín se mencionan en dos grupos: doce al este y catorce al oeste. Las ciudades mejor conocidas de la tribu incluyen Jericó, Gabaón y Jerusalén, la ciudad más famosa de la Biblia y tal vez del mundo. La mayor parte de la ciudad de Jerusalén se encuentra en el territorio tribal de Benjamín, aunque parte de ésta queda dentro del territorio de Judá (15:53).

Adjudicación de tierras para Simeón

19 La segunda suerte le tocó a Simeón, a la tribu de los hijos de Simeón, conforme a sus familias. Su heredad estaba en medio de la heredad de los hijos de Judá. ² Ellos recibieron como heredad a Beerseba, Seba, Molada, ³ Hazarsual, Bala, Ezem, ⁴ Eltolad, Betul, Horma, ⁵ Siclag, Betmarcabot, Hazar-susa, ⁶ Bet-lebaot y Saruhén: trece ciudades con sus aldeas; ⁷ Aín, Rimón, Eter y Asán: cuatro ciudades con sus aldeas; ⁸ además, todas las aldeas que estaban alrededor de estas ciudades hasta Baalat-beer, que es Ramat del Neguev. Ésta es la heredad de la tribu de los hijos de Simeón conforme a sus familias. ⁹ De la suerte de los hijos de Judá fue sacada la heredad de los hijos de Simeón, por cuanto la parte de los hijos de Judá era excesiva para ellos. Así que los hijos de Simeón recibieron su heredad en medio de la de Judá.

La suerte de Simeón era la segunda de las siete que quedaban. El orden de la adjudicación sigue un modelo. La primera suerte le tocó al hijo de Raquel (Benjamín); luego a los tres hijos de Lea (Simeón, Zabulón e Isacar); después al hijo de Zilpa, la sierva de Lea (Aser); y finalmente a los dos hijos de Bilha, la sierva de Raquel (Neftalí y Dan). Por consiguiente, la distribución en la casa de Jacob estableció el orden de la repartición.

Cuando Jacob se encontraba en su lecho de muerte y pronunció la bendición sobre sus hijos, relacionó a Simeón y a Leví (Génesis 49:5-7) y profetizó que iban a ser esparcidos en Israel. Sus palabras, que fueron más bien una maldición que una bendición, ahora se empiezan a cumplir, cuando Simeón recibe su reparto dentro del territorio de Judá. Más adelante Simeón va a perder su identidad separada y será asimilado dentro de una Judea más poderosa. Una comparación de los habitantes de Simeón entre el primer censo y el segundo (Números 1 y 26) muestra un brusco descenso de 59,300 hombres a 22,200. El tamaño reducido de Simeón también se muestra más tarde en 1 Crónicas 4:27.

Por lo tanto, no se han mencionado los límites de la herencia de Simeón, sino sólo las ciudades, y se nombran en dos grandes grupos. El primero, de trece ciudades, se encuentra en la tierra meridional, tierra que es caliente, árida y se conoce como el Neguev. Del segundo grupo de cuatro, dos están en el Neguev y dos en los llanos occidentales (Éter y Asán).

Muchas de las ciudades se nombraron antes entre la herencia de Judá en 15:21ss; otras pueden ser las mismas ciudades que se mencionaron entre Judá pero con diferentes nombres. La ciudad más importante de Simeón tal vez sea Beerseba. “Desde Dan a Beerseba” es la frase usual de la Biblia para referirse a toda la tierra de Israel, de norte a sur.

Reparto de Zabulón

¹⁰ La tercera suerte tocó a los hijos de Zabulón conforme a sus familias. El territorio de su heredad se extendió hasta Sarid;
¹¹ su límite sube hacia el occidente hacia Marala y llega hasta Dabeset, y de allí hasta el arroyo que está delante de Jocneam.
¹² Desde Sarid gira hacia el oriente, hacia donde nace el sol, hasta el límite de Quislot-tabor, sale a Daberat y sube a Jafía.
¹³ De allí pasa hacia el lado oriental, a Gat-hefer y a Ita-cazín, sale a Rimón y vuelve hacia Nea. ¹⁴ Luego, al norte, el límite gira hacia Hanatón y va a salir al valle de Jefte-el. ¹⁵ Abarca, además, Catat, Naalal, Simrón, Idala y Belén: doce ciudades con sus

aldeas. ¹⁶Ésta es la heredad de los hijos de Zabulón conforme a sus familias; las ciudades con sus aldeas.

Zabulón fue el sexto y el último hijo de Lea. La bendición de Jacob dice que vivirá en “puertos de mar” y llegará a ser “puerto para las naves” (Génesis 49:13). Aunque sin salida al mar, los límites de Zabulón están a sólo 16 km del Mediterráneo y también cerca al mar de Galilea al este. La tribu se dedicó al mar para convertirse en líder comercial.

En términos generales, el reparto de Zabulón es una porción de la baja Galilea entre el valle de Jezreel al sur y las montañas de Neftalí al norte. Al oeste está separado del Mediterráneo por el territorio de Aser. Al este, los límites de Neftalí e Isacar establecen las fronteras de Zabulón cerca al mar de Galilea y del valle del Jordán.

Muchos de los nombres de los límites de Zabulón no se pueden ubicar con exactitud. Se mencionan cuatro ciudades dentro de la frontera de Zabulón, pero el reparto total está compuesto de doce ciudades. Algunas de ellas pueden incluir las ciudades que se mencionan en las descripciones de los límites. Belén (“casa de pan”) en el versículo 15 no se debe confundir con la famosa Belén de Judea.

Nazaret, aunque no se menciona en el Antiguo Testamento, está en Zabulón. Eso significa que Jesús creció en el territorio de esta tribu y que llevó a cabo parte de su ministerio allí. Isaías profetizó la presencia de la luz del Mesías en esta tierra:

“Tal como la aflicción que le vino en el tiempo en que livianamente tocaron la primera vez a la tierra de Zabulón y a la tierra de Neftalí; pues al fin llenará de gloria el camino del mar, de aquel lado del Jordán, en Galilea de los gentiles.

El pueblo que andaba en tinieblas
vio gran luz;
a los que moraban en tierra de sombra de muerte,
luz resplandeció sobre ellos” (Isaías 9:1,2).

Mateo muestra que Jesús es el cumplimiento de esta profecía (Mateo 4:12-16).

Reparto de Isacar

¹⁷ La cuarta suerte correspondió a Isacar, a los hijos de Isacar, conforme a sus familias. ¹⁸ En su territorio estaban Jezreel, Qesulot, Sunem, ¹⁹ Hafaraim, Sihón, Anaharat, ²⁰ Rabit, Quisión, Abez, ²¹ Remet, En-ganim, En-hada y Bet-pases. ²² Este límite llega hasta Tabor, Sahazima y Bet-semes, y termina en el Jordán: dieciséis ciudades con sus aldeas. ²³ Ésta es la heredad de la tribu de los hijos de Isacar conforme a sus familias; las ciudades con sus aldeas.

La tierra de Isacar se encuentra en la baja Galilea al sudoeste del mar de Galilea. El monte Tabor está en la frontera norte. Al sur, su área incluye el valle de Jezreel. El río Jordán marca el límite al este. En el oeste su frontera es la misma que el límite este de Zabulón. El autor no pretende esbozar todas las fronteras; en cambio, menciona las ciudades de Isacar.

El premio en el reparto de Isacar es el grande y fértil valle de Jezreel. Además de su tierra fértil, el valle era importante como un cruce de rutas de gran comercio. La carretera internacional, la vía Maris, pasaba por Jezreel. En su bendición, Jacob dice acerca de Isacar que su “tierra era deleitosa” y lo llama “asno fuerte que se recuesta entre los apriscos” (vea Génesis 49:14,15). A través del agradable valle de Jezreel pasarían caravanas de asnos y camellos, “los barcos del desierto”, cargados de alforjas llenas de mercancía.

Reparto de Aser

²⁴ La quinta suerte correspondió a la tribu de los hijos de Aser conforme a sus familias. ²⁵ Su territorio abarcó Helcat, Halí, Betén, Acsaf, ²⁶ Alamelec, Amad y Miseal; llega hacia el occidente hasta el Carmelo y Sihor-libnat. ²⁷ Después da vuelta hacia el oriente, hasta Bet-dagón, y llega por el norte hasta Zabulón, al valle de Jefte-el, a Bet-emec y a Neiel, y va a salir a Cabul por el norte, ²⁸ por lo que abarca a Hebrón, Rehob,

Hamón y Caná, hasta la gran Sidón. ²⁹ De allí este límite tuerce hacia Ramá y hasta la ciudad fortificada de Tiro, gira hacia Hosa y sale al mar desde el territorio de Aczib. ³⁰ Abarca también Uma, Afec y Rehob: veintidós ciudades con sus aldeas. ³¹ Ésta es la heredad de la tribu de los hijos de Aser conforme a sus familias; las ciudades con sus aldeas.

Aser fue el segundo hijo de Zilpa, la sierva de Lea. Gad era su único hermano carnal.

Se desconocen muchos de los sitios que se mencionan en la descripción de las fronteras. No obstante, el territorio de Aser puede determinarse definitivamente por referencias claves. El mar Mediterráneo y el monte Carmelo establecen los límites al oeste y al sur; la ciudad de Sidón y las tierras de Neftalí y Zabulón señalan las fronteras en el norte y el este.

La bendición de Jacob decía: “El pan de Aser será substancioso; él dará deleites al rey” (Génesis 49:20). La llanura costera de Aser tiene el orgullo de poseer territorio entre el más fértil del país; el magnífico golfo de Aco al norte del monte Carmelo (“viña de Dios”) es el mejor puerto natural al sur de Beirut. La herencia de Aser cumple la promesa, tiene riquezas naturales que superan a las de las otras tribus.

El primer capítulo de Jueces revela que Aser no logró sacar a los cananeos del territorio que se le adjudicó y en cambio empezó a vivir entre ellos (Jueces 1:31,32). Entre las veintidós ciudades de Aser están Ramá y Afec. Ambos son nombres comunes de ciudades por todo Canaán y no se deben confundir con otros lugares del mismo nombre.

Reparto de Neftalí

³² La sexta suerte correspondió a los hijos de Neftalí conforme a sus familias. ³³ Su territorio abarcó desde Helef, Alón-saananim, Adami-neceb y Jabneel, hasta Lacum, e iba a salir al Jordán. ³⁴ Giraba el límite al occidente hacia Aznot-

tabor; de allí pasaba a Hucoc y llegaba hasta Zabulón al sur, al occidente lindaba con Aser, y con Judá por el Jordán hacia donde nace el sol. ³⁵ Sus ciudades fortificadas eran Sidim, Zer, Hamat, Racat, Cineret, ³⁶ Adama, Ramá, Hazor, ³⁷ Cedes, Edrei, En-hazor, ³⁸ Irón, Migdal-el, Horem, Bet-anat y Bet-semes: diecinueve ciudades con sus aldeas. ³⁹ Ésta es la heredad de la tribu de los hijos de Neftalí conforme a sus familias; las ciudades con sus aldeas.

El penúltimo reparto le toca a Neftalí, el hijo de Jacob y Bilha, sierva de Raquel.

La herencia de Neftalí es un área larga y más bien estrecha. Queda entre el Líbano en el norte y Zabulón e Isacar al sur, y entre el norte del Jordán y el mar de Galilea en el este y Aser en el oeste.

A pesar de ser el penúltimo, el reparto de Neftalí no por ello es de segunda clase. Las costas occidentales del mar de Galilea son algunas de las tierras más pintorescas y fértiles de todo el país. La vía Maris y otras rutas comerciales pasan por Neftalí. Alón-saananim puede tener referencia a un bosque espeso que cubre las montañas de la parte alta de Galilea. La importante ciudad fortificada de Hazor pertenece a la herencia de Neftalí.

La bendición de Jacob decía: “Neftalí, cierva suelta que da hermosos cervatillos” (Génesis 49:21). Sus palabras se pueden referir a un espíritu independiente en Neftalí, que resulta de haberse establecido en el norte, algo alejado de las otras tribus.

El ministerio de Jesús en Galilea lo llevó al área de Neftalí y a sus ciudades del Nuevo Testamento tales como Capernaúm y Tiberias. La profecía de Isaías referente a la presencia de Jesús en Neftalí se citó en el reparto de Zabulón. Note las palabras de Isaías: “el camino del mar” (Isaías 9:1) tal vez se refiere a la vía Maris (camino del mar) que pasa por Neftalí.

Reparto de Dan

⁴⁰ La séptima suerte correspondió a la tribu de los hijos de Dan conforme a sus familias. ⁴¹ En el territorio de su heredad estaban Zora, Estaol, Ir-semes, ⁴² Saalabín, Ajalón, Jetla, ⁴³ Elón, Timnat, Ecrón, ⁴⁴ Elteque, Gibetón, Baalat, ⁴⁵ Jehúd, Beneberac, Gat-rimón, ⁴⁶ Mejarcón y Racón, con el territorio que está delante de Jope. ⁴⁷ Pero les faltó territorio a los hijos de Dan. Por eso subieron los hijos de Dan a atacar a Lesem; la tomaron y la pasaron a filo de espada. Tomaron posesión de ella y la habitaron. Y la llamaron Dan, por el nombre de su padre. ⁴⁸ Ésta es la heredad de la tribu de los hijos de Dan conforme a sus familias; las ciudades con sus aldeas.

La tribu de Dan recibe el último reparto y el más pequeño de ellos. Dan es el único hermano carnal de Neftalí; el otro hijo de Jacob y Bilha, la sierva de Raquel.

No se explican con detalle los límites de Dan, ya que su tierra colinda con las fronteras de Efraín, Benjamín y Judá que ya habían sido designadas. Se señala el área nombrando las ciudades de Dan, algunas de las cuales fueron tomadas de las tribus vecinas. El territorio de Dan es un recodo pequeño de tierra situado entre la llanura de Sarón al norte y la llanura filistea al sur. Queda entre dos ríos, el Yarkon al norte y Sorek al sur. La costa mediterránea al norte y al sur de Jope señalan la frontera occidental. La herencia de Dan se describe como “pequeña pero fértil”.

La tribu de Dan emigró más tarde al extremo norte, como lo revela el versículo 47. La dificultad que tuvo Dan para poseer su tierra original puede estar relacionada con la oleada de los “pueblos del mar” que se menciona en los escritos egipcios. Los filisteos se identifican comúnmente con esos pueblos del mar. Jueces 18 cuenta la historia completa del traslado de Dan al norte.

La ciudad de Lésem se llama Lais en Jueces 18:29. Ambos nombres significan “león”. Los danitas la denominan por un tercer nombre, el de su tribu. La ciudad de Dan se ubica al pie del monte



El reparto de las tribus

Hermón en el lado sur en donde un gran manantial forma una de las principales fuentes del río Jordán. Como es la ciudad israelita que está más al norte, Dan forma parte de la frase que cubre los límites de la tierra, “desde Dan a Beerseba”.

Jacob se refiere a Dan como “serpiente” en Génesis 49:17. Sus palabras tal vez se refieran a la traición que tenía que ver con la toma de Lésem. Uno de los danitas más famosos fue el poderoso Sansón (Jueces 13–16).

El reparto de Josué

⁴⁹ Después que acabaron de repartir la tierra y delinear sus territorios, dieron los hijos de Israel una heredad en medio de ellos a Josué hijo de Nun. ⁵⁰ Según la orden de Jehová, le dieron la ciudad que él pidió, Timnat-sera, en los montes de Efraín. Él reedificó la ciudad y habitó en ella.

⁵¹ Éstas son las heredades que el sacerdote Eleazar, Josué hijo de Nun y los cabezas de familia entregaron por suertes en posesión a las tribus de los hijos de Israel en Silo, delante de Jehová, a la entrada del Tabernáculo de reunión. Así acabaron de repartir la tierra.

El autor enmarca los capítulos de la adjudicación al relatar primero la herencia que se le dio a Caleb (14:6-15) y ahora a Josué. Estos dos valientes varones habían basado su vida en las promesas seguras del Señor. Su fe estaba bien fundada. Los esqueletos de todos sus contemporáneos yacían esparcidos por el árido desierto, pero Josué y Caleb gozaban de una parte de la tierra donde fluía leche y miel.

Cualquier líder que buscara su propio provecho hubiera arrebatado la mejor parte de la tierra para él antes de pensar en alguien más. El hecho de que a Josué se le reparta su porción al final, va de acuerdo con su carácter; es un siervo del Señor, no un tirano egoísta; no reclama su tierra ni se apodera de ella. Es paciente hasta que los israelitas le dan lo que ha pedido. Con el Señor no hay

necesidad de “arrebatarlo todo ahora” por temor a que nunca lo recibamos. El siervo paciente sabe que a su debido tiempo Dios abre su mano para bendecir y satisfacer cada necesidad (Salmo 145:15,16).

Josué recibe Timnat-sera, una ciudad dentro de la tierra de Efraín. El Señor había ordenado que los Israelitas le dieran este lugar a su líder, aunque el mandato no está anotado en las Escrituras. Timnat-sera puede tener dos significados: “porción abundante” o “porción sobrante”. El sitio, que se conoce hoy con el nombre de Tibneh, se encuentra a 24 km al sudoeste de Siquem y a 27 km al noroeste de Jerusalén, en la región montañosa de Efraín. Igual que Caleb, Josué es un anciano vigoroso que se pone a trabajar y construye su ciudad antes de instalarse allí.

El versículo final cierra los capítulos de la distribución con un recordatorio del procedimiento que se ha seguido y el lugar de esta segunda fase del reparto. El Señor ha estado dirigiendo todo. Su presencia, que se simboliza a través del Tabernáculo, lo muestra. Su voluntad se ha llevado a cabo por medio del procedimiento de echar suertes, y de sus representantes: Eleazar, Josué y los jefes de los clanes de Israel.

Las ciudades de refugio

20 **Habló Jehová a Josué diciendo:** ² «Habla a los hijos de Israel, y diles: Señalaos las ciudades de refugio, de las cuales yo os hablé por medio de Moisés, ³ para que se acoja allí el homicida que mate a alguien por accidente y no a propósito; y os servirán de refugio contra el vengador de la sangre. ⁴ Y el que se acoja a alguna de aquellas ciudades, se presentará a la puerta de la ciudad y expondrá sus razones en oídos de los ancianos de aquella ciudad; y ellos lo recibirán consigo dentro de la ciudad y le darán lugar para que habite con ellos. ⁵ Si el vengador de la sangre lo sigue, no entregarán en su mano al homicida, por cuanto hirió a su prójimo por accidente y antes no tuvo con él ninguna enemistad. ⁶ Y quedará

en aquella ciudad hasta que comparezca en juicio delante de la congregación, y hasta la muerte del que sea sumo sacerdote en aquel tiempo; entonces el homicida podrá volver a su ciudad y a su casa, y a la ciudad de donde huyó.»

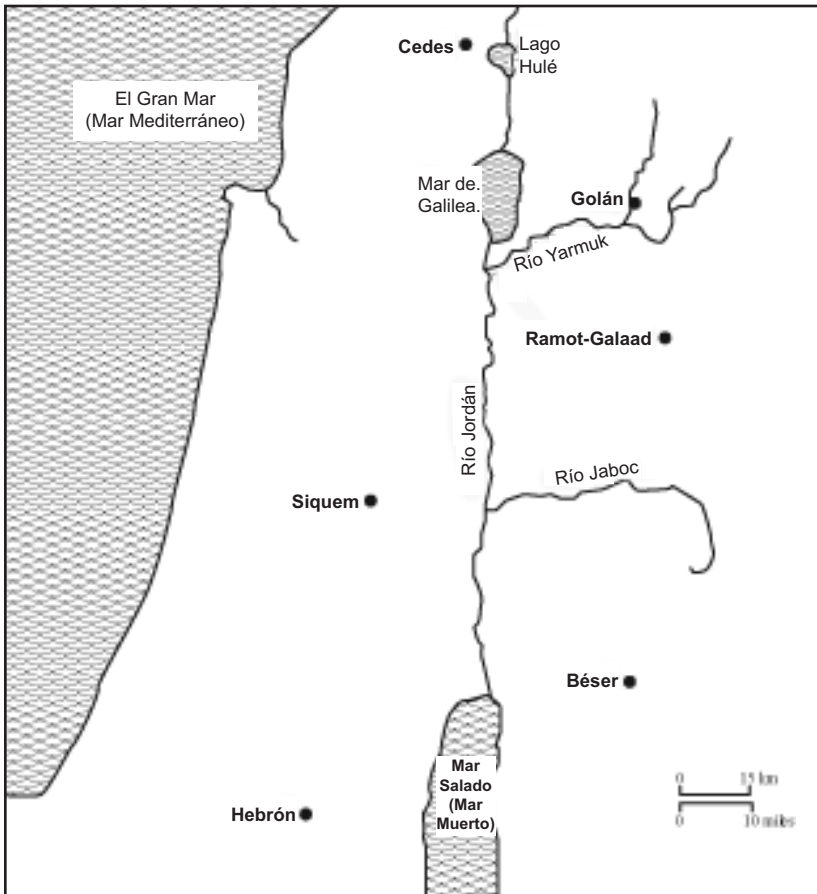
⁷ Entonces señalaron a Cedes en Galilea, en el monte de Neftalí, Siquem en los montes de Efraín, y Quiriat-arba (que es Hebrón) en los montes de Judá. ⁸ Y al otro lado del Jordán, al oriente de Jericó, señalaron a Beser en el desierto, en la llanura de la tribu de Rubén, Ramot en Galaad de la tribu de Gad, y Golán en Basán de la tribu de Manasés. ⁹ Éstas fueron las ciudades señaladas para todos los hijos de Israel y para el extranjero que habitara entre ellos, para que se acogiese a ellas cualquiera que hiriera a alguno por accidente, a fin de que no muriese por mano del vengador de la sangre, hasta comparecer delante de la congregación.

Sólo quedaban pendientes de establecer en la tierra prometida dos disposiciones más que Moisés había especificado. La primera es nombrar las ciudades especiales de refugio. Una persona que estaba aterrada porque había matado a alguien por accidente podría encontrar protección en seis “ciudades de refugio” señaladas por Dios. La disposición evita que un vengador actúe con cólera y mate a alguien que no merece morir. (Los antecedentes de esas estipulaciones están en Números 35:6-34 y Deuteronomio 4:41-43; 19:1-14)

Moisés ya había separado tres ciudades de refugio al este del Jordán (Deuteronomio 4:43). También dejó instrucciones para designar otras tres ciudades de refugio al oeste del Jordán: “Y si Jehová, tu Dios, ensancha tu territorio” (Deuteronomio 19:8,9). El nombramiento de las seis ciudades muestra ahora la fidelidad del Señor. Ha engrandecido la tierra de Israel como lo había prometido y ahora esta disposición se puede hacer efectiva.

Tres expresiones análogas describen al que puede huir a la ciudad de refugio: alguien que ha matado “por accidente”, “no a propósito” y que “antes no tuvo con él ninguna enemistad”. Moisés

pone algunos ejemplos de matar a alguien sin querer. Cuando dos hombres están cortando leña y el hierro de una de las hachas salta y le pega a uno de ellos y éste muere (Deuteronomio 19:5). Alguien inocentemente empuja a otro o tira algo que por accidente le pega a alguien y lo mata. O si al dejar caer una piedra, le pega a una persona que no ha visto y la mata (Números 35:22,23). El que causó la muerte puede huir a una de las seis ciudades especiales con la confianza de que a su llegada se le garantizará el derecho a un juicio.



Ciudades de refugio

El Señor especifica con cuidado el procedimiento que se ha de seguir en la ciudad, para que la persona que huye y los ancianos de la ciudad sepan exactamente qué hacer. Si se persigue a la persona, la confusión a las puertas de la ciudad podría costarle la vida por obra de sus vengadores. Tiene que detenerse a la entrada. Los ancianos le conceden una audiencia preliminar allí. Luego, lo admiten y le dan alojamiento para que viva en la ciudad. La seguridad que ésta le brinda continúa mientras el fugitivo recibe un juicio completo ante una asamblea para determinar si el asesinato fue sin querer.

La declaración acerca de la muerte del sumo sacerdote permite varias interpretaciones. ¿Son necesarios tanto el juicio como la muerte del sumo sacerdote antes de que un fugitivo inocente pueda regresar a su hogar? ¿O es cuestión de uno u otra? La muerte del sumo sacerdote evidentemente señala una amnistía general para el acusado.

Las excavaciones en algunas ciudades de Israel nos han dado un enfoque más definido respecto a “la puerta de la ciudad” donde se llevaba a cabo la audiencia preliminar. “La puerta de la ciudad era una estructura elaborada de más o menos dos pisos de alto, con sitios de guardia que flanqueaban una apertura como de un túnel, y patios bordeados de bancos que estaban custodiados por torres”¹². La Biblia se refiere con frecuencia a la puerta de la ciudad como el sitio donde tienen lugar discusiones, donde se reúnen los ancianos, donde se hacen acuerdos y se conducen audiencias y juicios. La seguridad era sólo una de sus funciones. La entrada de la puerta de la ciudad era el ayuntamiento y el tribunal.

Los israelitas ahora “señalaron” seis ciudades de refugio. El hebreo dice literalmente que a las seis las “santificaron” o “separaron para uso sagrado”. La expresión muestra que las órdenes de Dios se han llevado a cabo y que éste es su disposición sagrada para proteger al inocente.

Las seis ciudades especiales están entre las que se les van a dar a los levitas (Números 35:6). Se encuentran en “medio de la tierra” y deben tener caminos que las hagan accesibles (Deuteronomio

19:2,3). Su ubicación le permite a una persona que huya llegar a una ciudad de refugio en pocas horas, desde cualquier punto de la tierra. No importa el lugar donde viva una persona en Israel, está dentro de 48 km de cualquiera de esas ciudades de refugio. Las ciudades se nombran en una distribución en forma de “U”. Al oeste del Jordán están Cedes al norte, Siquem en el centro y Hebrón en el sur. Al este del río están Béser en el sur, Ramot Galaad en el centro y Golán al norte. Al enumerar las ciudades, el autor usa un nombre más antiguo y completo para el río: “del Jordán, al oriente de Jericó”. Una mirada al mapa de la página 206 muestra la distribución más bien uniforme de las ciudades en la tierra.

El Señor que dispuso esas ciudades especiales es nuestro verdadero “amparo y fortaleza”. Sus seis ciudades a través de la tierra prometida protegían al inocente. Pero él es un “pronto auxilio” para el culpable; “por tanto, no temeremos” (Salmo 46:1,2). Ahora sólo queda poner en efecto una última disposición.

Las ciudades de los levitas

21 Los jefes de familia de los levitas se acercaron al sacerdote Eleazar, a Josué hijo de Nun y a los cabezas de familia de las tribus de los hijos de Israel, ² que estaban en Silo, en la tierra de Canaán, y les dijeron: «Jehová mandó por medio de Moisés que se nos dieran ciudades donde habitar, con sus ejidos para nuestros ganados.» ³ Entonces los hijos de Israel dieron de su propia herencia a los levitas, conforme al mandato de Jehová, las siguientes ciudades con sus ejidos.

⁴ La suerte cayó sobre las familias de los coatitas, y a los levitas descendientes de Aarón, el sacerdote, les tocaron en suerte trece ciudades de la tribu de Judá, de la tribu de Simeón y de la tribu de Benjamín. ⁵ A los otros hijos de Coat les tocaron en suerte diez ciudades de las familias de la tribu de Efraín, de la tribu de Dan y de la media tribu de Manasés. ⁶ A los hijos de Gersón les tocaron en suerte trece ciudades de las familias de la tribu de Isacar, de la tribu de Aser, de la tribu de Neftalí y de la

media tribu de Manasés en Basán. ⁷A los hijos de Merari, según sus familias, les tocaron doce ciudades de la tribu de Rubén, de la tribu de Gad y de la tribu de Zabulón.

⁸Dieron, pues, los hijos de Israel a los levitas estas ciudades con sus ejidos, por suertes, como había mandado Jehová por conducto de Moisés.

El centro espiritual y administrativo de Israel ahora se encuentra en Silo, a 32 km al norte de Jerusalén. Están presentes allí el Tabernáculo de reunión con los levitas que tienen la responsabilidad de cuidarlo, Eleazar el sumo sacerdote y Josué el principal administrador.

En Silo, los levitas se acercaron a los líderes y les pidieron que ahora pusieran en efecto lo que Dios había ordenado por medio de Moisés en Números 35:1-8. La disposición decía que 48 ciudades eran para los levitas con tierras de pastizal que se extendían a 914 m en todas las direcciones desde cada ciudad. Seis de las 48 ciudades son las ciudades de refugio que se acaban de mencionar.

En cuatro ocasiones en el libro de Josué, se ha mencionado que los levitas no recibieron reparto de la tierra como las otras tribus (13:14; 13:33; 14:3; 18:7). El Señor y las ofrendas de Israel son su herencia (Deuteronomio 18:1,2); las 48 ciudades y áreas de pastizales no son su verdadera herencia.

Jacob había dicho que Leví iba a estar apartado y esparcido en Israel (Génesis 49:5-7). Sus palabras fueron una maldición provocada por la furia y la crueldad de Simeón y Leví. La profecía de Jacob se cumple cuando los levitas reciben sus ciudades esparcidas entre cada una de las doce tribus.

La maldición de Leví se convierte en una bendición para todo Israel. Los levitas serán los maestros del pueblo, que vigilarán la palabra de Dios y mantendrán su pacto en toda la tierra (Deuteronomio 33:8-11; 2 Crónicas 17:8,9).

Leví tuvo tres hijos: Gersón, Coat y Merarí (Éxodo 6:16). Moisés y Aarón eran del linaje de Coat (Éxodo 6:18,20). Aarón y su descendencia fueron nombrados para ser los sacerdotes (Éxodo

28-29). Por lo tanto, todos los sacerdotes eran levitas, pero sólo los levitas que descendían de la familia de Aarón eran sacerdotes. Mientras peregrinaban por el desierto, las tres ramas de levitas fueron responsables de cuidar el tabernáculo de reunión y sus utensilios (Número 3–4). Después, David iba a reorganizar los deberes de los levitas asignándoles el servicio permanente en el templo (1 Crónicas 23–26).

Debido al papel especial de los sacerdotes, las ciudades que se les repartieron a los coatitas están en dos grupos. Las trece primeras ciudades las reciben los sacerdotes coatitas del linaje de Aarón. Y como sus ciudades están en Judea, Simeón y Benjamín, quedarán cerca de Jerusalén para el servicio del templo después. Es evidente el control que ejerce Dios sobre la suerte con vista hacia el futuro. El resto de los coatitas recibe diez ciudades en tres tribus más al norte.

A los descendientes de Gerson se les dan trece ciudades entre las tribus en Galilea y la mitad de Manasés al este del Jordán. Los descendientes de Merari reciben doce ciudades, la mayoría de ellas al este del río y algunas de ellas en Zabulón.

Ahora las 48 ciudades se enumeran por nombre.

⁹ De la tribu de los hijos de Judá, y de la tribu de los hijos de Simeón, dieron estas ciudades que han sido nombradas, ¹⁰ las cuales obtuvieron los hijos de Aarón de las familias de Coat, los hijos de Leví, porque a ellos correspondió la primera suerte.

¹¹ Les dieron Quiriat-arba, del padre de Anac, la cual es Hebrón, en los montes de Judá, con sus ejidos circundantes. ¹² Pero el campo de la ciudad con sus aldeas se lo dieron a Caleb hijo de Jefone como posesión suya.

¹³ A los hijos del sacerdote Aarón les dieron Hebrón con sus ejidos como ciudad de refugio para los homicidas; además, Libna con sus ejidos, ¹⁴ Jatir con sus ejidos, Estemoa con sus ejidos, ¹⁵ Holón con sus ejidos, Debir con sus ejidos, ¹⁶ Aín con sus ejidos, Juta con sus ejidos y Bet-emes con sus ejidos: nueve ciudades de estas dos tribus. ¹⁷ Y de la tribu de Benjamín,

Gabaón con sus ejidos, Geba con sus ejidos, ¹⁸Anatot con sus ejidos, Almón con sus ejidos: cuatro ciudades. ¹⁹El total de las ciudades de los sacerdotes descendientes de Aarón: trece, con sus ejidos.

²⁰Pero a las familias de los hijos de Coat, a los levitas que quedaban de los hijos de Coat, les tocaron en suerte ciudades de la tribu de Efraín. ²¹Les dieron Siquem con sus ejidos, en los montes de Efraín, como ciudad de refugio para los homicidas; además, Gezer con su ejidos, ²²Kibsaim con sus ejidos y Bethorón con sus ejidos: cuatro ciudades. ²³De la tribu de Dan, Elteque con sus ejidos, Gibetón con sus ejidos, ²⁴Ajalón con sus ejidos y Gat-rimón con sus ejidos: cuatro ciudades. ²⁵Y de la media tribu de Manasés, Taanac con sus ejidos y Gat-rimón con sus ejidos: dos ciudades. ²⁶El total de las ciudades para el resto de las familias de los hijos de Coat: diez con sus ejidos.

²⁷A los hijos de Gersón, de las familias de los levitas, les dieron, de la media tribu de Manasés, a Golán en Basán, con sus ejidos, como ciudad de refugio para los homicidas, y además, Beestera con sus ejidos: dos ciudades. ²⁸De la tribu de Isacar, Cisón con sus ejidos, Daberat con sus ejidos, ²⁹Jarmut con sus ejidos y En-ganim con sus ejidos: cuatro ciudades. ³⁰De la tribu de Aser, Miseal con sus ejidos, Abdón con sus ejidos, ³¹Helcat con sus ejidos y Rehob con sus ejidos: cuatro ciudades. ³²Y de la tribu de Neftalí, Cedes en Galilea con sus ejidos, como ciudad de refugio para los homicidas, y además, Hamot-dor con sus ejidos y Cartán con sus ejidos: tres ciudades. ³³El total de las ciudades de los gersonitas, por familias: trece ciudades con sus ejidos.

³⁴A las familias de los hijos de Merari, los levitas que quedaban, se les dio, de la tribu de Zabulón, Jocneam con sus ejidos, Carta con sus ejidos, ³⁵Dimna con sus ejidos y Naalal con sus ejidos: cuatro ciudades. ³⁶Y de la tribu de Rubén, Beser con sus ejidos, Jahaza con sus ejidos, ³⁷Cademot con sus ejidos y Mefaat con sus ejidos: cuatro ciudades. ³⁸De la tribu de Gad, Ramot de Galaad con sus ejidos, como ciudad de refugio para

los homicidas; además, Mahanaim con sus ejidos, ³⁹ Hesbón con sus ejidos y Jazer con sus ejidos: cuatro ciudades. ⁴⁰ En total fueron doce las ciudades que les tocaron en suerte a los hijos de Merari, por familias, o sea, al resto de las familias de los levitas.

⁴¹ El total de las ciudades de los levitas en medio del territorio de los hijos de Israel: cuarenta y ocho ciudades con sus ejidos. ⁴² Estas ciudades estaban apartadas la una de la otra, cada cual con sus ejidos en torno a ella. Así fue con todas estas ciudades.

La lectura de esta lista de 48 ciudades no nos atrae mucho; sin embargo, es parte de la Biblia por inspiración del Espíritu Santo y tiene su propósito. Entre sus objetivos puede estar el de mostrar el gran cuidado que tuvo Dios de proveer maestros para su pueblo. En cada rincón de la tierra donde habite un israelita, tendrá la oportunidad de ser instruido en el pacto del Señor. También nos impresiona el cuidado físico que tiene Dios por los maestros levitas al ver la lista de las ciudades con sus áreas de pasto. Aunque no poseen tierra tribal, los levitas resultan bien provistos de lo que necesitan al cumplir el trabajo del Señor y al considerarlo a él como su verdadera herencia.

Los disposiciones sobre los levitas también son una ilustración de nuestra vida como “extranjeros y peregrinos sobre la tierra” (Hebreos 11:13). “Porque no tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la por venir” (Hebreos 13:14). Aunque temporalmente hacemos uso de las cosas materiales, sabemos que son regalos de Dios y en realidad no nos pertenecen. El Señor y su salvación son nuestra herencia perdurable (I Pedro 1:3-5). En un sentido, los levitas eran más afortunados que las otras tribus; no cargaban con el peso de poseer tierras y de cuidarlas. Es afortunado aquel que se ha liberado de apegarse demasiado a las cosas materiales y encuentra su gozo en el Señor.

El autor termina los capítulos de la distribución con breves afirmaciones que resumen el pensamiento de todo el libro de Josué, enfatizando su tema central.

⁴³ De esta manera dio Jehová a Israel toda la tierra que había jurado dar a sus padres. Tomaron posesión de ella, y la habitaron. ⁴⁴ Jehová les dio paz a su alrededor, conforme a todo lo que había jurado a sus padres, y ninguno de sus enemigos pudo hacerles frente, porque Jehová entregó en sus manos a todos sus enemigos. ⁴⁵ No faltó ni una palabra de todas las buenas promesas que Jehová había hecho a la casa de Israel. Todo se cumplió.

El nombre de Jehová aparece en cada uno de esos tres versículos y dos veces en el versículo 44, poniendo el énfasis en que el Señor es la causa del éxito de Israel. A él le pertenece todo el mérito. Hacía tiempo que había hecho una promesa; permaneció fiel y cumplió su palabra. Derrotó a los enemigos de Israel y ahora Israel goza de “reposo” en la tierra prometida. Para una observación acerca del uso de la palabra clave “reposo” en el libro de Josué, vea los comentarios en 1:15.

Esta sección breve pero importante resume el propósito del Espíritu Santo en la producción de este libro inspirado. Quiere asegurarles a los lectores que el Señor cumple sus promesas. De la misma manera que el Evangelio de San Juan hace una pausa para decir: “Éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo” (Juan 20:31), el escritor inspirado se detiene aquí para hacer resaltar su tema: “Jehová cumple su promesa de la tierra”.

El autor profundiza en las promesas del capítulo 1:2-6 y, aun antes, en las promesas originales hechas a Abraham (Génesis 12:2,3; 13:14-17). Quiere que nosotros comparemos las antiguas promesas con la realidad presente y cantemos las alabanzas de Dios. Desea que los lectores comparen el generoso reparto, que se acaba de relacionar en los capítulos 13–21, con la época en las que se hicieron primero las promesas. En ese tiempo Abraham no poseía herencia “ni aun para asentar un pie” en Canaán (Hechos 7:5). Ahora Israel posee una expansión de tierra que va desde el monte Hermón hasta el Neguev y del Mediterráneo hasta el desierto de Arabia.



Ciudades levitas

El cumplimiento de la promesa de la tierra de parte de Dios es crítico porque es un pago inicial de la promesa de enviar al Salvador. ¡Dios es fiel! ¡Cumple todo lo bueno que ha prometido!

Lo que Israel haga de ahora en adelante no le puede restar valor a la fidelidad del Señor. Asimismo, si aprovechamos o no las promesas de Dios y nos apropiamos o no de sus bendiciones, eso no afecta la realidad de su bondad.

Se evoca un tono de alabanza y gratitud en estos versículos. Tenemos la impresión de que el autor está a punto de prorrumpir en un agradecido cántico de alabanza. Sin embargo, se reserva ese cántico para nosotros, sus agradecidos lectores.

Los últimos tres capítulos de Josué reflejan la forma como Israel reacciona al cumplimiento de la promesa divina de dar la tierra.

LA RESPUESTA DE LOS HEREDEROS DE LA TIERRA JOSUÉ 22-24

La solución a un malentendido

¹ Entonces Josué llamó a los rubenitas, a los gaditas y a la media tribu de Manasés, ² y les dijo: «Vosotros habéis guardado todo lo que Moisés, siervo de Jehová, os mandó, y habéis obedecido a mi voz en todo lo que os he mandado. ³ No habéis abandonado a vuestros hermanos en este largo tiempo, hasta el día de hoy, sino que os habéis cuidado de guardar los mandamientos de Jehová, vuestro Dios. ⁴ Ahora, pues, que Jehová, vuestro Dios, ha dado reposo a vuestros hermanos como lo había prometido, volved, regresad a vuestras tiendas, a la tierra de las posesiones que Moisés, siervo de Jehová, os dio al otro lado del Jordán. ⁵ Solamente que con diligencia cuidéis de cumplir el mandamiento y la ley que Moisés, siervo de Jehová, os ordenó: que améis a Jehová, vuestro Dios, y andéis en todos sus caminos; que guardéis sus mandamientos, lo sigáis y lo sirváis con todo vuestro corazón y con toda vuestra alma.»

⁶ Josué los bendijo y los despidió, y ellos se fueron a sus tiendas.

⁷ A la media tribu de Manasés le había dado Moisés una posesión en Basán; a la otra mitad le dio Josué una heredad entre sus hermanos a este lado del Jordán, al occidente. También a estos los envió Josué a sus tiendas, después de haberlos bendecido, ⁸ y les dijo: «Volved a vuestras tiendas con grandes riquezas, con mucho ganado, con plata, oro y bronce, y con muchos vestidos; compartid con vuestros hermanos el botín de vuestros enemigos.»

⁹ Así los hijos de Rubén, los hijos de Gad y la media tribu de Manasés se volvieron, separándose de los hijos de Israel en Silo, que está en la tierra de Canaán, para ir a la tierra de Galaad, a la tierra de sus posesiones, en la cual se habían establecido conforme al mandato que Jehová había dado por conducto de Moisés.

Cada uno de los tres últimos capítulos contiene un discurso de Josué. Su preocupación al hablar es conservar la relación especial del pacto de Israel con el Señor.

Josué les da el primero de sus tres mensajes a los ejércitos especiales de Rubén, Gad y la mitad de Manasés, que estaban reunidos en Silo. Los está despidiendo después de haber cumplido fielmente su deber, para que puedan regresar a sus hogares al este del Jordán. Han estado alejados de sus familias durante todos los años que duró la conquista. No obstante, no se han quejado por haber tenido que ayudar a sus hermanos a poseer el “reposo” del Señor. Su regreso a casa es ocasión de gran gozo, sobre todo al escuchar los alentadores halagos de Josué (versículos 2-4), las palabras de exhortación (versículo 5) y la bendición (versículos 6-8).

Tanto Moisés como Josué les habían ordenado a las tribus del este del Jordán que ayudaran a las otras nueve y media tribus, hasta que el Señor les diera el mismo “reposo” que ya gozaban las tribus que estaban al este (Números 32:20-24; Deuteronomio 3:18-20; Josué 1:12-15). A través de muchas victorias, el Señor ahora les ha dado el “reposo”. Ya no hay razón alguna para impedir que las tribus del este regresen a su hogar. El autor le está dando unidad a este libro inspirado al concluir en esos versículos lo que presentó en 1:12-18. Todo lo que las tribus del este dijeron que harían, lo habían llevado a cabo. Josué toma el tiempo para dar un reconocimiento a su fidelidad. Sus palabras nos recuerdan que debemos halagar a los cristianos con más frecuencia y criticarlos menos.

Al despedirlos, Josué no sólo reconoce el fiel servicio que prestaron estos soldados, también conoce la naturaleza humana y

agrega una exhortación apremiante. Regresarán a casa en largas caravanas apiladas con el botín: plata, oro, bronce, hierro y montones de ropa. También llevarán grandes manadas de ganado para añadirlas a las que habían guardado en los corrales que construyeron años atrás en su tierra. (Números 32:16). Sin embargo, todo esto no es su verdadero tesoro; el Señor y su contrato santo con Israel son su riqueza extraordinaria. Así, Josué los exhorta a permanecer fieles al Dios que le dará al mundo, a través de su nación del pacto, a Jesucristo, su Tesoro que no tiene precio.

El ánimo que les da Josué muestra la urgencia a través del tono imperativo que usa: “con diligencia cuidéis de cumplir... que améis... andéis... guardéis... le sigáis... sirváis”. La fidelidad al pacto no comprende sólo la obediencia externa. *Amar* al Señor, quien de gracia estableció el pacto, es el centro de la fidelidad. El primero y el más grande de los mandamientos dice: “*Amarás* al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente” (Mateo 22:37,38; Deuteronomio 6:5). El verbo que aparece en la frase, “*sigáis*”, es el mismo verbo en hebreo que se usa en Génesis 2:24, donde se dice que un hombre “*se unirá*” a su esposa. Cuando las tribus del este amen y se unan al Señor, lo servirán voluntariamente de todo corazón. Al estar separados del resto de Israel por el río, las tribus del este se van a sentir muy atraídas hacia la religión de sus vecinos; por lo tanto, las palabras de Josué vibran con insistencia.

Josué no es levita; sin embargo, despide a las tribus con la bendición que un sacerdote les daría. Está asumiendo el papel de un patriarca que bendice a sus hijos cuando parten del hogar. Su bendición incluye algunas instructivas y beneficiosas órdenes. Las tribus del este serán bendecidas por el gozo de dar cuando regresen a su hogar y dividan su riqueza con sus hermanos y hermanas al otro lado del río. Israel acumuló su botín y su ganado en las batallas libradas después de Jericó (8:2).

Los israelitas que se habían quedado atrás en Transjordania para proteger a sus familias y ganado iban a recibir su parte justa. Moisés hizo un arreglo similar al dividir el botín de la batalla en Números 31:25-54. David, después, iba a hacer esta ordenanza acerca del

botín de la guerra: “conforme a la parte del que desciende a la batalla, así ha de ser la parte del que se queda con el bagaje; les tocará por igual” (1 Samuel 30:24). No se necesita ninguna ley formal ahora que los rubenitas, los gaditas y la mitad de la tribu de Manasés se dirigen a casa bajo la bendición de Josué, dispuestos a compartir el botín con sus hermanos.

¹⁰ Cuando llegaron a los límites del Jordán que está en la tierra de Canaán, los hijos de Rubén, los hijos de Gad y la media tribu de Manasés edificaron allí un altar junto al Jordán, un altar de apariencia grandiosa. ¹¹ Los hijos de Israel se enteraron de que los hijos de Rubén, los hijos de Gad y la media tribu de Manasés habían edificado un altar frente a la tierra de Canaán, en los límites del Jordán, del lado de los hijos de Israel. ¹² Cuando los hijos de Israel oyeron esto, se juntó toda la congregación de los hijos de Israel en Silo, para subir a pelear contra ellos. ¹³ Pero antes enviaron los hijos de Israel a los hijos de Rubén, a los hijos de Gad y a la media tribu de Manasés, a la tierra de Galaad, a Finees, hijo del sacerdote Eleazar, ¹⁴ y a diez príncipes con él: un príncipe por cada casa paterna de todas las tribus de Israel, cada uno de los cuales era jefe de la casa de sus padres entre los millares de Israel. ¹⁵ Cuando llegaron donde estaban los hijos de Rubén, los hijos de Gad y la media tribu de Manasés, en la tierra de Galaad, les dijeron:

¹⁶—Toda la congregación de Jehová dice así: “¿Qué traición es ésta que cometéis contra el Dios de Israel, al apartaros hoy de seguir a Jehová, edificándoos un altar y rebelándoos contra Jehová? ¹⁷ ¿No ha bastado con la maldad de Peor, de la que aún hoy no estamos limpios, por la cual vino la mortandad sobre la congregación de Jehová, ¹⁸ para que vosotros os apartéis hoy de seguir a Jehová? Vosotros os rebeláis hoy contra Jehová, y mañana se encenderá su ira contra toda la congregación de Israel. ¹⁹ Si os parece que la tierra que os pertenece es inmunda, pasaos a la tierra que pertenece a Jehová, en la cual está el tabernáculo de Jehová, y habitad entre nosotros, pero no os

**rebeléis contra Jehová, ni os rebeléis contra nosotros, edificándoos un altar además del altar de Jehová, nuestro Dios.
20 ¿No cometió Acán hijo de Zera una transgresión en el anatema, y la ira cayó sobre toda la congregación de Israel? Aquel hombre no fue el único que pereció por su pecado.”**

El espíritu fraternal de la ceremonia de despedida se pone muy tenso cuando las dos y media tribus construyen un altar en el camino a su hogar. ¿Cuál podría ser el significado de este altar? Las tribus del este no han consultado con Josué antes de edificarlo. Su forma de proceder despierta sospechas. ¿Acaso se están aislando del resto de la nación del pacto? ¿Han construido el altar como un rival del lugar central de adoración que está en el tabernáculo de Silo? O, peor aun, ¿será destinado para ofrecer sacrificios a Baal?

Aunque la palabra hebrea que se traduce como “límites” en el versículo 10 se puede tomar como un nombre propio, también se puede traducir como “región” o “círculos”, tal vez en referencia al cúmulo de un círculo de piedras en el sitio.

El lugar del altar está cerca del Jordán, al este de Silo. En el versículo 11 no está claro si se encuentra al este o al oeste del río. El versículo puede significar que los otros israelitas *oyeron* acerca de ello en Israel o al lado oeste del Jordán, o que el altar en realidad estaba *edificado* allí. Cualquiera que sea el sitio exacto, el altar es de “grandioso aspecto”, literalmente, “muy grande para ver”. Las tribus del este no están tratando de mantener un altar en secreto.

Las tribus del oeste no ven la edificación del altar como una inocente actividad. Sus secretas sospechas se manifiestan en la asamblea repentina que se reúne en Silo y su pronta disposición para ir a la guerra. Deuteronomio 13:12-15 estipula los antecedentes de su decidido proceder. Allí, Moisés ordenó lo que Israel debería hacer cuando se escuche que hombres impíos de la ciudad están conduciendo a su pueblo a adorar a otros dioses: “Tú investigarás, buscarás y preguntarás con diligencia. Si resulta ser cierto... irremisiblemente herirás a filo de espada a los moradores de aquella ciudad.”

Se envía a una importante y poderosa delegación de once personas a Galaad, cruzando el río, para “ investigar, buscar y preguntar”. El comité estaba formado por hombres principales de cada una de las diez tribus occidentales, más el futuro sumo sacerdote Fineés. La presencia de Fineés, hijo del sumo sacerdote Eleazar, muestra que la preocupación no es sólo de orden político, sino espiritual. Una división amenaza la existencia de todo Israel como el pueblo del pacto de Dios. Fineés, el nieto de Aarón, ya había mostrado su celo y fidelidad al Señor del pacto. Durante la adoración de Israel del Baal-peor con sus inmoralidades sexuales, Fineés había traspasado con su lanza a un hombre israelita y a una mujer madianita (Números 25; Salmo 106:30,31).

Éste es un momento crítico en la vida de Israel; lo confirma el lenguaje que usa el comité, con Fineés como probable vocero. A las tribus del este se les acusa de romper su fe con Dios, de alejarse de él y de rebelarse contra él y contra el resto de la nación del pacto. Se les acusa de permitir que el pecado despreciable de Peor persista y se encone en sus corazones. Y como el Señor trata con su nación como una unidad, toda la comunidad de Israel, se dice, sentirá su ira si las dos y media tribus se rebelan contra él. ¿Acaso no murieron treinta y seis israelitas cuando un hombre, Acán, quebrantó una de las estipulaciones del pacto de Dios? (Vea 7:5.) ¡Puede ocurrir otra vez, porque el pecado se le imputará a toda la nación!

La delegación no sólo acusa y condena, sino también hace un generoso ofrecimiento. Si las tribus del este consideran que su tierra no sirve para la adoración del Señor, pueden ir a vivir en el lado oeste del Jordán. Eso reduciría el territorio de las tribus del oeste. ¿Pero qué significa perder algo de territorio comparado con la pérdida del pacto de Dios?

El comité mantiene alguna esperanza de que estas dos tribus y media no hayan consumado la presunta rebelión. Todavía hay cierto optimismo de que las cosas no hayan ido muy lejos. Eso está claro en su súplica: “Pero no os rebeléis contra Jehová, ni os rebeléis contra nosotros.”

Ahora le toca a la delegación escuchar. ¿Podieron haber malinterpretado el altar?

21 Entonces los hijos de Rubén, los hijos de Gad y la media tribu de Manasés respondieron a los cabezas de los millares de Israel:

22 —Jehová, Dios de los dioses, Jehová, Dios de los dioses, él sabe y hace saber a Israel: si fue por rebelión o por infidelidad contra Jehová, no nos salves hoy. 23 Si nos hemos edificado altar para apartarnos de Jehová, o para presentar holocaustos u ofrendas, o para hacer sobre él ofrendas de paz, el mismo Jehová nos lo demande. 24 Lo hicimos más bien por temor de que mañana vuestros hijos digan a nuestros hijos: “¿Qué tenéis vosotros que ver con Jehová, el Dios de Israel? 25 Jehová ha puesto por lindero el Jordán entre nosotros y vosotros, hijos de Rubén e hijos de Gad. ¡No tenéis vosotros parte con Jehová!” Y así vuestros hijos harían que nuestros hijos dejaran de temer a Jehová. 26 Por esto nos dijimos: “Edifiquemos ahora un altar, no para holocaustos ni para sacrificios, 27 sino para que sea un testimonio entre nosotros y vosotros y entre los que vendrán después de nosotros, de que podemos hacer el servicio de Jehová delante de él con nuestros holocaustos, nuestros sacrificios y nuestras ofrendas de paz; para que no digan mañana vuestros hijos a los nuestros: ‘Vosotros no tenéis parte con Jehová.’” 28 Nosotros, pues, nos dijimos: “Si acontece que en lo por venir nos dicen tal cosa a nosotros o a nuestros descendientes, entonces responderemos: ‘Mirad la forma del altar de Jehová, el cual construyeron nuestros padres, no para holocaustos o sacrificios, sino como un testimonio entre nosotros y vosotros.’” 29 Nunca acontezca que nos rebelemos contra Jehová o que nos apartemos hoy de seguir a Jehová edificando un altar para holocaustos, ofrendas o sacrificios, aparte del altar de Jehová, nuestro Dios, que está delante de su Tabernáculo.

Si la vehemencia de la delegación del oeste parecía ir en aumento, la respuesta de las tribus del este parece estar aun más exaltada. Niegan por completo las acusaciones. En su negación usan tres nombres para Dios: El (Todopoderoso), Elohim (Dios) y Yahveh (¡El Señor del pacto que verdaderamente existe!) Después repiten los nombres sagrados. Es un momento solemne. Si alguna de las acusaciones es cierta, le piden a Dios que los llame a cuentas y que aliente a Israel a que los mate.

Al negarlo, dicen que no edificaron el altar en rebelión contra Israel. No lo construyeron para alejarse del Señor, ni como lugar de sacrificio al Señor en competencia con el Tabernáculo que está en Silo. Expresado en forma positiva, lo han construido como una *réplica* del altar que estaba frente al Tabernáculo de Silo, como testigo de su *compromiso* para seguir adorando en el Tabernáculo con todo Israel y como un testimonio de su *derecho* de continuar compartiendo la adoración del Señor a pesar del río que los separa del resto de Israel.

Las intenciones al edificar el altar son contrarias a todas las sospechas. El altar representa la unidad del pacto, no la división, devoción firme al Señor, no la apostasía.

¿Pero, serán aceptables estas explicaciones para la delegación de las tribus occidentales?

³⁰ Cuando Finees, el sacerdote, los príncipes de la congregación y los jefes de los millares de Israel que con él estaban, oyeron las palabras pronunciadas por los hijos de Rubén, los hijos de Gad y los hijos de Manasés, les pareció bien todo ello. ³¹ Y dijo Finees, hijo del sacerdote Eleazar, a los hijos de Rubén, a los hijos de Gad y a los hijos de Manasés:

—Hoy hemos entendido que Jehová está entre nosotros, pues no habéis intentado esta traición contra Jehová. Así habéis librado a los hijos de Israel de la mano de Jehová.

³² Luego Finees, hijo del sacerdote Eleazar, y los príncipes, dejando a los hijos de Rubén y a los hijos de Gad, regresaron de la tierra de Galaad a la tierra de Canaán, a los hijos de Israel,

y les dieron la respuesta. ³³ El asunto pareció bien a los hijos de Israel y bendijeron a su Dios. No hablaron más de hacerles la guerra y destruir la tierra en que habitaban los hijos de Rubén y los hijos de Gad. ³⁴ Los hijos de Rubén y los hijos de Gad pusieron al altar el nombre de Ed, porque dijeron: «Testimonio es entre nosotros de que Jehová es Dios.»

El celo de Fineés por el Señor es incuestionable y él está satisfecho por completo. ¡Las sospechas habían sido infundadas, y todo está bien!

Algunos comentaristas toman muy a la ligera la explicación que dan las tribus del este, como si fuera una explicación artificial y sospechosa. Sin embargo, no hay nada en el texto que indique que la aclaración sea una rápida invención.

Toda la delegación y todas las tribus en Canaán aceptaron la explicación de sus hermanos de Transjordania. Se gozan por la armonía que existía en Israel. El juicio del Señor no tendría que caer sobre Israel. En cambio, el acuerdo pacífico muestra que Dios había estado presente, con su mano en alto, dando la bendición sobre toda la nación. *Él* recibe la alabanza por mantener a Israel fiel, por resolver el problema y conservar la unidad de su nación del pacto.

Debido a que la naturaleza humana es lo que es, resulta inevitable que a veces se establezcan malentendidos entre cristianos, a veces como resultado de acciones mal aconsejadas o de sospechas infundadas. El espíritu y el ejemplo de nuestro capítulo nos indican el camino para resolver esos enfrentamientos. El amor por el Señor y la unidad que él desea debe guiarnos. Necesitamos estar dispuestos a hablar abiertamente. ¿No fueron unas cuantas palabras dichas con franqueza las que evitaron la guerra civil en Israel? Necesitamos escuchar explicaciones sin permitir que nuestras sospechas se disparen. Si éstas estuvieran equivocadas, debemos admitirlo con humildad, en lugar de persistir con obstinación en nuestro orgullo a toda costa. Finalmente, estaremos dispuestos a celebrar nuestra unidad dada por Dios y alabarlo a él por eso.

La doctrina falsa siempre crea una separación; sin embargo, si los cristianos van a estar divididos, que no sea por un simple malentendido que se pudo haber resuelto por medio de una plática. El altar que se levantó cerca al Jordán se convierte en otra conmemoración de piedra en la tierra de la promesa. Las tribus del este le dan al monumento un nombre que explica su significado: “Testimonio es entre nosotros de que Jehová es Dios”. El nombre es largo pero significativo. La elección del nombre de los altares era una costumbre común en el Antiguo Testamento. (Vea Génesis 33:20, 35:7; Jueces 6:24.)

Josué pronuncia un discurso de despedida para los líderes

23 Aconteció, muchos días después que Jehová concediera paz a Israel de todos los enemigos que lo rodeaban, que Josué, ya viejo y avanzado en años, ²llamó a todo Israel, a sus ancianos, sus príncipes, sus jueces y sus oficiales, y les dijo: «Yo ya soy viejo y avanzado en años. ³Vosotros habéis visto todo lo que Jehová, vuestro Dios, ha hecho con todas estas naciones por vuestra causa, pues Jehová, vuestro Dios, es quien ha peleado por vosotros. ⁴Yo os he repartido por suertes, como herencia para vuestras tribus, estas naciones, tanto las destruidas como las que quedan, desde el Jordán hasta el Mar Grande, hacia donde se pone el sol. ⁵Jehová, vuestro Dios, las echará de delante de vosotros, las expulsará de vuestra presencia y vosotros poseeréis sus tierras, como Jehová, vuestro Dios, os ha dicho.

⁶»Esforzaos, pues, mucho en guardar y hacer todo lo que está escrito en el libro de la ley de Moisés, sin apartaros de ello ni a la derecha ni a la izquierda, ⁷para que no os mezcléis con estas naciones que han quedado entre vosotros, ni hagáis mención ni juréis por el nombre de sus dioses, ni los sirváis, ni os inclinéis a ellos. ⁸Pero a Jehová, vuestro Dios, seguiréis como habéis hecho hasta hoy.

Josué era un hombre ya entrado en años cuando terminó la intensa conquista y se distribuyó la tierra (13:1). Después del reparto, se retiró a Timnat-sera en el monte de Efraín, donde reedificó la ciudad y vivió allí (19:49,50). Ahora, veinte años más tarde, está más viejo, casi finalizando sus 110 años (23:14; 24:29). Al igual que Moisés en sus últimos días, pronuncia unas palabras de despedida exhortando a Israel a permanecer fiel al pacto del Señor. Con toda seguridad, Josué llama a los líderes que vengan a él, pues el Señor les ha dado el descanso de los enemigos de Israel. El autor no especifica el lugar de la reunión. Los lugares más probables son Silo ante el Tabernáculo o en la herencia de Josué en Timnat-sera.

Más adelante, Josué se dirigirá a “todas las tribus” (24:1). Aquí les habla a los líderes en su calidad de representantes de todo Israel: “Ancianos” es un término general para todos ellos. Los “príncipes” son, literalmente, las “cabezas” de las tribus. Los “jueces” se mencionaron antes en conexión con la renovación del pacto en el monte Ebal (8:33). Los “oficiales” son los mismos “representantes” que animaron a la gente a cruzar el Jordán (1:10; 3:2).

El discurso del elocuente general anciano consta de tres partes: los versículos 2-8, 9-13 y 14-16. Cada sección comienza con un recordatorio de los actos de fidelidad del Señor a favor de su nación del pacto, seguida por un ruego para que permanezcan fieles a él. Las segunda y tercera secciones aumentan en poder cuando Josué explica en detalle las trágicas consecuencias de quebrantar el pacto.

Un hombre de mente despejada habla con seriedad antes de su muerte. Josué le da al discurso el tono de un testamento cuando al principio dice: “Yo ya soy viejo y avanzado en años.” Las primeras palabras de Josué le dan el mérito al Señor por todas las victorias de Israel. *Jehová* ha peleado por su pueblo del pacto. La nación experimentó su poder milagroso en el Jordán, en Jericó, durante las campañas del centro, del sur y del norte, y cuando el sol se detuvo sobre Ajalón. En todas partes el Señor había obtenido el éxito para Israel y ellos lo sabían muy bien. Sin embargo, el hecho necesita repetirse y debe estar profundamente grabado para que la fidelidad

a Dios venga del corazón. ¡Mostramos fidelidad y amor hacia Jehová sólo después de estar convencidos de su amor y fidelidad hacia nosotros!

Puede sorprendernos escuchar a Josué hablar en primera persona en el versículo cuatro acerca de su papel durante las décadas pasadas: “He repartido”. En su expresión no hay ningún tono de presunción; en toda su larga vida ha continuado siendo el humilde siervo del Señor, un hombre lleno del Espíritu de obediencia incondicional (Números 27:18; 32:12). En el contexto se detallan todos los actos que el Señor ha hecho por Israel, así que estas palabras de Josué no tienen la finalidad de llamar la atención hacia él mismo. Son palabras de orgullo por las obras del Señor. Josué está agradecido por su rol especial como representante del Señor en la obtención de la victoria.

Los hechos pasados del Señor sobre sus enemigos llenan de confianza para el *futuro*. Josué recalca que la fidelidad y las promesas del pacto de Dios continúan. “Dios las *echará* de delante de vosotros... y vosotros poseeréis sus tierras.” A Israel le queda mucho trabajo para poseer y retener la tierra, pero durante todo el camino futuro, las promesas antiguas van a proporcionar nuevas bendiciones. Jehová nunca dejará ni desamparará a su pueblo (1:5). Puede ser el fin de una era cuando Josué está a punto de entrar en su descanso eterno. Sin embargo, su partida no significará para Israel el fin de las bendiciones del pacto. Nos infunden amor y lealtad cuando a las pasadas promesas ya cumplidas, se añade el conocimiento de lo que Dios *continuará haciendo* para nosotros.

En el versículo 6, Josué usa el lenguaje del Señor; transmite en su “testamento” lo que Jehová le dejó por legado (1:7,8). El pueblo de Dios será fuerte cuando medite en el libro de la ley de Moisés, esa porción inspirada de las Escrituras que ya estaba completa en el tiempo de Josué. Es esencial para el éxito de la nación la fidelidad a la palabra escrita del Señor. Vea en las observaciones sobre 1:8 el comentario acerca de “el libro de la ley”.

El peligro más serio que enfrenta Israel tenía que ver con las naciones enemigas que moran entre ellos. La amenaza no es tanto

política como espiritual. La asociación con esas naciones los llevará a ponerse en contacto con sus dioses, con sus sacrificios y los ritos de fertilidad. En las siguientes dos secciones de su discurso, Josué hablará más acerca del cáncer que resultaría si se asocian con esos grupos. Aquí, simplemente exhorta a Israel para que se aparte de cualquier insinuación de adoración cananea.

Enumera cuatro formas exteriores de práctica religiosa que el pueblo de Dios debe evitar. Israel no debe hacer “mención” de los dioses cananeos; el hebreo dice literalmente: No “traigas a la memoria” o “hagas mención de...” los nombres de sus dioses. En otras palabras, les pide absoluta disociación. En segundo lugar, Israel no debe “[jurar] por el nombre de sus dioses”; invocarlos como testigos implicaría que esos dioses son reales. En tercer lugar dice: ni “los sirváis”, tal vez refiriéndose al servicio de sacrificios y ofrendas. Y por último, el pueblo de Dios no debe “inclinarse” ante esos dioses falsos ni en oración ni en conjuro.

A diferencia de lo ya mencionado, le dice a Israel: “a Jehová vuestro Dios seguiréis”. Josué usa aquí el mismo término que usó para exhortar a las tribus del este a permanecer fieles, cuando estaban por regresar a su lugar (22:5). La expresión habla de “adherirse a” o “estar unido con” el Señor de la misma forma que un hombre y una mujer se unen en matrimonio (Génesis 2:24). Al hacer un pacto, Dios ha tomado a Israel como su novia.

Josué alaba a Israel por su fidelidad al Señor “hasta hoy”. Aparte del episodio de Acán, las páginas de Josué han mostrado una era refrescante de lealtad al pacto. No ha habido “adulterio espiritual” masivo contra Dios como en el caso del becerro de oro o de la seducción de Baal-peor (Éxodo 32; Números 25). El elogio de Josué los anima a seguir en la misma forma.

⁹ Pues ha expulsado Jehová de vuestra presencia a naciones grandes y fuertes, y hasta hoy nadie os ha podido resistir. ¹⁰ Un hombre de vosotros perseguirá a mil, porque Jehová, vuestro Dios, es quien pelea por vosotros, como él os dijo. ¹¹ Guardad, pues, con diligencia vuestras almas, para que améis a Jehová, vuestro Dios. ¹² Porque si os apartáis y os unís a lo que resta de

estas naciones que han quedado entre vosotros, y si concertáis con ellas matrimonios, mezclándoos con ellas y ellas con vosotros, ¹³ sabed que Jehová, vuestro Dios, no seguirá expulsando ante vosotros a estas naciones, sino que os serán como lazo, trampa y azote para vuestros costados y espinas para vuestros ojos, hasta que desaparezcáis de esta buena tierra que Jehová, vuestro Dios, os ha dado.

Al comenzar la segunda parte de su discurso, Josué le recuerda a Israel los hechos extraordinarios de Dios en beneficio de ellos. No puede dejar de repetir ni de poner énfasis enérgicamente: “Jehová, vuestro Dios, es quien pelea por vosotros, como él os dijo.” La intención de Josué es infundir amor por el Señor.

Dios recibe un sincero servicio de adoración sólo después de haber grabado en su pueblo las acciones salvadoras que ha hecho a su favor. Los escritores del Nuevo Testamento nos dirigen a los hechos de salvación de Dios en Jesucristo: “Nosotros lo amamos a él porque él nos amó primero” (I Juan 4:19). “Y [Jesús] por todos murió, para que los que viven ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos” (2 Corintios 5:15). Lo que él hizo primero cambia nuestros corazones y entonces nos lleva a una vida de gratitud.

Siguen unas severas palabras de advertencia. Josué ve que se aproxima un desastre potencial por las naciones que aún quedan en la tierra. Usa muchas metáforas para ilustrar la miseria que Israel puede sufrir: ¡lazos, tropiezos, azotes y espinas! Eso serán los cananeos si Israel decide aliarse con ellos, si contrae matrimonio mixto o si entra en relaciones sociales. La joven cananea que parece una rosa cuando baila en uno de los rituales de fertilidad para Baal será una espina en los ojos si se la toma por novia (vea Éxodo 34:15,16). Josué usa las imágenes de las advertencias que Jehová había hecho antes: Éxodo 23:33 y 34:12 (“tropiezo”) y Números 33:55 (“aguijones en vuestros ojos y como espinas en vuestros costados”). Israel no tiene por qué temer mientras confíe en la gracia absoluta de Dios y aprecie su pacto.

Sin embargo, Israel tiene muchos motivos para temer si pasa por alto la advertencia de Josué. Las bendiciones y la posesión de la tierra están condicionadas. El pueblo escogido puede “[desaparecer] de esta buena tierra”. La frase “buena tierra” destaca la lastimosa pérdida que Israel va a sufrir si es que rechaza el pacto.

Más tarde, la historia de Israel muestra que las advertencias de Josué se cumplieron al pie de la letra. El apóstol Pablo usa la historia de Israel para que nos demos cuenta de las tentaciones que nos pueden alejar de la fe y de la salvación. Al igual que Josué, advierte: “Así que el que piensa estar firme, mire que no caiga” (1 Corintios 10:1-13).

¹⁴ »Yo estoy próximo a entrar hoy por el camino que recorren todos. Reconoced, pues, con todo vuestro corazón y con toda vuestra alma, que no ha faltado ni una sola de todas las bendiciones que Jehová, vuestro Dios, os había dicho; todas se os han cumplido, no ha faltado ninguna de ellas. ¹⁵ Pero así como se os han cumplido todas las bendiciones que Jehová, vuestro Dios, os había dicho, también traerá Jehová sobre vosotros todas sus maldiciones, hasta borraros de sobre la buena tierra que Jehová, vuestro Dios, os ha dado. ¹⁶ Si quebrantáis el pacto que Jehová, vuestro Dios, os ha mandado, yendo a honrar a dioses ajenos e inclinándoos ante ellos, entonces la ira de Jehová se encenderá contra vosotros y desapareceréis rápidamente de esta buena tierra que él os ha dado.»

El prólogo de Josué en esta tercera sección acentúa su honestidad. También llama la atención al carácter de su discurso como “última voluntad y testamento”. Anuncia que está a punto de partir “por el camino que recorren todos”, un eufemismo que se emplea en el Antiguo Testamento para morir (1 Reyes 2:2). Esta declaración es más apasionante que la que hace al principio de la primera parte: “Yo ya soy viejo y avanzado en años”. La nación no puede heredar nada mejor de su líder anciano que las palabras paternas en las cuales “redarguye, reprende, exhorta con toda paciencia y doctrina” (2 Timoteo 4:2).

Lo que a Josué le dará más alegría en sus últimos días es saber que el corazón y alma de sus “hijos” se apoyan en la verdad de las promesas del Dios del pacto y emplea sus últimas energías para ese fin. El espíritu de su discurso es como el de la Tercera Carta del anciano apóstol Juan: “No tengo yo mayor gozo que oír que mis hijos andan en la verdad” (3 Juan 4).

La segunda parte termina con una severa advertencia. Josué ahora vuelve al acogedor recordatorio de que el Señor es digno de toda confianza y cumple cada una de sus promesas. Sólo el mensaje del “evangelio” repetido con frecuencia puede atraer más y más a Israel hacia su Dios y producir una mayor lealtad al pacto. De nuevo siguen las firmes amenazas. Israel debe ver la trágica imagen de una vida sin el pacto de Jehová. Josué dosifica en forma balanceada la cantidad de “evangelio y ley” para las personas que aman al Señor pero pueden ser tentadas.

Aparte de las referencias al Arca del pacto, hemos visto la palabra “pacto” sólo dos veces antes del versículo 16 (7:11,15). Aunque esta palabra es infrecuente, el concepto del pacto se encuentra en todo el libro. El contrato santo entre Jehová e Israel es la única cosa que hace a esta nación diferente de cualquiera otra. Si el pacto se quebranta, Israel puede esperar que va a ser tratado de igual manera que a los cananeos conquistados. El pueblo que una vez fue especial “[desaparecerá] rápidamente de esta buena tierra” que él les ha dado.

Por supuesto, la sobria declaración es una solemne amenaza. Pero sus palabras también llaman la atención a la gracia del pacto de Dios. Destacan que la posición privilegiada de Israel no resultó de lo bueno que eran ellos; vino porque por gracia Dios los escogió de entre todas las naciones del mundo y pactó con ellos con un propósito salvador. El pacto necesita ser guardado con cuidado, de otra manera el nombre israelita no tendrá mayor significado que el del cananeo, amorreo o heteo. El nombre de Israel podría ser añadido a la lista de las naciones que fueron echadas de la tierra prometida ante la ira santa de Dios. Por lo tanto, ¡qué vigile la condición que Dios le ha dado!, ¡qué guarde el pacto!

Ésta es la esencia del mensaje de Josué aquí y en su discurso final en el último capítulo.

La renovación del pacto en Siquem

24 Reunió Josué a todas las tribus de Israel en Siquem, y llamó a los ancianos de Israel, a sus príncipes, sus jueces y sus oficiales. Todos se presentaron delante de Dios. ² Josué dijo a todo el pueblo:

—Así dice Jehová, el Dios de Israel: “Vuestros padres habitaron antiguamente al otro lado del río, esto es, Taré, padre de Abraham y de Nacor, y servían a dioses extraños. ³ Yo tomé a vuestro padre Abraham del otro lado del río y lo traje por toda la tierra de Canaán, aumenté su descendencia y le di a Isaac. ⁴ A Isaac le di a Jacob y a Esaú. A Esaú le di en posesión los montes de Seir, pero Jacob y sus hijos descendieron a Egipto. ⁵ Entonces yo envié a Moisés y a Aarón, y castigué a Egipto con lo que hice en medio de él, y después os saqué. ⁶ Saqué a vuestros padres de Egipto, y llegaron al mar; los egipcios siguieron a vuestros padres hasta el Mar Rojo con carros y caballería. ⁷ Cuando ellos clamaron a Jehová, él interpuso una gran oscuridad entre vosotros y los egipcios, e hizo volver sobre ellos el mar, el cual los cubrió. Vuestros ojos vieron lo que hice en Egipto.

»”Después estuvisteis muchos días en el desierto. ⁸ Yo os introduje en la tierra de los amorreos, que habitaban al otro lado del Jordán, los cuales pelearon contra vosotros, pero yo los entregué en vuestras manos; ocupasteis su tierra, porque yo los exterminé de delante de vosotros. ⁹ Después se levantó Balac hijo de Zipor, rey de los moabitas, a pelear contra Israel, y mandó a llamar a Balaam hijo de Beor para que os maldijera. ¹⁰ Pero yo no quise escuchar a Balaam, por lo cual os bendijo repetidamente, y os libré de sus manos. ¹¹ Pasasteis el Jordán y llegasteis a Jericó, pero los habitantes de Jericó pelearon contra vosotros: los amorreos, ferezeos, cananeos, heteos, gergeseos, heveos y jebuseos, y yo los entregué en vuestras manos. ¹² Envié delante de vosotros tábanos, los cuales expulsaron a los dos reyes

amorreos antes de llegar vosotros; no fue con tu espada ni con tu arco. ¹³ Os di la tierra por la cual no trabajasteis y las ciudades que no edificasteis, y en las que ahora habitáis; y coméis de las viñas y olivares que no plantasteis”.

El suceso que se describe en este capítulo es al parecer más oficial que el del capítulo anterior. El centro de los acontecimientos es una renovación formal del pacto, tal como lo demuestran los versículos 25-27. La asamblea también parece ser más general; pues, “todas las tribus de Israel” están presentes, mientras que en el capítulo 23 la nación puede haber sido representada solamente por sus líderes.

Josué escoge la ciudad de Siquem, situada en el centro de Canaán, para realizar su último acto como siervo de Dios. El nombre de la ciudad significa “hombro”; la ubicación de la ciudad en la pendiente o en el hombro de las dos montañas que la rodean, Gerizim y Ebal, le da el nombre. Siquem, una de las ciudades de refugio (20:7), está a 56 km al norte de Jerusalén y cerca de 19 km al norte de Silo en la región montañosa de Efraín. Es la actual ciudad árabe de Nablús.

Siquem era el lugar apropiado para la renovación del pacto. El sitio posee riqueza histórica en relación al plan de la salvación. Es el primer lugar que se menciona en Canaán después de que Abraham llegó a la tierra. Aquí el Señor le prometió por primera vez: “A tu descendencia daré esta tierra” (Génesis 12:7). La respuesta de Abraham fue construir el primer altar para el Señor en Canaán. Después, Jacob se estableció en Siquem y le compró a los hijos de Hamor una parte del campo (Génesis 33:18,19; Josué 24:32). En Siquem, los hijos de Jacob estaban pastoreando los rebaños de su padre cuando él envió a José para vigilarlos. Ese acontecimiento desencadenó los años de servidumbre en Egipto (Génesis 37:12ss). La renovación del pacto que hizo Josué 8:30-35 se llevó a cabo cerca a Siquem. Cuando Israel se reunió allí, el lugar ya estaba impregnado de pensamientos acerca de las primeras promesas de Dios y de su perdurable fidelidad.

La gente se presentó “delante de Dios”. La frase puede indicar que habían llevado el Arca del pacto, o quizás todo el Tabernáculo, 19 km al norte de Silo para la ceremonia especial.

Josué, el general y gobernante, ahora desempeña las funciones de profeta cuando inicia su discurso, de la misma forma en que lo hacen los grandes profetas del Antiguo Testamento: “Así dice Jehová, el Dios de Israel”. Sus palabras están llenas de poder cuando habla por Dios mientras el Espíritu Santo lo guía (2 Pedro 1:21).

Muchos comentaristas ven un paralelismo entre los antiguos “tratados de señoríos feudales” y lo que ahora leemos en estos versículos. Josué puede estar siguiendo un modelo de pacto-tratado que era usual en el Oriente Medio. Un elemento en la realización de estos tratados era la revisión de las relaciones que hubo en el pasado entre el señor feudal o el gran rey y sus súbditos. Josué hace un repaso de la relación entre el Señor y su pueblo escogido.

Josué no habla como un predicador incoherente que elige al azar fragmentos de la historia de Israel. Cuando cita al Señor directamente, recuerda porciones escogidas de la historia que recalcan el amor inmerecido de Dios y los actos poderosos que hizo por su pueblo. Sabe exactamente a dónde quiere llegar en su repaso. Su objetivo es despertar en cada israelita una renovación y una responsabilidad personales a la luz de la inmutable fidelidad de Dios.

En el capítulo 23, Josué había recordado los hechos de Dios en el pasado reciente de los años de la conquista. Pero ahora retrocede unos 500 años a la elección de Abraham por parte de Dios cuando vivía más allá del río Éufrates (Génesis 11:27–12:1).

Es claro que Abraham y su descendencia se convirtieron en el pueblo escogido sólo por la misericordiosa elección de Dios y no por poseer una cualidad especial. ¡Después de todo, Abraham venía de una familia de idólatras! Israel no tiene motivos para sentir orgullo personal, sino toda la razón para gloriarse en Jehová. Él escogió a sus antepasados por pura gracia, cuando no eran diferentes de sus vecinos que adoraban al dios de la luna en Ur. Los dioses domésticos o “terafines” a los que se aferraba Labán, el tío de Jacob,

fueron más tarde un vestigio de esa antigua idolatría (vea Génesis 31:19). En Siquem, en el mismo lugar donde Israel ahora se reúne, Jacob juntó esos “dioses ajenos” y los enterró debajo de una encina (Génesis 35:2-4).

Los cristianos que hablan con orgullo de venir de un gran linaje de creyentes deberían retroceder un poco en la historia. Encontraremos también a nuestros antepasados plagados de supersticiones, “sin esperanza y sin Dios en el mundo” (Efesios 2:12). Sólo en Dios debemos jactarnos por llamarnos a la salvación de Cristo mediante el evangelio. “Por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios. No por obras, para que nadie se gloríe” (Efesios 2:8,9).

Josué continúa repasando la historia de la salvación al recordarle a la nación cómo Dios aumentó la “descendencia” de Abraham. El Señor fue fiel a su promesa y produjo millones de descendientes de un hombre anciano y de su esposa Sara, cuando ella parecía estéril. Ahora la gente sólo necesita mirar alrededor para ver el panorama de Siquem repleto de esos descendientes. Aparte de esta multitud, está la nación que vino de Esaú, el hermano de Jacob, el otro nieto de Abraham. La descendencia de Esaú habitaba la tierra de Edom cerca del monte Seír, al este del mar Muerto.

La guía misericordiosa de Dios se destaca en cada episodio de la historia de Israel: enviar y acompañar a Moisés y Aarón para liberar a Israel de Egipto (Éxodo 3:10; 4:14-16); las diez plagas que azotaron a los egipcios (Éxodo 7-11); el gran día del éxodo (Éxodo 12:31-51); el milagro que hizo el Señor cuando abrió un camino seco en el mar Rojo (Éxodo 14); el cuidado del Señor por un pueblo que frecuentemente se quejó en los cuarenta largos años de caminar por el desierto (Éxodo 15-Números 21); la derrota de Sehón y de Og, los reyes amorreos que estaban al este del Jordán (Números 21:21-35); el control que ejerció Dios sobre Balaam para que bendijera a Israel cuando el rey Balac le ordenó maldecirlo (Números 22-24); el milagro del Jordán y las victorias que se relatan en los primeros doce capítulos de Josué. ¿Qué israelita puede impedir un resurgimiento de lealtad a Jehová cuando estos hechos

históricos fluyen de la boca de Josué?

¿Cómo pueden nuestra fe y responsabilidad hacer otra cosa sino crecer cuando escuchamos otra vez la historia de nuestro rescate que hizo Jesús? Cuando Josué le habla a Israel, Dios sólo le ha regalado la tierra a su pueblo del Antiguo Testamento; gozan de sustento y bienes materiales que no ganaron peleando y no obtuvieron con su duro trabajo. Cuando ahora leemos las Escrituras, Dios ha cumplido todo lo que conduce al regalo que nos da de la vida eterna, gozamos de frutos inmerecidos de perdón, paz con Dios y esperanza eterna. ¡Entre más grande sea el regalo, mayor será la gratitud! La clave para nosotros es examinar los regalos que tenemos por gracia de Dios.

Un detalle curioso en el versículo 12 puede motivar preguntas. ¿Qué quiere decir el Señor con: “Envié delante de vosotros tábanos”? En Éxodo 23:27,28 Jehová primero prometió “la avispa”. El contexto habla del “terror” y la “consternación” que Jehová iba a enviar entre los enemigos de Israel. Hay varias interpretaciones del versículo que estamos considerando:

1. “Los tábanos” pueden ser una metáfora colorida para indicar el temor que sobrecogió a los cananeos. Después de que el Señor hirió a los enemigos de Israel con la derrota, el tábano de terror voló para sorprender a otros futuros oponentes. Para referencias en Josué acerca de este terror, vea 2:11; 5:1; 9:24.
2. Algunos comentaristas señalan que el tábano, o la avispa como se traduce en otras versiones, era un símbolo del Egipto inferior. Sugieren que algunas excursiones anteriores del ejército egipcio que debilitaron a los cananeos pueden explicar “los tábanos”.
3. También es posible una interpretación completamente literal de “los tábanos”. El Señor que envió ranas, mosquitos, moscas y langostas para acosar a los egipcios (Éxodo 8–10) también pudo haber enviado plagas de tábanos para aterrorizar a los cananeos.

Al haber terminado el repaso general de la historia divina de la salvación, ahora Josué llega al objetivo de su discurso.

¹⁴»Ahora, pues, temed a Jehová y servidlo con integridad y verdad; quitad de en medio de vosotros los dioses a los cuales sirvieron vuestros padres al otro lado del río y en Egipto, y servid a Jehová. ¹⁵Si mal os parece servir a Jehová, escogeos hoy a quién sirváis; si a los dioses a quienes sirvieron vuestros padres cuando estuvieron al otro lado del río, o a los dioses de los amorreos en cuya tierra habitáis; pero yo y mi casa serviremos a Jehová.

Como ya se mencionó, Josué puede estar siguiendo el modelo de tratado que era usual en el Cercano Oriente. Al hacer una comparación con los tratados heteos, se ven elementos que parecen tener paralelos en nuestro capítulo:

1. Un preámbulo que presenta al rey (versículo 2).
2. La historia de las relaciones pasadas entre las dos partes que realizan el tratado (versículos 2-13).
3. Estipulaciones que gobiernan la relación del tratado (versículos 14,16,18b,21,23,24).
4. Los testigos del tratado; en el caso de los tratados heteos, sus dioses eran llamados para dar testimonio (versículos 22,27).
5. Bendiciones y maldiciones (versículos 19,20).

La palabra “ahora” con que comienza el versículo 14 indica que Josué ha llegado al punto central del asunto oficial que lo ocupa. Israel debe seguir cumpliendo los requisitos del pacto solemne, para que el pacto pueda seguir en vigor. Josué no presenta una larga lista de reglas y leyes que se deban seguir; la estipulación básica se resume en el mandato: “Temed a Jehová y servidlo con integridad y verdad.”El significado de *temer* a Dios es tenerle mucho respeto, honrarlo, serle leal. “Temed” puede incluir confianza, amor y

adoración. Temer a Jehová, en el caso de su pueblo, no es sinónimo de tener terror. Esto es obvio por el Salmo 130:4: “Mas el perdón se halla junto a ti, para que seas temido” (Biblia de Jerusalén). El perdón produce completamente lo contrario al terror.

El significado de *servir* a Jehová en su sentido general incluye adorar, confiar, amar y obedecer con gratitud. Josué emplea siete veces la palabra hebrea que se traduce como “servir” en los versículos 14 y 15, indicando que servir a Dios es una estipulación básica del pacto para Israel. “Temed y servidlo” es el resumen de toda la relación del pacto hacia el Señor.

La frase “con integridad y verdad” pone el énfasis en que se debe temer y servir sólo al Señor. Él no compartirá el afecto de su pueblo con nadie más. La lealtad íntegra es crítica para la relación del pacto.

Temer sólo al Señor significa abandonar toda clase de ídolos; sean actitudes del corazón u objetos tangibles. No son dioses, y cuando se desechan, se comprueba que nunca fueron nada. Junto con los dioses que adoraron los antepasados de Israel más allá del Éufrates, Josué ahora menciona dioses a quienes sirvieron en Egipto. Durante los 400 años que estuvieron en Egipto, al menos algunos israelitas deben haber cedido a la presión social y se inclinaron ante el dios sol Ra, la diosa Nut y el toro sagrado Apis. El becerro de oro que se describe en Éxodo 32 demuestra la influencia de la religión egipcia, un elaborado sistema de dioses locales y complicados poderes celestiales.

¿Se aferra Israel a objetos de madera, piedra o metal cuando habla Josué? Aunque no podemos contestar con certeza, lo siguiente sugiere que él pide que se arrojen todos los dioses falsos *del corazón*, cualquier cosa que le impida a Israel darle al Señor adoración íntegra:

1. En Josué 23:8 y 24:31 se resalta la fidelidad de Israel en ese tiempo. No tiene mucho sentido hacer ese comentario si la idolatría exterior todavía fuera práctica común en el pueblo.

2. El celo de Dios se manifestó retirando las bendiciones cuando Acán tomó algo del botín prohibido de Jericó (capítulo 7). Una adoración grosera a los ídolos no sería menor motivo para que el Señor revelara nuevamente su ira.
3. No leemos que se hayan desprendido de ídolos físicos luego de las palabras de Josué en los versículos 14 y 23.

Los cananeos y sus dioses todavía están en la vecindad. Esos dioses son de la misma naturaleza que los dioses de Egipto y los que están al otro lado del Éufrates. Cualquier tendencia oculta a considerar reales o poderosos a esos ídolos debe ser erradicada del corazón. En el futuro, cuando se establezcan en el antiguo territorio cananeo, el pueblo de Dios debe también echar físicamente de la tierra a esos dioses. Con su petición, Josué está repitiendo el Primer Mandamiento: “No tendrás dioses ajenos delante de mí” (Éxodo 20:3).

Una confianza secreta en los poderes del ocultismo, temores obsesivos de que la suerte y los accidentes controlan la vida, buscar la seguridad en simples cosas, todas esas actitudes idólatras se deben arrancar del corazón y arrojarlos muy lejos de aquellos que le pertenecen a Dios. Él no tolera rivales.

Cuando las cosas se ven con claridad es fácil tomar una decisión. Israel enfrenta una elección. Por un lado tienen a los dioses de madera, piedra y metal; por el otro, tienen al viviente, poderoso Dios de misericordia. Hay que escoger entre los dioses incapaces de ayudar a sus adoradores a mantener su tierra y el Dios que le ha dado a su pueblo esa misma tierra. ¿Se decidirán a seguir a los ídolos que trajeron la derrota a los pueblos idólatras, o al Dios que los condujo hasta donde se encuentran hoy? ¡Elijan!

Mientras que la elección resulta clara en Siquem, el autor de Jueces contará la trágica opción que tomó Israel en el futuro no muy lejano (2:11-13). Luego, el profeta Oseas escribiría 650 años después de Josué: “Mi pueblo consulta a su ídolo de madera, y el leño le responde” (Oseas 4:12). “Los sacrificadores que besan a los becerros” (Oseas 13:2). La naturaleza humana, la presión de la

sociedad y el gran engañador están trabajando muy duro para empañar la clara elección.

Josué no está abogando por la “teología de la decisión” de muchos predicadores actuales cuando dice: “escogeos hoy”. La “teología de la decisión” afirma que las personas que no se han convertido tienen el poder dentro de ellas para escoger al Señor y llegar a ser creyentes. La humanidad pecadora no tiene ese poder por sí misma el poder de pasar de la incredulidad a la fe en Dios, ese poder viene sólo de Dios (1 Corintios 12:3). Aquí Josué está llamando al pueblo que ya posee el regalo de la fe en el Señor para que elija. Puede elegir que va a abandonar al Señor o, por el Espíritu que se le ha dado, confirmar la fe que Dios les había dado y renovar el pacto que él estableció. Pero si ellos rechazan al Señor, la única opción que les queda es a cuál de los ídolos inútiles van a servir. Los que están espiritualmente muertos sólo pueden hacer elecciones inútiles.

La expresión de Josué al final del versículo 15 es una de las frases mejor conocidas de toda la Biblia. Todo Israel tiene la oportunidad de escuchar su credo con su sonido claro y penetrante como el de una trompeta que ha conmovido al pueblo de Dios por casi tres milenios y medio. “Pero yo y mi casa serviremos a Jehová .” Sus palabras son una afirmación atrevida de compromiso personal al Señor. Aunque tuviera que hacerlo solo, como él y Caleb lo hicieron antes (Números 14:1-9), servirá al Señor. Al mismo tiempo, desempeñará su papel como jefe de la casa para guiar a los que están bajo su cuidado para servir al Señor.

Por supuesto, Josué espera que Israel siga su ejemplo. Pero el buen juez por su casa empieza. Aun si nadie lo siguiera, eso no cambiará la actitud de Josué. Lo que el Señor dijo al principio del servicio de Josué todavía es verdad al final de su vida: Caleb y él “fueron fieles a Jehová ” (Números 32:12).

¿Qué llevó a Josué a este audaz compromiso de su confesión de fe? Fue el amor inmerecido de Dios, los poderosos hechos de rescate, las promesas cumplidas y la fidelidad del pacto; ¡todas esas evidencias de la gracia de Dios que se han repasado en los versículos 2-13!

Por su Espíritu, Jehová nos conduce a la misma declaración firme de fe, cuando la maravillosa constancia de su amor en Cristo se apodera de nuestros corazones. Nos escogió en amor, nos redimió por medio de la sangre de Cristo, nos llamó a la fe salvadora a través del evangelio, nos perdonó y nos prodigó todas las riquezas de su gracia (vea Efesios 1:3-14). Cuando vemos con claridad la gracia de Dios, nada nos detiene para cantar fuerte:

Yo y mi casa hoy haremos
Pacto solemne y diremos:
Aunque olvide tu palabra el mundo entero
Yo y mi casa al Señor serviremos. ¹³

¹⁶ Entonces el pueblo respondió:

—Nunca tal acontezca, que dejemos a Jehová para servir a otros dioses, ¹⁷ porque Jehová, nuestro Dios, es el que nos sacó a nosotros y a nuestros padres de la tierra de Egipto, de la casa de servidumbre; el que ha hecho estas grandes señales, y nos ha guardado durante todo el camino por donde hemos andado, y en todos los pueblos por los cuales pasamos. ¹⁸ Además, Jehová expulsó de delante de nosotros a todos los pueblos, y al amorreo que habitaba en la tierra. Nosotros, pues, también serviremos a Jehová, porque él es nuestro Dios.

La idea de sustituir a Jehová por otros dioses les causa horror a los israelitas. La expresión en el hebreo es de absoluta repulsión tan solo al pensarlo: “Nunca tal acontezca”, ¡Ay de nosotros!, ¡Dios no lo permita!

Al profesar lealtad absoluta a Dios, ellos mismos hacen eco de las propias palabras de Jehová que se encuentran ligadas al Primer Mandamiento. Compare la primera parte del versículo 17 con Éxodo 20:2: “Yo soy Jehová, tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre”. A la luz de su fidelidad abrumadora, el pueblo sólo puede prometer total fidelidad.

Si Josué dudó de que la asamblea estuviera realmente escuchando su “sermón” de los versículos 2-13, esas dudas pronto desaparecieron. El pueblo no sólo se aferró a las palabras de él; sino que las tomaron muy a pecho y luego las ampliaron. Continúan la historia de la gracia fiel de Dios cuando hablan acerca: de las grandes señales de Jehová, de su protección, y de sus victorias.

Los maestros de la palabra de Dios que se pregunten si alguien en realidad les está poniendo atención, pueden cobrar ánimo. Algunas veces los que escuchan no solamente están con su líder, sino que hasta pueden adelantarse, añadiendo lo que él o ella no dijeron, y haciendo aplicaciones personales del mensaje.

Josué no le está sirviendo a Dios solo. Las palabras del pueblo, “nosotros, pues, también”, recuerdan la promesa personal de Josué. ¡El compromiso de ellos con el Señor es el mismo que el de Josué!

Esperamos que Josué responda con absoluta alegría ahora que la nación ha contestado exactamente en la forma que él esperaba.

¹⁹ Entonces Josué dijo al pueblo:

—No podréis servir a Jehová, porque él es un Dios santo y un Dios celoso que no sufrirá vuestras rebeliones y vuestros pecados. ²⁰ Si dejáis a Jehová y servís a dioses ajenos, él se volverá contra vosotros, os hará el mal y os destruirá, después que os ha hecho tanto bien.

¡Una respuesta completamente sorprendente! Un escritor la considera “tal vez la declaración más escandalosa en el Antiguo Testamento” ¹⁴. Josué parece rechazar su atrevida afirmación de compromiso aun cuando su respuesta era igual a la suya y era precisamente lo que deseaba escuchar. ¿Por qué esta desconcertante reacción? Puede ser que alguna de las siguientes razones conteste la pregunta, o quizás otras que no mencionemos:

- 1 “El prometer no empobrece”, así que Josué prueba la sinceridad de la respuesta de Israel. Su objetivo es fortalecer y cimentar el compromiso.

2. Josué puede estar dudando de la sinceridad de la respuesta. Sus palabras pueden indicar que todo el tiempo estaban practicando la idolatría, adorando en secreto a otros dioses.
3. Cualquiera puede dejarse llevar por una emoción momentánea en un acto masivo de compromiso público. Josué quiere que el pueblo evalúe lo que le cuesta su compromiso. La fidelidad no será fácil. Habrá abrumadoras tentaciones en las cuales podrán caer. El santo y celoso Dios no se conformará con nada menos que fidelidad absoluta.
4. Josué quiere derrumbar cualquier confianza de Israel que se base en sus propias capacidades para permanecer fieles. Resulta trágico estar seguro de uno mismo cuando se trata de asuntos espirituales. La confianza en Dios es crítica para el éxito, “porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Filipenses 2:13). No podemos servirlo por nuestra propia fuerza.
5. Josué quiere destacar otra vez que es la gracia de Dios, y no la dignidad de su pueblo, la única esperanza. Israel se debe aferrar a su gracia y a sus promesas. Aunque es el Dios santo y celoso, también es el Señor de amor y perdón.
6. Josué mira detenidamente al futuro y ve la desastrosa elección de las generaciones futuras. Esa elección de dioses extranjeros en lugar de Jehová traerá: maldiciones, cautividad, dispersión y muerte. Aparte de Dios no hay perdón.

La asamblea parece interrumpir a Josué, incapaz de contenerse de gritar otra vez su compromiso.

²¹ El pueblo entonces dijo a Josué:

—No, sino que a Jehová serviremos.

²² Josué respondió al pueblo:

—Vosotros sois testigos contra vosotros mismos de que habéis elegido a Jehová para servirlo.

—Testigos somos —respondieron ellos.

²³—Quitad, pues, ahora los dioses ajenos que están entre vosotros, e inclinad vuestro corazón a Jehová, Dios de Israel.

²⁴El pueblo respondió a Josué:

—A Jehová, nuestro Dios, serviremos y a su voz obedeceremos.

El pueblo se ciñe con firmeza a la primera resolución que expresó en el versículo 18. La repiten dos veces más en los versículos 21 y 24. El enfático “no” lo dice todo en una palabra. ¡No renunciarán al Señor para servir a dioses extranjeros!

El texto no arroja ninguna duda en cuanto a su sinceridad y nosotros tampoco deberíamos hacerlo. Celebremos la firmeza que Dios le dio a esta generación fiel de Israel y lo adoramos a él por eso. Capítulos con escenas muy diferentes no están muy lejos en el futuro, ni tampoco se quedan muy atrás en el pasado. Escenas como éstas distinguen el libro de Josué como un oasis refrescante. La gracia de Dios es evidente no sólo en sus actos de conquista, sino también en la vida de su pueblo agradecido. Goce la escena mientras dura. La fidelidad de Dios permanece para siempre, pero la de su pueblo no (Vea 2 Timoteo 2:13).

Por segunda vez, Josué ordena: “Quitad, pues, ahora los dioses ajenos .” Esta vez la orden dio en el blanco. En el versículo 14, los dioses que deberían desechar eran los que habían dejado más allá del Éufrates y en Egipto. Ahora éstos son los dioses “que están entre vosotros”. ¿Acaso algunos israelitas están confesando valientemente al Señor pero, tratando de “cubrir todas las posibilidades”, reservan en sus corazones un lugar para los poderes de la religión cananea? ¿Algunos tienen objetos de adoración pagana escondidos en sus tiendas, que serán tentaciones para los días venideros de debilidad? Deben arrojar ante el Dios vivo del pacto todos los dioses, ya sean objetos físicos o nichos en el corazón, conservados para la superstición. Jehová no es como los dioses paganos. Se puede servir a esos dioses cuando sus adoradores: “construyen imágenes para ellos, los visten, perfuman, les edifican casa, les ofrecen sacrificios para alimentarlos, los sacan en procesiones, hasta los entierran en

monumentos apropiados”.¹⁵ Pero servir al Señor significa amarlo “de todo tu corazón, de toda tu alma, y con todas tus fuerzas” (Deuteronomio 6:5). Al reflexionar en las palabras de Moisés, Josué ahora dice: “Inclinad vuestro corazón a Jehová, Dios de Israel”. Josué ya ha empleado el poder que hace que la gente entregue su corazón a Dios. Ese poder es el mensaje de la gracia de Dios.

Con la lealtad de la nación sellada por otra promesa de obediencia, Josué está listo para completar la ceremonia de la revisión del pacto.

²⁵ Entonces Josué hizo un pacto con el pueblo aquel mismo día, y les dio estatutos y leyes en Siquem. ²⁶ Josué escribió estas palabras en el libro de la ley de Dios, tomó una gran piedra y la plantó allí debajo de la encina que estaba junto al santuario de Jehová. ²⁷ Y dijo Josué a todo el pueblo:

—Esta piedra nos servirá de testigo, porque ella ha oído todas las palabras que Jehová nos ha hablado; será, pues, testigo contra vosotros, para que no mintáis contra vuestro Dios.

Todo el capítulo se ha centrado en la renovación del pacto. Sin embargo, la palabra “pacto” aparece por primera vez en el versículo 25. El autor ahora nos dice que ese día Josué “hizo un pacto con el pueblo”. La expresión no significa que éste sea un contrato nuevo; sino una *renovación* del pacto que primero se hizo en el monte Sinaí.

La frase, “con el pueblo”, nos invita a pensar no sólo en el acto de Josué como el representante de su pueblo y de los deberes del pueblo del pacto. “Con el pueblo” también sugiere los *beneficios del pacto* para la nación de parte de su misericordioso Rey. El pacto es para la bendición de *la gente*. Tienen todo a su favor por este generoso arreglo. Las leyes del pacto no sugieren que deben dejar algo para obtener a cambio otra cosa de Dios. Incluso el cumplimiento de las leyes del pacto traerá bendiciones. Los beneficios del pacto se derramarán desde Israel a todo el mundo cuando Jehová cumpla su promesa de dar el Descendiente de su nación escogida.

Josué escribe “estatutos y leyes” como parte del acto final, pero no se especifica en qué consisten. Sólo podemos decir que forman parte de todos los términos que mantendrán el pacto en vigor. Josué presenta un resumen de lo que une a Israel con el pacto de Dios en el versículo 14: “Ahora, pues, temed a Jehová y servidlo con integridad y verdad”. En 8:30-35 leemos que en la ceremonia de renovación anterior “[Josué] escribió allí sobre las piedras una copia de la ley de Moisés”. Tal vez aquí hace lo mismo.

Josué entonces escribió “estas palabras”. ¿Cuáles? Nuevamente, el autor no especifica. ¿Son “estas palabras” las leyes y estatutos? ¿Son un informe de toda la ceremonia de renovación junto con esas leyes? O aun en términos más generalizados, ¿son parte del libro de Josué? Sólo queda especular.

Hay al menos dos posibles interpretaciones de la declaración: “Escribió Josué estas palabras en el libro de la ley de Dios”:

1. Josué pudo anexar su documento al libro de la Ley o a la Tora de Moisés. El “libro de la Ley” de Moisés se menciona en Deuteronomio 31:26 y en Josué 1:8. Vea en el comentario de la página 22 las observaciones acerca del “libro de la Ley”.
2. Lo que Josué escribe ahora puede ser lo mismo que aquí recibe el nombre de “el libro de la ley de Dios”.

Otro monumento conmemorativo se levanta en la tierra prometida cuando Josué coloca una gran piedra como testimonio del pacto. La impresionante piedra será un recordatorio permanente de este día para los israelitas. En el versículo 22, el mismo pueblo fue testigo del pacto. Después de que se apagan los gritos de dedicación, la piedra iba a permanecer como testigo. Esta piedra acusaría a cualquier israelita idólatra de ser infiel a Dios y de romper la promesa solemne de la nación. Debido a su gran tamaño, los israelitas que no quisieran que se les recordara su infidelidad no la podrán quitar. Es como si esa piedra hubiese oído y grabado la ceremonia de renovación mucho antes de la época de la tecnología

de grabación de la imagen y del sonido. Mirar esta piedra equivaldría a repetir un video de lo que aconteció este día.

La piedra se colocó “debajo de *la encina*”. El artículo definido “la” señala que éste era un árbol bien conocido para los primeros lectores del libro de Josué. Ese árbol puede ser el gran árbol en el valle de Moré en Siquem, donde Dios le apareció a Abraham y donde éste edificó un altar a Jehová (Génesis 12:6,7). Puede ser la encina bajo la cual Jacob enterró los dioses extranjeros de Israel y los pendientes idólatras en Siquem (Génesis 35:1-4).

La ubicación de la piedra también se describe como “junto al santuario de Jehová”. Algunos piensan que esto se refiere al tabernáculo que pudo haber sido traído de Silo, que estaba a 19 km al sur, para la ceremonia. Con el tabernáculo o sin él, la aparición de Dios a Abraham aquí le daría a este sitio el derecho de ser “el santuario de Jehová”.

La tierra ahora recibe otras tres conmemoraciones. Las tres tumbas serán recuerdos enfáticos de que Dios ha cumplido toda su promesa de la tierra.

La sepultura en la tierra prometida

²⁸ Después despidió Josué al pueblo, y cada uno volvió a su posesión.

²⁹ Después de estas cosas murió Josué hijo de Nun, siervo de Jehová, a la edad de ciento diez años. ³⁰ Lo sepultaron en su heredad en Timnat-sera, que está en los montes de Efraín, al norte del monte Gaas. ³¹ Israel sirvió a Jehová durante toda la vida de Josué, y durante toda la vida de los ancianos que sobrevivieron a Josué y que sabían todo lo que Jehová había hecho por Israel.

“Cada uno volvió a su posesión”, una posesión dada como un regalo absoluto de Dios. El libro comenzó con la promesa: “Levántate y pasa este Jordán, tú y todo este pueblo, hacia la tierra que yo les doy a los hijos de Israel. Yo os he entregado, tal como lo

dije a Moisés, todos los lugares que pisen las plantas de vuestros pies” (1:2,3). Lo que Dios le prometió a toda la nación, ahora lo ha cumplido para cada individuo. El pueblo va a casa, “cada uno... a su posesión”.

Pueden reflexionar en las grandes ventajas que vienen de ser el pueblo del pacto de Dios. Al final de su viaje a casa, encontrarán la prueba tangible de la fidelidad de Dios, su propia herencia personal en la tierra.

Si vivir bajo Jehová parece tener sus inconvenientes para nosotros, debemos sólo pensar a dónde vamos y con quién viajamos. Estamos en el camino para recibir nuestra herencia (1 Pedro 1:3,4). ¿Qué son las “cruces” cargadas por los cristianos comparadas al regalo que nos espera? Y mientras tanto, caminamos con él que es fiel y que nunca nos dejará ni nos desamparará (Josué 1:5; Hebreos 13:5).

Josué murió poco tiempo después de que la gente regresó a su heredad. Las palabras que rodean el anuncio de su muerte son solemnes. Pero también tienen un tono de *honor y cumplimiento*.

Al principio de este libro, a Josué se le denomina el “servidor de Moisés” (1:1). Ahora, al final, se le llama el “siervo de Jehová”. ¡Es un gran título honorífico! El gran Moisés lo había tenido (Josué 1:1,2). Ahora, después de una vida de: fe, valentía y obediencia absoluta, que Dios le había dado, Josué recibe el mismo título. En armonía con su carácter humilde, Josué nunca reclamó ese honor para él. El autor inspirado se lo concede. El título no sólo lo honra, muestra que Dios ha cumplido completamente su promesa de engrandecer a Josué ante los ojos de Israel (Josué 3:7). En la muerte de Josué, el autor nos dice lo mismo que dijo en 4:14: “Y lo temieron [a Josué] como habían temido a Moisés durante todo su vida”.

La larga vida de Josué de 110 años habla de las bendiciones que derramó Dios sobre él. De acuerdo a los escritos egipcios, se creía que 110 años eran el ideal de años para vivir en esta tierra. José también murió a esa edad en Egipto (Génesis 50:26).

Los 110 años de Josué se pueden dividir en tres capítulos: alrededor de 40 años en Egipto, otros 40 años en el desierto, y 30 años en la tierra prometida (7 años de conquista y 23 en Timnat-sera). Si Josué tenía unos 40 años en el tiempo del éxodo de Egipto (Caleb tenía 38), pudo haber nacido hacia 1486 a.C. Su muerte, entonces, aconteció alrededor de 1376 a.C. (Para ver cómo llegamos a estas fechas, vea la introducción y las cifras respecto a la vida de Caleb en 14:7,10.)

La palabra “heredad” se usa en relación con el lugar de la sepultura de Josué. Él no yace en Egipto, ni en el desierto, sino en la misma tierra que Dios prometió como la herencia de Israel. La tumba de Josué en Timnat-sera, en la región montañosa de Efraín, atestigua la fidelidad de Jehová. Se desconoce la ubicación exacta del monte Gaas.

“El epitafio de Josué no se grabó en una lápida de mármol, estaba escrito en las vidas de los líderes que él inspiró y en la gente que él guió”¹⁶. Esas palabras son un excelente comentario del versículo 31. Josué hizo todo lo que pudo para guiar a Israel a la fidelidad. Obedeció a Dios, conquistó con audacia, le recordó a la nación los actos misericordiosos de Dios, y advirtió de los peligros que venían. Jehová usó su vida eficazmente. ¿Qué otra época en la historia del Antiguo Testamento se puede caracterizar por tan brillante resumen que ésta: “Israel sirvió a Jehová durante toda la vida de Josué, y durante toda la vida de los ancianos que sobrevivieron a Josué”? No deje de notar el valor de la influencia personal. Sin embargo, la gloria es para Dios: “Porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer” (Filipenses 2:13).

Por más grande que fuera el servicio de Josué, sus logros, eran sólo un paso hacia el cumplimiento del día más grande de Dios. Lo que Josué, hijo de Nun, no llegaría a lograr, Josué (“Jesús”) el Hijo de Dios, lo hizo con su: vida perfecta, muerte redentora y resurrección victoriosa. El cuerpo del Josué del Antiguo Testamento espera el día más grande; hoy descansa en la promesa segura de la

resurrección a la vida eterna a través de Jesús, su homónimo (vea 1 Corintios 15:20-23).

Cuando murió Moisés, el liderazgo pasó a Josué; a la muerte de éste, ningún líder ocupa su puesto. Jehová ha colocado en su lugar un sistema de: líderes, jueces, oficiales y sacerdotes. Ese sistema, cuando se aplica con fidelidad, es suficiente para la capacitación espiritual y el buen orden. El papel que desempeñó Josué ha sido singular para la emocionante y exitosa época de la conquista.

Nuestro libro concluye con el anuncio de otros dos entierros.

³² Enterraron en Siquem los huesos de José que los hijos de Israel habían traído de Egipto, en la parte del campo que Jacob compró, por cien monedas, de los hijos de Hamor, padre de Siquem, y que pasó a ser posesión de los hijos de José.

³³ También murió Eleazar hijo de Aarón, y lo enterraron en el collado de Finees, su hijo, que le fue dado en los montes de Efraín.

Las indicaciones que hizo José en el lecho de muerte Egipto proveen el fondo del versículo 32. El libro de Génesis termina de esta forma: “E hizo jurar José a los hijos de Israel, diciendo: Dios ciertamente os visitará, y haréis llevar de aquí mis huesos. Murió José a la edad de ciento diez años; lo embalsamaron, y lo pusieron en un ataúd en Egipto” (Génesis 50:25,26).

Las instrucciones de José muestran su confianza en las promesas de Dios, en especial en su promesa de la tierra. El escritor de Hebreos llama la atención a la fe de José: “Por la fe José, al morir, mencionó la salida de los hijos de Israel y dio mandamiento acerca de sus huesos” (Hebreos 11:22). La conservación de esos huesos por cuatrocientos años en Egipto fue un acto que resaltó la fe de Israel. Éxodo 13:19 nos dice que Moisés cumplió los mandatos de José y llevó sus huesos de Egipto en el éxodo. La fe de Moisés es evidente en su acción. Ahora, el entierro de aquellos huesos en Siquem demuestra que uno nunca se equivoca al poner la fe en las promesas de Dios. Dios *ciertamente* vino en la “ayuda” de su pueblo

(Génesis 50:25) en Egipto. Dios *ciertamente* le entregó a su gente la tierra que juró dar. Cuando Jehová hace una promesa, puede usted hacer planes con la certeza de que se cumplirá. Puede usted confiar en lo que él dice.

Génesis 33:19 relata que Jacob compró la tierra donde José se encuentra enterrado ahora. En el sermón que pronunció apenas antes de su apedreamiento, Esteban llamó la atención a esa compra y al entierro de José allí (Hechos 7:15,16). El lugar de descanso de José en la tierra prometida tenía un especial significado tanto para los judíos del Antiguo Testamento como para los primeros cristianos, como prueba de que Dios cumple lo que promete.

Los restos mortales de José descansan en el centro de la tierra que les fue asignada a sus dos hijos, Efraín y Manasés. El entierro pudo haber tenido lugar apenas después de que las tribus recibieron su tierra, años antes de la muerte de Josué. El autor no necesariamente relaciona el tiempo del entierro de José con el de Josué; lo relata aquí como parte de la conclusión al tema central de su libro: el cumplimiento de las promesas.

Y como Josué era parte de la tribu de Efraín, era del linaje *físico* de José. Y como era un hombre de fe en las promesas seguras de Dios, también era del linaje espiritual de José.

El último versículo relata la muerte y sepultura del sumo sacerdote Eleazar. Le había servido a Josué de la misma manera que su padre Aarón le sirvió a Moisés. Su nombre aparece ocho veces en el libro de Josué, tres veces en relación con su hijo Fineés. Eleazar es especialmente importante en las páginas de Josué como el que está en el centro de la repartición de la tierra (14:1; 17:4; 19:51; 21:1). Su nombre, cuando se asocia con la distribución del regalo de la tierra de parte de Dios, otra vez subraya el tema del libro: el cumplimiento de la promesa. El sitio preciso de “el collado de Finees”, el lugar de su tumba, se desconoce.

Para: Josué, José, Eleazar y todos los fieles del Antiguo Testamento, la tierra de Canaán no era el regalo más grande de Dios. A través de la fe en las promesas continuas de Dios pudieron mirar “de lejos” la herencia mucho más valiosa: “una mejor, esto es,

celestial” (vea Hebreos 11:13-16). La posesión de una tumba en Canaán es insignificante comparada con el gozo de la vida en la ciudad eterna de Dios.

En el futuro, se van a presentar oscuros capítulos de infidelidad humana en el Antiguo Testamento; pero cuando llegó la plenitud del tiempo, el Señor siempre fiel hizo radiar su gloriosa luz en las tinieblas. Amaneció un nuevo día que brillaba para todo el mundo a través del nuevo “Josué”. Jesús ha abierto el Canaán celestial y promete una herencia y ciudadanía eternas.

El libro de Josué muestra en una forma práctica que el Señor da lo que promete. Podemos vivir confiadamente “porque todas las promesas de Dios son en él ‘Sí’”(2 Corintios 1:20).

- ¹ Robert G. Boling, *The Anchor Bible: Joshua* (Garden City NY: Doubleday, 1982), p. 168.
- ² Citado en *The Pulpit Commentary: Joshua* (New York and Toronto: Funk and Wagnalls), p. 91
- ³ Clifford A. Wilson, *Rocks, Relics and Biblical Reliability* (Grand Rapids MI: Zondervan, 1977), p. 65.
- ⁴ Marten H. Woudstra, *The Book of Joshua* (Grand Rapids MI: William B. Eerdmans, 1981), p. 113.
- ⁵ John L. McKenzie, *The World of the Judges* (Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall, 1966), p. 43.
- ⁶ Matthew Henry, *Matthew Henry's Commentary* (McLean VA: Macdonald)
- ⁷ Wilson, *Rocks, Relics and Biblical Reliability*, p. 62.
- ⁸ Henry, *Matthew Henry's Commentary*. El comportamiento paternal de Josué viene del espíritu que Dios le ha dado (vea Números 27:18).
- ⁹ Woudstra, *The Book of Joshua*, p. 131.
- ¹⁰ Denis Baly. *The Geography of the Bible* (New York; Harper, 1957), p. 21.
- ¹¹ Segunda Estrofa del himno “Come, My Soul, With Every Care,” traducido de la cita en *Lutheran Worship* (St. Louis MO: Concordia, 1982).
- ¹² Robert G. Boling, *The Anchor Bible: Joshua* (Garden City NY: Doubleday, 1982), p. 474.
- ¹³ Quinta estrofa del himno “Oh Blest the House, Whate'er Befall,” citado de *The Lutheran Hymnal* (St. Louis MO: Concordia, 1941).
- ¹⁴ Trent C. Butler, *Word Biblical Commentary: Joshua* (Waco TX: Word Books, 1983), p. 274.
- ¹⁵ *Ibid*, p. 274.
- ¹⁶ *Ibid*. p. 283.

BIBLIOGRAFÍA

Baly, Denis. *The Geography of the Bible*. New York: Harper, 1957.

Boling, Robert G. *The Anchor Bible: Joshua*. Garden City NY: Doubleday, 1982.

Bratcher, Robert G. *A Translator's Handbook on the Book of Joshua*. London, New York, Stuttgart: United Bible Societies, 1983.

Butler, Trent C. *Word Biblical Commentary: Joshua*. Waco TX: Word Books, 1983.

Cohen, A., ed. *Soncino Books of the Bible: Joshua-Judges*. London: Soncino Press, 1950.

Harrison, R. K. *Introduction to the Old Testament*. Grand Rapids MI: William B. Eerdmans, 1969.

Harrison, R. K. *Old Testament Times*. Grand Rapids MI: William B. Eerdmans, 1970.

Henry, Matthew. *Matthew Henry's Commentary*. Mclean VA: Macdonald.

Hoerber, Robert G., ed. *Concordia Self Study Bible*. St. Louis: Concordia, 1986.

Keil and Delitzsch. *Old Testament Commentaries*—Grand Rapids MI: Associated Publishers and Authors, 1970.

Keller, Phillip W. *Joshua: Man of Fearless Faith*. Waco TX: Word Books, 1983.

Kretzmann, Paul E. *Popular Commentary of the Bible*. St. Louis: Concordia, 1923.

McKenzie, John L. *The World of the Judges*. Englewood Cliffs NJ: Prentice-Hall, 1966.

Roehrs and Franzmann. *Concordia Self-Study Commentary*. St. Louis: Concordia, 1979.

Schoville, Keith N. *Biblical Archaeology in Focus*. Grand Rapids MI: Baker, 1978.

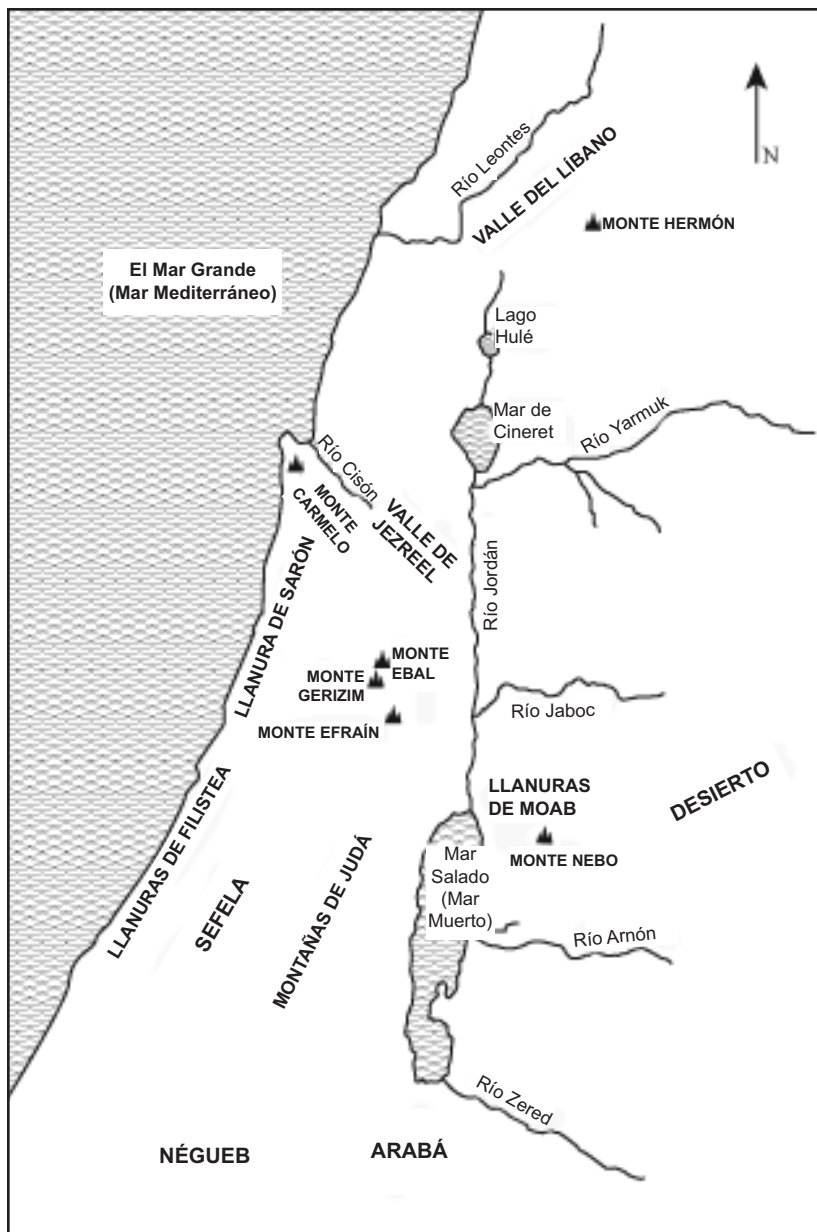
Spence, Canon H., ed. *The Pulpit Commentary: Joshua*. New York and Toronto: Funk and Wagnalls.

Tenney, Merrill C., ed. *The Zondervan Pictorial Bible Dictionary*. Grand Rapids MI: Zondervan, 1967.

Wilson, Clifford A. *Rocks, Relics, and Biblical Reliability*. Grand Rapids MI: Zondervan, 1977.

Woudstra, Marten H. *The Book of Joshua*. Grand Rapids MI: William B. Eerdmans, 1981.

Young, Edward J. *An Introduction to the Old Testament*. Grand Rapids MI: William B. Eerdmans, 1965.



Topografía de Palestina

ANTIGUO TESTAMENTO

GÉNESIS	ECLESIASTÉS
ÉXODO	CANTARES
LEVÍTICO	ISAÍAS
NÚMEROS	JEREMÍAS
DEUTERONOMIO	LAMENTACIONES
JOSUÉ	EZEQUIEL
JUECES	DANIEL
RUT	OSEAS
1º SAMUEL	JOEL
2º SAMUEL	AMÓS
1º REYES	ABDÍAS
2º REYES	JONÁS
1º CRÓNICAS	MIQUEAS
2º CRÓNICAS	NAHUM
ESDRAS	HABACUC
NEHEMÍAS	SOFONÍAS
ESTER	HAGEO
JOB	ZACARÍAS
SALMOS	MALAQUÍAS
PROVERBIOS	

NUEVO TESTAMENTO

MATEO	1º TIMOTEO
MARCOS	2º TIMOTEO
LUCAS	TITO
JUAN	FILEMÓN
HECHOS	HEBREOS
ROMANOS	SANTIAGO
1º CORINTIOS	1º PEDRO
2º CORINTIOS	2º PEDRO
GÁLATAS	1º JUAN
EFESIOS	2º JUAN
FILIPENSES	3º JUAN
COLOSENSES	JUDAS
1ª TESALONICENSES	APOCALIPSIS
2ª TESALONICENSES	

La Biblia Popular es una serie de comentarios de la Biblia para todas las personas. Los autores de la serie han servido como pastores de congregaciones, profesores universitarios, o profesores de seminario, muchos en más de una de estas actividades. Cada autor comenzó con el texto original en Hebreo o Griego y después trabajó para presentar el mensaje de la Palabra de Dios a los cristianos quienes enfrentamos presiones y tentaciones cada día de la vida. Dos verdades importantes sirven de guía a todos los comentarios. Primero, la Biblia es la Palabra inspirada de Dios y por lo tanto es verdadera y confiable. Segundo, el mensaje central de toda la Biblia es Jesucristo.

Después del liderazgo de Moisés, el Señor escogió a Josué para guiar a su pueblo a la tierra que él les había prometido. El libro de Josué relata la manera como Dios ayudó a su pueblo a conquistar la Tierra Prometida. No sólo los muros de Jericó cayeron delante del pueblo de Dios, sino que el Señor les concedió muchas victorias adicionales. Josué durante su larga vida de servicio siguió al Señor fielmente y de todo corazón.